
WES MARKIN
Edición española
LA SERPIENTE
ARREPENTIDA
UNA NOVELA DEL INSPECTOR JEFE MICHAEL YORKE

El Serpiente Arrepentido

Los Casos del Inspector Jefe Yorke

Libro 2

Wes Markin

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin
00:30

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Epílogo

Agradecimientos
Postfacio

Para H & B

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados *(Forgotten Bones)*

Vidas Olvidadas *(Forgotten Lives)*

Almas Olvidadas *(Forgotten Souls)*

Tumbas Olvidadas *(Forgotten Graves)*

Sombras Olvidadas *(Forgotten Shadows)*

Profundidades Olvidadas *(Forgotten Depths)*

Los Casos del Inspector Jefe Yorke

La Última Oración *(One Last Prayer)*

El Serpiente Arrepentido *(The Repenting Serpent)*

El Silencio de Severance *(The Silence of Severance)*

El Ascenso de los Rayos *(Rise of the Rays)*

Baile con el Segador *(Dance with the Reaper)*

Navidad con el Conducto *(Christmas with the Conduit)*

Mejor el Diablo *(Better the Devil)*

El Diario Secreto de Lacey Ray *(The Secret Diary of Lacey Ray)*

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino *(The Killing Pit)*

Fuego en los Huesos *(Fire in Bone)*

Cataratas Azules *(Blue Falls)*

El Núcleo Podrido *(The Rotten Core)*

Entre la Espada y la Pared *(Rock and a Hard Place)*

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Jenny Cook

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

00:30

Con un vaso de whisky en una mano y una fotografía de su hermana muerta en la otra, contemplaba desde el otro lado del salón el cajón cerrado con llave que contenía secretos que ocultaba al mundo.

Suspiró, se reclinó en el sofá y dejó que el licor le quemara la garganta.

Volvió a mirar a la hermana que tanto había admirado de niño, fijándose en las líneas alrededor de sus ojos que ya nunca se harían más profundas y en el cabello oscuro que jamás encanecería. Recordó la promesa incumplida que le había hecho, y después pensó en su asesino andando libre.

Después de devolver la fotografía al cajón junto con otros recuerdos de sus fracasos personales, incluida una descolorida fotografía de Charlotte, su primer amor, lo cerró con llave y escondió la llave detrás del reloj de la repisa de la chimenea.

A pesar de haber concluido su ritual furtivo, Yorke aún se sobresaltó cuando oyó abrirse la puerta de su dormitorio. Se volvió para reconocer a Patricia, su novia desde hacía casi tres años, de pie allí con un camisón blanco de algodón. Intercambiaron una sonrisa, y cuando él abrió la boca para asegurarle que iba a volver con ella, el teléfono móvil en el bolsillo de su bata sonó.

Mientras atendía la llamada y escuchaba lo impensable, miró fijamente a Patricia. Incluso en esta hora oscura, a metros de distancia, sabía que ella vería el horror en sus ojos. Ella comenzó a

cruzar la habitación, consciente de que cuando la llamada terminara, él necesitaría que ella estuviera ahí.

Cuando él murmuró sus despedidas, ella lo abrazó.

Era inusual que un hombre tan experimentado como el DCI Michael Yorke se viera tan afectado por la maldad, pero cuando la maldad viajaba tan cerca de casa, como lo había hecho esta noche, nadie estaba exento.

Se desplomó en los brazos de Patricia.

El DS Jake Pettman acarició una de las alas rotas de la paloma muerta. Después volvió a colocar la tapa en la caja de zapatos, terminó su tercera botella de cerveza *Summer Lightning* y volvió a guardar el pájaro debajo del fregadero.

Era la tercera entrega de este tipo en tres años, y en lugar de contactar inmediatamente con la comisaría, como Jake había hecho en las dos ocasiones anteriores, había decidido guardar esta para sí mismo.

Dos días después de la entrega, no estaba más cerca de explicar sus razones para hacerlo. No es que fuera un problema. Era el único que lo sabía.

Después de asomarse a ver a su esposa dormida, Sheila, que en ese momento estaba acurrucada con su hijo de dos años, Frank, regresó a la cocina y a la carta que había acompañado a la caja de zapatos junto al fregadero.

Jakey... ¿cómo se siente no poder volar más?

Con amor, Lacey x

Sonó su teléfono. Incluso antes de contestar, presentía que iba a escuchar algo que pondría todo su mundo patas arriba y que haría que un pájaro muerto en una caja fuera la menor de sus preocupaciones.

Después de recibir la llamada telefónica, la DI Emma Gardner quería llorar. En su lugar, fue directamente a la habitación de su hija Anabelle y la abrazó con fuerza. La niña se despertó y murmuró algo. Gardner se sintió momentáneamente reconfortada. Besó a su hija en la cabeza y la volvió a acostar.

Luego respiró hondo, se despidió de su marido, se metió un puñado de Tic Tacs en la boca y se marchó, comenzando lo que se sentía ominosamente como un viaje al infierno.

Cuando Yorke llegó a la gran cabaña del DS Iain Brookes, enclavada en Salisbury Plain, salió del coche y de inmediato se encontró con Gardner.

—Señor, yo... —Se detuvo y comenzó a llorar.

Yorke se acercó y le sostuvo la mejilla. La sostuvo durante un par de segundos, cruzó su mirada con la de ella y luego la abrazó.

—Patético, lo siento —dijo ella desde su hombro.

—Eso es ridículo, Emma.

Ella se apartó del abrazo, se secó las lágrimas y dijo:

—Me mantendré firme, señor.

—Sé que lo harás —dijo Yorke, volviendo a tocarle la mejilla—. Por eso esto es tuyo.

Ella abrió sus hinchados ojos.

—No hay nadie mejor para gestionar este caso. Es tu sala de incidencias.

—¿Señor?

—No hay nadie mejor.

Se volvió hacia la casa. Gardner le flanqueaba y Jake se acercó por el otro lado. Miró a izquierda y derecha a sus dos colegas. Como él, ninguno estaba vestido adecuadamente para el clima helado. Todos habían salido de sus casas con la mente dando vueltas.

En la oscuridad de noviembre, bajo estrellas que parecían grises y enfermas, Yorke examinó la cabaña que había frecuentado en varias ocasiones anteriores para disfrutar de cenas con el DS Iain Brookes y su esposa, Jessica. Esta noche, albergando a la muerte del frío, parecía lejos de ser acogedora. De hecho, las dos ventanas brillantes a cada lado de la puerta principal parecían los ojos de un animal al acecho.

1

Después de que el agente Sean Tyler anotara sus nombres en el registro, Yorke abrió su bolsa sellada y se puso el traje protector. De la segunda bolsa, sacó unos cubrezapatos para proteger sus zapatos Oxford.

Mientras pasaban bajo la cinta amarilla y azul que acordonaba la escena del crimen, oyó el crujido de los Tic Tacs de Gardner y sintió la enorme y reconfortante mano de Jake, su amigo más cercano, en la parte baja de su espalda.

Respiró hondo y comprobó, como siempre hacía, que el traje protector le cubría el cuello. Era evidente que la calefacción estaba puesta al máximo en esta casa rural, pero habitualmente sentía un inexplicable hormigueo frío en el cuello en escenas como esta.

Las paredes a su alrededor crujían mientras resistían los vientos que azotaban las llanuras. En cualquier otra noche, Jessica Brookes podría haberse sentido segura y protegida de la agresión del mundo. Pero el mundo a menudo se subestima, y esta noche esa agresión había encontrado su camino hacia dentro.

A pocos metros del salón, escuchó el chasquido de la cámara del oficial de Apoyo Científico Lance Reynolds. Miró su reloj. Era la una y cuarto.

No tienes derecho a hacer lo que hayas hecho aquí esta noche, quienquiera que seas, pensó Yorke. *Ningún derecho en absoluto.*

Entraron en el salón y el olor metálico de la sangre les abrumó.

Tendida sobre una alfombra de piel de oveja que antes era de color crema, Jessica había extendido enormes alas de sangre. Parecía un ángel carmesí congelado en pleno vuelo. Sus pechos ya habían sido cubiertos con una lámina de plástico manchada de sangre, pero no podía haber dignidad en una muerte como esta. Patricia Wileman, la médico forense de la División y también amante de Yorke, claramente no estaba de acuerdo. Patricia había salido de la casa de Yorke apenas un minuto antes que él, pero ya estaba trabajando arduamente. La observó examinar el cuerpo, tratándolo como una obra de arte de valor incalculable. Era surrealista pensar que apenas unas horas antes habían estado haciendo el amor.

Ella le miró. Llevaba puesta la mascarilla, así que le ofreció una ceja levantada, su única forma de expresar apoyo.

Reynolds, apodado "el Elfo" debido a sus pasos ligeros y destreza, también trabajaba diligentemente. Se movía entre los grupos de técnicos forenses que controlaba, entrando y saliendo con agilidad, empuñando la cámara como una máquina que succionaba respuestas de los materiales en lugar de simplemente documentarlos.

Yorke sintió que Jake retiraba la mano de su espalda, y luego empezaba a hacer arcadas junto a él. Miró al hombre corpulento. —¿Necesitas tiempo?

—No, estaré bien.

Luego miró a Gardner a su otro lado y se planteó la misma pregunta. Ella miraba al frente con ojos imperturbables. Decidida, después de su momento de debilidad fuera. Decidida, como él. Como esperaba que todos lo estuvieran en el tiempo venidero.

Se detuvieron a un metro del cuerpo, dando a Reynolds el espacio para maniobrar.

En un mundo de destellos de flash, uno podría pensar que los ojos de Jessica se abrían y cerraban, que sus labios se curvaban hacia arriba y hacia abajo en una gran sonrisa, que estaba desesperada por quitarse las viejas ropas de la muerte y unirse a la danza investigativa. La realidad era que sus ojos estaban entreabiertos y su boca torcida en un ángulo inusual. Reconoció a Jessica detrás de sus expresiones distorsionadas, pero deseó no

hacerlo. La amable anfitriona que le había recibido en su casa para cenar con su familia en más de una ocasión.

Patricia levantó el labio superior amoratado de Jessica y el flash de la cámara de Reynolds grabó la imagen de sus dientes apretados en la mente de Yorke. Sus ojos volvieron a posarse en el pecho cubierto de plástico.

—¿Qué le ha pasado?

Patricia le miró de nuevo con la misma ceja levantada. ¿Advertencia o tranquilización? Yorke no estaba seguro esta vez.

—Es particularmente grave —dijo Patricia, quitando la lámina de plástico.

—Ah, Jesús —dijo Jake. Se dio la vuelta y salió apresuradamente.

Jessica había sido rajada y su caja torácica separada con violencia. Sus pechos caían hacia los lados.

Yorke tomó aire. También quería darse la vuelta. Desesperadamente. Se obligó a mirar. Escuchó a Gardner murmurando a su lado, pero sus palabras de repente parecían incomprensibles.

—Se han llevado su corazón —dijo Patricia.

La lluvia golpeaba contra la ventana.

—Y han extraído carne de ambos muslos.

—*¿Por qué?* —La voz de Gardner era clara ahora. Una pregunta instintiva, pero inútil.

—No lo sé, pero los trozos eran grandes, de unos doce por cinco centímetros.

Yorke retrocedió varios pasos mientras Patricia volvía a cubrir el pecho de Jessica.

—Emma, ve a tomar aire fresco con Jake —dijo.

Gardner asintió. —Sí, señor.

La observó salir de la casa hacia el preferible embate de la lluvia y el viento.

Dio varios pasos atrás, intentando concentrarse en lo que sabía.

Alguien había dado el aviso anónimamente a las doce y cuarto. Tenían la ubicación de la llamada, pero la cabina telefónica estaba fuera del alcance de cualquier cobertura de CCTV, así que no había imagen. Algunos agentes ya estarían recogiendo grabaciones de

cámaras de seguridad en las cercanías para ver si podían obtener una vista del autor de la llamada llegando y abandonando la zona.

Al menos no había más cuerpos en esta casa. El sargento detective Iain Brookes y Jessica se habían divorciado hacía más de un año y su hijo de doce años se estaba quedando en casa de él esta noche. El Oficial de Enlace Familiar Bryan Kelly y otros dos agentes habían ido a darles la noticia. Yorke se frotó la cara con las manos enguantadas. Un torbellino estaba a punto de descender sobre sus vidas.

Un torbellino que era familiar para Yorke.

Siguió con la mirada a los técnicos forenses mientras buscaban huellas, recogían fibras, fotografiaban y, en algunos casos, dibujaban.

Rompiendo su trance, salió afuera y examinó la zona de nuevo. Las casitas de aquí eran ostentosas y caras. Jessica había sido socia en una lucrativa firma de contabilidad. Había suficiente terreno entre cada una para asegurar que un intruso pudiera llegar a la casa sin ser visto si venía a pie. Sin embargo, los vecinos estaban lo suficientemente cerca para ser vistos, y algunos se congregaban en sus jardines y porches. Temblaban, no solo porque hacía frío, sino porque la muerte había invadido su vecindario. La investigación puerta a puerta comenzaría casi inmediatamente y un Asesor de Búsqueda Policial se uniría a la investigación. Esquivó a Andrew Waites, el Oficial de Pruebas, un hombre notoriamente poco accesible, que se agachaba para recoger una colilla de cigarrillo en el jardín. Luego, se paró con Jake y Gardner al lado del vehículo de incidentes.

—Bien, Emma, regresa y prepara la sala de incidentes, por favor. Y habla con Price. Asegúrate de que la prensa, que sin duda estará aquí en cualquier momento, no obtenga nada que no necesiten todavía.

Ella asintió, se secó una lágrima y se alejó.

—Lo siento, señor. Simplemente perdí el control ahí dentro —dijo Jake.

—Cállate. Fue una reacción normal.

—Es que, ya sabes, vi la cara de Sheila.

Yorke hizo una pausa.

—Egoísta, lo sé. Pobre Iain. Joder.

—No es egoísta, es normal. Podría ser cualquiera. Ese es el punto. Por eso atraparemos a quien demonios haya hecho esto.

—Ha vuelto otra vez. Un año exacto después —dijo Jake.

Yorke lo consideró y arqueó una ceja. —¿Otro pájaro?

—Otro. El número tres. Enviado desde dentro del Reino Unido otra vez. ¿Te sorprende que viera la cara de Sheila ahí dentro?

—No va a pasar. Lacey no puede volver... no volverá. Si lo hace...

El teléfono de Yorke sonó. Miró la pantalla. *Iain. Ya lo sabe. Le habían dado la noticia.*

—¿Iain?

—Señor, mi hijo, Ewan, ha desaparecido. Dios mío, acabo de enterarme de que su madre está muerta, y *él también ha desaparecido*.

—No se mueva de ahí.

Hizo un gesto hacia su Lexus oficial. Jake asintió para reconocer la petición. Se habían marchado en veinte segundos.

2

Cuando DS Iain Brookes había necesitado alejarse de todo hacía quince meses, optó literalmente por la nada. Se compró una autocaravana y encontró el camping más tranquilo de Salisbury Plain, uno que se encontraba a la sombra de un gran bosque. Un granjero local, que sufría por la situación económica actual, había dedicado una porción de sus terrenos a algunos inquilinos de larga estancia con la esperanza de recuperar parte de sus menguantes fondos. En consecuencia, había unas diez personas que habían optado por el medio de la nada en lugar del caos de la vida.

Yorke, que no tenía mucha experiencia en relaciones, había oído que el divorcio afecta a las personas de formas peculiares y variadas, pero lo de convertirse en un semi-recluso en una autocaravana era algo nuevo para él.

A medida que se acercaban al camping, el bosque se hacía más denso y la luz se desvanecía, por lo que Yorke contraatacó con las luces antiniebla. Llevó el velocímetro tan alto como pudo sin hacer que una curva segura se convirtiera en un imposible. Normalmente, la conversación entre Jake y Yorke fluía rápida y constante. Esta noche no.

Cuando Brookes compró la autocaravana por primera vez, Yorke pensó que parecía una fortaleza impenetrable, sólida e inamovible. Ahora, alojada aquí en el bosque, parecía vulnerable, más bien como una lata lista para ser abierta y vaciada en una sartén. Yorke y Jake

aparcaron junto a ella y estaban golpeando la puerta en cuestión de segundos.

Ewan abrió la puerta.

Los ojos de Yorke se abrieron como platos y Jake suspiró sonoramente a su lado.

Yorke entró en la autocaravana, puso su mano en la nuca de Ewan y lo atrajo fuertemente contra su pecho.

—Lo siento mucho, Ewan.

Ewan lloró contra él. Desde la zona de la cocina, Yorke vio al Oficial de Enlace Familiar Bryan Kelly levantar una mano a modo de saludo, y luego volverse hacia el fregadero, donde se ocupaba de una acumulación de ollas y sartenes. En el sofá estaba su vecino Riley Thompson, un ex convicto de sesenta años a quien Brookes y Ewan tenían en alta estima. También levantó una mano a modo de saludo, antes de frotarse la cabeza calva. Con la otra mano, agarraba un bastón con tanta fuerza que sus nudillos resplandecían.

—¿Dónde está mi madre, tío Mike? —dijo Ewan. Su voz estaba ahogada por las lágrimas y el pecho de Yorke.

Jake se acercó a Yorke y acarició la cabeza de Ewan.

Ewan dijo:

—No es verdad, dime que no es verdad.

Yorke dijo:

—Lo siento...

—Estaba escondido fuera en el bosque —Brookes emergió del dormitorio—. Siento haberos preocupado.

Yorke miró a Brookes. Sus ojos estaban hinchados de llorar, y tenía una botella de *Asahi* en una mano. *¿Cuántas te has tomado?*, pensó Yorke. Dirigió rápidamente sus ojos hacia Kelly: *más te vale estar vigilando eso*.

—No tienes por qué disculparte, Iain —dijo Yorke—. Nosotros lo sentimos. Lo sentimos muchísimo.

—Sí, Iain —dijo Jake—. Lo que necesites, lo tienes.

Brookes dejó su botella a un lado y se acercó para poner una mano sobre la cabeza de su hijo.

—Ewan salió corriendo, se escondió en el bosque un rato y volvió. Lo entiendo. Probablemente yo habría hecho lo mismo

durante un rato si no hiciera tanto frío.

Ewan se apartó del abrazo de Yorke y siguió a su padre hasta el sofá. Brookes se sentó y subió a Ewan sobre su rodilla.

Yorke notó movimiento en el tanque de ciento cincuenta litros junto al sofá. Dio un paso adelante y observó una serpiente rojo sangre saliendo de un montón de virutas de álamo.

—La serpiente de maíz de Ewan —dijo Brookes.

Yorke asintió.

—Lo siento Iain, tenemos que volver. Pero, ¿podemos hablar primero? Solo ayudará a las cosas.

—¿Y descartarme? —Sonrió con ironía—. Nunca pensé que estaría en este lado.

—No estás en ese lado, Iain. Solo necesitamos un cronograma.

—¿Un cronograma?

Siempre había tenido problemas con la autoridad en el mejor de los casos. Yorke se dio cuenta de que esta noche no sería diferente. De hecho, sería peor.

—Deja que acueste a mi hijo.

—Por supuesto.

3

Con la luz nocturna encendida, Brookes se sentó en la cama y Ewan se acurrucó junto a él. Besó la cabeza de su hijo y miró la fotografía enmarcada donde aparecían todos juntos en Disneyland. En este momento, le resultaba imposible creer que alguna vez hubiera reído de esa manera, pero ahí estaba la evidencia, tan clara como el fuerte abrazo que Mickey Mouse le estaba dando a Jessica.

Escuchó a Ewan murmurar llamando a su madre mientras se sumergía en el sueño.

Por un momento, envidió a Jessica. Dudaba que alguien que estuviera muerto realmente *sintiera* que lo estaba. Justo ahora, así era exactamente como él se sentía. *Muerto*. Rezó a Dios para que su hijo no se sintiera igual.

Después de apartarse con cuidado de Ewan y arroparlo con la manta, oyó un ruido. La fotografía enmarcada se había caído. Respiró hondo y fue a recogerla. Por suerte, había quedado apoyada contra la pared y no se había roto.

4

Mientras esperaban en la zona común a que Brookes regresara, la mente de Yorke viajó al momento en que tuvo que darle a su madre la noticia de que su única hija había muerto.

Y no solo muerto. Asesinada.

—He conocido a gente mala en mi vida —dijo Riley—, pero todavía me deja atónito saber que alguien pudo entrar en la casa de una mujer inocente y matarla.

Yorke asintió en señal de acuerdo, consciente de que Riley ni siquiera conocía por completo lo que este cabrón le había hecho a Jessica.

Riley notó que Jake le miraba fijamente. —Sé lo que estás pensando, pero cumplí mi condena.

Después de que el hombre acusado de violar a la esposa de Riley hace veintisiete años fuera absuelto, Riley había llevado a cabo su propio juicio y ejecutado el castigo rápidamente. El coste: la mitad de su vida en una celda, su matrimonio y sus hijos. Desde su puesta en libertad, había pasado los últimos dos años viviendo como Brookes. En un exilio autoimpuesto.

Jake se encogió de hombros. —No estoy juzgando, alguien más se me adelantó y lo hizo antes que yo.

Yorke miró a Jake. —¿Sargento Pettman? ¿Podrías traernos un vaso de agua?

Jake se puso de pie. —Justo lo que estaba pensando, señor. —Se unió a Bryan Kelly en la cocina.

Yorke se encogió de hombros. —No lo parece, pero tiene buenas intenciones.

Riley asintió. —Ajá. Realmente no puedo culparle. La mayoría de la gente tiene buenas intenciones, pero la mayoría tampoco puede asimilar lo que he hecho, lo que creen que soy. No puedo culparles, la verdad. Hay una razón por la que hice lo que hice, pero supongo que no tenía por qué hacerlo de la manera en que lo hice.

—¿De forma tan violenta? —dijo Yorke.

—Sí. —Riley se incorporó con esfuerzo y se apoyó en su bastón.

Yorke miró hacia la pierna de Riley.

—En prisión, el primer día, una especie de ceremonia de iniciación. —Hizo una pausa para sonreír—. No debería quejarme, la mayor parte de mí sanó.

Mientras cojeaba junto a Yorke, Riley puso una mano en su hombro. Se inclinó para que Yorke pudiera oír su voz ronca en el oído. —Significan el mundo para mí, esos dos.

Yorke asintió.

—¿Atraparéis a este monstruo? —preguntó Riley.

Yorke levantó la mirada hacia Riley. Sus ojos estaban fijos en los suyos. El momento se prolongó y Yorke se preguntó quién parpadearía primero. Cuando pareció que nadie iba a hacerlo, Yorke dijo: —Lo haremos.

Riley asintió y salió de la autocaravana.

Jake volvió a su lado con dos vasos de agua.

—¿Cuándo vas a mejorar tus modales? —dijo Yorke.

Jake se encogió de hombros mientras Brookes salía del dormitorio. Levantó un cigarrillo. —Salgamos. No fumo dentro cuando Ewan está aquí.

Jake dijo: —Estamos a unos diez bajo cer...

—Vuelve a ponerte el abrigo, Jake —interrumpió Yorke.

TEMBLABAN mientras Brookes fumaba y bebía a tragos de otra botella de *Asahi*. Yorke se preguntó si habría estado refrigerada. Si así

fuera, sería bastante incómodo beberla con este clima.

—¿Cómo murió? —dijo Brookes después de soltar una bocanada de humo.

No es la mejor pregunta que podría hacer, pensó Yorke. Notó que Jake miraba al suelo, claramente sin querer intervenir.

Brookes también lo notó. —Así de mal, ¿eh?

—No estamos muy seguros de eso todavía —dijo Yorke, manteniendo el contacto visual con él.

Pero Yorke estaba seguro de una cosa: había sido asesinada *brutalmente* y con un propósito.* Tenía suficiente experiencia personal, especialmente con la familia de asesinos Ray, y había leído suficientes informes para saber que el asesino había actuado con un propósito, se había logrado algún tipo de objetivo y, con toda seguridad, volvería a actuar.

—Vais a mantenerme completamente a oscuras en este caso, ¿verdad? —dijo Brookes.

Yorke extendió la mano para ponerla sobre el hombro de Brookes. —Sabemos que estás devastado, Iain. Pero si hacemos esto bien, acabará bien. Sabes eso...

—¿Te sentiste así con Danielle?

Yorke se estremeció y retiró la mano. Era un golpe bajo, pero uno que tenía que aceptar en la situación actual.

Danielle había sido la hermana mayor de Yorke. Hermana mayor *distanciada*. Cercanos de pequeños, enemigos de adultos. Ella se había juntado con malas compañías. Se había metido en drogas y prostitución.

—¿Te contaron cómo murió? —dijo Brookes.

Yorke apretó los dientes, respiró hondo y no picó el anzuelo. —Me lo contaron y fue demasiado pronto.

En un ataque de ira, un compañero adicto llamado William Proud había sujetado la cara de Danielle contra una estufa caliente hasta que perdió el conocimiento por el dolor. Su corazón no había podido soportarlo y murió momentos después.

—Harry Butler me lo contó —dijo Yorke—, y mira dónde está ahora. No nos hizo ningún bien a ninguno de los dos.

—¿Y cómo se siente saber que Proud sigue ahí fuera?

El desprestigiado sargento detective Harry Butler había incriminado al hombre equivocado. Proud había huido y todavía andaba por ahí en alguna parte. Yorke se dio la vuelta.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —dijo Jake.

Brookes lanzó su botella vacía a la oscuridad. —Y tú, Jake, al menos sabes cómo se siente casi perderlo todo.

Antes de que tuvieran a Frank, los problemas matrimoniales de Sheila y Jake habían llegado a un punto crítico. Él había estado consumido por el trabajo, y luego Lacey Ray, una antigua llama que estaba explorando sus tendencias sociópatas, había regresado a Salisbury.

—Lo sé —dijo Jake. Sintió una oleada de adrenalina al pensar en la paloma muerta que había recibido— *¿habría vuelto ella?*

—Imagina *si* Lacey hubiera hecho algo más que simplemente amenazarla, Jake. Imagina si hubiera clavado ese cuchillo en el vientre de tu esposa y en tu hijo no naci...

—*Basta, Iain.* —Yorke se volvió y levantó la mano.

Brookes arrojó la colilla de su cigarrillo y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta. Bajó la mirada, claramente a punto de derrumbarse de nuevo.

Yorke dio un paso adelante y lo tomó por los hombros—. Nos *necesitas* de vuelta en la comisaría, Iain. Vamos a tomar esa declaración... tú quédate con tu hijo, y no permitiré que lo que le ocurrió a William Proud vuelva a suceder.

Brookes asintió. Yorke abrazó a su amigo.

Cuando regresaron al interior, Kelly había preparado tres tazas de té. Una distracción inteligente, sin duda, de la nevera llena de *Asahi*. Hablaron en voz baja. Un niño, destrozado por los acontecimientos de la noche, dormía a solo unos metros.

—Eran casi las cinco cuando lo recogí —dijo Brookes, envolviendo sus manos alrededor de la taza caliente—. Sé que era justo antes,

porque miré mi reloj y pensé que era la primera vez en más de un mes que llegaba puntual a recogerlo.

Jake tomaba notas mientras Yorke asentía, asegurándole que esto era un procedimiento y solo una forma de establecer una cronología firme alrededor de los trágicos acontecimientos de esta noche.

—¿Entraste?

—No. Nunca lo hago. La relación estaba en su punto más bajo, ya lo sabes. —Hizo una pausa para dar un sorbo de té.

—Está bien, Iain. ¿Hablasteis?

—Brevemente. Sobre los deberes. Ewan necesitaba practicar algunas palabras para la mañana siguiente.

—¿Había alguien más con Jessica en ese momento?

—No que yo notara. —Hizo una pausa y miró hacia otro lado—. Y siempre *intento* fijarme. Sabes que todavía la quiero, señor. —Apretó los ojos con fuerza—. *Quería*.

Yorke se inclinó y le apretó el brazo a Brookes.

Abrió los ojos—. Además, Ewan me lo habría dicho si ese fuera el caso.

—¿Y en ese momento simplemente te fuiste con Ewan?

—Sí, eso es, no pudieron ser más de dos minutos. Luego fuimos a por pizza en Amesbury. Pensé que podría hacer que practicara la ortografía mientras esperábamos, pero el muy pillo se había dejado las palabras en casa. *Accidentalmente*, según él. —Brookes hizo una pausa para esbozar una sonrisa irónica—. Así que llamé a Jess, y ella me las leyó por teléfono. Y esa fue la última vez que hablamos...

—¿A qué hora fue eso?

Sacó su teléfono del bolsillo y se lo mostró a Yorke. Había una llamada saliente a Jessica registrada a las 17:22.

El teléfono de Yorke vibró. Leyó un mensaje de Gardner: *¿Señor?* Claramente estaban ansiosos por empezar en la comisaría.

—Jake, llama a Emma en la comisaría. Dile que necesitamos terminar aquí. Comprueba que todo está bien con Price y la prensa. Me preocupa que no haya venido directamente a mí como de costumbre. Quizás piense que conseguirá más si presiona a Emma.

—¡Entonces se llevará una decepción! —dijo Jake, poniéndose de pie. Extendió la mano y apretó la de Brookes—. Lo siento mucho, Iain.

Brookes asintió—. Sé que lo sientes, Jake. Y siento algunas de las cosas que dije... antes.

—No te preocupes —dijo Jake—. No dormiré hasta que descubramos qué pasó.

—Eso ya somos dos.

Jake salió de la autocaravana.

—Entonces, ¿qué pasó después de conseguir la pizza? —continuó Yorke.

—Lo habitual. Volvimos aquí y la comimos. Riley pasó por aquí. Puso su película favorita. —Brookes hizo una pausa para terminar su té.

—¿Cuál era?

—*La colina de Watership.*

—¿La de los conejos?

—Sí, nunca lo hubieras adivinado. Riley es un hombre emotivo. Después de eso, Ewan se fue a la cama. Sobre las ocho y media. Siempre lee durante aproximadamente media hora antes de dormir. Le ayuda a relajarse.

Yorke continuó tomando notas en el cuaderno de Jake.

—Riley y yo nos quedamos hasta cerca de la medianoche jugando al ajedrez. —Señaló el juego de mesa en un estante superior—. Una vez que Riley me venció unas cuantas veces, se fue a dormir. Había estado en la cama menos de media hora cuando Bryan y Collette aparecieron con la noticia.

Mientras Yorke continuaba tomando notas donde Jake las había dejado, consideró si Brookes había tenido oportunidad. No estaría haciendo su trabajo si no lo hiciera. Si estos horarios cuadraban, y Riley proporcionaba una coartada sólida, la única ventana que tuvo Brookes fue entre las 12 y la hora en que se realizó la llamada anónima al 999, alrededor de las 12:15. ¿Podría realmente haber recorrido los diez minutos hasta la casa de su ex esposa, realizado ese acto bárbaro pero bastante meticuloso en ella, y luego escapado antes de que el agente Sean Tyler llegara a las 12:20 para asegurar

la escena? ¿Diez minutos para hacer lo que había visto en esa habitación? Tendría que confirmarlo con Patricia, pero realmente no veía cómo sería posible. Además, ¿no habría visto Riley salir de su autocaravana? ¿Y no se arriesgaba a que su hijo despertara y se diera cuenta de que no estaba? Si Riley resultaba ser una coartada, Brookes parecía estar a salvo. Esto tendría que hacerse en menos de una hora, preferiblemente mientras él dirigía la primera reunión en la comisaría.

Lo que planteaba la pregunta—: Iain, ¿sabes de alguien que tuviera problemas con Jessica?

—Esa pregunta ha estado rondando por mi mente durante la última hora. Solo puedo pensar en una persona que ella haya mencionado alguna vez... —Hizo una pausa y se frotó la cabeza—. Joder... ¿cómo se llamaba?

Una repentina ráfaga de viento arrojó la lluvia contra la ventana como perdigones de escopeta y, por un momento, Yorke volvió a ver el cuerpo de Jessica en su mente, destrozado como si hubiera sido atacado por animales salvajes. Sintió bilis en la boca. Habían tenido cuatro asesinatos en Wiltshire el año pasado. Podría haber muerto de cualquiera de esas maneras, pero no así...

—*¡Preston!* —dijo Brookes—. Se llamaba Robert Preston.

Yorke arqueó una ceja y abrió su cuaderno.

—Uno de los otros padres del colegio de Ewan. Casado, pero solía coquetear con ella sin descanso. La volvía loca. Una noche, durante una reunión de padres, le pilló sosteniendo un teléfono en alto y juró que le había sacado una foto con el móvil. La tranquilicé diciéndole que probablemente se había equivocado. Quiero decir, yo siempre levanto el móvil intentando conseguir cobertura, ¿no lo hace todo el mundo? Mierda, ¿me equivoqué?

—¿Algo más? —dijo Yorke.

Brookes dio un gran suspiro, se mordió el labio superior y negó con la cabeza. Luego, miró a Yorke a los ojos—. ¿Cómo murió, Mike?

Yorke se estremeció, no tanto por la pregunta contra la que ya había discutido fuera, sino por el repentino uso de su nombre de pila —. Iain, escucha...

—¿Sufrió? Dime eso al menos.

Yorke se inclinó y puso su mano sobre su rodilla. Con firmeza—. Sinceramente no lo sé, pero créeme cuando te digo que voy a descubrirlo todo y atraparles. Y cuando lo haga, serás el primero en saberlo.

INCOLORA Y VACÍA, la sala de incidentes en Devizes no le dio la bienvenida a Yorke. Tampoco lo hicieron las personas que había dentro. Miraban fijamente una mesa demasiado barnizada para justificar un lugar en un entorno tan austero.

Incluso Wendy, la siempre confiable Asistente de Apoyo a la Gestión, tuvo dificultades para mantener contacto visual con alguien mientras servía el té y las galletas.

Gardner ya había impreso el nombre generado aleatoriamente del caso en la parte superior de la pizarra central. "Operación Restore".

¿Restaurar qué?, pensó Yorke. *¿Cómo encuentras el camino de vuelta después de un daño así?*

El inspector Mark Topham rechazó las galletas con un gesto, sonrió a Wendy y dijo—: Demasiados *Syns* en eso.

Todos miraron fijamente a Topham, incapaces de creer que hubiera hecho una referencia a su programa de *Slimming World* en un momento tan delicado.

—Lo siento —bajó la mirada hacia la mesa.

Cuando Wendy se marchó, Yorke continuó—: Todas las ventanas y puertas han sido minuciosamente examinadas. No hubo entrada forzada, así que es posible que conociera a quien fuera.

El sargento detective Jake Pettman se crujió los nudillos. Jeremy Dawson, del sistema HOLMES, se sobresaltó y dejó de teclear la información por un momento.

—Entonces, Robert Preston, el acosador del colegio de Ewan, ¿es nuestra opción más viable? —dijo Jake.

—Lo sabremos en cuestión de minutos —dijo Gardner—. Le estamos recogiendo en el White Hart Hotel, frente a la catedral. Ha

estado hospedado allí durante el último mes más o menos, desde que su mujer le echó de casa.

Incapaz de tolerar estar sentado por más tiempo, Yorke se levantó y deambuló hacia la línea de tablones de anuncios alrededor de la pizarra central. Nombres, asignaciones y pistas ya habían empezado a expandirse desde una colección de impactantes imágenes. Miró a Gardner y asintió en señal de aprecio por su arduo trabajo gestionando la sala de incidentes con tanta minuciosidad. Ella captó el gesto y ofreció una tímida sonrisa.

—No soy optimista con las pesquisas puerta a puerta. La distancia entre cada cabaña es considerable, pero nunca se sabe. Alguien puede haber visto el vehículo, o incluso, aunque menos probable, a alguien a pie. Lo sabremos pronto. Los especialistas de búsqueda policial y el equipo forense también están trabajando intensamente en la zona. De nuevo, no soy optimista. Hay una razón para mi pesimismo —se giró y señaló al ángel carmesí, Jessica—. Precisión.

Se volvió y observó al grupo.

—Quien fuera le arrancó el corazón —hizo una pausa para tomar aire profundamente—. Y, según el doctor Wileman, lo hizo con precisión quirúrgica. Alguien con tanta habilidad... será difícil encontrar rastros.

—Preston es agente inmobiliario, no cirujano —dijo Topham.

Jake dijo—: Aun así... no puedes descartarle basándote solo en eso.

—No, no puedes —dijo Yorke—, pero es un punto importante. Me he enterado, hace unos momentos, de que han levantado una huella. La están analizando ahora mismo, así que eso podría darnos algo. También hay algo más muy peculiar aquí.

—¿La orina en el sofá? —dijo Gardner.

—Sí. Tienen una serpiente del maíz. No orinan, al menos no de esa manera.

—¿Jessica? —dijo Jake, mirando de nuevo hacia la mesa—. ¿Por miedo?

—Posible —Yorke volvió a la mesa para dar un sorbo de té mientras Dawson seguía tecleando furiosamente.

—¿Qué hay de Iain, señor? —dijo Topham.

Era un tema que aún no se había abordado y que necesitaba ser tratado. Yorke terminó su té y luego relató los acontecimientos de la hora anterior en la autocaravana de Brookes.

—La coartada se mantiene —dijo Yorke—. Estaba con Riley durante la hora estimada de la muerte.

—¿Y está usted cien por cien seguro, señor? —dijo Topham.

Yorke le lanzó una mirada. Era importante ser cuestionado, pero eso no significaba que tuviera que gustarle—. Tan seguro como puedo estar en esta fase. La falta de imágenes de CCTV sobre la llamada de emergencia a las doce y cuarto es particularmente frustrante. Estamos correlacionando las imágenes de CCTV de la zona local.

Yorke se volvió y miró fijamente las imágenes de nuevo—. Necesitamos ir al lugar de trabajo de Jessica a primera hora, hablar con sus compañeros. Inspectora Gardner y sargento Simmonds, quiero que vayan allí. Inspector Topham y sargento Bates, me gustaría que hablaran con sus amigos y familiares, exceptuando a su madre. Creo que tiene una tía y algunos primos por la zona. He sabido que su madre, Karen, está en la Residencia Mary Chapman sufriendo de Alzheimer, así que iré yo allí —Yorke señaló la imagen —. ¿Quién ha tenido algún problema con Jessica en el pasado?

—¿Y la carne de sus muslos, señor? —dijo Simmonds—. ¿Por qué alguien haría eso?

Yorke se encogió de hombros—. No lo sé, pero tenemos que asegurarnos de que no vuelva a ocurrir.

Hubo un golpe en la puerta. El agente Sean Tyler asomó la cabeza.

—La huella... es de Preston. Estuvo hace unos años por alteración del orden público en estado de embriaguez. Le fichamos entonces.

Jake ya estaba de pie—. ¿Entonces le tenemos?

—Me temo que hay malas noticias. Fuimos a recogerle al White Hart, pero no está allí. Salió a las nueve según el hotel, y no ha vuelto desde entonces.

—Comprueba su casa ahora —dijo Yorke—, y trae a su mujer a comisaría. Necesitamos saber todo lo posible sobre este hombre... ya.

5

A pocos minutos del amanecer, el DS Iain Brookes apuraba su última botella de Asahi en el escalón de su autocaravana. Contemplaba los árboles, que sobresalían del suelo como las manos de gigantes enterrados que quizás una vez gobernaron el mundo, y escuchaba. Oía crujidos ocasionales pero era incapaz de determinar su origen. ¿Animales o simplemente el viento? Pensó en Louise Lynn, una anciana de la autocaravana contigua. Había tenido un conejo domesticado que saltaba alegremente por el camping hasta que un zorro atacó. Ella lo había acogido de vuelta con el estómago abierto y las vísceras colgando como las ubres de una vaca.

Este no era un lugar para que la gente cayera abatida como Jessica. Hacían un buen trabajo, Iain y sus colegas. Wiltshire tenía bajos índices de criminalidad. ¡Esto no era América con su colorido carrusel de fanáticos asesinos y autoproclamados artistas! ¿Qué había pasado? ¿De dónde había salido *esto*?

Incluso si Preston fuera el responsable, él no tendría ningún tiempo con ese degenerado. Su papel en todo este asqueroso asunto simplemente terminaría con él al fondo de una sala del tribunal. Una pieza de repuesto. Obligado a ver cómo Preston se enfrentaba a la lotería del sistema legal.

El sol finalmente salió. No encontró consuelo en la destrucción de la oscuridad por la luz. Solo podía consolarse con una cosa.

Miró el objeto envuelto en tela que Riley le había entregado antes, acompañado de las palabras: —No lo abras ahora. Estoy

seguro de que sabes lo que es y cada parte de ti grita que no está bien. Pero así son las cosas. Hay un maníaco suelto ahora mismo, y no voy a permitir que tú y ese chico vuestro estéis indefensos. Te prometo que responderé a todas tus preguntas sobre el dónde y el porqué después de que hayan atrapado a este maníaco, pero hasta entonces, eso se queda aquí, contigo.

Desenvolvió la pistola Glock 26, un arma con la que estaba familiarizado por su entrenamiento con armas de fuego.

Así que, mientras los pájaros comenzaban a cantar bajo un cielo sin nubes, a un sol que daba luz pero prometía un calor que no llegaría, y los zorros se movían entre los árboles, decidió que la caza había comenzado.

Tenía que ser así... ¿qué otra opción había?

Giró el arma en su mano. El armazón de polímero era ligero y frío al tacto. Extrajo el cargador y lo vació en su palma. Los cartuchos brillaban bajo la luz del sol.

Ahora lloraba más intensamente que nunca. Podía sentir la oscuridad que la había consumido a ella, consumiéndole también a él.

6

El Dr. Carl Reiner observó cómo Karen Firth ponía fin repentinamente a un largo período de catatonia porque no le gustaba lo que había en el menú de hoy. Arqueó la espalda, arremetió contra la enfermera y la bolsa de alimentación estalló en el suelo a sus pies, empapándole los zapatos.

En sus quince años como director de la Residencia Asistida para Ancianos Mary Chapman, había visto muchas muestras de agresión por parte de pacientes en fases avanzadas de Alzheimer, pero nunca nada como esto.

Karen sacudía la cabeza de un lado a otro mientras la espuma manaba de las comisuras de su boca. Logró asestar una patada en el pecho de Terrence Lock, un enfermero que acababa de traerla del hospital. Sin aliento, él tropezó hacia atrás. Entonces, ella demostró que su golpe no había sido casualidad y hundió su pie descalzo en el estómago de Megan Broadhead, una enfermera que estaba al otro lado de la cama. Esta se desplomó contra la pared.

Finalmente, Reiner observó cómo un *tercer* enfermero, Ryan Marshall, con suficiente fuerza en la parte superior del cuerpo, sometió a Karen y le hundió una aguja en el muslo. Karen miró fijamente a Reiner, pero a medida que el sedante enfriaba su cerebro acalorado, su mirada se transformó en una de gratitud y sus extremidades se relajaron.

Reiner se quitó los restos de papilla de los zapatos y dio un paso hacia Karen. Ella emitió un gorjeo y pequeñas burbujas estallaron en

la comisura de su boca.

Miró los rostros de los enfermeros. —Por favor, volved a vuestras tareas ahora, gracias.

El enfermero esquelético, cuyo uniforme le colgaba como una bolsa de basura, dijo: —¿Está seguro de que no quiere que veamos si se encuentra bien?

Sus sinapsis están siendo devastadas por la demencia, pensó, *por supuesto que no está bien.*

—Eso es todo, gracias, Terrence.

Terrence empujó la silla de ruedas vacía fuera de la habitación, seguido de cerca por Ryan y Megan.

De su bolsillo, Reiner sacó un pañuelo bordado con sus iniciales. Se inclinó hacia delante y secó la espuma de las comisuras de la boca de Karen. Podía notar que había sido una mujer hermosa antes de que la muerte en vida se hubiera apoderado de ella. Sus ojos y nariz eran pequeños, y tenía un adorable conjunto de hoyuelos. Su difunto marido sin duda la habría admirado en su juventud. No es que la reconociera ahora si estuviera vivo. Con la muerte en vida, no solo te vuelves irreconocible para ti mismo, sino también para los demás.

Continuó limpiándole la cara con su pañuelo, revelando su dignidad como si simplemente estuviera quitando el polvo de un viejo cuadro, reconociendo todo el tiempo que el polvo volvería a caer. Igual que ocurría con tantos otros pacientes suyos en este lugar.

Sacó su teléfono del bolsillo y buscó al Dr. Page —estaría ansioso por saber de este último suceso—

La mano de Karen salió disparada y se enroscó alrededor de su muñeca. Oyó su teléfono caer al suelo. Intentó desenredar su mano, pero los dedos de ella se clavaban demasiado profundamente en su muñeca.

Demasiado profundo para alguien en las etapas avanzadas del Alzheimer y alguien sedado hasta las cejas.

—¿Jessica? —dijo Karen con los ojos fuertemente cerrados.

Reiner sabía que Jessica era su hija. —No —dijo—. Lo siento.

—¿Iain? —preguntó Karen.

Su yerno.

Reiner hizo una pausa antes de responder negativamente de nuevo. Quizás debería averiguar qué pasaba. —Sí —dijo.

Sus ojos se abrieron de golpe. Reiner habría saltado hacia atrás si ella no lo estuviera agarrando con tanta fuerza. —Estás en peligro.

Habló con tanta claridad, sin una pausa. Deseaba que hubiera alguien más en la habitación para observar este fenómeno. Nadie le iba a creer. —¿Por qué?

—El jaguar espera en los árboles. —Su voz se volvía más fuerte y clara.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero es repugnante, Iain. Su piel está toda cubierta de sangre y la carne cuelga de sus dientes.

El agarre comenzaba a doler, así que Reiner llamó al enfermero. —*¡Terrence!*

Tiró hacia atrás de nuevo, pero ella apretó aún más fuerte.

—*¡Terrence!*

—El espejo de *él* puede ver dentro de todos nosotros.

Karen le soltó el brazo y él saltó hacia atrás.

La puerta se abrió de golpe y Terrence Lock entró precipitadamente. Le inyectó más sedante, pero era innecesario, porque la cabeza de Karen ya se había desplomado hacia un lado.

7

Con la serpiente rojo sangre enroscada alrededor de su muñeca, su padre sentado a un lado en el sofá, Riley al otro, y Bryan Kelly limpiando continuamente la cocina, debería haber sido imposible sentirse solo.

Pero así era. Y era la mayor soledad que había sentido nunca. No recordaba haber tenido jamás unas ganas tan desesperadas de abrazar a su madre. Su padre terminó una llamada telefónica junto a él.

—¿Quién era?

—El doctor Reiner, de la residencia de la abuela. Está enferma y quiere que vaya a verla.

—¿Puedo ir contigo?

Su padre apartó la mirada. —No pinta bien, Ewan. Además, tú te vas de viaje. Viene el abuelo.

—Papá...

—Ya hemos hablado de esto y no vamos a volver a hacerlo. Necesito aclarar las cosas y asegurarme de que todo esté bien.

—¿Seguro?

—Sí, claro. Seguro.

Ewan suspiró. Tampoco tenía muchas ganas de ver a su abuela. No porque no la quisiera, sino porque nunca la había conocido realmente. Había estado enferma desde que él tenía uso de razón y ahora lo único que podía pensar era en lo injusto que resultaba que hubiera sobrevivido a su madre.

Y se llevaba bien con su abuelo, que era el padre de su padre.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es.

Ewan suspiró. Tocó la camisa abotonada de su padre. —¿Te has cambiado?

Él apartó la mirada. —Lo haré. Antes de irme.

8

Yorke terminó una llamada telefónica con Brookes respecto al hecho de que iba a ver a la madre de Jessica, Karen, en la residencia Mary Chapman esta mañana. Yorke había pedido reunirse con él allí como parte de una serie de entrevistas con los familiares de Jessica. Brookes le había advertido que conseguir cualquier información sobre Jessica en esta etapa de su demencia sería imposible, pero Yorke decidió que valía la pena intentarlo de todos modos.

Eran las ocho y media de la mañana y miró a su alrededor en la sala de investigación a los reunidos para el informe matutino. Había más actividad que durante la madrugada, y todos los miembros del equipo principal y secundario estaban ahora presentes. Podía ver por sus rostros agotados que muy pocos, si es que alguno, habían logrado dormir.

Con el regreso de Yorke, Gardner continuó donde lo había dejado con el informe sobre la entrevista a Yvonne, la esposa de Robert Preston.

—Ella sabía años antes de echarlo definitivamente que él tenía un problema. Varias mujeres ya se habían quejado de que las miraba fijamente y las seguía en lugares públicos. Pero fue cuando entró por primera vez en los cajones de su despacho y encontró las fotos de todas esas mujeres cuando lo aceptó completamente. Había tomado fotos de mujeres sin que ellas se dieran cuenta, probablemente con su móvil, antes de imprimirlas.

—¿Fotos por debajo de la falda? —dijo Jake.

—No —continuó Gardner—. Solo fotos de mujeres normales haciendo cosas normales.

—Iain dijo que Jessica estaba segura de que Preston le había hecho una foto con su móvil durante la reunión de padres.

—Qué tipo más raro —dijo Topham.

Gardner dijo:

—Se vuelve más extraño cuando consideras cuántas fotografías de diferentes mujeres había. Yvonne dijo que encontró cientos.

Hubo un momento de silencio mientras Dawson tecleaba ruidosamente en el sistema HOLMES.

—¿Había alguna fotografía de Jessica entre ellas? —dijo Jake.

—No estaba segura. Sabía quién era Jessica, pero no recordaba su fotografía. Además, quemó todas las fotos cuando lo echó hace dos meses.

Yorke intervino:

—Las grabaciones acumuladas de las cámaras de seguridad cerca de donde se realizó la llamada de emergencia han identificado el Ford azul de Preston. Podemos concluir, razonablemente, que él hizo la llamada de emergencia. No parece que Jessica le hubiera invitado a cenar, así que su huella lo sitúa como un intruso. La orden de búsqueda está activa, pero las cámaras lo perdieron cuando volvió a salir hacia Salisbury Plains. Así que, aún no sabemos dónde está. Seguiremos contactando con todos sus asociados y familiares; alguien tendrá alguna idea de dónde puede estar escondido.

Hubo un golpe en la puerta.

—Adelante —dijo Gardner.

Patricia entró. Llevaba un portátil bajo el brazo. Tenía una presentación lista. Él ya la había visto hace más de una hora. Se estremeció al recordarlo.

Yorke dijo:

—En nuestra última reunión, sugerí que la mutilación se había realizado con precisión. La Dra. Wileman ha tenido la amabilidad de explicarnos sus hallazgos respecto a la causa de la muerte.

Ella instaló el portátil en la esquina de la sala y un proyector en el centro del techo zumbó. Yorke bajó una pantalla al lado de la habitación. Permaneció azul por un momento, mientras el portátil de

Patricia cobraba vida, y una surrealista calma azul oceánica descendió sobre la sala. Incluso Dawson dejó de teclear por un momento. Unos parpadeos después y la pantalla se llenó con una imagen gráfica de algún tipo de sustancia química.

—Tetrodotoxina —Patricia se volvió hacia su audiencia—. Estaba en la sangre de Jessica.

Miró de cara en cara, esperando algún signo de reconocimiento que no parecía llegar. Hasta que, finalmente, Gardner dijo:

—¿Pez globo?

—¡Sí! —dijo Patricia, sonando un poco demasiado emocionada para la situación—. También está en otras criaturas marinas. Sin embargo, ella no había ingerido ninguna criatura marina ni ninguna fuente de tetrodotoxina. No obstante, había suficiente en su sangre para matarla. Hemos examinado el cuerpo buscando marcas de aguja, pero aún no hemos encontrado ninguna.

—¿Significa eso que murió antes de... ya sabes? —dijo Topham.

—No podemos confirmarlo, Inspector. La tetrodotoxina es una neurotoxina, paraliza a la víctima, dejándola en un estado cercano a la muerte, pero a menudo consciente.

—¿Y consciente? —dijo Yorke, luchando por mantener contacto visual con su amante mientras ella discutía algo tan abominable.

—Posiblemente. Los músculos respiratorios comienzan a fallar a los pocos minutos de que la toxina haga efecto. Quien hizo esto podría haber esperado hasta después del fallo respiratorio, que podría haber tardado hasta diez minutos —dijo Patricia.

—Entonces, ¿por qué el cabrón no usó un tipo diferente de anestésico? —la cara de Jake enrojeció—. ¿Disfrutaba con esto?

—No lo sé —continuó Patricia—. Disculpad por la siguiente diapositiva. —Presionó un botón en un mando a distancia y mostró un primer plano del pecho abierto de Jessica. Dirigió el puntero láser del mando hacia el centro de la atrocidad—. Lo hemos consultado con varios cirujanos. Esto es casi profesional. Se llama esternotomía media. —Pasó el puntero láser sobre la cavidad—. Comenzó con una incisión vertical con un bisturí por el centro del pecho. Luego se usó una sierra esternal, que es un cortador de huesos con batería, para cortar a través del esternón.

Pulsó de nuevo el botón y los llevó a una imagen de una sierra esternal. Se parecía a un taladro eléctrico.

—Funciona moviendo una hoja dentada hacia adelante y hacia atrás a una velocidad vertiginosa...

—Lo siento... —Jake se levantó y salió de la habitación.

Patricia escudriñó los rostros de los presentes y luego miró a Yorke.

—¿Continúo?

Yorke asintió, y quiso decir algo, pero se encontró completamente sin palabras.

Ella volvió a la diapositiva anterior del pecho de Jessica.

—Después de utilizar la sierra, el esternón de Jessica fue abierto y separado mediante un retractor de acero. Finalmente, el pericardio, una bolsa de doble pared, fue cortado para exponer su corazón.

—Joder —dijo Gardner—, no puedo seguir escuchando esto.

Varios agentes al final de la mesa estaban apartando la mirada de la pantalla.

—¿Podría resumir, por favor, Dra. Wileman? Agradecemos su esfuerzo, pero el nivel de detalle está resultando difícil para algunas personas —dijo Yorke.

—Lo intentaré —dijo ella, pasando a un diagrama esquematizado de un corazón. Utilizó de nuevo su puntero láser—. El corazón ha sido extraído cuidadosamente cortando a través de los grandes vasos aquí, y la aurícula izquierda aquí. —Imitó un movimiento de corte con el láser—. De hecho, el método fue casi idéntico al utilizado para los trasplantes de corazón, excepto que... en este caso, el asesino cortó a través de las venas pulmonares en la aurícula izquierda, que normalmente se dejarían en su sitio para coser el corazón del donante. Mi conclusión es que el asesino ha operado con cierta destreza. Podría ser un cirujano o al menos alguien con mucha práctica.

—¿Podría haber practicado usando animales? —preguntó el sargento detective Simmonds.

—Potencialmente. No veo por qué no... en animales con biología similar —dijo Patricia.

—¿Y qué tal entrenándose con internet? —dijo Topham.

—Como he dicho, requiere habilidad, pero supongo que cualquier cosa puede aprenderse con tiempo y esfuerzo.

Yorke se preguntó qué había salido tan mal en la vida para que ahora estuviera discutiendo la extracción forzada del corazón de la ex mujer de su amigo y colega, el sargento detective Iain Brookes. Miró su reloj. Se reuniría con él en menos de una hora. ¿Cómo podría ocultar lo que sabía sobre el destino de Jessica? Había algo aquí que nadie debería saber sobre la muerte de un ser querido.

—Luego está la carne de sus muslos.

—Joder —murmuró Topham.

—Los trozos medían exactamente una pulgada de ancho y cinco de largo. De nuevo, el asesino evitó todas las arterias. Volvió a demostrar destreza.

—Así que estamos tratando con Jack el Destripador —dijo Topham—. ¿En Salisbury?

Yorke le lanzó una mirada. Él bajó los ojos.

—Nada bajo sus uñas ni ningún otro signo de forcejeo o lucha. Es posible que fuera drogada con la tetrodotoxina antes de tener oportunidad. Encontramos algunos cabellos negros en su cuerpo.

—¿ADN? —dijo Yorke.

—No hay bulbo folicular, me temo.

Yorke se recordó a sí mismo que el pelo no contiene ADN nuclear, que solo está presente en el bulbo folicular cuando se arranca de la cabeza del agresor. Incluso entonces, solo contendría ADN mitocondrial, que solo podría usarse para vincular al asesino con el crimen después de su captura.

Gardner, cuyo rostro era una máscara arrugada tras horas de lágrimas e insomnio, levantó la mirada hacia Patricia. —¿Fue agredida sexualmente?

—No hay evidencia de ello. Hemos deducido que su blusa y sujetador fueron retirados para limpiar durante el procedimiento.

Gardner suspiró. Yorke detectó cierto alivio en su respuesta.

—¿Algo sobre la orina ya? —dijo Yorke.

—No había rastros de consumo de sustancias ni alcohol en la orina. Estábamos comentando la falta de pruebas y alguien sugirió

que el perpetrador podría haber llevado ropa quirúrgica. ¿Esto se vincularía con la idea de que tiene formación médica?

—Gracias, Dra. Wileman.

—¿Algo más?

—Eso es todo por ahora.

Al salir, le sonrió a Yorke, pero a él le costó devolverle la sonrisa. Sabía que no era culpa de ella haber traído tanta oscuridad a la sala, pero aún así, escuchar ese horrible relato, desarrollándose de los labios de alguien con quien estaba volviéndose cada vez más íntimo, había hecho que todo su ser se hundiera.

Mientras concluía la reunión y asignaba tareas, un recuerdo seguía atormentándole. Algo que había comenzado en el fondo de su mente y se había abierto camino hacia adelante, como un tumor, durante los últimos minutos.

El recuerdo era de un profesor de biología en secundaria diciéndole a su clase que el corazón tiene su propio grupo de células que generan corriente eléctrica, por lo que puede latir independientemente del cerebro.

Mientras salía para reunirse con Jake, no pudo evitar considerar la pregunta que los retorcidos acontecimientos habían planteado: ¿podría Jessica haber mirado a su asesino mientras él sostenía su corazón aún latiendo en sus manos?

Fuera de la habitación de Karen Firth, Yorke miró a Brookes, desesperadamente esperando que sus ojos no traicionaran los enfermizos detalles que conocía sobre la muerte de Jessica.

—¿Para qué ha servido todo? —dijo Brookes.

—¿Qué? —dijo Yorke.

—Nuestras vidas. Todo lo que hemos hecho.

—Hemos ayudado a la gente. Nosotros, tú, has marcado la diferencia.

—Lo único diferente es mi vida. Me arruinó. Ella me dejó porque pasaba más horas contigo que con ella.

Yorke bajó la mirada, sintiéndose de repente avergonzado. A su lado, una enfermera empujaba a un anciano en una silla de ruedas. La regresión estaba en pleno desarrollo. El hombre tenía ahora el tamaño de un niño pequeño y casi estaba enroscado en posición fetal. Los ojos del hombre se abrieron al pasar junto a Yorke. Estaban vidriosos pero aún así le reconocieron. Yorke pudo sentir su súplica de libertad.

La puerta se abrió, y el Dr. Reiner se presentó. Su traje de rayas brillaba a través del algodón blanco de su bata. Estaba muy bronceado, y la mente de Yorke divagó hacia el inspector detective Mark Topham, otro hombre para quien la apariencia lo era todo.

Brookes había advertido a Yorke que era poco probable que obtuviera mucho de Karen Firth respecto a su hija. No se había equivocado. De hecho, no iba a obtener nada.

Blanca e inmóvil, podría haber sido una escultura tallada en hielo. Observó a Brookes tomar su mano, probablemente para confirmar que estaba cálida y que seguía viva. Le besó la mano. —Hola Karen.

No hubo movimiento de ella, pero Yorke podía oír su respiración superficial. Era un chasquido familiar, bastante parecido a un goteo. Pensó en la muerte de su propia madre, cuando su cuerpo, devastado por años de abuso de drogas, finalmente había sucumbido en una cama de hospital. Había sostenido su mano durante dos días. Dos días enteros. Había sido el único que quedaba. Sus otros hijos la habían abandonado hacía tiempo, y su hija había sido asesinada varios años antes.

Yorke extendió la mano para ponerla sobre el hombro de Brookes. —No me necesitas aquí.

Brookes miró hacia atrás. —No, quédate... ¿por favor?

Yorke asintió. Podía ver en los ojos de Brookes que no tenía intención de compartir la noticia de la muerte de Jessica con su madre. ¿Cuál sería el punto, de todas formas? Si Karen recuperara la consciencia, ¿por qué someterla a semejante historia? A pesar de esto, Brookes se sentiría culpable por ocultarlo. De manera similar, Yorke actualmente se sentía culpable por ocultarle a él la naturaleza de la muerte de Jessica.

—Hola, Detective Sargento Brookes.

Ambos se giraron para ver a otro doctor vestido de blanco. Este se preocupaba mucho menos por su apariencia que el Dr. Reiner. Tenía el pelo negro, largo y lacio, y una ceja única que se mantenía firme y fuerte. Se adelantó y estrechó la mano de Brookes, luego se volvió y estrechó la de Yorke. Se presentó.

—Mi nombre es Dr. Raymond Page. Vengo del hospital, DCI Yorke. Iain y yo ya nos conocemos. Estoy realizando un ensayo sobre una nueva combinación de medicamentos para el Alzheimer. En consecuencia, los acontecimientos de hoy han sido particularmente interesantes.

Aparte de Brookes y Yorke, nadie en la habitación sabría nada sobre la muerte de Jessica todavía. La prensa simplemente había anunciado la muerte de una mujer de mediana edad. Yorke tenía una buena relación con la prensa, y habían acordado esperar hasta primera hora de la tarde para revelar el nombre de Jessica al mundo. Parecía que el centro ni siquiera sabía que Brookes estaba divorciado. Quizás Jessica nunca llegó a informarles.

—No sé mucho al respecto todavía. Solo sé que se volvió bastante activa —dijo Brookes.

—Activa es quedarse corto. —El Dr. Reiner se acercó junto a ellos, irritando las fosas nasales de Yorke con su excesiva loción para después del afeitado—. La razón por la que nos pusimos en contacto con usted, y no con su esposa Jessica, se debe a la naturaleza sensible de lo que se dijo.

—Yo también puedo ser bastante sensible, ¿sabe? —dijo Brookes.

Yorke contuvo una sonrisa.

—Sí, estoy seguro —dijo Reiner—, pero simplemente pensé que sería más devastador para su hija que para su yerno.

Yorke dio un paso atrás, considerando la naturaleza ridícula de la conversación.

El Dr. Page caminó alrededor del grupo de hombres hacia el lado de la cama y miró a Karen. Era un hombre alto.

—Ayer, la llevamos al hospital para revisar su medicación y hacerle una tomografía PET. Usted sabe, o al menos su esposa sabe, que hemos tenido mucho éxito en frenar el deterioro. Sin embargo,

no hay duda de que ahora se encuentra en las etapas avanzadas de la enfermedad y lo que ocurrió antes no debería haber sucedido.

—De acuerdo —dijo Brookes—, entonces, ¿qué ocurrió exactamente?

—Le pidió a usted por su nombre —dijo Reiner—. Tenía una advertencia para usted.

—¿Una advertencia? —dijo Brookes, abriendo los ojos—. Un poco tarde para advertencias, ¿no cree?

Los doctores parecían confundidos. Yorke puso su mano en el hombro de Brookes para recordarle suavemente que no revelara demasiado.

Reiner dijo: —No entiendo...

—¿Cuál era la advertencia? —dijo Brookes.

Reiner metió la mano en el bolsillo de su bata blanca, sacó una pequeña libreta y leyó de ella: —Dijo que usted estaba en peligro, y que un jaguar espera en los árboles. Que era repugnante, cubierto de sangre con carne colgando de sus dientes.

Yorke observó cómo la expresión de Brookes se transformaba en una de incredulidad mientras Reiner se sonrojaba aún más por sus palabras ridículas.

—Finalmente, dijo que el espejo de *él* ve dentro de todos nosotros.

Brookes gruñó y mostró a Yorke su expresión desconcertada. —¿Y estoy aquí por los desvaríos de esta pobre señora?

—No —dijo Page, adelantándose y poniendo una mano en el brazo de Brookes—. Fue también por lo que ocurrió antes, DS Brookes. Estaba despierta y activa, teniendo un berrinche, agarrando el brazo del Dr. Reiner tan fuertemente que no podía liberarlo. Y esto fue después de ser sedada. Su úlcera por presión está empeorando, y solo le quedan días de vida. Su comportamiento fue completamente fuera de lo común. Casi antinatural.

Yorke miró hacia abajo a Karen. Un tubo intravenoso salía de su brazo, manteniéndola hidratada en sus últimas horas.

—Siempre fue una mujer dura —dijo Brookes.

—No ha hablado en meses —continuó Page—, sin embargo, hoy mantuvo una conversación. Solo puedo concluir que los ensayos con

fármacos han tenido un impacto significativo y deseamos continuarlos.

—Bueno, tienen permiso, ¿no?

—Bueno, más o menos... ella dio su permiso hace años para realizar ensayos mientras estuviera viva...

Pasó un momento hasta que Brookes se diera cuenta de lo que se estaba pidiendo aquí.

—Nos gustaría solicitar permiso para estudiar el cuerpo después de que fallezca. Será tratada con dignidad y el cuerpo será devuelto tan pronto como se complete el estudio...

—¡Ahora entiendo por qué querían al yerno y no a la hija! —dijo Brookes. Miró a Yorke—. Quieren el cuerpo de mi suegra para investigación médica... ¡no todos los días recibes una petición así!

Yorke asintió y bajó la mirada. Este no era asunto suyo.

—Podría ayudar a muchas más personas en el futuro —dijo Page.

Brookes suspiró. —Bueno, ¿qué puedo decir a eso?

—Será tratada con la máxima dignidad. ¿Podría hablar con su esposa esta noche y, si ella consiente, volver mañana para completar la documentación apropiada?

Brookes asintió.

Más tarde hoy, se dio cuenta Yorke, cuando el nombre de la víctima saliera en las noticias, estos médicos se quedarían estupefactos. Se preguntó si aún contactarían a Brookes para presionarle por los formularios por la mañana.

De camino a la salida, Yorke le dijo a Brookes: —Lo has manejado bien.

—¿En serio? Solo asentí y lo acepté. Todo lo que me importa ahora es sacar a Ewan de la ciudad —Miró su reloj—. Lo que debería estar ocurriendo ahora mismo.

Fuera, en el pasillo, Yorke notó al anciano marchito en la silla de ruedas que había visto antes. Estaba empujado contra la pared y mirando fijamente a Yorke. Parecía como si estuviera tratando de decir algo, así que Yorke se acercó, pero el hombre simplemente murmuraba.

Un enfermero se acercó y tomó los mangos de la silla de ruedas. Ryan Marshall estaba escrito en su placa. —Es inhumano —dijo

Marshall.

Yorke lo miró. —Lo siento, no entiendo.

—Debería haber fallecido hace mucho tiempo.

Yorke bajó la mirada hacia el anciano, sintiéndose terrible por las palabras del enfermero.

—No puede oír. Es uno de los pacientes del Dr. Page.

—¿Los ensayos con fármacos? —dijo Yorke.

—Sí —Marshall giró la silla de ruedas—. Simplemente continúan y continúan.

El teléfono de Yorke sonó. —¿Jake?

—Señor, los padres de Robert Preston tienen una casa de vacaciones en Avebury.

—Envíame la dirección por mensaje.

—Si salgo ahora, ¿podemos encontrarnos allí? Está a poco menos de una hora.

—Sí, te veo allí.

Puso la mano en el hombro de Brookes. —Tengo que irme corriendo.

—¿El pervertido que fotografió a Jessica?

—Te llamaré más tarde. Comprueba que tu hijo se marchó bien.

9

Con Freddy aún enroscado alrededor de un brazo, Ewan miró por la ventana de la autocaravana. Tenía los ojos irritados de tanto llorar y algo nublados, pero un rápido restregón le aclaró la visión. Observó el grupo de hayas, que estaban retorcidas y congeladas en formas esqueléticas blancas.

Continuó acariciando la piel broncínea de Freddy, que estaba decorada con rombos rojos. Su cuerpo de metro y medio se acomodó de manera que su cabeza descansaba en el dorso de su mano. Su lengua bífida entraba y salía en señal de aprobación. Ewan consideró por un momento que el tacto frío de un reptil confirmaba que estaba vivo y en buen estado. Mientras que en los humanos ocurría lo contrario.

Sintió cómo las lágrimas le picaban en las comisuras de los ojos otra vez.

Era un día despejado y sin nubes, así que podía ver el interior del bosque. A pesar de ser solo un pequeño grupo de árboles, parecía grande a esa corta distancia. Mientras miraba, notó movimiento. Justo enfrente de la autocaravana, a unos diez metros, estaba seguro de haber visto algo moverse tras los árboles. ¿Quizás era un zorro u otro tipo de animal?

Detrás de él, escuchó cómo el pan saltaba de la tostadora. Su olor a quemado llenó el aire. Riley siempre lo quemaba. Sonrió, sin embargo. Estaba muy contento de que estuviera aquí, y también el OEF, Bryan. Especialmente cuando se sentía tan solo y nervioso.

Acarició a Freddy de nuevo. Recordó cómo su madre había rebuscado en su bolso las llaves del coche una mañana, solo para que su mano se posara sobre ese frío lomo reptiliano. Había sido un grito muy fuerte.

La noche del domingo, la noche de papá, se había convertido inmediatamente en la noche de papá y Freddy.

Y eso planteaba una cuestión interesante. ¿Qué pasaría ahora? ¿La noche de papá y Freddy para siempre?

Suponía que sí. Es decir, ¿qué más había para él?

Vio el destello de movimiento otra vez y luego se apartó de la ventana.

10

Robert Preston estaba agradecido de que el temblor en sus manos hubiera cesado, lo que le permitía llevarse un vaso a los labios sin derramar su contenido por toda la camisa.

También agradecía poder sostener ahora las fotografías que tanto le calmaban.

Observó las otras fotografías esparcidas sobre la mesa. Todas eran de mujeres jóvenes y hermosas. Estaba Sandra Evans, camarera en una cafetería de Avebury, a quien había fotografiado mientras preparaba un capuchino. Becky Fullerton, estirándose varias filas delante de él en una clase de yoga. Marie Pemberton, la pescadera de Salisbury, que desescamaba una lubina con tanta destreza.

Acarició sus rostros, presionó las fotografías contra su mejilla, las reordenó formando diferentes collages. Todo esto le ayudaba.

Pero no resolvía el problema. Porque cada vez que parpadeaba, veía al retorcido carnicero con las manos en el pecho de Jessica.

Jessica Brookes había sido la mujer más hermosa que jamás había visto, pero no soportaba tener su fotografía sobre la mesa en ese momento. No podía soportar verla sonriendo en la reunión de padres, sabiendo que nunca volvería a sonreír. La había dejado en su habitación de hotel y, cuando la policía finalmente le encontrara, algo que sabía que sucedería, serían bienvenidos a tomarla como prueba.

Se puso de pie y se estiró, escuchando cómo le crujía la espalda. Su columna tenía forma de S. Era parte de un catálogo de evidencias de que resultaba físicamente poco atractivo. Calvicie prematura, halitosis, mal olor corporal, forúnculos en la jodida espalda. Sentía que se le podía perdonar por pensar que la vida raramente le daba un respiro.

Pero le había dado un respiro, ¿no? ¿Yvonne? Ella le había amado, le había dado hijos, había aceptado sus defectos (todos menos uno), y él lo había echado a perder. Completamente.

El cajón de la oficina. ¿Por qué había dejado las fotografías en el puto cajón de la oficina?

Y ahora su vida estaba arruinada, porque la policía le encontraría, y pensarían que él la había matado.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y una ráfaga de aire frío entró precipitadamente. Las fotografías, docenas de ellas, se elevaron en el aire y cayeron como confeti. Corrió hacia la puerta para cerrarla y echó el cerrojo. Luego se apresuró hacia el montón de fotografías en el suelo, se dejó caer de rodillas y comenzó a recogerlas. Tantas fotografías. Tantos momentos. Una cascada de recuerdos que nunca deseaba perder...

Sintió algo en la nuca. Su mano voló allí como para espantar una mosca.

Nada.

Se levantó, aferrando los recuerdos impresos y se dio la vuelta.

Nada. Respiró hondo.

Nervioso, pensó. Pero, ¿quién no lo estaría después de lo de anoche? Metió las fotografías en su bolsillo a la fuerza y pasó a la sala de estar. Allí, más fotografías le esperaban sobre la mesa de café. Tenía tantos momentos para examinar, para apreciar y recordar. Le ofrecerían refugio mientras se sentaba en el sofá y la tarde se escapaba.

Sin embargo, las fotografías ya no estaban en la mesa de café.

¿La ráfaga de viento a través de la cocina? ¿De alguna manera había encontrado su camino hasta aquí, tirando su colección al suelo? Rodeó la mesa de café, se arrodilló y metió la mano debajo

del mueble del televisor. Palpó en el polvo, pero solo logró sacar algunas monedas viejas.

Entonces volvió a sentir algo en la nuca. Y, esta vez, también podía oír una respiración. Se levantó y vio el reflejo de un hombre en la pantalla del televisor.

Mientras se giraba, lentamente, para ver quién estaba detrás de él al otro lado de la mesa de café, Preston se tapó la nariz contra un repentino y horrible hedor.

El hombre era alto y llevaba un abrigo negro y largo que ocultaba sus pies, y su pelo oscuro brillaba como algas arrastradas a la orilla.

El hombre se inclinó, y Preston pensó en una serpiente escondida entre juncos, preparada para atacar. Sus diminutos ojos eran fríos e inmóviles.

—¿Quién eres?

La serpiente se irguió. Rápido. Demasiado rápido para verlo. El dolor en la cabeza de Preston fue la única evidencia de que había llegado.

11

Habían pasado apenas unos instantes desde que Ewan había visto movimiento entre las hayas, así que cuando sonó un fuerte golpe en la puerta de la autocaravana, dio un respingo. Retrocedió un paso mientras Freddy se replegaba por su brazo. Riley y Bryan se colocaron frente a la puerta.

—¿Sí? —llamó Kelly.

—Soy Greg Brookes.

—¡Abuelo! —exclamó Ewan, abriéndose paso entre sus dos guardaespaldas y abriendo la puerta de golpe. Greg estaba allí con un sombrero trilby gris y un traje negro descolorido. Se abrazaron.

—Lo siento, Ewan —dijo Greg—. Lo siento muchísimo.

Minutos después, Greg estaba en el sofá, bebiendo té servido por Kelly. Sostenía la cabeza de Ewan por detrás y le miraba a los ojos—. ¿Te he fallado alguna vez?

—No, pero...

—Cuando tenías problemas con aquellos chicos del colegio, ¿qué te dije que hicieras?

—Decírselo al profesor.

—¿Y qué pasó con el problema?

—Desapareció —dijo Ewan.

—¿Y con lo de correr?

—Seguí intentándolo, como me dijiste, y gané... pero...

—Entonces, ¿confías en mí?

—Sabes que sí, pero creo que papá me necesita.

—Tu padre necesita saber que estás a salvo. Al menos hasta que todo se aclare. Quiere que estés lejos de aquí. Conmigo. Ahora ve a preparar tus cosas y pararemos a tomar un helado por el camino.

—¡Pero si estamos en pleno invierno, abuelo!

—¡Entonces está en temporada! Ve a por tus bolsas.

12

Robert Preston podía ver al asesino de Jessica flotando a menos de un metro por encima de él, ladeando la cabeza lentamente de un lado a otro mientras le examinaba. Preston sintió náuseas por el hedor a azufre y casi se tragó el material que el hombre le había metido en la boca.

El rostro del intruso era más pálido que el de un cadáver y solo un ocasional parpadeo en sus ojos pétreos delataba que eran orgánicos. Su largo cabello estaba sin lavar, y algunas motas de caspa se desprendieron, arremolinándose en el haz de luz que atravesaba la ventana del salón, y salpicaron la cara de Preston.

—Los gritos me ofenden, Robert. Te quitaré el trapo si prometes no gritar.

Preston asintió. Acarició fugazmente la idea de poner sus manos alrededor de la garganta de aquella criatura cuando le quitara el trapo, pero entonces se dio cuenta de que tenía las manos y las piernas atadas. El cabrón debió hacerlo mientras el mundo le daba vueltas.

—Tengo mujer e hija —lágrimas llenaron los ojos de Preston.

—Lo sé, son muy hermosas —dijo el asesino, secando las lágrimas de Preston con el trapo—. ¿Saben tu mujer y tu hija que anoche estabas frente a la casa de Jessica Brookes?

Preston cerró los ojos deseando que la escena ante él fuera una alucinación que se desvaneciera tan rápido como había aparecido, pero cuando los abrió, el monstruo seguía allí.

—Y la noche anterior, te vi dentro de su casa, Robert —continuó el asesino.

—Porque la amaba.

—Ya veo, así que entraste en su casa mientras ella no estaba. No me parece mucho amor, Robert, no en el sentido tradicional de la palabra.

—Déjame ir. No he dicho nada, no diré nada. ¡Por el amor de Dios, creerán que he sido yo! ¿Por qué iba a entregarme yo mismo?

—¿Qué hay del odio, Robert?

—¿Odio?

—Tu odio hacia mí.

—No hay odio. No quiero venganza.

—Pero viste lo que le hice.

Preston le vio de nuevo a través de la ventana, en la luz tenue, inclinado sobre Jessica, con las manos dentro de su pecho. La imagen se fundió con los ojos hundidos que le miraban ahora mismo. El asesino le había visto mirando.

—No lo vi, estaba demasiado oscuro.

—Ahora mientes, Robert. ¿No se supone que eres su caballero de brillante armadura?

Preston forcejeó contra las cuerdas.

—Tranquilízate, por favor, Robert, no he venido aquí para causarte dolor. Al contrario, he venido para ofrecerte algo que creo que querrás.

—Lo único que quiero es que me dejes marchar. —Preston ahora se sentía sin aliento.

El hombre no respondió. Ladeó la cabeza otra vez mientras miraba a los ojos de Preston, luego cambió de lado. Preston pensó en Nosferatu, el vampiro con aspecto de rata y dedos largos, pero, desafortunadamente, a diferencia de ese monstruo en particular, el rayo de luz que entraba por el hueco de las cortinas no dañaba a este monstruo.

—¿Quién eres? —las lágrimas le corrían hasta la boca—. ¿Qué eres?

—Un Tlenamacac.

—No lo entiendo.

—¿Eres feliz?

—Sí, por supuesto...

El asesino hizo una pausa. —Pero las miras, Robert, y ellas no te devuelven la mirada.

—No sé de qué estás hablando.

—Te lo preguntaré por última vez: ¿eres feliz, Robert?

—No entonces... ¡no, no soy jodidamente feliz!

—Eres un esclavo de la necesidad, y ahora vengo a ofrecerte la oportunidad de hacer algo bueno. ¿Te gustaría eso?

—Sí, claro.

—Bien.

—Solo déjame ir después.

El hombre agarró las piernas atadas de Preston y comenzó a arrastrarlo. Cuando llegaron al pasillo, se deslizó fácilmente sobre las baldosas pulidas. Se dirigían a la puerta principal. *Esto es bueno*, pensó Preston, *fuera, alguien podría verme, alguien podría ayudar*.

Entonces recordó que él también había visto pero no había ayudado.

Pero no podría haberlo hecho, ¿verdad? pensó. *Era demasiado tarde... el cabrón ya había empezado a sacarle el corazón.*

Preston se preguntó si todo esto le estaría ocurriendo si hubiera nacido siendo una de las personas hermosas. Mientras era arrastrado hacia el jardín delantero, notó que sus fotografías se le caían del bolsillo y marcaban el camino como migas de pan. Entonces vio una gran cesta de mimbre y una lata grande de líquido inflamable.

13

Yorke activó las luces azules intermitentes en la parrilla frontal y contaminó las tranquilas carreteras rurales con su sirena de dos tonos. Delante había un tractor que intentaba desesperadamente despejar algo de espacio en la carretera para él, sin conseguirlo. Yorke lo adelantó como un rayo y levantó la mano para agradecer al conductor su intento.

Estaba agradecido por el curso de persecución a alta velocidad de hace varios años; sin embargo, esto le hizo recordar que Jake aún no había realizado dicho curso. Llamó a su colega por el manos libres para ver si estaba bien.

—¿Está usted bien?

—Bueno, señor, no estoy en mi zona de confort, que supongo es la razón por la que me ha llamado.

—No se exija demasiado. He organizado refuerzos locales cerca de Avebury, así que puede que incluso lleguen antes que yo. No querrá ir recogiendo peatones muertos por el camino.

Delante de Yorke, las luces de freno de una furgoneta negra se encendieron. *Apártese*, pensó Yorke. Lo hizo. Continuó a toda velocidad.

—Le pido disculpas de nuevo, señor.

—¿Por qué?

—Por abandonar la sala de incidencias.

—Me sorprende que fuera el único que salió de la sala. Quizás sea usted el único con alma... Espere un segundo...

El conductor de un BMW que iba delante claramente tenía la música demasiado alta para notar la aproximación de Yorke; lo adelantó, agonizantemente cerca, con su velocímetro bailando alrededor de los 145 kilómetros por hora. Esta vez, Yorke ofreció al conductor su mejor expresión de cabreo.

—Estoy de vuelta. Mire, tiene a Lacey en la cabeza. Eso sería suficiente para que la mayoría dejara el trabajo y se escondiera. Lo que me recuerda, llame a Emma ahora, pídale que contacte con la central de Southampton, y averigüe si hay alguna novedad sobre su paradero.

—¿No cree que ya habríamos recibido alguna actualización si la hubiera?

—Probablemente, pero no hace daño comprobarlo de nuevo. Ha dejado cadáveres en Southampton, aquí y en Francia; creo que tenemos derecho a insistir.

El teléfono quedó en silencio por un momento, y Yorke reconoció que ahora era el turno de Jake para negociar una conducción complicada.

—Creo que mi conducción está mejorando —dijo Jake.

—No podría empeorar. Escuche, Jake, hay una cosa que quiero que tenga en mente. Lacey tuvo la oportunidad de hacer daño a Sheila, ¿verdad? Pero se marchó. No sé por qué, pero supongamos que tiene una especie de código. Sus víctimas nunca han sido intachables y suelen tener algún historial de violencia contra las mujeres. Tómelo como un consuelo, hasta que la atrapemos.

—Me está enviando pájaros muertos, señor.

—Lo sé, Jake.

—Una exnovia, una narcisista maligna, buscada por asesinato, ¿y me está enviando pájaros muertos? Me desprecia por rechazar sus insinuaciones y lo último que me dijo fue que ella decidiría cuándo nuestros caminos se separarían. Me cuesta encontrar consuelo.

—Jake, si necesita tiempo, yo totalmente...

—Eso lo empeoraría.

Yorke suspiró, tomó una curva a una velocidad fenomenal y adelantó a una fila de tres coches. —Jake, contacte con Gardner, consiga esa actualización. Encontremos a Preston, y tendremos

también a Lacey en nuestro radar. Se lo prometo. Nos vemos en veinte minutos.

—De acuerdo, señor.

14

Preston no estaba seguro de si estaba dormido o despierto, pero esperaba lo primero, sabiendo que una pesadilla, incluso una tan mala como esta, no era mortal.

Parecía una eternidad girar la cabeza de un lado a otro, así que con el tiempo funcionando de manera tan laboriosa, resultaba razonable suponer que era un sueño. Como mínimo, demostraba que seguía vivo.

—Para ya con ese movimiento de cabeza, tengo que levantarme temprano, eres un cabrón insensible, ¿lo sabías? —oyó decir a Yvonne.

Así que dejó de mover la cabeza y gimió en su lugar, lo que seguía confirmando su existencia. Pero entonces recordó al hombre que había descuartizado a Jessica. Intentó verlo, pero se había convertido en una mancha negra, y se dio cuenta de que seguía moviendo la cabeza y probablemente nunca había parado.

—¡Para ya! —de nuevo la voz de Yvonne.

—Vale, lo siento, ha sido un día largo. Vi algo anoche.

—¿Qué?

—Algo de lo que no debería hablarte.

—Suena familiar.

—Yvonne, me siento pesado, lo suficientemente pesado como para hundirme en la tierra.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que no me estás escuchando? Intento dormir.

—Creo que tengo mareo. Si me tumbo en tu regazo, ¿puedes acariciarme el pelo mientras el barco se vuelve loco? Me gusta cuando me apartas el pelo de los ojos y me dices que todo va a salir bien.

—Todo va a salir bien, cariño mío.

Preston recibió una dosis rápida de realidad. Rápida, cortante y clara. Yvonne se había ido. Le había dejado. No lograba recordar exactamente por qué.

—Porque te importan más todos los demás que yo —le dijo ella.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es.

—¡No puedo sentir mis brazos!

Se preguntó por qué. A menos que, no... ¿no podía ser? ¿Tendría algo que ver con el hombre que había metido las manos en el pecho de Jessica? Rompiendo, hurgando, extrayendo. Jessica era tan hermosa; la había amado.

—Yo también te amaba, Yvonne.

—Lo sé.

—Creo que este hombre me ha cortado los brazos.

—No, cariño mío, todavía están ahí.

—Bien.

—¿Mis piernas?

—Siguen ahí.

—Pero no las siento.

—A veces simplemente dejamos de sentir.

—Hoy vi algo hermoso flotando arriba y abajo en una bolsa de plástico. ¡Qué bonito era! Qué interesante era esa pequeña criatura amarilla con sus anillos marrón oscuro. ¡Oh, y pude tocarla! ¿O me tocó ella a mí? No recuerdo, pero me gustó cómo sus anillos de repente brillaban azules como un pavo real.

—¿Como un pavo real?

—Sí.

—¿Y ahora cómo te sientes, querido?

—Me cuesta respirar y las cosas se están volviendo más confusas.

—¿Tan confusas como esa patética necesidad de sacar fotografías?

—Yvonne...

—¿Confusas como esas fantasías que destruyeron nuestra vida juntos?

—Ahora no, por favor. Ahora no.

Tenía la boca seca y ya no podía tragar. Debía de hacer calor. Quizás había vuelto al Caribe. Con suerte, había volado hasta allí. No le sentaban bien los barcos. El sol era agradable. El sol, Yvonne, su hija, sin ningún orden en particular. Salisbury era frío en esta época del año y la vida era buena cuando estaban todos juntos fuera.

—Ahora me cuesta mucho respirar... Dios mío, ¿quién eres tú?

El hombre de negro se acercó, su aliento olía a podrido, y canturreaba en un idioma desconocido mientras sostenía la imagen de un hombre de dibujos animados, vestido con muchos colores diferentes y bailando, con un arco en una mano y una cesta en la otra.

—Me siento extraño, como si estuviera encerrado o algo así.

—Solo relájese.

—Siento como si me estuviera ahogando.

—Pronto terminará.

—¿En qué me está metiendo? Sé que lo está haciendo. ¿Por qué no puedo sentir nada?

—Solo relájese.

—Ahora está oscuro, ay Dios, Yvonne, por favor háblame un poco más, siento todo, tengo miedo ahora, no quiero morir, no quiero estar en la oscuridad para siempre.

15

Mientras Greg Brookes esperaba a que su nieto terminara de hacer el equipaje, tomó asiento junto a Riley. Bryan Kelly se había retirado a la habitación de Brookes para descansar un poco después de haber estado despierto la mayor parte de la noche.

—Así que, de un viejo a otro —dijo Riley—, ¿por qué dejaste Wiltshire por el Norte?

Greg suspiró.

—Trabajé toda mi vida en esta zona. En la policía, igual que mi hijo. Después de un tiempo necesitas un cambio.

Riley dio un sorbo a su té.

—Supongo que viste cosas de las que no necesitas que te recuerden.

—Vi cosas, oí cosas, supe de cosas. ¿Recuerdas a los Ray?

—Todo el mundo recuerda a los Ray. Criadores de cerdos. Empezó con Reginald Ray a finales del siglo diecinueve. Mató a seis niños de la zona.

—Sí, mi propio abuelo tuvo el placer de investigar ese caso. Aunque no hubo necesidad de atraparlo... los vecinos lo colgaron de un árbol.

—Se lo merecía por lo que he oído. Solía comerse a los niños hirviendo sus huesos y licuando su carne porque ya no le quedaban dientes para masticar.

Greg se quitó el sombrero trilby y lo sostuvo en su regazo.

—No mejoró mucho después. Años más tarde, mi propio padre, que en paz descanse, tuvo que investigar el asesinato de Beatrix Ray a manos de su hermano. La cuestión es que siempre han sido malas personas. Pasé años de mi propia carrera lidiando con la locura de Thomas Ray hasta que me jubilé, y luego mi hijo tuvo que recoger los pedazos cuando hizo lo que hizo a esa pobre joven.

—Conozco la historia, todo el mundo la conoce. Pero ya terminó.

—Bueno, me preguntaste por qué me fui, y esa es la razón. Solo puedes soportar la enfermedad de este lugar durante un tiempo. Después de que Fran muriera, no podía aguantar estar aquí por más tiempo. Y, efectivamente, mira lo que está sucediendo de nuevo. ¿Jessica? Este lugar está mal. Podrido.

—Bueno, a mí me gusta bastante, pero entiendo tu punto —dijo Riley.

Greg se rió.

—Me alegro.

—Aunque hay cosas que echas de menos, ¿no?

—La cerveza... simplemente no saben prepararla bien allí arriba. Así que, de un viejo a otro, ¿cómo te hiciste la cojera?

—Bueno, supongo que conoces mi historia, ¿no?

—Por supuesto, no te dejaría sentarte en la autocaravana con mi familia si no fuera así. Si mi hijo confía en ti, yo confío en ti, así que no pienses que tienes que perder el tiempo justificándote ante mí.

—Bueno, la historia no es tan entretenida como la tuya, así que seré breve —dijo Riley, inclinándose hacia delante y subiendo una pernera de sus vaqueros. Su pantorrilla estaba cubierta de cicatrices blancas y rosadas entrecruzadas.

—Mierda —dijo Greg.

—¡Deberías ver cómo quedó el otro! —sonrió Riley.

—¿En serio?

—Qué va —dijo Riley—. Fue el primer día en prisión y un par de condenados a cadena perpetua me dieron una gran bienvenida en el comedor. Le dieron una cuchilla a un novato y me señalaron... una especie de ceremonia de iniciación para él. Todavía siento lástima por él.

—¿Por qué? —dijo Greg—. ¿Mira lo que te hizo?

—No me lo estaba haciendo a mí. Tenía mucha ira en sus ojos, lo vi mientras me cortaba. Pero no estaba enfadado conmigo. ¿Por qué iba a estarlo? Ni siquiera me conocía. Simplemente estaba hinchado de odio. Enfadado consigo mismo, principalmente, por hacer lo que estaba haciendo. Los cadenas perpetuas lo sabían. Estaban jugando con él y nunca lo dejaron entrar en su grupo después. Así que, puede que me haya arruinado la pierna, pero él se arruinó por completo. Seis meses después, se suicidó en confinamiento solitario. Pobre chico.

—Eres muy comprensivo —dijo Greg.

Riley sonrió, bajándose la pernera de los vaqueros.

—No. Solo filosófico. Ese chico no era malo. Solo estaba luchando... de la manera equivocada. Igual que yo con lo que hice. Simplemente luché de forma equivocada.

Greg se puso el sombrero de nuevo y alcanzó su taza de té.

—Eso es lo que no entiendo de Jessica —dijo Riley—. No le veo ninguna lógica. Sé por qué hice lo que hice, y más o menos entiendo por qué ese chico me hizo esto, pero ¿cómo puede alguien matar a una madre inocente en su propia casa?

Greg asintió.

—He pensado en eso muchas veces a lo largo de los años, sobre los Ray y las cosas que hicieron.

—Tal vez esto es lo que es el mal —dijo Riley.

—Joder, te estás poniendo filosófico.

—Cuida de Ewan —dijo Riley—. Es un buen chico.

—Lo sé, es mi nieto.

—Sí, pero cuídale de verdad, tienes algo especial ahí.

—¿Y tú tienes a alguien, Riley...?

—Abuelo, estoy listo —dijo Ewan.

Greg y Riley se levantaron y se giraron para enfrentar a Ewan, que ahora llevaba su mochila. Ewan dio un paso adelante y abrazó a Riley.

—Por favor, cuida de mi padre —dijo Ewan.

—Tienes mi palabra.

Mientras se alejaban del camping, Greg miró por encima de los árboles. No podía evitar pensar en Reginald Ray, el asesino de niños.

Recordó las palabras de Riley: «*Ya terminó*».

Lo siento, Riley, pero se siente como cualquier cosa menos terminado.

16

Una furgoneta Ford Transit blanca apareció de la nada y Yorke dio un volantazo. Tras estabilizar su Lexus, tocó el claxon mientras aquel vetusto cajón con ruedas se hacía cada vez más pequeño en su espejo retrovisor. Contuvo el impulso de perseguir al cabrón y en su lugar llamó a Jake.

—¿Sí?

—Una furgoneta Ford Transit blanca casi me saca de la carretera.

—Mierda...

—¿Jake?

Yorke podía oír el chirrido de ruedas y más improperios de Jake a través del teléfono. —¿Jake?

—Estoy aquí. Mierda... ¿ha dicho una Ford Transit blanca? Sí, acabo de verla.

—¡Joder! Iba a pedirle que anotara la matrícula para localizar a ese lunático más tarde. ¡No puedo creer lo cerca que está!

—Le dije que estaba mejorando al volante, señor. ¿Quiere que la persiga?

—No, le quiero conmigo. Avisaré por radio.

Colgó y dio el aviso sobre la furgoneta. Algunos agentes locales intentarían detenerla.

Condujo a través de los tres círculos de piedra que rodeaban el pueblo de Avebury. Había visitado este monumento neolítico de piedra tres semanas antes con Patricia. Aunque no tan famoso como Stonehenge, Avebury Henge podía presumir de ser el círculo de

piedra más grande del mundo. Patricia y Yorke habían pasado el día escuchando a un guía hablar tanto de su historia como de su importancia religiosa para los paganos contemporáneos. Lo habían rematado con una noche en un bed and breakfast local que probablemente fue aún más memorable.

Sus ojos se abrieron como platos cuando, delante, a su izquierda, vio una densa columna de humo flotando sobre el centro del pueblo. Siguió las indicaciones del navegador hacia el código postal que Jake le había enviado por mensaje, dándose cuenta de que se acercaba cada vez más a aquella nube negra. Al girar hacia la calle donde se encontraba la casa de vacaciones de Preston, se vio obligado a reconocer que la fuente del humo definitivamente estaba allí y probablemente no era una coincidencia.

Una pequeña multitud ya se congregaba alrededor de una valla de estacas donde las plumas negras como el carbón se elevaban hacia el cielo. Un rápido vistazo al navegador confirmó que efectivamente se trataba de la casa de vacaciones de Preston.

Pisó el freno, saltó del coche y se sumergió entre la masa de residentes. Inmediatamente le asaltó un olor parecido al de cerdo asado.

—Policía, déjenme pasar. —La multitud obedeció y empezó a dispersarse para que Yorke pudiera llegar hasta la valla y ver.

Una gran cesta de mimbre en llamas se encontraba en el centro del jardín con el aire ondulando a su alrededor. Yorke tragó saliva. Una ráfaga de viento hizo que el lateral de la caja brillara rojo como un ojo ardiente.

Saltó la valla mientras oía a Jake llamándole desde atrás. —¿Señor?

Al principio, Yorke se movió lentamente, sin estar seguro de qué había dentro o incluso detrás de la caja. Miró hacia la puerta de la casa, que se abría y cerraba con el viento.

—¡Maldita sea, espere! —Jake se situó a su lado, sin aliento—. ¿No lo huele?

—Sí. —Yorke señaló hacia la puerta trasera abierta—. Necesitamos agua, rápido.

—Pero podría haber alguien dentro.

—¿Recuerda esa furgoneta Ford Transit blanca?

—Mierda, ¿cree que era Preston?

—No —dijo Yorke—, no lo creo. Pero espero equivocarme.

Jake se volvió hacia la multitud reunida. —Policía, necesitamos agua.

—Aquí —dijo una mujer, sosteniendo en alto un pequeño extintor junto a la valla.

Jake se movió para cogerlo, pero el ojo ardiente no esperó más. El lateral de la caja se abrió como un capullo hinchado y su retorcida criatura nonata se derramó sobre la hierba. Un jadeo se elevó entre la multitud congregada.

Jake roció la caja con el extintor antes de que Yorke avanzara, protegiendo sus ojos del humo que se elevaba desde los restos carbonizados. Al haber estado plegada dentro de la caja, la desafortunada víctima había adoptado la posición de un feto. Sus labios se habían derretido, dejando al descubierto unos dientes apretados; el líquido goteaba de los ojos reventados y brillaba en las mejillas.

Jake se unió a él, tapándose la boca con la mano. —Joder.

—Dios mío, ¿es Robert Preston? —dijo Yorke, cubriéndose la boca con la mano.

Partes del cuerpo aún brillaban, y pequeñas llamas todavía bailaban sobre los vaqueros que se habían fundido con sus piernas.

Solo tomó dos minutos revisar la pequeña casa; como estaba previsto, estaba vacía. De vuelta afuera, su teléfono empezó a sonar. Respondió con los ojos fijos en los restos medio cremados, —¿Iain?

—Increíble, señor, llevaba dos minutos de vuelta cuando recibí la llamada.

—¿Qué llamada?

—La madre de Jessica, Karen... ha muerto.

—Lo siento.

—Yo no, usted vio el estado en que estaba.

—Mira... no puedo hablar ahora mismo, Iain. Dame veinte minutos.

—¿Le ha encontrado? ¿A Preston?

Yorke miró el cuerpo. —No lo sé... no exactamente. Veinte minutos, te lo prometo, Iain.

—De acuerdo.

Avanzó y saltó la valla, notando que la mujer que le había dado el extintor a Jake estaba vomitando.

Miró hacia la nube negra que colgaba como un globo lleno de alquitrán sobre la multitud. A lo lejos, podía ver el B&B donde, solo unas semanas antes, había estado haciendo el amor con Patricia.

17

Lacey Ray contemplaba el cuerpo de la joven mientras se mordía el labio inferior. El hecho de que le hubieran hundido la cabeza con un cenicero de jade no le molestaba demasiado, pero que estuviera muerta sí le molestaba. Le molestaba muchísimo.

—Billy, Billy, Billy... —dijo—. ¿Qué has hecho, Billy?

Pero Billy Shine no estaba allí para responder. Hacía tiempo que se había marchado. Lacey volvió a morderse el labio inferior y saboreó la sangre.

Puedes correr, Billy, pero no puedes esconderte.

Lacey miró por la ventana del dormitorio el muelle de Brighton, resplandeciente bajo 67.000 bombillas. Una cascada de luz y una mezcla de colores y emociones; todo ello fusionado en un pequeño espacio. Elevó la mirada hacia la luna. La luz suprema, dominándolo todo. Sonrió y se volvió para mirar el cuerpo.

¿Cuántas veces la golpeaste, Billy?

Apenas podía reconocer a la chica con la que había pasado los últimos tres meses. Loretta Marks, de diecisiete años. Una chica de una familia problemática, igual que ella. Una chica sensible que se preocupaba demasiado, a diferencia de ella. Una chica estúpida que hizo una broma sobre la impotencia de Billy y perdió su joven vida.

Lacey se acercó a la cama y cogió su pequeña mano.

—¿Por qué no me escuchaste? ¿Por qué no te mantuviste callada?

Tenía un plan. No sabías cuál era ese plan, cierto, pero parecías confiar en mí. Pero ahora, sensible y estúpida Loretta Marks de una familia problemática, te has ido.

La puerta del dormitorio se abrió y Claire Murray entró en la habitación. La mano de Claire voló hacia su boca.

—No grites —dijo Lacey—, no si quieres marcharte antes de que llegue la policía.

Claire empezó a llorar.

—¿Está...?

—Sí. Billy se pasó de la raya, como sabíamos que haría.

Lacey rodeó la cama para abrazar a Claire.

—Dijiste que lo ibas a detener —dijo Claire, dejando que su cabeza descansara en el hombro de Lacey.

—Lo haré.

—Pero es demasiado tarde.

—Más vale tarde que nunca.

Con Claire sentada junto al cuerpo de Loretta sollozando, Lacey deambuló por la habitación, examinando las pertenencias de Billy: collares, pendientes y otras joyas hechas de concha, turquesa, jade y oro.

Eres un bicho raro, Billy.

Abrió un cajón y sacó un tocado de plumas y una máscara rojiza.

El más raro de todos.

Lo sostuvo en alto para que Claire lo viera.

—Recuerdo cuando llegamos aquí por primera vez y él la llevaba puesta —dijo Claire—. Entonces me pareció gracioso, pero después no. No cuando... ya sabes... lo hacíamos mientras él la llevaba puesta.

—Te diré algo, Claire, si te hace sentir mejor, haré que ese bicho la lleve puesta mientras lo mato.

LACEY ENVIÓ a Claire a hacer su equipaje y fue clara en sus instrucciones de que debía eliminar cualquier rastro suyo del lugar. Claire podía empezar de nuevo. Sería más difícil para Lacey; la policía tenía su ADN y sus huellas dactilares registradas. Sí, Claire podía huir fácilmente. Lacey no.

Pero ¿cuándo he optado yo por lo fácil?

Se sentó en la cama junto al cuerpo de Loretta y llamó a Simon Young.

En lugar de hola, Simon respondió con:

—¿Es un móvil desechable?

—Por supuesto. Soy Sarah May. Una de las tres chicas que tienes trabajando para Billy Shine.

—Sé quién eres.

Claro que sabe quién soy, pensó Lacey, *este es uno de los mayores contratos que este proxeneta ha tenido jamás. Un año entero, pagado en cuatro plazos. Hora de dar algunas malas noticias, Simon.*

—Dimito.

Él resopló.

—No puedes dimitir, joder.

Ella le devolvió el resoplido.

—Qué curioso, porque acabo de hacerlo.

—¿Con quién cojones te crees que estás hablando, Sarah?

—Ese no es mi nombre. Nunca lo fue. No tienes derecho a saber mi nombre real, Simon. De hecho, no tienes derecho a mucho.

—¿No te das cuenta de lo bien que se te ha pagado?

Miró su costoso reloj y sus zapatos.

—El trabajo ha terminado, Simon. Billy se ha ido, y te ha dejado un pequeño regalo.

—¿Qué ha pasado?

—Digamos que no tendrás que preocuparte de que Loretta dimita. Aunque quizás quieras pensar en los costes del funeral.

—No lo entiendo...

—Deja que la policía se preocupe de...

—Espera, un momento, nada de policía.

—Demasiado tarde —dijo, bajando la mano para acariciar el rostro de Loretta—. Esta chica tan guapa no va a acabar en un tanque de tu ácido, Simon, va a volver a casa. Su abuela fue buena con ella. La única persona que fue buena con ella. Su abuela volverá a verla.

—¡Por el amor de Dios, haz lo que se te ordena, maldita sea!

—Entiendo que estés alterado. Nueve meses más del dinero de Billy habrían sido un gran pago, sumado al hecho de que podrían rastrear a Loretta hasta ti. Lo comprendo. Pero si vuelves a gritarme, Simon, puede que me vea obligada a cambiar mi agenda.

—¿Tu agenda?

—Sí, de momento solo hay una persona en ella. —Volvió a acariciar el rostro de Loretta—. Y si quieres que siga así, agradecería un "gracias por tus servicios, Sarah, buena suerte en tus futuros proyectos".

—Estás jodidamente loca.

—Me lo han dicho antes, pero nunca lo creí realmente. De hecho, ¿por qué perder el tiempo? Podría simplemente dejar este móvil desechable junto a su cuerpo...

—¿Qué?

—Gracias... por... tus... servicios... Sarah —dijo Lacey, enfatizando cada palabra.

Hubo una larga pausa.

—Tres segundos —dijo Lacey—. Uno... dos...

Él la interrumpió con las palabras que ella había solicitado.

—Buen chico, dudo mucho que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Así que, recuerda siempre tratar a tus empleados como te gustaría que te trataran a ti.

—¿El móvil?

—Me lo pensaré. —Colgó.

LACEY MIRÓ LA HORA. Aunque no lo necesitaba. Siempre había tiempo para la Habitación Azul.

Adoptó la posición del loto junto al cuerpo de Loretta y, con una respiración rítmica, se transportó allí.

Había dominado verdaderamente el descenso a lo largo de los años y la profundidad a la que se aventuró hoy la asombró aún más. Aunque congelaba todo a su alrededor, no hacía frío en el sentido tradicional; y aunque era un espacio hueco, ciertamente no estaba vacío.

Era la esencia de todo lo que ella era.

Loretta había desaparecido, reemplazada por Billy Shine dormido, con su tocado, su máscara y una capa, sin nada más.

En su mano sostenía un bisturí quirúrgico. Lo deslizó suavemente sobre su pecho desnudo y luego sobre su torso. Él se removió pero no despertó. Acarició sus genitales con la punta de la hoja y sonrió.

Sus ojos se abrieron.

El bisturí cortó la arteria femoral de Billy con tanta facilidad y rapidez que no quedó rastro de sangre en él para que Lacey lo limpiara.

Él se incorporó y extendió su brazo hacia Lacey, quien retrocedió rápidamente, esquivándolo. Entonces miró hacia abajo, a la sangre que brotaba de su muslo y se acumulaba a su alrededor.

—Será rápido —dijo Lacey—, pero debería haber tiempo suficiente para que reflexiones sobre lo que le hiciste a Loretta.

Billy estiró el brazo y hundió una mano en el charco creciente. —No...

—Recuéstate, Billy, relájate ahora.

Él la miró. Ella no podía verle palidecer, porque el azul lo ocultaba, pero podía ver cómo los músculos de su rostro comenzaban a aflojarse.

También le costaba hablar ahora. Se recostó en la almohada y su respiración empezó a hacerse más superficial.

—No tienes toda la eternidad, Billy. Nadie la tiene. Excepto en este lugar. Mi lugar. Pero tú eres un simple visitante y es hora de marcharse...

Fue arrancada de la Habitación Azul bruscamente.

Demasiado bruscamente.

Abrió los ojos al color pleno, y se dio cuenta de que estaba a horcajadas sobre Claire con las manos alrededor de su cuello. El rostro de Claire se tornaba grisáceo, su lengua sobresalía y sus ojos se apagaban. Lacey retiró las manos de golpe. *¿Demasiado tarde?*

Claire tomó una enorme bocanada de aire.

Era la primera vez que Lacey había sido arrancada tan dramáticamente de la Habitación Azul, y tomó nota mental para asegurarse de que nunca volviera a ocurrir.

Lacey encontró la dirección de la madre de Billy en el cajón de su mesita de noche. Allí guardaba las cartas de ella; todas venían con la dirección del remitente en el reverso de los sobres. Lacey no se molestó en leer las cartas. ¿Para qué? Una irrelevancia. Billy no estaría mucho tiempo en este mundo.

Lo más interesante era dónde vivía ella.

Tidworth en Wiltshire. No lejos de Salisbury.

Lacey volvía a casa.

18

Avebury se tomaba un día de descanso como principal atracción turística para convertirse en una importante escena del crimen. Se había despejado de espectadores y una línea de cinta azul y blanca rodeaba la valla y la entrada a la casita. En lugar del agente Sean Tyler, que estaba trabajando estrechamente con la comisaría local para intentar determinar el paradero de la furgoneta Ford Transit blanca que había huido, la detective Collette Willows registraba diligentemente los nombres.

El espeso humo del cadáver carbonizado seguía flotando en el aire, y se habían instalado algunas luces para iluminar los restos. Yorke observaba cómo Patricia manipulaba el cuerpo, mientras se sentía increíblemente culpable por haberse sentido incómodo con ella antes en la sala de incidencias. Puede que ella no mostrara que le importaba, pero le importaba. Profundamente. Separaba la ciencia de la emoción. Era su trabajo. Y él se había equivocado al sentir resentimiento por ello.

Gardner estaba junto a él.

—¿Qué está pasando?

—Estamos tratando con alguien muy malo —dijo Yorke.

—No dormí anoche, me quedé en la cama con Annabelle hasta la reunión.

—¿Cómo está?

—Bien, aunque no le vendría mal que su padrino la visitara más a menudo.

—Invitación aceptada —hizo una pausa—. Mantenla cerca, Emma. Y mantenlo separado. No te lleves nunca, jamás, esto a casa.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Topham se acercó desde la imponente furgoneta negra de incidencias graves.

—Me encantaba venir aquí de niño.

Yorke estuvo a punto de decirle que él mismo había estado aquí de vacaciones hacía solo unas semanas, pero se contuvo. No era relevante ahora mismo.

—¿Ha hablado ya con la doctora Wileman, jefe? —dijo Topham.

—Está esperando a que le envíen los registros dentales. Pero es Preston, sin duda. Sus cosas están por toda la casa, incluidas sus fotografías. No sé qué hacía en casa de Jessica, pero vio al asesino. Quien fuera debió darse cuenta, lo encontró y luego hizo esto.

Jake se acercó.

—Menudo desastre ha hecho este cabrón con él.

—Si necesitas tiempo, Jake, lo entendería.

—No, estoy bien. Es repugnante, no cabe duda, pero no me siento como antes.

Probablemente porque no te recuerda a tu propia mujer, de la misma manera que Jessica lo hizo antes, pensó Yorke, pero no lo mencionó.

Lance Reynolds salió de la casa y se acercó al grupo de detectives; su cámara le golpeaba contra el pecho.

—Hubo una pelea en el salón. Un rastro de fotografías, marcas en la alfombra, y el patrón en la escarcha del césped aquí fuera sugiere que la víctima fue arrastrada antes de ser colocada en la cesta.

—¿Algún rastro de sangre en la casa? —preguntó Yorke.

—Ninguno. Lo arrastraron hasta aquí y lo ejecutaron.

—¿Huellas de pisadas?

—Lo estamos intentando, pero el suelo está duro como una roca en esta época del año. Hemos recogido huellas dactilares y fibras, y nos pondremos con ello lo antes posible; esperemos tener más suerte que en la escena anterior.

Yorke se giró hacia Jake.

—Coge un equipo de agentes, sargento detective Pettman, e interroga a todo el mundo. Había suficientes espectadores y los residentes están más estrechamente relacionados de lo que estaban en casa de Jessica; estoy seguro de que conseguirás algo.

Andrew Waites, el encargado de las pruebas, se acercó sosteniendo una bolsa de plástico con una fotografía dentro.

—Pensé que esto podría interesarle.

Yorke miró lo que en realidad resultó ser un colorido dibujo de un hombre de dibujos animados, más que una fotografía. Parecía una pintura rupestre o algo que podrías ver bordado en un tapiz. Un hombre danzante vestido con muchos colores. Yorke entrecerró los ojos. En una mano, el hombre sostenía un arco; y en la otra, una cesta.

—Estaba mezclado con las fotografías esparcidas por toda la casa —dijo Waites.

—¿De Preston? —dijo Gardner.

Yorke se quedó mirando un momento. Revisó la naturaleza de la muerte de Jessica.

—No —dijo finalmente—. Ha cometido su primer error.

—¿Lo dejó caer? —dijo Topham.

—Sí. Necesitamos un experto. Necesitamos saber de qué va este dibujo.

19

La sangre y la carne troceada nunca habían molestado realmente a Tezcacoatl. Después de todo, solo era alimento para la tierra. Los gritos, en cambio, le estaban costando mucho más acostumbrarse.

En consecuencia, uno o dos minutos de evasión tras los gritos de anoche y los de hoy eran bienvenidos, y el tiempo pasado con Matlalihuitl, su preciosa pluma azul verdosa, era la evasión más agradable de todas.

Detrás de él, el gran fuego comenzó a danzar más alto en su hogar revestido de piedra, como si alardeara de su honorable posición justo en el centro de la casa. El fuego tenía muchos propósitos: calentaba a Tezcacoatl, iluminaba el pasillo ahora que estaba oscuro, cocinaba su cena y le proporcionaba un truco visual. El reflejo de las llamas en la pecera de cristal hacía que el interior pareciera una ciudad en llamas en lugar del pretendido fondo marino.

En el tanque, Matlalihuitl había enroscado sus ocho brazos sobre una gran roca mientras su cabeza bulbosa descansaba sobre una roca más pequeña, una posición fácil para reclinarse sin la carga de un esqueleto. Aunque era difícil distinguirlo en el resplandor ámbar fluctuante que las llamas daban al tanque, su querido pulpo era amarillo con anillos marrón oscuro. En modo camuflaje.

Se podría perdonar a un observador que pensara que la criatura marina inmóvil estaba muerta, ardiendo mientras las llamas lamían su cuerpo sin huesos. Solo por su terquedad a convertirse en polvo,

el observador finalmente se daría cuenta de que había sido engañado y que la criatura en realidad estaba durmiendo.

Tezcacoatl golpeó suavemente el cristal y su criatura se agitó.

No había sentido emoción desde hacía mucho tiempo, pero la próxima exhibición de poder de Matlalihuitl, la ferocidad y la eficiencia con que atacaría, le interesaban.

Abrió su mano derecha y miró hacia abajo a un tubo de plástico. Dentro del tubo había un mechón de pelo castaño, la voluntad y determinación de Preston, arrebatadas precisamente en el momento adecuado para facilitar lo que necesitaba hacer.

En su otra mano, sentía los cangrejos luchando en la bolsa de cuero. Había más de lo habitual. Matlalihuitl lo había hecho bien estos últimos días y merecía su recompensa.

Desenroscó sus brazos cubiertos de ventosas uno a uno, cada estiramiento intensificaba el color amarillo de su piel. Con su cabeza gomosa rebotando en el fondo arenoso, se apresuró hacia adelante, levantando nubes de arena tras de sí antes de elevarse.

Tezcacoatl levantó un pequeño panel en la parte superior del tanque y sacudió los cangrejos, notando que sus manos estaban más pálidas de lo habitual. Mientras la ofrenda ámbar se hundía hasta el suelo, Tezcacoatl observaba las llamas reflejadas bailar y sus pensamientos se volvieron hacia Teyolia, el fuego divino. La fuerza misma dentro del corazón que anima, da forma y vigoriza. Tres corazones separados latían dentro de su amado pulpo. Dos servían a las branquias, y el otro a su hermoso cuerpo. *Tres corazones, mi preciosa pluma azul verdosa*, pensó, *¡cómo resplandeces!*

Los anillos marrones que cubrían a Matlalihuitl explotaron en un azul brillante. Se lanzó hacia adelante, y los cangrejos se dispersaron, pero el pulpo ya había tirado de sus ocho brazos como arañas hacia adelante formando una garra para atrapar a su primera víctima. Una tormenta de arena se elevó mientras los cangrejos huían a todas partes menos hacia la libertad y Matlalihuitl envolvía a su presa. Cada espasmo y destello de su cuerpo aceitoso era una señal de que su pico estaba profundizando cada vez más.

Tezcacoatl olió a quemado. Se inclinó, se puso el guante de cocina que tenía a los pies y se giró para sacar la parrilla del hogar. Inmediatamente, sintió el calor a través del guante, por lo que la dejó caer rápidamente sobre la bandeja resistente al calor junto al hogar.

Miró la carne ennegrecida. Con la atención en otra parte, no se había dado cuenta de que las llamas se habían elevado demasiado y habían quemado la carne de Jessica.

La discusión de la pareja de al lado penetraba las paredes finas como el papel. Era una distracción, por decirlo suavemente. Recordando los gritos de Jessica y Preston, Tezcacoatl apartó su plato medio lleno.

Mientras masticaba el trozo de carne quemada que aún tenía en la boca, e intentaba ignorar los gritos e insultos, examinó su mano pálida. La piel de alabastro no era sorprendente después de veinticuatro horas de ayuno. Debería haber tomado más de sus suplementos. Tragó, sabiendo que el hierro de la carne pronto actuaría sobre su piel pálida.

La discusión de al lado continuaba. Durante las últimas semanas, la relación había empeorado. Siempre habían discutido regularmente, pero siempre se reconciliaban y volvían a disfrutar de la compañía del otro. Tezcacoatl también había escuchado algunos de esos momentos más íntimos. Oír ambas partes era algo bueno. El placer y el dolor estaban inextricablemente unidos, y Tezcacoatl tenía derecho a experimentar ambos. Sin embargo, últimamente, las discusiones habían tomado el control y se prolongaban, a veces durante horas, a veces días.

Se recostó en el Ipcalli, apoyando su cabeza cansada en el respaldo alto, y admiró su cocina. Había tanto color. Colores oscuros. Paredes azules, superficies negras, utensilios de cocina morados y platos rojos. Se sentía a gusto. La blancura a veces le hacía sentirse vacío.

En su mesa negra, junto a un plato rojo con carne ennegrecida, había un televisor portátil. La pantalla mostraba una tragedia. Vientres hinchados y rostros descoloridos. Niños africanos hambrientos desvaneciéndose hasta la nada. Aumentar el volumen parecía intensificar el hedor a descomposición y el calor asfixiante, más que solo el sonido de la desesperación. Una reportera describía la gran sequía que había azotado a este pueblo, antes de que la imagen cambiara para mostrar las lluvias cayendo sobre el pueblo. Tezcacoatl se inclinó hacia adelante en su Ipcalli. Contra todas las predicciones, había llegado la lluvia. Los aldeanos que tenían energía estaban admirando la lluvia. Algunos incluso bailaban.

Después de apagar el televisor, notó que la discusión había cesado.

Acercó hacia sí la fotografía de una mujer joven que estaba junto a su plato. Gillian Arnold había estado en el cementerio visitando la tumba de su padre cuando él tomó esta foto. Con su dedo trazó la tristeza que arrugaba las comisuras de sus ojos.

20

Mientras viajaban por la M1 hacia Leeds, Ewan miraba por la ventanilla el tráfico del otro carril, preguntándose si alguna de aquellas personas había experimentado el mismo sinsentido que él sentía ahora. Y, si así había sido, ¿cómo habían afrontado ese repentino vacío interior? ¿Habían huido, como estaba haciendo él ahora, o habían mantenido la compostura?

—Me gustaría que guardaras a Freddy —dijo su abuelo—, al menos mientras conduzco, ¿sabes?

Ewan le acarició el lomo. —¿Por qué? No va a hacer nada.

—Aun así... una serpiente, una autopista... No es una buena combinación.

Ewan suspiró y metió la serpiente en la mochila. —Nos vemos para la cena, Freds.

—En fin, ¿cómo lo llevas, chaval? ¿Sigues con ganas de ese helado?

—No realmente —dijo Ewan—. ¿Crees que atraparán a quien le hizo esto a mamá?

—Por supuesto. Pero no tienes que preocuparte por eso. No ahora mismo.

—Bueno, ¿de qué se supone que debo preocuparme?

Su abuelo hizo una pausa buscando una respuesta. —Bueno... tienes que pensar en cómo vas a hacerle compañía a este viejo durante los próximos días.

—¿Tienes una Xbox?

—Ahí no puedo ayudarte.

—¿Podríamos ir a correr?

—Ya sabes que mi artritis está mal.

—¡Entonces lo vamos a tener difícil!

—Hace más de un año que no ves mi colección de DVD, Ewan. Estaremos bien.

El teléfono de su abuelo empezó a sonar y contestó pulsando un botón en el salpicadero. La voz de su padre salió por el altavoz. —¿Todo bien?

—Bien —dijo su abuelo.

—Genial —dijo Ewan.

—Mierda... ¿cómo decir esto?

—¿Decir qué? —dijo Ewan—. Y no digas palabrotas.

—Lo siento, Ewan, por darte más noticias como esta, pero tu abuela ha fallecido esta mañana.

Su abuelo puso el intermitente para salir en la próxima salida.

—Lo siento, Ewan... por todo.

—No es culpa tuya. —Pero Ewan sabía que su padre no lo creería —. Quizás debería volver.

—También lo siento por eso, Ewan, pero tienes que confiar en mí. En cuanto llegues a casa del abuelo, llámame. Tengo que ir a la residencia.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, Ewan. Y a ti también, papá.

—Te quiero, hijo.

Ewan miró por la ventanilla los coches que pasaban de nuevo.

Huyendo, pensó.

Eso es todo lo que es esto.

21

Tras investigar en internet, habían identificado la extraña imagen colorida de la escena del crimen como la representación de una deidad azteca. Así que, frente a Yorke, Topham y Gardner, se sentaba Gary Utter, graduado en estudios mesoamericanos. A pesar de su apariencia estudiosa con una perfecta raya al lado, gafas caras y una camisa abotonada, aportaba un toque especial a su imagen con una oreja completamente forrada de piercings. Yorke temía que Topham, eterno enemigo de la sutileza, preguntara directamente cómo era posible encajar tantos aros en un espacio tan pequeño.

—Lamento que no podamos ser más detallados —continuó Yorke —. Creemos que la persona que buscamos dejó caer accidentalmente esta imagen, y realmente necesitamos saber qué es.

Empujó la imagen encontrada en la casa de vacaciones de los padres de Preston a través de la mesa y luego abrió su cuaderno para comenzar a tomar notas.

Utter no tardó mucho en responder.

—Es una imagen de Tezcatlipoca, el Señor del Espejo Humeante.

Yorke miró a Topham, prediciendo, y acertando, que tendría las cejas levantadas.

Utter continuó:

—Es una deidad azteca. De hecho, una de las más importantes. Es el dios del destino.

—Vale, entonces ¿qué significa para usted que la persona que buscamos tuviera esta imagen en particular? —dijo Yorke.

Utter parecía confundido.

—Realmente no significa nada. He visto la imagen miles de veces, como muchos de los otros estudiantes del mismo curso. Es una deidad azteca popular.

—Bien —dijo Yorke—, cuénteme más sobre él.

—Tiene un jaguar como espíritu acompañante. También está asociado con el liderazgo y a menudo aparece en discursos y oraciones de coronación. ¿Eso ayuda?

No demasiado, pensó Yorke.

—¿La gente todavía adora a esta deidad? —dijo Topham.

—Sí, y a otros dioses también, por supuesto.

—¿Tú lo haces? —dijo Topham.

Utter pareció desconcertado por la pregunta.

—¿Es eso relevante ahora mismo? Creía que estabais pidiéndome ayuda.

—Por supuesto —dijo Yorke, mirando fijamente a Topham—. Ignore esa pregunta. Estando en Inglaterra, lejos de México, todos estamos un poco oxidados en historia azteca. ¿Como puede ver? Quizás pueda informarnos sobre algo más de los antecedentes.

Utter asintió y continuó.

22

Tezcacoatl abrió los ojos de golpe cuando el primer rayo de luz tocó la ventana de su dormitorio. Se incorporó sobre la estera, giró la cabeza y contempló el sol naciente.

Nunca se lo perdía.

No solo le aseguraba a Tezcacoatl que los dioses seguían contentos, sino que también le recordaba a su madre, quien solía abrazarle en un banco en el exterior, con una manta envuelta alrededor para protegerle del frío. Recordaba recorrer con el dedo las cicatrices y los moratones en el rostro de ella mientras le contaba que esta primera luz señalaba un nuevo día, y un nuevo día era indicativo de esperanza.

Se tumbó de nuevo en su estera y, durante la siguiente hora, se prometió seguir trabajando para mantener viva la esperanza.

Después, desnudo, Tezcacoatl se levantó de la estera. La piel de gallina cubría su cuerpo. Atravesó hacia la habitación contigua para la oración matutina, extendiendo la mano para ajustar la espada de madera de un metro de largo en la pared. Tocó una de las ocho frías hojas de obsidiana pegadas en las ranuras a lo largo de los bordes. Contempló la correa que sobresalía por la parte inferior donde el guerrero aseguraría su mano. Los españoles habían quedado maravillados ante el Maquahuitl, que podía separar la cabeza de un caballo de su cuerpo de un solo golpe.

No podía ver, así que encendió las luces y un resplandor rojizo se asentó sobre la habitación. Las ventanas estaban cubiertas con

sudarios negros que le proporcionaban una separación inmediata del mundo exterior. Tardó unos minutos en construir una pequeña hoguera de madera en la cuenca de piedra junto a su altar y, una vez que había avivado una luz natural, apagó la artificial. Se aseguró de que la rejilla estuviera en su sitio sobre la cuenca para evitar que cualquier chispa extraviada incendiara los tapices que había colgado en las paredes. Luego, calentó la pastilla de carbón para quemar el incienso.

Su mirada se dirigió a un gran cuadro de la ciudad insular de Tenochtitlán, la capital del Imperio Azteca, en la pared. Rico en color y detalle, a Tezcacoatl no le sorprendía en absoluto que los conquistadores españoles hubieran quedado estupefactos cuando llegaron en 1519. Ni en un millón de años habrían esperado encontrar semejante ejercicio de arquitectura en un lado tan inhóspito del mundo. A menudo se comparaba con Venecia, pero Tezcacoatl sentía que eso no hacía justicia a esta grandiosa expresión de las creencias aztecas.

El artista proporcionaba una vista aérea de Tenochtitlán. Largas calzadas se extendían desde la Gran Pirámide en el centro y conectaban la ciudad con el continente. Semejaba una cruz gigante que dividía la ciudad en cuartos simétricos. Tezcacoatl trazó con su dedo la calzada sur. Era la ruta por la que los españoles entraron por primera vez a Tenochtitlán. Luego recorrió la calzada oeste donde faltaban cuatro de los ocho puentes, por lo que los españoles habían usado un puente portátil para escapar de los aztecas después de una feroz batalla. Miles de guerreros se habían acercado a ellos en canoas y los habían masacrado con flechas, dardos y piedras. Fue un lugar de gran carnicería, pero los aztecas les habían permitido escapar. Un error. Cuando los españoles regresaron, el Imperio Azteca había caído.

Tezcacoatl recorrió con la vista los canales entrecruzados que permitían a la gente desplazarse en barca y daban a los guerreros acceso al lago Tetzcoco para luchar contra enemigos cercanos. Su atención se detuvo en las casas cuidadosamente dibujadas. Las pequeñas casas rectangulares con paredes de adobe y techos de paja para los macehualtin, las clases bajas, y las casas elevadas y

coloridas de los pipiltin, las clases altas, que a menudo constaban de varios edificios alrededor de un patio.

Extendió la mano para tocar el recinto sagrado en el corazón de la ciudad, donde se alzaba imponente la montañosa pirámide dual, el Gran Templo. Dos santuarios relucían a la luz del sol. Al sur, el santuario de Huitzilopochtli pintado de rojo, y al norte, el santuario de Tlaloc pintado de azul.

Debajo del cuadro había un poema de los 'Cantares Mexicanos', una colección de poemas en náhuatl del siglo XVI. Tezcacoatl leyó el poema en voz alta.

> *Tened esto presente, oh príncipes, no lo olvidéis. ¿Quién podría conquistar Tenochtitlán? ¿Quién podría sacudir los cimientos del cielo?*

Se volvió hacia su altar y se acercó a la estatua del Señor Tezcatlipoca, la deidad a la que servía por encima de todas las demás, pronunciando Sus muchos títulos en náhuatl: —Gobernante del Norte... el Reino de la Oscuridad... Señor del Espejo Humeante...

La estatua estaba tallada en obsidiana y mostraba al Señor Tezcatlipoca de perfil. Tenía dos lanzas preparadas en una mano y un lanzadardos en la otra. Un tocado de plumas de águila erguidas lo conectaba con el sol y mostraba que estaba preparado para la caza y la guerra. —Señor de lo Cercano y de la Noche...

El olor a copal era lo suficientemente fuerte como para comenzar. Aspiró profundamente por la nariz. De un tepetlacalli en el altar —una caja de piedra que representaba una serpiente de fuego— tomó una espina de maguey. Sujetó el extremo de su pene y atravesó con la punta de la espina una vieja costra en su prepucio, y con las yemas de los dedos hizo brotar algunas gotas de sangre en un cuenco de jade.

23

Reunión matutina. La atmósfera en la sala era tan densa que parecía que te movías a través de alquitrán. La investigación puerta a puerta alrededor de la casa de los padres de Preston no había arrojado nada. Sí, se había visto la furgoneta blanca, e incluso aparecía en un par de imágenes de CCTV en varios lugares mientras se alejaba (casi acabando con las vidas de Jake y Yorke en el proceso). Sin embargo, el cabrón había dejado que las matrículas se deterioraran bajo la llovizna invernal, y era prácticamente imposible identificarla. Cierto era que el cuerpo de Preston había sido identificado mediante registros dentales, pero el ADN del asesino y las pruebas de que hubiera estado allí —asumiendo que fuera un *él* — eran prácticamente inexistentes. Solo esa imagen. La imagen de una deidad azteca llamada Tezcatlipoca.

Al menos la pizarra que cubría toda la pared derecha de la sala se iba llenando a un ritmo increíble —ayudaba a disimular lo lento que avanzaba realmente la "Operación Restaurar". Gardner había hecho un trabajo fantástico, pero cuando los cadáveres se acumulan más rápido que las pistas, sabes que estás en apuros. Se había utilizado tinta permanente para marcar la pizarra con información, porque la sala solía estar abarrotada y un simple roce de hombro podía borrar un dato importante.

Gardner había colocado una foto de Jessica, joven y feliz, en la parte superior. Proporcionaba un punto focal para todos cuando se hartaban de mirar la foto de sus restos, justo debajo. A su alrededor

había nombres e imágenes de amigos, familiares, compañeros de trabajo, todos acompañados de pequeños datos. Nada negativo. Jessica había sido una persona amable, con sentido del humor y popular, y las pistas en esa dirección se estaban agotando.

¿Y Preston? Bueno, las respuestas sobre su existencia habían sido de todo menos positivas. Ni siquiera a su propia familia le caía bien. La abundancia de nombres que se extendían desde la foto de su cadáver estaba ocupando demasiado tiempo policial. Numerosas mujeres eran conscientes de su naturaleza depredadora y de que las "fotografiaba" cuando pensaba que estaban "distraídas". Definitivamente había muchas personas con motivos.

Para empeorar las cosas, Yorke no estaba en condiciones de trabajar. Varias botellas de Summer Lightning, horas de investigación en Google y un breve y agitado sueño sobre sacrificios aztecas a gran escala no eran la receta para un día productivo. También era consciente de la extrañeza de su siguiente tarea: informar al equipo sobre las creencias mesoamericanas. Miró sus notas.

Pero, ¿por qué no? Tenían muy poco más por donde tirar.

Comenzó repartiendo una fotocopia de la imagen de Tezcatlipoca dejada por el asesino y luego les expuso su conversación con Utter del día anterior. Lo mantuvo breve. Utter había sido minucioso, explicándoles la historia de la gran ciudad azteca de Tenochtitlan y cómo había evolucionado hasta convertirse en el lugar ahora conocido como Ciudad de México. Para ganarse a su audiencia, Yorke sabía que debía vincular todo lo que dijera con hechos concretos del caso.

—Bueno, todos sabemos que los aztecas sacrificaban seres humanos —dijo Yorke—. No estoy concluyendo que Jessica fuera sacrificada, pero hay algunas similitudes sorprendentes con los métodos que se han utilizado.

Mostró otra imagen que había encontrado en internet la noche anterior. No la miró otra vez. Realmente no necesitaba hacerlo porque había estado soñando con ella toda la noche.

—Este tipo de sacrificio se llama Tlacamictilztli. Disculpad la mala pronunciación. También lo he escrito debajo de la imagen.

En esta imagen, un hombre pequeño estaba boca arriba sobre una piedra, mientras un hombre alto con ojos saltones, casi el doble de su tamaño, le abría el pecho con un cuchillo que era casi tan grande como la pierna del hombre condenado. La sangre brotaba como un géiser de la abertura. El sacerdote, representado como una especie de personaje de dibujos animados, no mostraba emoción alguna en su rostro, tenía los dientes al descubierto y un copete que parecía tres serpientes levantadas.

Yorke notó que todos intercambiaban miradas. Incluso Jake y Gardner, lo que resultaba decepcionante. Continuó de todos modos. —Tlacamictilztli significa extracción del corazón. Esto es lo que le ocurrió a Jessica, aunque con métodos más modernos, y es la primera conexión que quiero establecer.

La mano de la agente Collette Willows se levantó y Yorke asintió.

—Obviamente sé sobre los sacrificios humanos, pero no realmente por qué lo hacían.

Yorke agradeció la curiosidad, aunque estuviera teñida de escepticismo.

—Bueno, los aztecas creían que los dioses se habían sacrificado para que ellos pudieran vivir, y que necesitaban continuar sacrificando para honrarlos.

Esperó a que Willows asintiera en señal de comprensión antes de continuar: —La otra conexión que quiero destacar es la carne que falta de los muslos de Jessica. Después del sacrificio, los nobles aztecas consumían carne de las víctimas.

Antes de que las miradas comenzaran de nuevo, Yorke se puso de pie de un salto y caminó hacia la pizarra para señalar con el dedo la fotografía del cuerpo de Jessica.

—Así que tenemos un dibujo, posiblemente dejado por el asesino, de una deidad azteca. Tenemos un asesinato que se asemeja a un sacrificio azteca tradicional y tenemos la posibilidad de canibalismo, otro ritual azteca. Es una línea de investigación que vamos a seguir. Voy a traer a Utter de nuevo, más tarde hoy, para que nos ayude con la investigación. Su conocimiento sobre la investigación es limitado. Sin embargo, su conocimiento sobre los aztecas es todo menos limitado. Si tengo razón, que creo que la

tengo, podemos utilizarlo para perfilar al asesino. Por supuesto, se le concederá acceso a los detalles específicos del caso, pero firmará un acuerdo de confidencialidad. Las asignaciones están escritas en la pizarra. Continuaremos con las investigaciones existentes, incluida la red de personas descontentas de Preston, pero, además, he asignado a algunos agentes para investigar foros en línea. Muchas personas todavía practican esta religión, normalmente dentro de los límites de la ley. Pero contactaremos con todos estos foros para determinar si hay indicios de que su clientela vaya más allá. También he asignado miembros del equipo para revisar casos sin resolver en el Reino Unido que puedan tener indicios de sacrificios aztecas. Había métodos alternativos de sacrificio, así que están claramente detallados en las notas informativas de hoy.

Se disculpó para ir al baño. Se echó agua fría en la cara y miró sus ojos cansados. Ojos que habían pasado la noche sumergidos en imágenes impactantes. Jessica había muerto de una manera horrible, no había duda de ello, pero cuando consideraba la enorme cantidad de personas que habían muerto de esa misma manera, aunque fuera hace mucho tiempo, sintió que se le helaba la sangre.

80.400 humanos fueron sacrificados durante un período de cuatro días durante la reconsagración de la Gran Pirámide en 1487. Catorce sacrificios por minuto.

Fuera del aseo, Patricia le agarró y le abrazó. —Aquí no —dijo él, pero se sentía tan bien que fue incapaz de soltarse.

—No te preocupes, no viene nadie. He comprobado.

Yorke la besó y dio un paso atrás.

—Quiero verte esta noche —dijo ella.

—Puedes, pero no estaré para mucho. Apenas he dormido en dos noches.

—Aun así quiero verte.

—Y yo también quiero verte.

—A las ocho. Avísame si cambian tus planes.

—Lo haré. —Yorke se acercó para un último abrazo rápido.

Después de un par de horas más hablando con Utter, ampliando su conocimiento del imperio azteca y esperando que todo resultara relevante, se quedó mirando por la ventana de su despacho. Los días pasaban rápido en esta época del año, y el cielo ya se estaba oscureciendo. Los terrenos estaban helados, pero sin nieve, aunque se pronosticaba nieve para esa noche. Se estremeció al recordar la última vez que la nieve había sido intensa y había hecho aquel viaje a una granja de cerdos donde habían tenido lugar todo tipo de atrocidades...

Sonó su teléfono. Era Brookes. Sabía que era él incluso antes de mirar la pantalla.

Cómo anhelaba salir a correr ahora mismo. Una carrera que aplacara la ansiedad y adormeciera el temor.

—Hola, Iain.

—Sabe lo que voy a preguntarle, señor.

—Lo sé, Iain, porque ya me lo has preguntado tres veces. Y la respuesta sigue siendo la misma. Tenemos algo, ya sabes eso, y como dije antes, no puedo ser específico sobre qué es. Sé que es importante, pero no puedo darte lo que quieres. Y antes de que preguntes, no hay un plazo definido.

—Siempre queda su promesa.

—Y esa promesa sigue en pie.

Aunque me vendría bien dormir primero, pensó Yorke.

—¿Cómo está Bryan? —dijo Yorke.

—Está bien, pero ya podéis llevároslo. No necesito que me cuiden.

—Lo sé. Solo estamos cuidando de los nuestros, eso es todo, Iain.

—Bueno, ya no se necesita más cuidado. ¿Sabes? Anoche empezó a contarme cómo perdió a su propia esposa por cáncer.

—¿No ayuda hablar?

—Preferiría un cambio de tema.

—¿Y Ewan? ¿Has vuelto a saber de él?

—Está bien. Ahora en Leeds. Lejos de aquí. Preferiría que estuviera aún más lejos si pudiera. ¿Australia?

Yorke se rio. —Pronto terminará todo esto, y entonces podrá volver a casa.

—¿Sabes lo que pillé haciendo a ese imbécil, el Dr. Reiner, ayer cuando volví a Mary Chapman para firmar los formularios para el Dr. Page?

—No, no me lo has contado.

—Le pillé comiéndose un maldito sándwich justo al lado de mi suegra muerta. Perdí los nervios con él.

—¿No le pegaste?

—No, solo levanté la voz. Sin violencia. Todavía me estoy controlando, no te preocupes. Hay cada persona, ¿eh?

—Lo sé, Iain.

—¿Te parece bien si vuelvo a llamar más tarde?

—Puedes llamar tantas veces como quieras, ya lo sabes, pero la respuesta podría ser siempre la misma.

—Si no estuvieras trabajando, y yo no quisiera que trabajaras, probablemente esperaría que me invitaras a una copa.

—Suena bien. Dejémoslo pendiente.

—Gracias, señor.

—Adiós, Iain.

Volvió a mirar por la ventana y notó los primeros copos de nieve. El blanco le recordaba a los fantasmas.

Y de repente su cabeza se llenó de ellos.

Apagó su teléfono. *Solo durante cinco minutos.*

Cerró la puerta de su despacho con llave, se sentó en su silla y lloró.

Luego se quedó dormido con la cabeza sobre el escritorio.

24

Gardner abrió el cajón de su despacho y sacó un paquete vacío de Tic Tacs. Suspiró y empezó a rebuscar por si alguno se hubiera caído suelto. Sonó el teléfono.

—Hola, ¿es la inspectora Gardner?

—Sí, ¿con quién hablo, por favor?

—Inspector Jackson, de Brighton. Necesito cinco minutos si es posible.

—Por supuesto.

—Un caso que estamos investigando ha mostrado una conexión con ustedes en Wiltshire a través de una antigua orden de búsqueda. En realidad, estaba intentando hablar con el DCI Michael Yorke, pero lo he intentado un par de veces y solo he conseguido su buzón de voz. Su recepción me sugirió contactar con usted. Tiene relación con un caso antiguo que investigaron llamado "Operación Haystack".

Gardner se incorporó de golpe en su silla. —Sí, ¿qué ocurre?

—Una sospechosa para la que tenían una orden de búsqueda... ¿Lacey Ray?

—Así es. —Gardner podía sentir cómo se le aceleraba el pulso.

—Bueno, parece que la historia se repite, inspectora Gardner. Acabamos de emitir otra orden de búsqueda para ella.

Gardner ya estaba de pie.

La puerta se abrió y Jake apareció allí. Ella señaló el teléfono e intentó mantener una expresión tranquila. No quería revelar la

naturaleza de la llamada y alarmarlo. Al menos no hasta que tuviera los detalles. Jake levantó la mano para disculparse y cerró la puerta.

—¿Inspectora Gardner?

—Disculpe, estaba cerrando la puerta del despacho. Lacey Ray desapareció hace mucho tiempo después de aterrorizar a la mitad de la gente de la zona.

—Lo sé, tenemos todos los archivos aquí. Se la busca por asesinato en Southampton y Wiltshire. También utilizó el alias de Lucy Evans en Niza, Francia, durante dieciocho meses y se la busca en relación con un asesinato allí también. Parece que su ADN está circulando, por eso hemos emitido otra orden de búsqueda. Su ADN apareció en la escena de un crimen ayer.

Gardner tenía un sabor repugnante en la boca. Anhelaba el alivio en forma de menta. —¿Qué ocurrió?

—¿Está bien, inspectora Gardner?

—Sí... estoy bien. Es que me ha pillado por sorpresa. Casi habíamos perdido la esperanza de atraparla.

—Bueno, todavía no la hemos atrapado, desafortunadamente. El cuerpo de una prostituta llamada Loretta Marks fue encontrado ayer en una casa alquilada en Brighton. La habían golpeado hasta matarla, y solo tenía 19 años. El arma homicida también ha desaparecido.

Eso no suena a Lacey, pensó Gardner, *las mujeres vulnerables no son su modus operandi*.

—La casa estaba alquilada a nombre de un hombre llamado Billy Shine. ¿Le suena?

—No —dijo Gardner.

—Bueno, viene de cerca de su zona —¿Tidworth? Tiene 28 años y ha estado alquilando la casa aquí abajo durante los últimos tres meses. Sin ocupación conocida y tiene antecedentes por delitos menores. No estoy seguro de dónde sacaba el dinero porque el alquiler está bastante caro por aquí últimamente. Los vecinos han señalado que han visto a tres mujeres diferentes entrando y saliendo de la propiedad. Hay muchas huellas dactilares y ADN de estas tres mujeres y de Billy Shine. La única coincidencia que tenemos, aparte de Billy, es Lacey Ray.

Cada vez que Gardner oía el nombre, era como una descarga eléctrica recorriéndole la columna. —¿Qué cree que está pasando?

—Estamos trabajando sobre la hipótesis de que Shine estaba traficando con estas mujeres. Algo salió mal entre Loretta y, o bien Shine, un cliente, o potencialmente Lacey. Cuanto antes podamos dar con alguien involucrado en esta complicada situación, mejor. En cuanto se detectó a Lacey Ray, la información de su oficina apareció por todas las pantallas de nuestros ordenadores.

—Me lo imagino.

—Estoy seguro de que el sargento detective Jake Pettman va a estar preocupado por esto —ese expediente me hizo estremecer —dijo Jackson—. Soy el investigador principal en este caso, así que he tomado la decisión de enviarles toda la información ahora, para que puedan ayudarnos.

—Por supuesto.

—Si Billy Shine ha huido de vuelta hacia allí, necesitamos que lo detengan.

—Sin dudarlo —dijo Gardner.

—¿Tiene un bolígrafo? Aquí está la dirección de su madre en Tidworth.

25

Lacey había conocido a muchos monstruos en su vida, pero no recordaba haber conocido nunca a una de sus madres. Así que se sentó y observó a Hillary Shine, la madre del monstruo que quería encontrar y hacer que se desangrara hasta morir.

Lo que más le interesaba a Lacey era hasta qué punto la guarida había llegado a reflejar a su moradora. El techo estaba amarillento como la piel de Hillary, y el papel pintado, ahogado en humedad, se combaba como sus ojos. Los viejos radiadores hacían ruido al ritmo de su respiración jadeante, mientras que el hedor del alcohol regurgitado flotaba sobre el salón junto con la nube que ella estaba creando a base de fumar un cigarrillo tras otro.

A su lado en el viejo sofá, Lacey le cogió la mano y la sostuvo en su regazo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Billy, antes de hoy?

—¿Hoy? —dijo Hillary—. Yo nunca dije que lo hubiera visto hoy.

Lacey sonrió y le acarició la mano.

—Acabo de ir al baño, ¿recuerdas? No habrás sido tú quien ha dejado la tapa del váter levantada, ¿verdad?

Hillary soltó una carcajada y mostró sus dientes. Lacey pensó que una fotografía suya en ese momento bien podría encontrarse en un paquete de cigarrillos como advertencia sanitaria.

—Eres una chica lista.

—Gracias, Hillary. No voy a fingir que no me lo han dicho antes.

Hillary volvió a reír.

—¿Sabes? Me recuerdas a mí misma cuando tenía tu edad.

Lacey mantuvo la sonrisa, pensando, *por favor no digas eso, Hillary*.

—Entonces, ¿Billy te contó por qué había vuelto tan rápido?

—¡Pues claro que me lo contó! Soy su madre... me cuenta todo.

—¿Ah, sí? ¿Todo?

—Todo. ¡Estaba teniendo problemas con una chica joven llamada Sarah!

—¿De verdad? —Lacey sonrió de nuevo.

—¡Sí! Y necesitaba unos días para alejarse de todo.

—Con su madre, por supuesto —Lacey le acarició la mano otra vez—. Entonces, ¿adónde ha ido?

—A reunirse con Paul, su amigo, en su casa.

—¿Que está dónde?

Hillary le retiró la mano.

—¿Quién eres tú exactamente?

—Hillary —Lacey negó con la cabeza lentamente—. ¿No es obvio? Soy Sarah. Soy la mujer con la que tu chico está teniendo problemas.

Hillary parecía confundida.

—¿Y le has seguido hasta aquí?

—Vamos, Hillary, habrás oído esa expresión... ¿el infierno no conoce furia...?

Hillary sonrió.

—Como la de una mujer despechada. Solía decírselo mucho a John cuando todavía estaba aquí.

—Entonces —continuó Lacey—, ¿puedo conseguir la dirección de Paul? ¿Sorprenderle?

Hillary frunció el ceño.

—¿Sorprenderle? Tal vez debería llamarle primero...

—Pero eso estropearía la sorpresa, ¿no?

—Sí... ya veo... pero ¿y si no quiere verte?

—Déjame enseñarte algo, Hillary —Lacey sacó un collar de debajo de su blusa. Un anillo de plata colgaba del collar—. Él me lo dio.

Hillary lo cogió entre sus arrugadas manos.

—¿Él te dio esto?

—Lo hizo —dijo Lacey—, cuando me pidió que me casara con él.

Hillary rodeó a Lacey con sus brazos.

—Es una noticia increíble... ¿por qué no me lo contó? ¿Por qué no lo llevas en el dedo?

—Me gusta tenerlo aquí —Lacey se dio unos golpecitos en el pecho.

Había lágrimas en los ojos de Hillary.

—Entonces, Hillary, ¿puedo conseguir la dirección de Paul ahora, para poder ir a ver a mi prometido?

26

Yorke se incorporó de golpe cuando oyó que llamaban a la puerta de su despacho.

—¡Mierda! —*¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?*

Miró su teléfono y se dio cuenta de que lo había apagado antes. *¡Mierda!* Después de encenderlo de nuevo, miró su reloj. *¡Tres horas!*

Se frotó la cara, se arregló el pelo y abrió la puerta. Gardner y Jake estaban allí. Ambos parecían pálidos. En ese momento, recordó sus lágrimas de antes, así que dio un par de pasos atrás por si lo notaban en su rostro.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Ha vuelto —la voz de Jake temblaba al hablar.

—No lo sabemos con certeza —dijo Gardner.

—Ha vuelto. Lacey ha vuelto. Se lo estoy diciendo.

Gardner le explicó rápidamente su conversación con el Inspector Jackson de Brighton. Yorke también estaba pálido al final de la información.

—Jake, tiene que irse a casa.

Jake asintió.

—Literalmente acabo de enviar a Collette y Sean allí hace un momento.

—¿Sabe Sheila que van a ir?

—No —dijo Jake—. Serán discretos y esperarán fuera.

—Vaya a casa y hable con ella ahora.

Jake asintió.

—Emma, nosotros iremos a casa de Hillary Shine, a ver si sabe dónde está su hijo.

27

Según su difunto padre, Gillian Arnold tenía un gancho de izquierda formidable. Y él debía saberlo. Había pasado más de veinte años de su vida como boxeador semiprofesional. En lugar del tradicional choque de manos entre padre e hija, Ronald Arnold también apreciaba ese gancho de izquierda en la palma de su mano, aunque le escociera después.

Así que, cuando un hombre desaliñado salió disparado de la oscuridad, no fue sorprendente que lo enviara girando por los aires. Después de golpearse la cabeza contra una señal de la calle, quedó tendido de espaldas.

La nieve caía en espiral, cada vez con más fuerza y rapidez, empapando a Gillian, pero ella no sentía frío. ¿Quizás un repentino aumento de la presión arterial había ayudado con eso?

Una furgoneta Ford Transit blanca se detuvo junto al bordillo. El aspirante a atracador se estaba poniendo en pie. Vio sangre manchando su frente donde su cabeza había rebotado contra la señal de la calle.

La puerta de la furgoneta se abrió y emergió un hombre alto. El atracador, dándose cuenta de que el juego había terminado, echó a correr hacia Harnham Road en dirección al Rose and Crown, su lugar de trabajo, desde donde probablemente la había seguido.

—¿Está usted bien? —dijo el hombre.

Todavía no lo había visto bien. El resplandor de los faros lo reducía a una sombra imponente.

—No... creo que alguien ha intentado atracarme.

Emergió de las sombras con rapidez. —¿Qué ha ocurrido?

Ella notó que vestía bien, en contraste con la apariencia desaliñada de su furgoneta. Sus zapatos estaban lustrados.

—No estoy segura... solo iba de vuelta del trabajo y alguien se me acercó por detrás... rápidamente. Le golpeé.

—Es horrible. ¡Lo ha hecho muy bien! Lo ha dejado tirado de espaldas. Lo vi todo mientras me acercaba.

Ella se apoyó contra un muro de ladrillo a su espalda y respiró hondo varias veces.

—Tenemos que llevarla a la comisaría —dijo el hombre. Dio un par de pasos hacia ella.

—No —dijo Gillian—. No deje que interrumpa su noche.

—Bueno, para ser sincero —dijo, dando otro paso hacia ella—, mi noche ya ha terminado. Tenía una cita y la otra persona no ha aparecido.

Ahora estaba junto a ella. No era lo que esperaba. Sus ojos cansados se hundían demasiado en su rostro aguileño. Su piel era pálida, y esta falta de color se acentuaba por el pelo negro y largo, liso y cayéndole hasta los hombros. A pesar de esto, ella sentía una abrumadora sensación de gratitud hacia él.

—Los peligros de Tinder, supongo —continuó el hombre.

Ella sonrió. Fue forzado. Su cuerpo todavía temblaba ligeramente.

—Joe Shaw. —Extendió su mano.

Ella la estrechó. —Gillian Arnold. —Su mano estaba helada al tacto.

—Bueno, le daré varias razones, Gillian, por las que tiene que venir conmigo a la comisaría. Una, no voy a dejarla aquí para que ese hombre vuelva. Dos, necesita presentar una denuncia, para que no vuelva a suceder. Tres, hace frío aquí y a pesar del aspecto de la furgoneta, genera bastante calor.

Entonces, ¿por qué tienes la mano tan fría?, pensó.

—Bueno, quizás un taxi sería mejor...

—Por supuesto —dijo Joe—. ¿Le importa si la acompaño mientras espera?

Usando su móvil, mantuvo una conversación con una centralita de taxis. —¿Veinte minutos en una noche de martes? ¿En serio?

Colgó y miró a Gillian. —Falta de personal.

Ella asintió. La adrenalina comenzaba a disminuir ahora, y su chaqueta mojada empezaba a sentirse pesada y muy fría.

Intentó con otro. —Comunicando... probaré con otro.

—Espere, está bien —dijo Gillian—. Solo son cinco minutos en coche. Aceptaré su oferta.

Él pareció aliviado y le abrió la puerta de la furgoneta. Los asientos eran altos, así que ella dio un gran paso y se acomodó en el asiento. Él cerró la puerta, dio la vuelta por el otro lado y subió. Ella miró hacia atrás y vio que la parte trasera de la furgoneta estaba cerrada con madera contrachapada.

Mientras Joe arrancaba la furgoneta, ella dijo: —¿Qué guarda ahí detrás?

—Trabajo para una perrera, cerca de aquí. Esta es la furgoneta para transportar perros desde y hacia sus dueños. No se preocupe, Gillian, no hay ninguno ahí dentro ahora mismo.

—¿No serían mejores unas rejas?

—Tuve problemas con las rejas antes.

Gillian asintió. Esperaba que él elaborara más. Cuando no lo hizo, tuvo que conformarse con imaginarse una escena de la pata de un pastor alemán posándose en el hombro de Joe mientras este se incorporaba a una autopista.

Miró al espejo retrovisor que claramente él no podía usar. Un ambientador de pino verde colgaba de él.

Sonrió. —Gracias.

—No hay por qué darlas. Tome algo de azúcar, puede ayudar con los temblores.

Sacó una lata de limonada del portavasos y se la entregó. Ya estaba abierta, y una pajita subía y bajaba en el líquido.

Mientras Joe se desviaba de la carretera principal hacia la calle por la que el atracador había huido momentos antes, Gillian se llevó la pajita a los labios.

28

La nieve caía ahora más espesa mientras conducían hacia Tidworth. La acumulación en los bordes de las carreteras rurales aún no era tal que un cálculo erróneo pudiera hacerte perder el control, pero Yorke tenía cuidado de no aumentar demasiado la velocidad.

Miró a Gardner, que estaba escribiendo un mensaje, probablemente otra disculpa a su marido por otro inevitable retraso. Yorke suspiró y entonces se dio cuenta de que él también tenía disculpas que ofrecer.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Yorke.

—Vale, no escucharé.

Yorke sonrió. —Más te vale que no.

Llamó a Patricia por el manos libres y su voz retumbó. —Hola.

—Lo siento, Patricia, dejamos lo de esta noche para otro día.

—Ya lo había previsto. Por eso sigo de camino a tu casa para que no llegues a una cama vacía.

—Antes de que sigas detallando tus planes, estás en el manos libres y tengo a Emma conmigo.

Yorke miró a Gardner, que sonrió.

—¿Hasta dónde creías que iban a llegar mis planes?

—No voy a contestar a eso.

—Oye, Mike, ya que estás al teléfono, ¿has revisado la lista que te envié?

Yorke recordó haber apagado su móvil. —Aún no, ¿qué me he perdido?

—Mierda, bueno, creo que deberías revisarla. Nos inclinamos a pensar que un pulpo de anillos azules es la fuente de la toxina que paralizó a Jessica. La mordedura es prácticamente microscópica, pero encontramos una ligera decoloración en el dorso de su mano que podría ser de la mordedura o de una pequeña inyección.

—¿Qué demonios es un pulpo de anillos azules? —dijo Gardner.

—Un pequeño cabrón agresivo que ataca sin apenas provocación. Es una de las criaturas más venenosas del mundo, ¡y solo tiene el tamaño de una pelota de golf! Recibe su nombre porque sus anillos brillan con un intenso azul cuando ataca.

—¿Cuánto tarda su veneno en matar? —dijo Yorke.

—Normalmente hasta diez minutos, pero a veces más. Si no te conectan a un respirador rápidamente, mueres porque tu sistema respiratorio se paraliza. Incluso cuando la víctima recibe ayuda, sigue siendo un momento crítico porque no existe antídoto.

—¿Y cómo conseguirías uno? —dijo Gardner.

—Hay tres especies confirmadas de pulpo de anillos azules. Una de la costa sur de Australia, otra de la costa este y una del océano Pacífico occidental. Los australianos los están recolectando para producir un antídoto, y no serían difíciles de pasar de contrabando, por eso elaboramos la lista.

—¿Lista? —dijo Yorke.

—Contactamos con varios comerciantes de peces tropicales en un radio de 80 kilómetros. Les dijimos que les convenía proporcionarnos los nombres de cualquier persona a la que hubieran vendido estas criaturas durante el año pasado. La mayoría colaboró. Algunos necesitarán que insistamos. La lista que te envié contiene los nombres de estos posibles compradores. Te dará un punto de partida hasta que puedas enviar más agentes a las tiendas...

—Te llamaré pronto, Patricia.

Mierda, ¿por qué apagué el puto móvil antes y me quedé dormido?

Le lanzó el teléfono a Gardner, le dio el PIN para desbloquearlo y ella fue a sus correos electrónicos.

—Lee la lista —dijo Yorke—. ¿Te llama la atención algún nombre?

A los treinta segundos, lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —dijo Yorke.
—Billy Shine está en la lista.

29

Gillian Arnold acercó a sus labios varias veces la pajita que sobresalía de la lata de limonada, pero no bebió nada. No podía. Aquel producto le repugnaba. Puro azúcar, conservantes, todo en un líquido almibarado. Enviado por el diablo. No era la bebida de una triatleta como ella.

Miró a Joe Shaw varias veces, pero por suerte, su atención parecía estar en la carretera. No quería que notara que no estaba bebiendo. No deseaba ofender al hombre que había acudido en su ayuda.

Estaban cruzando el río Avon. A lo lejos, podía ver la catedral de Salisbury con la aguja más alta de toda Gran Bretaña. Su mente divagó, brevemente, hacia tiempos más felices, hace mucho tiempo, y fotografías de boda frente a esa catedral en un día de verano.

—No la bebas si no quieres —dijo Joe.

Así que lo había notado.

—Solo me siento un poco mareada. Nunca había experimentado algo así, que me abordaran de esa manera.

—Bueno, esperemos que no vuelva a ocurrir. Y al ir a la policía, nos aseguraremos de que no se lo haga a nadie más.

Salieron de una rotonda hacia New Bridge Road. El tráfico se intensificaba a su alrededor. Joe aumentó la velocidad de los limpiaparabrisas para combatir la creciente nevada.

—¿Eres de por aquí?

—Sí —dijo Joe—, de Salisbury de toda la vida.

En la siguiente rotonda, indicó que iba a girar a la derecha.

—Perdona, Joe, la comisaría está más adelante.

—Mierda... lo siento, Gillian, tienes razón. Está en Bourne Hill...

La furgoneta dio un bandazo cuando Joe tuvo que esquivar un coche que les adelantaba a toda velocidad en la rotonda. Gillian respiró hondo. Lo miró. Él seguía con la vista fija al frente.

—Este idiota se cree que la carretera es suya —dijo ella.

Él no respondió. Quizás estaba enfadado, pero desde luego su expresión facial no lo sugería.

—Giraré en la próxima rotonda para volver a la ruta correcta —dijo Joe—. Lo siento.

Mientras avanzaban por Southampton Road, ella repasó mentalmente los últimos diez minutos, consideró todo lo que él había dicho, y reconoció que había sonado demasiado sincero desde el primer momento. ¿Quizás debería simplemente darle las gracias y pedirle que la dejara en el Tesco que había más adelante?

Se giró para mirar el contrachapado que la separaba de lo que había en la parte trasera e imaginó a los perros encerrados allí durante el día, arañando las esquinas, buscando luz y aire. Luego miró por el retrovisor y se fijó en el lateral en blanco de la furgoneta. Joe había dicho que trabajaba para una perrera, así que ¿no debería estar escrito el nombre de la empresa en el lateral?

Con el corazón acelerado, alargó la mano hacia la manecilla de la puerta, preparándose para escapar si fuera necesario.

Tragó saliva. La manecilla había sido retirada.

Él salió de la rotonda y enfiló el otro lado de Southampton Road.

Joe la miró, sonriendo. —¿Estás bien? —Señaló la lata en sus manos—. ¿No bebes?

—La verdad es que... no me gustan las bebidas gaseosas.

—Te sentirás mejor si bebes.

Fingió beber. Él sonrió. Su sonrisa parecía pintada, como la de un payaso.

—Solo dos minutos hasta que lleguemos —dijo.

Se oyó un golpe sordo desde la parte trasera de la furgoneta. Su mano saltó hacia su boca, pero era demasiado tarde para ocultar su

jadeo. Él la miró fijamente cuando debería haber estado atento a la carretera. —Algo debe de haberse caído.

—¿Qué?

No contestó y unos momentos después ella volvió a oír el mismo golpe. —¿Qué es eso?

De nuevo, no respondió. Su padre siempre le había dicho que ella era dueña de cada situación en la que se encontraba. Palabras vacías cuando consideraba sus últimos dos años luchando contra una depresión severa tras la muerte de Geoff. Sus ojos recorrieron nerviosos la furgoneta buscando una solución. Finalmente, se detuvieron en la manivela de la ventanilla. Comenzó a girarla, pero la ventanilla no se movió.

—Déjame salir...

Él giró bruscamente a la izquierda hacia un camino estrecho que salía de la carretera principal, obligando a todo su cuerpo a inclinarse aún más hacia él. Los neumáticos chirriaron, y estaba segura de que olía a quemado. Luego fue lanzada hacia la izquierda cuando la furgoneta se enderezó, y su cabeza rebotó contra la ventanilla.

—Para el coche o te juro que voy a...

Él pisó el acelerador y ella se vio forzada contra el asiento. Sintiéndose desorientada, sacudió la cabeza y entonces notó que los golpes de la parte trasera volvían a comenzar. Sonaba como un gigante caminando hacia ella.

Vislumbró el cartel de Churchill Gardens escondido entre las sombras, desesperado por no ser encontrado. Él giró a la izquierda para entrar en un pequeño aparcamiento en penumbra. Ella apretó su puño izquierdo, preparándose para presentar a este capullo el gancho de izquierda del que su padre siempre había estado tan orgulloso.

Joe detuvo la furgoneta bruscamente justo después de la entrada al parque, obligándola a extender los brazos y apoyarse contra el salpicadero.

Se giró para golpear, pero se quedó helada. Él se había recogido el largo pelo negro detrás de la oreja izquierda, revelando un lóbulo que colgaba sujeto por un hilo de carne no más grueso que un

palillo. La parte superior de su oreja era un revoltijo retorcido de verdugones y cicatrices. Sostenía un extraño cuchillo en una mano.

—Bebe la limonada —dijo.

30

Yorke y Gardner discutieron la posibilidad de que Billy Shine fuera el asesino de Jessica durante el trayecto a casa de su madre, pero ¿cómo podía ser? Al parecer, había estado en Brighton, asesinando a una joven prostituta. ¿O quizás había regresado antes, y era Lacey, en realidad, la asesina de la prostituta? Aunque, realmente, no parecía su modus operandi.

Sabían que su mejor curso de acción era encontrar a Billy, y encontrarlo rápido.

En el centro de un enorme conjunto de viviendas sociales, Yorke se encontró en un territorio familiar. Mientras se aproximaba por un sendero lleno de escombros, pasó junto a una bañera de porcelana desechada partida limpiamente en dos. Su propia infancia había sido una larga y tortuosa experiencia. Ciertamente, había estado salpicada por momentos ocasionales de felicidad, que habían sido necesarios porque sirvieron para recordarle a Yorke que la vida, de hecho, merecía la pena vivirla. Esto se había convertido en la inspiración que necesitaba para escapar y encontrar una vida más rica y plena lejos de todo aquello.

Era una lástima que nadie más en su familia hubiera encontrado esa misma inspiración.

Hillary Shine abrió la puerta tan rápidamente que parecía como si hubiera estado esperando a alguien justo detrás de ella.

—Ah —dijo—. Pensaba que sería otra persona.

—¿Billy? —preguntó Gardner.

—¿Por qué dice eso? —respondió mientras mostraba una hilera de dientes descuidados.

Yorke mostró su placa. —Inspector Jefe Yorke, señora Shine. ¿Podemos pasar un momento, por favor?

—Preferiría que no lo hicieran.

—¿Y eso por qué? —preguntó Gardner.

—¿Y usted quién es?

—Inspectora Gardner, señora.

Hillary sonrió de nuevo. —Hace mucho tiempo que no tenía a ninguno de vosotros por aquí.

—Solo necesitamos hacerle unas preguntas, señora Shine... no le robaremos mucho tiempo —dijo Yorke.

—Cuando Bernard estaba vivo, los de vuestra calaña solíais venir por aquí y darle una paliza. Regularmente.

—No sé nada de eso —dijo Yorke—, y lamento si eso es cierto. Puede estar segura de que ni yo ni mi colega hacemos las cosas de esa manera.

Les condujo hasta el salón que, irónicamente, no era un lugar apto para los vivos. La habitación estaba desnuda y llena de basura. Increíblemente, un televisor nuevo de 50 pulgadas zumbaba en la esquina. Yorke y Gardner se sentaron en un sofá hundido y rehusaron la oferta de té de Hillary.

—¿Puede decirnos cuándo vio por última vez a su hijo, Billy? — Yorke abrió su libreta.

—Me visitó en Navidad, por supuesto. Me trajo eso. —Señaló el televisor—. ¡Antes de que me preguntéis si lo robé!

Yorke se preguntó si el propio Billy lo habría robado.

—¿Y sabe dónde ha estado quedándose y qué ha estado haciendo?

—Ha estado en Brighton, trabajando para una empresa constructora. Como peón. Ha llegado a ser alguien, mi chico —dijo —. Ha conseguido algo de dinero... y ahora tiene una prometida.

—¿Prometida? —dijo Gardner.

Una expresión de culpabilidad se extendió por el rostro de Hillary. Claramente, aquello había sido un desliz. —Sí, me lo dijo en

Navidad, dijo que estaba enamorado. —Era obvio que ahora estaba mintiendo. Ya no les miraba.

—¿Y la ha conocido usted? —preguntó Yorke.

—No, todavía no. ¿Seguros que no queréis una taza de té? Yo sí voy a tomar.

—Señora Shine, su hijo está involucrado en una situación en Brighton, y creemos que puede haber regresado aquí a Tidworth.

Ella negó con la cabeza. —No, no sé nada de eso.

Cogió un cigarrillo de un paquete que había en el brazo del sofá. Usando un encendedor, lo prendió y dio una gran calada.

Yorke miró a Gardner y luego de nuevo a Hillary, quien exhaló una enorme nube de humo.

—¿Su hijo está interesado en las criaturas marinas? —preguntó Yorke.

Hillary le miró con los ojos muy abiertos. —¿Eso es una pregunta?

—Sí.

—No que yo sepa, ¿por qué?

Yorke sintió que esta vez estaba diciendo la verdad.

—Señora Shine —dijo Yorke—, creo que su hijo, Billy, está en peligro. Realmente no sé por qué todavía, seré sincero con usted, pero sí sé que lo está. Créame cuando le digo que si sabe dónde está, es en su propio interés decírnoslo.

Hillary sonrió y señaló sus labios. —Léalos. No lo sé. Sigue en Brighton por lo que a mí respecta.

Gardner sacó una foto de Lacey Ray de su bolsillo y se la entregó a Hillary. —¿Reconoce a esta mujer?

No hubo respuesta.

—Pues, si la conoce, yo empezaría a hablar ahora porque esta mujer es peligrosa. Muy peligrosa. Y creo que quiere hacerle daño a su hijo.

Los ojos de Hillary Shine se agrandaron y entonces comenzó a hablar.

31

Sin apartar la mirada de ella, Joe abrió la puerta a sus espaldas, y las luces de la furgoneta se encendieron de golpe.

Trasladó la mano a la punta de la hoja para sostenerla y mostrarle el mango. Era un largo eje de madera que había sido tallado con la forma de un hombre, con un tocado, arrodillado y sujetando la hoja de color gris oscuro. La hoja en sí presentaba un rostro amenazador de perfil, con un enorme ojo a cada lado y dos filas de dientes blancos. Rápidamente volvió a colocar la mano en el mango.

—Bebe la limonada.

Ella miró a su alrededor, pero el aparcamiento estaba vacío, y la luz de la carretera adyacente apenas conseguía abrirse paso entre los grandes arbustos que bordeaban los jardines.

—No —Gillian había visto una vez una película en la que un asesino drogaba a su víctima y luego la enterraba viva. Prefería morir ahora mismo antes que enfrentarse a esa posibilidad.

—Tienes mucha fuerza de voluntad —dijo Joe. Con su mano libre, se colocó el pelo detrás de la oreja mutilada y ella se estremeció.

—¿Qué le pasó a tu oreja?

No hubo respuesta.

Sintió un nudo en la garganta pero no quería sucumbir al miedo.

—¿Qué quieres de mí?

Joe tampoco respondió esta vez. Simplemente mantuvo sus ojos fijos en ella, sosteniendo aquella extraña arma. Consideró la

posibilidad de abalanzarse sobre él, pero si él era rápido, fracasaría, y las consecuencias eran impensables.

—¿Vas a hacerme daño?

—Así es como tú y otros lo veréis, pero con el tiempo, los puntos de vista pueden cambiar, y cambiarán.

Desde que había detenido el coche, la nevada se había intensificado, y ahora el parabrisas estaba completamente oculto. Rezó a Dios para que alguien entrara en el aparcamiento, pero ¿no pensarían simplemente que la furgoneta estaba abandonada si no podían ver el interior? Sintió que las lágrimas le asomaban por las comisuras de los ojos.

Si solo hubiera una manilla en esta maldita puerta. Si solo fuera posible alcanzarla por detrás y abrirla...

Como si el cabrón hubiera escuchado sus pensamientos, se deslizó por su puerta abierta, exhibiendo el peculiar cuchillo para advertirle que no hiciera movimientos bruscos.

Las muertes de todos sus seres queridos habían sido muy repentinas y no las había visto venir. Pero no había problema en ver venir la suya. También podía oírla, abriéndose paso por la parte delantera de la furgoneta...

Deslizándose hacia ella.

Se arrancó el cinturón de seguridad y se lanzó hacia la puerta abierta del conductor. Boca abajo, se arrastró sobre los asientos. Oyó que la puerta se abría detrás de ella, sintió una repentina ráfaga de aire y gritó cuando notó que le agarraban el tobillo.

—¡No!

La arrastraron hacia atrás y los asientos bajo ella parecieron desaparecer. Luego, el mundo a su alrededor se volvió borroso y el aire fue expulsado de su cuerpo...

—Levántate.

Acababa de darse cuenta de que había caído al suelo. Quería suplicar un momento pero no había suficiente aire en sus pulmones.

—Levántate ahora, Gillian, o deslizaré esta hoja en la parte posterior de tu cuello.

Tras conseguir finalmente aspirar algo de aire, dijo:

—¿Por qué estás haciendo esto?

—No hay tiempo para discusiones, levántate y ve a la parte trasera de la furgoneta.

—No lo haré hasta que me digas por qué.

—Te prometo, Gillian, que si no te levantas antes de que cuente hasta tres, te cortaré en pedazos. Por favor, debes saber que hablo en serio.

—Que te jodan.

—Uno... dos...

—¡Vale! —Y, mientras se ponía de pie, algo se le ocurrió. Algo que le hizo querer desplomarse de nuevo en el suelo por la desesperación—. ¿Fuiste tú? ¿Mataste a Jessica Brookes?

—A la parte trasera de la furgoneta —dijo Joe.

Ahora temblaba por completo, y necesitaba arriesgarse con el cuchillo y usar las habilidades que su padre le había enseñado. Si él era el asesino de Jessica, y pronto sería el suyo, tenía que actuar ahora. La nieve caía como esquirlas de cristal, cortando el aire y pinchándole la cara. Casi se resbala dos veces.

Entonces se le ocurrió una idea. Se detuvo en seco, y la punta de la hoja se clavó en su espalda.

—Mi marido. Sabrá que no estoy en casa. Seguramente ya habrá llamado a la policía. Él...

—Él está muerto, Gillian, lleva años muerto.

Tragó saliva con dificultad. *El psicópata me conoce. Esto está planeado.*

—Por eso estoy aquí. Eres esclava de tu tristeza, Gillian, y yo te ofrezco liberarte de las pastillas y la desesperación.

¿Pastillas?

—¿Cuánto sabes de mí?

—Sé muy poco. Soy simplemente un Tlenamacac. Y tú, Gillian, eres simplemente una esclava.

—Estás loco, Joe. Esto es el siglo XXI. ¿Cómo voy a ser una esclava?

—De Aquel cuyos esclavos somos, todos somos esclavos. Aquí, ahora, tienes la oportunidad de formar parte de algo bueno. Si lo supieras todo, no dudarías. Ahora, continúa.

Permaneció inmóvil, recordando el golpeteo que había escuchado antes. Definitivamente no quería saber qué había en la parte trasera de la furgoneta.

—Continúa o te seccionaré la columna vertebral, y nunca volverás a correr.

No solo era otra confirmación de que la conocía, sino una amenaza con impacto. Un gran impacto. La parálisis era su mayor temor. La muerte era una opción preferible.

Aunque no iba a permitir que eso sucediera.

Rodeó el lateral de la furgoneta y terminó frente a la puerta trasera. Apretando los puños, se preparó a pesar de la hoja presionada contra la parte inferior de su columna vertebral.

—Ábrela.

Sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos. Él trabajaba la punta de la hoja contra ella. Empezaba a dolerle de verdad. Se preguntó si ya le había hecho sangre.

Después de alcanzar la manilla, reprimió unas desesperadas ganas de vomitar.

—¡Ahora! —Empujó con más fuerza. Ella hizo una mueca de dolor.

Cerró los ojos, abrió la puerta y pensó en el defectuoso consejo de su padre de que podía controlar cualquier situación. No estaba al mando de ninguna situación. No lo había estado durante años. Una mezcla de lágrimas y nieve derretida corrían por sus mejillas.

Cuando abrió los ojos, vio que estaba oscuro dentro de la furgoneta. También olía intensamente a agua de mar. Podía distinguir la silueta de alguien con pelo largo encorvado en una silla contra la esquina izquierda donde habían colocado el tablero de contrachapado. La persona seguía golpeando el suelo con el pie. Continuamente.

—¿Quién es? —dijo Gillian, entrecerrando los ojos. Todavía podía sentir el cuchillo clavándose en su columna mientras el sonido se volvía casi ensordecedor. Pum-pum.

—Hay una nevera portátil frente a ti. Quítale la tapa.

Había una caja en el suelo de la furgoneta a la derecha. Él había pasado una cuerda por su asa y la había asegurado a un riel que

recorría las paredes. Con manos temblorosas, desabrochó los cierres de la caja y se acercó para quitar la tapa de la nevera, pero luego retrocedió. Pum-pum.

—No hay necesidad de tener miedo.

Levantó la tapa y la puso a un lado. El hedor a agua de mar se intensificó, pero no podía ver nada porque en la oscuridad, el agua era tan negra como el alma de este monstruo. Pum-pum.

—Mete la mano en el agua.

Joder, ¿no había fin para esta locura?

—¿Por qué? —dijo, deseando que aflojara el cuchillo que se clavaba en su columna.

—Haz lo que te digo, Gillian, no hay necesidad de tener miedo.

¿Qué demonios hay en la caja? ¿Una piraña? ¿Ácido?

—¡No! —apartó su mano. Joe le agarró la muñeca por detrás y la forzó a volver sobre la caja. Intentó liberarse, pero él tenía ventaja y le hundió la mano en el agua tibia. El agua salpicó alrededor de la caja mientras ella trataba de liberar su mano, pero él se apretó con fuerza contra su espalda, aplastando la parte superior de sus rodillas contra el suelo de la furgoneta.

El golpeteo era fuerte y continuo como un ejército marchando. Luchó contra su peso, pero estaba firmemente inmovilizada...

Algo se movió contra su mano. Pum-pum.

Gritó hasta que él la soltó. Pum-pum-pum-pum...

Se alejó de ella tan rápidamente que casi se cayó. Retrocediendo tambaleante, examinó su mano, casi sorprendida de que aún estuviera ahí.

—Ya está hecho. Y ahora te ofrezco la muerte florida...

—¡Vete a la mierda! —Se giró y estampó su gancho de izquierda en la nariz del psicópata. Nunca había golpeado a nadie con tanta fuerza y el sonido de crujido fue sorprendente, pero no le impidió retraer el puño para un segundo golpe. No fue necesario. Joe ya había empezado a deslizarse hacia atrás sobre la nieve, y se desplomó, dejando a Gillian hacer lo que mejor sabía.

Correr.

32

Lacey Ray tocó el timbre y el estúpido chico abrió la puerta sin siquiera comprobar quién era.

—Sorpresa —dijo ella.

Y él parecía genuinamente sorprendido, el muy tonto.

—Te has afeitado —dijo ella—. Es una pena, me gustaba la perilla. ¿Estás escondido por casualidad?

—¿Qué quieres?

—Invitarme a entrar estaría bien. Es lo mínimo que podrías hacer, considerando que hemos tenido sexo como unas sesenta veces.

—Siempre fuiste la bocazas. —Billy se pasó la mano por su cabeza recién afeitada—. ¿Cómo me has encontrado?

—Dejaste la dirección de tu madre, imbécil. Luego, le dije a tu madre que estábamos prometidos. Mujer ingenua. ¿La estupidez corre en la familia, supongo?

—¡No puedes hablarme así!

—Claro que puedo. Solo sigues vivo porque pagabas bien.

—Entonces, ¿por qué has venido a buscarme?

—Porque ya no me estás pagando.

Billy resopló.

—Tienes que estar de coña.

Se quitó la mochila, la abrió y tiró su tocado de plumas al suelo.

—Te dejaste esto.

El color desapareció de su rostro.

—Y esto. —Tiró una máscara rojiza al suelo.

Sacó un puñado de joyas y también las arrojó.

—Y todo esto.

Parecía que iba a vomitar.

—Estás completamente loca.

Cayó de rodillas y comenzó a recoger sus pertenencias.

—Eres un puto asesino, Billy Shine. —Sacó el cenicero de jade con el que él había matado a Loretta Marks—. Y, desafortunadamente para ti, yo también lo soy.

Rompió el cenicero de jade contra la parte posterior de su cabeza.

33

En su última carrera de este año, Gillian corrió con toda su alma, consiguió un buen tiempo e incluso quedó tercera en la categoría femenina.

Y no había mejor momento para batir su récord que ahora mismo.

Con un psicópata detrás, la adrenalina era tal que haría falta una mina antipersona para frenarla.

Por alguna razón, el loco le había soltado la mano y retrocedido. ¿Quizás pensaba que algo en el agua la había mordido? ¿Tal vez algún tipo de veneno estaba recorriendo su sistema mientras corría? Pero ahora mismo, no se sentía envenenada. Todo lo contrario.

Apretó los dientes. El cabrón le había dicho que quizás nunca volvería a correr. Miró por encima del hombro mientras irrumpía en la carretera por la que habían desviado. —¡Mírame correr ahora, pedazo de cabrón!

Vio cómo las luces de la furgoneta blanca se encendían y luego escuchó el inquietante rugido de su motor.

Qué rápido.

Intentó aumentar su velocidad, pero se dio cuenta de que estaba al máximo. Echó otra mirada hacia atrás y lo vio conduciendo sobre los jardines hacia ella. Delante había un pequeño parque infantil. El terreno descendía, lo que le dio un breve impulso de aceleración y le permitió pasar rápidamente junto a un tobogán y un grupo de

columpios. Detrás de ella, aún podía oír a su perseguidor forzando el motor.

Se acercó a un túnel peatonal que pasaba por debajo de la carretera junto al otro lado de los jardines. Si lograba llegar hasta allí, sabía que tendría más posibilidades de escapar. Un vehículo, especialmente una furgoneta blanca, no podría atravesarlo.

Estaba a veinte segundos como máximo. Echó una mirada atrás mientras el maníaco alcanzaba la pendiente por la que acababa de bajar. Se acercaba como un perro rabioso, zigzagueando por el parque. Golpeó el lateral de los columpios y toda la estructura se vino abajo.

Y entonces casi la alcanzó. Su parachoques estaba a metros detrás de ella y podía ver sus ojos...

Irrumpió en el túnel.

Oyó cómo la furgoneta frenaba en seco y el túnel entero se iluminó bajo el resplandor de sus faros. Escuchó la puerta de la furgoneta abrirse. ¿Iba a seguirla a pie?

Las pantorrillas y las espinillas le ardían ahora. No recordaba haberse esforzado tanto nunca. Salió del túnel y giró bruscamente a la derecha. Luego, subió una cuesta hasta llegar a la carretera principal.

No necesitaba mirar atrás, podía sentirlo detrás de ella, extendiéndose hacia ella como la mano de un cadáver a través de la tierra de una tumba poco profunda.

Sin preocuparse por el tráfico que salía de la rotonda, se lanzó a Churchill Way, agitando las manos en el aire. Deslumbrada por los faros que se dirigían hacia ella, se quedó de pie en medio de la carretera. Los coches viraban bruscamente y los conductores tocaban el claxon, pero nadie se detenía. Continuó haciendo señas pidiendo ayuda. Podía ver a Joe al lado de la carretera, decidiendo si unirse a ella en la transitada vía. Continuó corriendo hacia la rotonda.

Que alguien pare.

Otros dos coches patinaron a su alrededor. Podía ver las caras de los conductores enloquecidos al volante.

¡Que pare alguien, joder!

Y entonces uno de los vehículos pareció dirigirse directamente hacia ella. No giró. Los faros crecieron y crecieron hasta que parecieron tragarla por completo, y por un momento, pensó que el conductor la había atropellado.

Pero no le importaba. Cualquier cosa era preferible a que ese hombre la arrastrara de vuelta a aquella furgoneta.

34

Cuando Billy Shine despertó en la silla a la que Lacey lo había atado, ella le sostuvo un espejo delante para que pudiera ver lo ridículo que estaba con un tocado de plumas, una máscara roja, una capa y unas joyas góticas.

—Mi amigo volverá en cualquier momento —dijo Billy.

—¿Paul? —dijo Lacey—. Lo vi salir en una cita con una joven muy atractiva. Dudo que tenga prisa por volver con este travesti extravagante atado a una silla. Por cierto, me encanta la capa. Tiene unos colores y patrones tan bonitos.

—¿Qué es lo que quieres?

—Las cosas simples de la vida, en realidad. Justicia, conocimiento y armonía.

Él la miró confundido.

—La justicia llegará rápido cuando admitas lo que has hecho. El conocimiento llegará cuando expliques los motivos por los que estás haciendo todas estas cosas tan peculiares. Y finalmente —hizo una pausa, para sonreír y guiñar un ojo—, la armonía llegará cuando te mate.

—¡Estás jodidamente loca!

—Sí, dijiste algo bastante similar fuera, Billy. Sin embargo, aquí seguimos.

Sacó su móvil y lo colocó en el suelo entre ellos. —Me gustaría grabar esto, un pequeño recuerdo de nuestro tiempo juntos. ¿Te parece bien?

—No voy a decirte nada.

—Sí, imaginé que dirías eso, por eso he traído estas.

Se agachó y sacó sus tijeras de podar de la bolsa. Los ojos de él se abrieron de par en par, y su labio inferior tembló.

—Me han sido muy útiles antes. Nunca salgo de casa sin ellas. ¿Puedo empezar a grabar ya?

—¡Que te jodan! —Saliva le salpicó la cara.

Ella le cortó el dedo meñique de la mano izquierda.

Lo dejó retorcerse en la silla durante unos minutos y luego, cuando finalmente se calmó, dijo: —¿Puedo empezar a grabar ahora?

Él empezó a llorar. —Sí... que te jodan... sí.

—Buen chico.

Pulsó grabar. —Entonces, primero, admites lo que has hecho. Ahora, supongo que te enfadaste porque eres impotente, ¿no?

Él volvió a retorcerse en la silla, tratando desesperadamente de soltarse.

Cuando terminó, ella dijo: —Entonces, ¿la impotencia?

—¡Sí! —exclamó Billy con lágrimas corriendo por su rostro—. ¡La zorra se rio de mí!

—Vaya cosa, ¿eh?

35

Un hombre destrozado, sentado a solas, borracho de whisky, con la pistola cargada de Riley en la mano, Brookes no pudo evitar reconocer que era un firme candidato al cliché del año.

No es que le importara una mierda.

Por fin había despachado al agente de enlace familiar Bryan Kelly y Riley, que Dios le bendiga, era estupendo, pero ahora mismo no estaba de humor para sus palabras de sabiduría. Ya echaba de menos a su hijo, y echaba de menos a Jessica. De hecho, había echado de menos a Jessica durante mucho tiempo, incluso antes de que muriera.

Apuntó el arma hacia sí mismo.

Luego alzó la mirada al cielo y volvió a dejar el arma sobre la mesa. —No te preocupes, Jess, no voy a dejar solo a Ewan en un futuro próximo.

Entonces, ¿por qué has sacado la pistola del paño en el que estaba envuelta?, se la imaginó preguntando. Siempre se le habían dado bien las preguntas.

No dejaba de repetirse que era para cuando se encontrara cara a cara con quien había hecho esto. Pero, ¿cuál era la probabilidad de que eso ocurriera? Cada vez que hablaba con Yorke, parecía que seguían dando palos de ciego y, aunque lo encontraran, ¿entonces qué? ¿Iba a cargárselo de camino a los juzgados? Eso sería otro aspirante al cliché del año.

Llamó a Ewan. —¿Ya estás dormido, hijo?

—Bueno, ahora ya no.

Brookes sonrió. —Solo quería darte las buenas noches.

—Suenas borracho, papá, ¿lo estás?

—Qué va. Hace frío aquí esta noche. Solo me estoy calentando un poco. ¿Cómo está Freddy?

—Nunca preguntas por Freddy. Odias a Freddy.

—Odiar es una palabra muy fuerte, Ewan. Lleva viviendo aquí unos meses, le he cogido cariño.

Brookes se sirvió otro whisky.

—Todavía no han pillado al asesino de mamá —dijo Ewan—. Me lo ha dicho el abuelo.

—No, pero lo harán. Conseguiremos justicia, no te preocupes por eso.

—Aunque eso no la traerá de vuelta.

—No, no lo hará. Lo siento mucho, Ewan.

—No es culpa tuya.

Pero lo es, pensó Brookes, *yo debería haber estado allí, en esa casa. Todos juntos.*

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó Brookes.

—Triste —dijo Ewan—. Es un club cuya afiliación va en aumento...

Brookes volvió a sonreír. —¿De dónde sacas esas expresiones?

—No lo sé. El abuelo no deja de mirar fotos de la abuela.

—¿Por qué no? La echa de menos.

Y lo que pasó hace poco solo ha reabierto esas viejas heridas. Puede que fuera el cáncer quien se llevó a su madre, y no algún maníaco, pero la naturaleza también puede ser una asesina en serie, riéndose mientras reparte enfermedades.

—Papá, sé que no quieres hablar de esto ahora, pero sigo queriendo entrar en la policía.

Brookes suspiró. —Tienes razón, no quiero hablar de esto ahora.

—Quiero ayudar a la gente.

—Hay otras formas de ayudar a la gente. Ser policía te cambia. Me gustas como eres ahora.

—Cuando lo pillen, ¿podré volver a casa?

—En un abrir y cerrar de ojos.

Miró el bloc de notas que estaba abierto junto a su botella de whisky y recordó la advertencia de su suegra sobre un jaguar. —¿Tu madre te habló alguna vez de un jaguar?

Hubo un momento de silencio. —No que yo recuerde, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada, ¿y tu abuela?

—Hacía años que no hablaba realmente con ella. Estaba demasiado enferma, ya lo sabes. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada. Solo es algo que me ronda por la cabeza. Te quiero, hijo. Ahora, duérmete.

—Yo también te quiero, papá.

36

Yorke y Gardner esperaban fuera de la casa a la que Hillary Shine les había dirigido. Todas las luces de la casa estaban encendidas, pero las cortinas estaban corridas y nadie se apresuraba a abrir la puerta.

Yorke volvió a llamar, mientras Gardner sorteaba el jardín plagado de escombros e intentaba ver algo a través de la ventana, más allá de las cortinas.

—¿Alguna suerte? —dijo Yorke.

—No —contestó Gardner.

Yorke se arrodilló, abrió la ranura del buzón y gritó hacia adentro: —Policía. ¿Podría alguien abrir la puerta, por favor?

Otros veinte segundos no les acercaron ni un ápice a entrar y descubrir qué estaba ocurriendo.

Pero Yorke ya sospechaba lo que estaba pasando, y temía que habían llegado demasiado tarde. Miró a Gardner mientras probaba el pomo de la puerta. Ella mostraba una expresión de desaprobación.

—Ahora que Lacey está involucrada, no podemos demorarnos —dijo Yorke—. Si Billy es el asesino de Jessica, lo necesitamos vivo para averiguar por qué lo hizo. Y si no es el asesino, tiene que explicar su conexión con ese pulpo.

Aunque no importaba, porque el pomo no funcionaba. La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Refuerzos? —preguntó Yorke.

—En menos de cinco minutos, señor.

—De acuerdo, quédese aquí. Voy a rodear la casa y entraré de una forma u otra.

—¿Es sensato, señor?

—La vida de alguien podría estar en peligro. Está justificado.

—No, no me refería a eso, sino a si es sensato poner su propia vida en peligro.

Yorke se encogió de hombros y se deslizó hacia la parte trasera de la casa.

El jardín trasero estaba peor que el delantero. Recordó el jardín de Hillary con la bañera rota. Este venía equipado con un lavabo agrietado y un inodoro destrozado.

La puerta trasera estaba completamente abierta y daba a la cocina. Había platos sucios apilados en todas las superficies y al menos cinco bolsas de basura llenas esparcidas por el suelo. Un hedor nauseabundo a comida podrida y cigarrillos invadía el ambiente. La peste era increíble. La cocina era cocina solo de nombre. Sería peligroso cocinar allí.

Miró su reloj. ¿Tres minutos hasta la llegada de los refuerzos? Sabía que debería esperar, pero entonces recordó el estado de la última víctima de Lacey Ray y siguió adelante.

Centímetro a centímetro, abrió la puerta y miró hacia el pasillo. Estaba muy iluminado, pero no podía oír nada y se vio obligado a admitir que era poco probable que hubiera vida en esta casa.

Se llevó la mano para comprobar que los botones superiores de su camisa estaban abrochados. Presentía la muerte.

Mientras avanzaba por el pasillo, su corazón latía fuerte y rápido. No por la ansiedad ante el peligro para su propia vida, sino más bien por la ansiedad ante la visión que estaba a punto de presenciar.

En el pasillo, pasó junto a viejas cajas de pizza, una montaña de cartas sin abrir, ropa sin lavar y... sintió bilis en la boca... sangre que se filtraba por debajo de la puerta del salón.

Abrió la puerta. Un joven, presuntamente Billy Shine, estaba desplomado hacia delante en una silla con las manos esposadas a la espalda. Estaba completamente desnudo. La sangre se acumulaba en el suelo de madera debajo de él. Más que suficiente para sugerir que estaba muerto.

Yorke dio un paso atrás y pegó su teléfono móvil a la oreja para informar mientras se dirigía hacia la puerta principal.

Tres escenas del crimen en poco menos de tres putos días.

Necesitaba empezar a hacer su trabajo, y necesitaba empezar a hacerlo rápido.

Cuando volvió afuera con Gardner, su teléfono sonó de nuevo. Era Topham.

—Espero que sean buenas noticias, Mark...

—Bueno, supongo que son buenas noticias en cierto modo.

—Continúa.

—El asesino ha vuelto.

Yorke puso la mano contra la pared para estabilizarse. Sintiéndose mareado, intentó controlar su respiración. —¿Y en qué sentido es eso una buena noticia?

—Porque esta vez, la víctima ha escapado.

37

Jake se lo contó todo a Sheila. Sobre los pájaros, las notas y sobre el asesinato de la prostituta en Brighton. ¿Qué otra opción tenía? Lacey podría haber vuelto, y si era así, Sheila necesitaba estar alerta.

—¿Y qué hiciste con los pájaros? —dijo Sheila.

—Pues los tiré todos.

—¿Las pruebas?

—Ya lo sé, una estupidez, no te preocupes, Mike ya me ha echado la bronca por eso. Guardé el último pájaro. Está en el congelador.

—Estupendo. —Sheila encendió otro cigarrillo mentolado—. Esperemos que Frank no se lo encuentre.

—Pensaba que habías dejado de fumar mientras nosotros... ya sabes.

Sheila se rio.

—¿Quieres hablar de intentar concebir después de haberme dicho que hay una sociópata en la ciudad?

—No sabemos eso con certeza.

—¿Y qué quiere decir con eso de "cómo se siente no poder volar más"? ¿Se refiere a que Frank y yo te estamos frenando?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —dijo Jake, abriendo las palmas de las manos con frustración—. Está loca.

—¿Es así como te sientes? ¿No disfrutas con la bola y la cadena alrededor de tu pierna?

—Ahora estás siendo ridícula... —Se interrumpió. Tenía que ser más sensible. Acababa de enterarse de todo esto, así que era normal que estuviera conmocionada.

—Bueno, quizás deberías preguntárselo.

—No tengo intención de preguntarle nada.

—¡Pues no te cortes por mí!

—Por lo que vale, Sheila, no creo que nos hiciera daño. Es decir, tuvo su oportunidad y no la aprovechó.

—¿Así que te envía pájaros muertos porque le caes bien?

Jake se encogió de hombros.

—¿Posiblemente? ¿Es tan difícil de creer?

—Sí, lo es.

Miró hacia un lado de la habitación donde estaban de pie el agente Sean Tyler y la detective Collette Willows. Parecían avergonzados. —Buenas noches a todos —dijo y salió de la habitación.

Jake miró a sus colegas con expresión de disculpa.

38

Ewan se despertó por un ruido extraño procedente del exterior de la autocaravana. Estaba desorientado. Estaba seguro de que se había acostado en la casa de su abuelo en Leeds.

Al principio, pensó que podría ser un zorro haciendo el ruido, pero si era así, no se parecía a ningún zorro que hubiera escuchado antes. Sonaba como alguien jadeando por aire.

Miró en la habitación de su padre, pero al ver que no estaba allí, volvió a su habitación y se puso algo de ropa de abrigo.

La mano de Ewan se detuvo sobre el pomo de la puerta mientras escuchaba aquellos agudos sonidos de respiración entrecortada. Vio en su reloj que eran más de las tres de la madrugada, pero esto no le impidió abrir la puerta y salir a la noche. No llovía, pero hacía un frío glacial y se alegró de haberse detenido para vestirse. El ruido venía de unos diez metros más adelante, entre los árboles.

Pensó en Riley y se preguntó por qué no había salido de su caravana vecina. No parecía posible que alguien pudiera dormir con ese sonido incesante. Se dirigió hacia su caravana y golpeó la puerta con fuerza. No hubo respuesta. Lo intentó varias veces más antes de finalmente echar un vistazo a través de la ventana, soltando un jadeo cuando vio el reflejo de su padre en el cristal. Se tocó la cara y, en el reflejo, su padre, más grande y de pelo más oscuro, también se tocó la cara.

Retrocedió, mirando fijamente el rostro de su padre, se dio la vuelta y corrió hacia los hayas. Por qué hizo esto no tenía ni idea.

Simplemente se sintió atraído hacia ellos. Una luz brillante e intensa le obligó a detenerse y a protegerse los ojos. Identificó la fuente de la luz: una lámpara que colgaba de la rama del peculiar haya central. Bajo la lámpara había un jaguar.

Ewan recordó haber visto al jaguar —el tercer felino más grande después del león y el tigre— cazando en un documental de naturaleza. Perforaba el cráneo de un ciervo entre las orejas y mordía profundamente su cerebro. Este método de matar es exclusivo de los jaguares.

El jaguar flexionó los músculos bajo su pelaje amarillo leonado y las rosetas negras que moteaban su cuerpo parecieron brillar.

Por regla general, los jaguares no se encuentran en Salisbury, sino principalmente en América Central y del Sur, pero parecía cómodo y como en casa, a pesar de la temperatura extrema. Su cola se enroscaba a su alrededor en el suelo como una larga serpiente.

El jaguar continuaba haciendo aquel sonido áspero. En un momento dado, inclinó la cabeza hacia atrás para bostezar. De perfil, su boca parecía la entrada de una cueva gigante con amenazantes estalactitas blancas.

El jaguar rugió y volvió sus deslumbrantes ojos amarillos hacia él. Luego se incorporó desde su posición sentada, poniéndose en pie. Aterrorizado, Ewan comenzó a retroceder. El felino empezó a avanzar sigilosamente y Ewan pudo ver sangre brillando en su pelaje.

Rugió de nuevo y mostró sus afilados dientes. De ellos colgaban trozos de carne como lianas. Arrancó a correr, y cuando estaba a solo unos metros de Ewan, saltó.

Ewan observó cómo los ojos de la gran bestia se precipitaban desde el cielo como dos soles ardientes.

39

Al entrar en la planta del hospital donde Gillian Arnold recibía atención médica, Yorke intentó sonsacar toda la información posible a Topham, ya que se sentía tremendamente poco preparado para la entrevista que estaba a punto de realizar. Todavía intentaba asimilar el hecho de que había habido otra persona allí. Alguien que, al parecer, estaba pisoteando en la parte trasera de la furgoneta.

—¿Sus heridas? —preguntó Yorke.

—El imbécil le clavó el cuchillo con tanta fuerza en la espalda que han tenido que darle un par de puntos. También la están monitorizando por si sufre un shock, pero han dicho que parece estar sobrellevándolo bien.

—¿Y definitivamente no le conoce? —dijo Yorke, recordando sus sospechas de que Jessica conocía a su asesino.

—Su informe inicial en comisaría dice que no, pero no he hablado directamente con ella.

—¿Y cuánta información hemos recopilado ya?

—Hemos conseguido unas excelentes imágenes de CCTV de la Ford Transit blanca en Southampton Road, pero su matrícula sigue oculta. No puedo creer que siga saliéndose con la suya. ¿Por qué no le ha parado aún el tráfico?

—Imagina cuántas personas serían paradas en invierno con las matrículas sucias.

Topham asintió.

—También tenemos a una dibujante forense de camino. Gillian ha dicho que tenía un aspecto bastante peculiar.

Yorke sintió un momento de esperanza y una descarga de adrenalina.

—¿Algo sobre el atracador?

—Nada aún. Sabemos la dirección en la que huyó, y tengo a algunos agentes investigando por allí. ¿Crees que forma parte de esto?

—No es una coincidencia. Y el tipo que paró para ayudar a Gillian... ¿qué sabemos de él?

—¿Te refieres al que casi la mata al salir de la rotonda?

Yorke asintió.

—Nigel Wilkes. Fontanero local, sin antecedentes. Le tenemos en la comisaría, obviamente, pero no espero nada de eso. Acudió en su ayuda. Ese parece haber sido su único papel en todo esto.

—¿Ha contactado Gillian con algún familiar? —preguntó Yorke.

—No que yo sepa. Su marido falleció hace unos años... suicidio.

Topham intentó obtener información de Yorke sobre Billy Shine y su asesinato, pero Yorke lo dejó para más tarde. Era un incidente grave en este momento, y Topham bien podía esperar hasta la actualización de Gardner, que se había quedado en la escena para coordinar a los técnicos forenses.

Una enfermera les acompañó a una habitación. Gillian Arnold estaba sentada en una cama de hospital. Estaba completamente vestida a excepción de los zapatos.

Era una mujer atractiva, de huesos finos y constitución delgada. *¿La consideraste delicada?*, pensó Yorke. *¿Un blanco fácil para tus peculiares rituales?*

Tu error de juicio está a punto de ser tu perdición.

—Señora Arnold, me llamo DCI Yorke y este es el DI Topham. Quiero decirle lo extremadamente apenados que estamos por lo que le ha ocurrido esta noche.

—No lo estén —dijo Gillian—. He escapado. Soy la afortunada.

Yorke sonrió.

—Bueno, por lo que he oído, la suerte no tuvo nada que ver. Usted corrió. Rápidamente.

Gillian sonrió.

—Estoy decidida a superar mi tiempo del año pasado en el maratón de Salisbury. Creo que ahora lo conseguiré.

—Espero que lo haga. Y estaría allí animándola, si no fuera porque yo también lo corro.

Gillian alargó el brazo y cogió un vaso de su mesita de noche. Dio un largo sorbo a través de la pajita.

Yorke y Topham se sentaron en las sillas para visitantes.

—Ahora, sé que ya ha pasado por esto, y sé que está agotada, pero ¿sería posible que lo repasara de nuevo conmigo?

—Por supuesto. Cualquier cosa para ayudar a atraparlo.

—Bien, creo que así será. Creo que nos estamos acercando.

Gillian describió su encuentro inicial con el atracador y cómo el hombre que se hacía llamar Joe había acudido en su rescate.

—Y en ese momento, ¿pensó que había algo extraño en él?

—Pensé que iba bien vestido. Me soltó un rollo sobre una cita que había salido mal. Consideré que tenía el pelo demasiado largo para mi gusto, pero parecía respetable. Y ya sabe, estaba toda alterada y él estaba... bueno, él estaba ahí para mí. Fue más tarde, cuando recordé este momento y otros momentos en la furgoneta, cuando pensé que había algo extraño en las cosas que decía. Todo lo que decía sonaba demasiado ensayado, incluso preparado. Sentí que había planeado las cosas que dijo.

—¿Qué sucedió después de que subiera a la furgoneta?

La siguiente parte del relato hizo que Yorke se estremeciera. Solo podía imaginar el terror que había experimentado esta pobre mujer. Los intentos del loco de posiblemente drogarla, la manilla que faltaba en la puerta y el repentino giro hacia el parque. Le sorprendió que hubiera sido capaz de defenderse de manera tan efectiva y lograr una huida tan impresionante.

Cuando Gillian describió el cuchillo tallado con la forma de un hombre con tocado, Yorke comenzó a escribir más rápido en su libreta. Sentía un escalofrío que le recorría la nuca. Luego pasó a describir su oreja dañada. Por la forma en que le repugnaba, parecía como si su oreja hubiera pasado por una batidora y luego la hubieran vuelto a coser. La mente de Yorke divagó hacia una

conversación que había tenido con Utter sobre el auto-sacrificio y la introducción de espinas a través de varias partes del cuerpo para ofrecer sangre a los dioses.

La conexión azteca comenzaba a asomar su fea cabeza de nuevo.

En este punto, Gillian tuvo que hacer una pausa.

—Lo siento... vaya, pensaba que lo estaba sobrellevando bien.

—Créame, lo está haciendo —dijo Yorke—. Beba un poco de agua.

Después de tomar otro sorbo, ella dijo:

—Recuerdo algo. Dijo que era un Tenman... no, perdón, ¿un Tlenamac? Al menos creo que había un sonido ac al final... lo siento.

Yorke hizo lo posible por escribir la palabra que ella estaba diciendo.

—No, lo está haciendo muy bien, señora Arnold. Solo voy a consultar algo con mi colega, ¿le parece bien?

Gillian asintió.

—Gracias. Inspector Topham, me gustaría que contacte con Gary Utter. Sé que es tarde, pero necesitamos que venga a interpretar esta información.

—De acuerdo, señor —Topham salió de la habitación.

—También dijo que yo era esclava de la tristeza.

—¿Esclava de la tristeza? ¿Tiene alguna idea de por qué diría eso?

—Bueno, ya mencioné en mi último informe que dijo que sabía lo de mi difunto esposo, Geoff. Fue entonces cuando todo quedó claro: esto estaba planeado y Joe había venido específicamente a por mí. Dijo que me ofrecía liberarme de las pastillas y la desesperación.

—¿Y tenía razón? ¿Toma pastillas?

—Sí —Gillian asintió—. Un antidepresivo.

—Entonces, ¿está usted deprimida?

—No, no realmente. Es decir, han sido un par de años difíciles, pero las cosas definitivamente han mejorado... están mejorando.

—Sé que es algo extremadamente personal, y lamento preguntarlo, pero ¿le importaría contarme qué le sucedió a su difunto esposo?

Gillian tomó aire profundamente.

—Geoff tenía un trastorno de ansiedad, y también le dieron pastillas —no las mismas que tomo yo— y se suicidó. Se ahorcó.

—Lo siento mucho, señora Arnold.

Ella respiró hondo otra vez y cerró los ojos.

—Su hermano pensaba que tenía que ver con la medicación. Los médicos, y obviamente la farmacéutica, no estaban de acuerdo. De todas formas, todo quedó en nada. Todos estaban protegidos por las advertencias del prospecto del medicamento.

—¿Qué piensa usted?

—Yo solo creo que ya no podía soportar la ansiedad y los ataques de pánico paralizantes —Se secó las lágrimas de los ojos—. Perdón.

—No hay de qué. Lamento su pérdida —dijo Yorke.

Gillian le contó entonces sobre el trayecto alrededor de la furgoneta, un recorrido que debió sentirse como sus últimos momentos en la tierra. Las amenazas que él había hecho de paralizarla eran horripilantes.

Finalmente, llegaron a las partes más intrigantes: la nevera y la persona sentada en la parte trasera.

—Estaba demasiado oscuro, lo siento. El contrachapado bloqueaba la luz de la parte delantera del vehículo y él obviamente había quitado la bombilla de la parte trasera. La persona era una silueta. Estaba dando golpes con los pies en el suelo; es prácticamente lo único que pude notar. Lo siento.

—Por favor, deje de disculparse.

—Es lo mismo con lo que fuera que había en esa nevera. Sentí algo, y fue aterrador, pero no pude verlo.

¿Sería el pulpo de anillos azules? Y, si era así, ¿cómo está relacionado Billy Shine? No puede ser el asesino porque lo habían desangrado en una silla en Tidworth, pero esto no es solo una coincidencia. El veneno de esa pequeña criatura ya había envenenado a dos personas, y casi envenena a Gillian.

—Sinceramente creo que él pensó que me había mordido o envenenado lo que fuera que estuviera en esa nevera —dijo Gillian —, porque simplemente retrocedió. Pensó que yo estaba en peligro.

Y ese fue tu error, cabrón, y ese es el principio de tu fin.

—Acabo de recordar algo más —dijo Gillian—. Dijo que iba a darme una muerte florida.

Yorke se mordió el labio. Había leído sobre esto en internet.

La muerte florida: la promesa de que viajarías por el cielo con el sol y renacerías como una mariposa bebiendo de las flores.

La muerte florida era una muerte gloriosa. Por eso tantos mexicas se habían ofrecido para el sacrificio.

La muerte de Jessica fue cualquier cosa menos gloriosa.

Lo único glorioso ahora mismo era Gillian sentada aquí todavía de una pieza.

Ella llevó a Yorke hasta el final del relato cuando Nigel Wilkes había irrumpido desde la rotonda casi matándola, antes de casi con toda seguridad salvarle la vida.

Yorke la interrogó con preguntas sobre su vida, desesperado por encontrar más conexiones con el asesino. Él la había conocido. También sospechaban que había conocido a Jessica.

Yorke consideró el ángulo quirúrgico y le preguntó sobre su médico, y el médico de su difunto esposo Geoff, pero no había ninguna conexión allí. Le preguntó sobre su trabajo como camarera en The Rose and Crown, uno de los pocos pubs de Salisbury con el que no estaba muy familiarizado. No había clientes descontentos, ni compañeros de trabajo problemáticos. A pesar de la falta de éxito en el interrogatorio, fue diligente en la toma de notas.

—¿Cree que volverá a por mí? —dijo ella.

Yorke sinceramente no lo sabía, pero sí sabía esto:

—Si vuelve, caerá directamente en nuestras manos, porque no le quitaremos los ojos de encima hasta que lo atrapemos.

Fuera de la sala, Topham se acercó a él.

—Utter está en camino. No está contento con la hora; estaba desesperado por irse a la cama.

—Joder, Mark, todos sabemos lo que se siente.

40

Jake yacía en un colchón junto a la cuna, acariciando la mano de su hijo a través de los barrotes.

Una lamparita brillaba desde la esquina, permitiéndole observar los diminutos dedos mientras los acariciaba. Por primera vez en días, sintió un momento de paz. Hasta que sus ojos se posaron en el teléfono móvil que había dejado encendido y entonces todo volvió a su mente como una avalancha.

Lacey había regresado, persiguiendo a Billy Shine. Tenía a dos agentes de policía sentados fuera de su casa por si ella decidía hacerle una visita. Su mujer estaba furiosa con él por haberle ocultado la verdad. Y uno de sus amigos cercanos, Iain, estaba de luto por el asesinato de su ex mujer.

Soltó la mano de Frank. No le parecía correcto tocarlo con tantas imágenes horribles en su cabeza.

Salió al descansillo y miró por la ventana. Los copos de nieve centelleaban bajo la luz de las farolas como chispas de fuego. Se quedó observando un rato. El coche ocupado por los dos agentes, Willows y Tyler, había desaparecido bajo un manto de nieve. Contempló cómo, de vez en cuando, los ocupantes se veían obligados a activar los limpiaparabrisas para dispersar la nieve y poder ver de nuevo. Solo para que volviera a acumularse con la misma rapidez.

Su teléfono sonó. Vio que era Yorke.

Yorke iba de camino a la comisaría de Wiltshire para hablar con Utter, pero había encontrado un momento en su trayecto para poner al día a Jake sobre Billy Shine y Gillian Arnold.

—Le cortó la arteria femoral y se desangró en cuestión de minutos. Lo extraño es que se llevó todas sus pertenencias. Su ropa, sus bolsas (si es que tenía alguna, porque no había dejado nada en casa de su madre). Incluso se llevó uno de sus puñeteros dedos.

Jake se frotó la frente mientras escuchaba.

—Su amigo, Paul Lucas, el dueño de la casa, no tiene ni idea de lo que pasó porque estaba en el cine.

Jake miraba fijamente la nieve, deseando, en cierto modo, que simplemente entrara y lo engullera.

—Lacey Ray. Si no fuera por ella, podríamos haber conseguido lo que necesitábamos y haber puesto fin a todo este maldito asunto.

—Lo siento, señor.

—¿Por qué te disculpas?

—Bueno, toda esta mierda de Lacey Ray parece estar pegándose a mí.

—¿Estás escuchando lo que te digo? No ha vuelto por ti. Seguimos metidos en un buen lío, pero no te hagas ilusiones pensando que fue tu atractivo lo que la hizo volver aquí como una loca. Emma está en contacto con Brighton ahora. Tendremos toda la información sobre el crimen de Billy en una hora. Examinaremos sus antecedentes aquí y, a primera hora de mañana, detendremos al imbécil que le vendió el pulpo.

Jake oyó a Frank murmurar desde la habitación de invitados. Empezó a bajar las escaleras. —Ya estoy en la comisaría. Jake, descansa un poco. Esto no ha terminado.

—¿Y usted cuándo va a descansar, señor?

Hubo una pausa. —Después de hablar otra vez con Gary Utter, dormiré unas horas antes de la reunión. Pero no salgas para venir a la reunión. No hasta que esté seguro de que Lacey se ha marchado. Aunque sospecho que ya lo ha hecho. No durará ni cinco minutos antes de que la detengamos si se queda por la zona.

Yorke colgó y Jake se sentó a la mesa de la cocina. Estiró el brazo hacia la nevera que tenía detrás y sacó una cerveza Summer

Lightning.

No tengo ninguna posibilidad de dormir sin una... o dos...

Su teléfono sonó de nuevo. Era un número desconocido.

—Para ser sincera, Jake, cuando te envié la última paloma, no esperaba ponerme en contacto contigo tan pronto.

Se le heló la sangre. Nunca en un millón de años habría esperado esta llamada, y jamás había ensayado lo que diría si volvía a hablar con ella. —Lacey, yo...

—Shhh —dijo Lacey—. Tómate un momento para calmarte. ¿Recuerdas dónde nos llevó tu mal genio la última vez? Tuviste bastante suerte con el modo en que terminó aquel pequeño episodio.

—¿Suerte? —dijo Jake—, ¡¿suerte?! Aterrorizaste...

—Tú, Sheila y ese precioso hijo vuestro solo estáis vivos gracias a mí. Así que un poco de gratitud no estaría mal.

—¡Eres jodidamente increíble!

—Por última vez, Jake, te lo advierto. Sé que estás frustrado. Sé que la vida te tiene completamente atado estos días. Pero tengo algo que quieres, algo que necesitas.

—No sé de qué me hablas.

—Sé cosas sobre el asesino de Jessica. Sé cosas que necesitas saber. Escúchame ahora, Jake, y te contaré cosas que repararán tus alas para que puedas volar de nuevo...

Jake escuchó.

41

—Gracias por venir de nuevo, señor Utter —dijo Yorke.

Utter se llevó una cucharada de sopa a la boca desde un recipiente de plástico. —No hay problema, siempre que no le importe que coma mientras hablamos. Tuve que dejar mi cena en casa.

—Por supuesto que no.

Utter había sido informado de todos los detalles del caso hasta el momento y había firmado el acuerdo de confidencialidad. Por lo tanto, fue rápido y sencillo ponerle al día sobre los acontecimientos de la tarde respecto a Gillian Arnold.

—¿Dijo que era un Tlenamac? —preguntó Yorke.

—Un Tlenamacac —corrigió Utter después de tragar—. Eso significa que se considera a sí mismo un sacerdote del fuego de Tezcatlipoca.

—¿La deidad de la imagen que encontramos en casa de Preston?

—Sí. La deidad que provoca el cambio a través del conflicto y la desarmonía. También hay algo más muy interesante en lo que acaba de contarme. Se refirió a ella como una esclava, y a sí mismo también. ¿Es correcto?

—Sí —confirmó Yorke, consultando sus notas.

—Bien, Tezcatlipoca tiene un epíteto:

Aquel cuyos esclavos somos, todos somos esclavos.

Yorke hizo una pausa para permitir que las conexiones se formaran en su mente. Quería que se sintiera como un rompecabezas, encajando con una sensación de logro, en lugar de cómo realmente se sentía: una telaraña siendo tejida y enlazada en un todo que solo serviría para enredar y atrapar. —Entonces, ¿está eligiendo a sus víctimas según si son esclavos o no? ¿Qué significa eso?

Utter se encogió de hombros. —¿Dice usted que le dijo a Gillian que Jessica también era esclava de su tristeza? ¿De qué podría haber estado triste Jessica?

—¿Su divorcio? ¿Su madre enferma, quizás?

Utter asintió para mostrar su entusiasmo por la dirección de la conversación. —¿Y Robert Preston podría haber estado triste por su fetiche, uno que estaba destruyendo su propia vida?

—Posiblemente... aunque también podrían haberlo asesinado simplemente por ser un testigo, ¿no? —Yorke suspiró—. ¿No estamos forzando demasiado las cosas? Quiero decir, ¿acaso no estamos todos tristes por una cosa u otra?

—Cierto.

—¿Podría ser simplemente un asesino despiadado? —dijo Yorke, recostándose en su silla.

Utter también se reclinó en su silla. —Ahí es donde discrepo con usted.

Yorke alzó las cejas. —Le mostré las fotografías. ¿Puede haber un asesinato más despiadado?

—No estoy diciendo que lo que ha hecho sea aceptable, pero debe entender que él no verá esto como matar.

Yorke se inclinó hacia delante de nuevo.

—Recuerde, inspector, estos dioses crearon el mundo y la humanidad a través de sus propios sacrificios. El señor Tezcatlipoca, por ejemplo, sacrificó su pie a un monstruo para que el mundo pudiera ser creado.

—Ve, ahí es donde empiezo a tener dificultades... ¿un monstruo?

—Los aztecas sacrificaban a otros mesoamericanos para pagar esta deuda. Las potentes energías contenidas en los corazones y almas fortalecían a las deidades, y si alimentabas a los dioses, ellos

alimentarían la tierra a cambio. Sin el sacrificio divino, creían que la tierra llegaría a su fin.

—Suena como si usted también creyera en esto —dijo Yorke.

Utter no respondió.

Los ojos de Yorke se abrieron de par en par. —¿En serio?

—Discutimos esto anteriormente en la investigación. Dejamos claro que mis creencias eran irrelevantes.

—Sí, pero aun así... ¿de verdad? ¿Usted cree en esto?

—Sí, lo creo. Piense en las sequías, la hambruna y el clima extremo. La falta de sacrificio nos está destruyendo.

Yorke se levantó y caminó hacia la ventana. Tomó una respiración profunda y miró fijamente la nevada que se intensificaba. Tenía que aclarar esto consigo mismo. Necesitaba a Utter. No era el momento para conflictos con el hombre que tenía cierta comprensión de toda esta situación.

Detrás de él, Utter dijo: —Pero permítame ser claro. No creo en el sacrificio humano. El autosacrificio debería ser suficiente.

Yorke se volvió. —¿Lo que él hace con sus orejas? ¿Y usted...?

Utter levantó un pulgar cicatrizado y asintió.

Yorke reprimió su impulso de comentar. Volvió a sentarse.

—No se escandalice, y no sea hostil. No soy quien usted cree que soy en este momento. Los paganos, como yo, siempre somos los que recibimos las críticas. No todo se trata de sacrificios humanos y orgías. ¡Desafortunadamente!

Sonrió por su propio sarcasmo. Yorke no le devolvió la sonrisa.

—No puede negar que las religiones modernas, más populares, también tienen historias turbulentas. La mayoría de las personas que practican cualquier forma de religión son reconstruccionistas. Tomamos una religión precristiana y le insuflamos nueva vida. Esto es lo que hago con una religión que comenzó en Mesoamérica y fue desarrollada por los toltecas y los aztecas.

—Pero aun así —dijo Yorke, incapaz de contenerse por más tiempo—. La escala de sacrificios. ¡Fue peor que Hitler en Auschwitz! ¿De verdad queremos insuflar vida de nuevo a *esa* religión?

—*Nueva* vida. Y todo mi énfasis está en *nueva*. La religión no disminuyó porque la gente dejara de creer y los símbolos y rituales

fueran inválidos. ¡Disminuyó porque fue violentamente suprimida! Así que *reconstruimos* teniendo en cuenta las leyes y la moral modernas. Nadie con quien me asocio cree que sacrificar vidas sea necesario, ni humanas ni animales. Soy vegetariano y amante orgulloso de las mascotas. Ningún ser vivo tiene nada que temer de mí.

—¿Entonces, solo espinas de cactus?

—Sí, solo autosacrificio.

—Una cosa que he aprendido entonces sobre este asesino es que no es un reconstruccionista.

—Sí, definitivamente quiere mantener las cosas *exactamente* como eran.

Yorke se reunió con Topham en la sala de investigación donde este último estaba inclinado sobre un boceto impreso de Joe Shaw.

Con ayuda del dibujante forense, Gillian había proporcionado un retrato de un hombre pálido de pelo largo con un rostro aquilino y demacrado. Tenía los ojos marrones y hundidos.

—Supongo que si tuviera que imaginar a un sanguinario sacerdote azteca, no andaría muy lejos de esto, ¿verdad? —dijo Topham.

—Distintivo, por decir lo mínimo —respondió Yorke—. Enviémoslo a la prensa a primera hora. Podríamos obtener una pista fácilmente.

—Déjeme contactar a Price. Ya es pasada la medianoche y usted necesita descansar, señor.

—Estoy bien.

—No, señor, no lo está. Y a menos que quiera que le impacte con mi espejo de bolsillo —que como sabe, debido a mi naturaleza de chico guapo, llevo en el bolsillo superior— debería seguir mi consejo. Además, no le hará favor a nadie si se priva de sueño por más tiempo y acaba pareciéndose a este hombre de la fotografía.

—Oh, no sé, Mark, podría darme ventaja en los interrogatorios.

—Sí, si no los asusta de muerte primero.

—¿Dónde está Emma?

—Tuvo que irse a casa corriendo. Annabelle está enferma, al parecer.

La ahijada de Yorke. —¿Está bien?

—Solo es un resfriado fuerte, creo. Me pidió que le dijera que no se preocupara. Le conoce bien. Yo me encargaré de ordenar esto, dejándolo listo para el informe de mañana. Contactaré con Price para asegurarme de que esto salga en la prensa a primera hora. Gillian ha optado por quedarse en el hospital esta noche, así que confirmaré que un agente permanezca allí durante toda la noche. También enviaré a algunos agentes para relevar a Tyler y Willows durante unas horas frente a la casa de Jake.

—Vamos a quedarnos sin efectivos a este ritmo.

—Precisamente por eso todos necesitamos descansar. Yo dormí anoche, así que, por favor, ¿señor?

—Vale, vale... pero si descubres algo esta noche, y me refiero a *cualquier cosa*, llámame. Tuvimos suerte esta noche con Gillian. Él volverá, y quizás no tengamos tanta suerte la próxima vez.

—Tiene mi palabra, señor.

—Sé que la tengo, Mark. Siempre has sido de los mejores.

42

Los neumáticos del coche de Jake crujieron sobre el hielo y la nieve hasta que se adentró en la zona industrial. Era un conjunto barato de pequeños garajes, la mayoría abandonados o desocupados. Solo había dos en uso: un taller de neumáticos y otro alquilado por alguien que vendía piezas de motocicleta. Ambos estaban cerrados. ¿Por qué no iban a estarlo? Era pasada la medianoche.

Apagó el motor y las luces y masticó con fuerza un chicle de menta. El sabor había desaparecido. Alcanzó la manilla de la puerta y notó que le temblaban las manos: *¿será por el Pro Plus que tomé antes de salir?*

¿O es que estoy empezando a darme cuenta de que lo que estoy haciendo ahora mismo —venir a encontrarme con Lacey Ray— es una absoluta locura?

En el exterior, se ajustó bien el anorak de esquí. Hizo poco para protegerlo del frío.

La elección que ella le había presentado era simple.

Tenía las pertenencias de Billy Shine, incluido un portátil, y una grabación de su confesión relacionándolo con el asesinato de Jessica. Tenía respuestas.

—Todo envuelto como un regalo con un bonito lazo rojo —había dicho ella.

Pero ¿el coste? Tenía que encontrarse con ella. Solo. En esta dirección. En el garaje pintado de azul con la puerta entreabierta. Si

no acudía, ella quemaría todo. Si se lo contaba a alguien, quemaría todo.

Había presentado un argumento convincente. —Con esto, atraparás al asesino de Jessica, lo cual apoyo totalmente. Sin esto, seguiréis persiguiendo fantasmas, y entonces el próximo cadáver será culpa tuya, Jake. Toda tuya.

Convincente.

Sin embargo, esto no hacía que sus acciones fueran menos estúpidas.

—¿Quieres que me encuentre con una asesina, en un garaje desierto, a la una de la madrugada? —le había dicho.

—Sí, quiero. Emocionante, ¿verdad?

—Para una persona demente.

—De acuerdo, pero recuerda esto. Si te quisiera muerto, Jakey, ¿no crees que ya habría logrado ese objetivo?

—Entonces, si no me quieres muerto, ¿por qué no simplemente entregar las pruebas en la comisaría?

—Vamos, ¿dónde estaría la diversión en eso?

Se detuvo ante la puerta abierta del garaje y metió la mano dentro de su chaqueta. El cuchillo de cocina seguía allí. Sí, sabía que esto podría costarle todo. Su trabajo, su libertad, incluso su vida. Pero, ¿pruebas que podrían detener al asesino de Jessica? ¿Y no cualquier asesino, sino el individuo más brutal y despiadado con el que jamás se había cruzado?

No se le escapaba la ironía de que estaba a punto de enfrentarse al segundo individuo más brutal y despiadado con el que se había cruzado en su carrera. De ahí el cuchillo. Esta noche iba a detener a Lacey, de una manera u otra. Matar dos pájaros de un tiro.

Tras dar varios pasos dentro del garaje abandonado, respiró hondo, aspirando el aire impregnado de aceite. Estaba oscuro, así que tanteó las paredes junto a la entrada hasta localizar un interruptor que dio vida al viejo garaje.

Pero vida no era la palabra adecuada. El lugar estaba desierto. Completamente. El suelo estaba lleno de restos de viejos vehículos, y las viejas paredes de yeso se estaban descomponiendo y desmoronando.

En el centro del garaje vacío había una silla.

Jake se acercó a la silla, manteniendo la mano dentro de la chaqueta, listo para sacar la única arma disponible cuando finalmente la viera. Al aproximarse a la silla, escuchó sonar un teléfono móvil. Ciertamente no era el suyo. El sonido venía de la silla.

Cogió un viejo teléfono de la silla y respondió: —¿Diga?

—Saca la mano de tu chaqueta, Jake.

Jake giró sobre sí mismo, buscándola. Nada. —¿Dónde estás?

—Quizás estoy aquí observando. Quizás simplemente te conozco demasiado bien. Sea lo que sea que tengas en el bolsillo, tíralo al suelo ahora o desapareceré.

—No puedes esperar en serio que...

—O voy a desaparecer.

Jake arrojó el cuchillo de cocina al suelo. —¿Contenta?

—Siempre. Ahora siéntate en la silla.

Jake obedeció con los dientes apretados. —¿Podemos simplemente...?

—Busca debajo de la silla.

Jake buscó debajo de la silla y sacó dos juegos de esposas. Maldijo en voz baja.

—¿Disculpa, Jake?

—Lacey, esto es ridículo...

—No, es seguridad. Para mí. Primero, te esposarás los tobillos, luego, te esposarás las manos detrás de la espalda.

—¿Para que puedas cortarme los jodidos dedos, como haces con todas tus otras estúpidas víctimas?

—Sí, tienes razón, eran estúpidos. Tú, Jake, afirmas ser todo lo contrario. Así que, si ese es el caso, lo sensato sería seguir las instrucciones.

Mierda, pensó Jake, *¿qué hago?*

Solo había una opción si quería la información. Dejó el teléfono en el suelo y se puso las esposas en los tobillos primero, pero dejó un cierre flojo. Recogió el teléfono. —Listo.

—Ajusta las esposas, Jake.

—Ya lo he hecho.

—Adiós Jake, espero que puedas vivir con lo cerca que estuviste de poner tus manos en las pruebas.

—¡Por el amor de Dios! —Dejó el teléfono y cerró las esposas de golpe.

—Ahora, pon tus manos detrás de la espalda, y quiero que pases las esposas alrededor de los barrotes.

—Suena complicado.

—Mucho, pero tenemos tiempo, y no voy a salir hasta que pueda ver que está hecho.

Jake dejó el teléfono en el suelo y se sujetó la muñeca izquierda. Luego, detrás de su espalda, pasó la segunda esposa alrededor del barrote y, con su mano izquierda ya esposada, logró cerrar la esposa en su muñeca derecha.

Ahora estaba jodido.

Lo sabía él y, sin duda, lo sabía ella.

Tenía que confiar en ella.

Dios, por mi hijo, por mi esposa, Sheila, por quien fuera que este asesino hubiera elegido como próximo objetivo, por favor, haz que esto funcione. Por favor, haz que esta psicópata haga lo correcto.

Sintió a Lacey detrás de él, notó sus manos en sus hombros y luego sintió sus dedos recorriendo su pecho.

Ella retiró sus manos, rodeó la silla y se paró frente a él. —Te he echado de menos.

Levantó ligeramente su falda, para poder pasar su pierna izquierda por encima de él, y se sentó a horcajadas.

—¡Quítate de encima!

Lacey le acarició la cara. —Te he echado de menos.

—Me levantaré y te tiraré al suelo.

—Shhh... no lo harás porque entonces no conseguirás lo que has venido a buscar.

—¿Qué quieres de mí, Lacey?

—Lo que he venido a buscar —Se inclinó para besarle.

43

Topham apoyó la cabeza sobre la mesa y estaba al borde de quedarse dormido cuando sonó su teléfono. Era el sargento detective Ryan Simmonds. A Simmonds se le había encargado investigar foros en línea y posibles cultos.

—¿Ryan?

—Señor, creo que he encontrado algo importante.

—Adelante, pues —Topham se frotó los ojos cansados.

—*WindScapes*, un portal para la comunidad pagana de Wiltshire.

Topham se inclinó y encendió su ordenador. Invocó la barra de Google y luego encontró la página adecuada.

La página principal de WindScapes mostraba a una mujer de pie frente a un árbol frondoso, con una capa negra y las palmas extendidas. Topham se alegró de que el fotógrafo hubiera optado por la luz del día. Hacía que la imagen pareciera mucho menos satánica.

—De acuerdo —dijo Topham—. ¿Una agencia de citas para fanáticos religiosos?

Simmonds se rio.

—Es uno de los muchos que hemos estado investigando. Aquí se tratan muchas religiones paganas, incluidas las mesoamericanas.

—Le escucho —dijo Topham.

—Bueno, nos pusimos en contacto con ellos esta mañana. Como era de esperar, la señora que respondió, Sandra Ross, fue antipática y a la defensiva. Le dije, sin proporcionar demasiados detalles, que

sospechábamos de algún tipo de conexión con la teología azteca en los recientes asesinatos de Wiltshire. Le pregunté si había habido algún comportamiento extraño en el foro en los últimos dos años.

Topham resopló.

—¿Comportamiento extraño? Viendo este foro, estoy seguro de que esa petición la mantendría muy ocupada.

—En primer lugar, dijo que hablaría con los moderadores del foro, pero luego se lanzó a una diatriba sobre cómo sus foros son seguros y cumplen con las leyes y la moralidad modernas, emitiendo prohibiciones cuando es necesario.

—Así que le pidió la lista de usuarios prohibidos.

—Sí.

—Buen trabajo, ¿y?

—Se pone mejor. Me ha llamado hace quince minutos...

—¿Qué? ¡¿A la una de la madrugada?! ¡Desde luego los ha puesto nerviosos!

—Señor, necesita un bolígrafo.

—Lo tengo.

—Alguien con el nombre de Tezcacoatl fue expulsado del foro a principios de este año —Simmonds deletreó el extraño nombre—. En estos intercambios de correos electrónicos con otro usuario, describe cómo desea iniciar otro imperio azteca y llamarlo la Segunda Era.

Topham volvió a resoplar.

—El realismo no es uno de sus puntos fuertes, entonces.

—Se pone mejor. Se considera a sí mismo un sacerdote, pero quiere obtener algún tipo de ascenso a un... —hizo una pausa, obviamente para mirar sus notas—, un Sumo Sacerdote. Y luego, a partir de ahí, otro ascenso a algo llamado Tlatoani —de nuevo, Simmonds tuvo que deletrearlo—. Que significa: gobernante de la Segunda Era.

—Un poco de ambición nunca ha hecho daño a nadie, pero el mundo ya ha tenido suficientes tiranos.

—Debería ver las cosas que han enviado por correo electrónico, señor. Tienen todas sus publicaciones y correos. Tiene planes para templos, nuevas escuelas, guerras. Vaya, este tipo podría escribir un libro interesante.

—Hmmm, no sería mi tipo de lectura, pero ¿creemos que es nuestro hombre? Hay muchos chiflados por ahí. Necesitamos más. ¿Menciona el sacrificio humano?

—No. Solo insinúa que practica las viejas costumbres. Las implicaciones de estas palabras fueron utilizadas por los moderadores para finalmente expulsarlo. Me han enviado por correo electrónico una lista de personas con las que mantenía comunicación regular.

—¿Quiénes?

—Un momento, señor, lo abriré ahora mismo... ah, mierda...

—¿Sí? —Topham se puso de pie.

—Es él.

—¿Quién?

—Billy Shine. Es uno de los tres individuos con los que mantenía comunicación regular.

—Escuche. Necesitamos conseguir la dirección IP desde la que se comunicaba. A menos que fuera astuto y usara un servidor proxy o VPN, lo cual sospecho será el caso. Además, quiero a esta Sandra Ross y al moderador que informó de todo esto en la comisaría mañana por la mañana para tomar declaraciones. Finalmente, averigüe todo lo que pueda sobre los otros dos con los que estaba en contacto; los investigaremos a primera hora.

Después de colgar, Topham se quedó mirando su teléfono y recordó la petición de Yorke de contactar con él. Si lo hacía, Yorke estaría de vuelta en una hora, y ese hombre necesitaba dormir.

Tenían un nombre. Tezcacoatl. Tenían un vínculo claro entre Tezcacoatl a través de este foro y el pulpo de anillos azules que Billy Shine había comprado para él. La dirección IP se comprobaría por la mañana. Potencialmente, podrían estar hablando con estos otros contactos de Tezcacoatl antes de que terminara la noche, pero primero dejaría que Simmonds le informara sobre los hallazgos.

Topham sabía que Yorke estaría descontento con él, pero optó por dejarlo dormir.

Luego, llamó a su pareja.

—Hola, Neil —dijo Topham.

—¿Qué tal, Mark?

—Dijiste que te llamara sin importar la hora.
—Lo dije. Me gusta tu voz, ¿recuerdas?
Topham suspiró.
—Y a mí me gusta el sonido de la tuya más que nunca.

44

Jake dejó que le besara. También fingió entusiasmo. Tenía que moverse algo, o ella le acusaría de no darle lo que quería. Sin embargo, cuando empezó a mover las caderas y a restregarse contra él, echó la cabeza hacia atrás. —Basta.

—Estoy de acuerdo. No queremos precipitarnos. ¿Qué pensarás de mí?

—Sabes que todo esto es inútil, Lacey? Te tienen que atrapar. Esto tiene que acabar.

Ella se bajó del regazo de Jake y sonrió con suficiencia. —¿Y quién va a acabar con esto, Jake, tú? Estás en un buen aprieto ahora mismo, ¿verdad?

—Pero no se trata solo de mí, Lacey. Vale, yo desaparezco. Muero. Aun así te atraparán.

—¡Déjate de dramas, Jake! Por favor.

—¿Por qué yo? ¿Qué te he hecho? Salimos, lo dejamos. Lo pasamos bien, pero no éramos compatibles.

—¿No éramos compatibles? Eso es quedarse corto. Tú eres policía y yo soy una criminal. No podríamos ser más diferentes. Pero verás, eso es lo que realmente me gusta de toda esta situación. Ya sabes lo que dicen de los polos opuestos, ¿no?

—Lacey, simplemente dame las pruebas y déjame marchar.

—Paciencia, Jake.

—¿Paciencia para qué, exactamente?

—Paciencia para que tome mi decisión.

Jake notó que le empezaban a sudar las palmas. —¿Sobre?

—Te confesaré que cuando organicé este encuentro, no tenía intención de matarte. Este Tezcacoatl, sí, ese es su nombre, Billy me lo dijo, ha hecho algo particularmente grotesco. Incluso para mis estándares. Y pasar tiempo con él sería... bueno... ¿cuál es la palabra?... ¿sensacional? Pero las necesidades mandan, y ambos sabemos que tengo que huir, y huir rápido. Así que pensé que si te daba los medios para atraparlo, al menos el maldito malvado no se saldría con la suya... del todo. Y, como dije antes, ¿te dejé vivir una vez? ¿Por qué? Porque toqué el vientre de tu mujer y sentí que ibas a ser padre. Y eres un buen padre, Jake, te lo reconozco. Te he observado varias veces con él. Y todo esto estaría muy bien, si pudiera superar una pequeña cosa que me está molestando. —Se dio golpecitos en la frente—. Molestando... molestando...

Jake se estremeció. —¿Qué? ¿Dímelo?

Ella sacó las tijeras de podar de su bolsillo. Jake tomó una respiración profunda.

—Pero suena tan trivial. ¿Quizás debería simplemente *mostrarte* cómo me siento?

A pesar del frío, Jake estaba empezando a sudar. —Por favor, Lacey... solo dímelo.

—Vale —dijo, abriendo y cerrando las tijeras—. Fue cuando me llamaste *emocionalmente atrofiada* hace todos esos años. Realmente no puedo superarlo. Lo siento. —Se acercó más.

45

Yorke se metió cuidadosamente en la cama para no despertar a Patricia.

No hacía falta. Ya estaba despierta. Se dio la vuelta y apretó su cuerpo desnudo contra el suyo. Se sentía bien. Muy bien. Pero era tarde, él estaba agotado, igual que ella, y sabía que deberían tomar la opción sensata y dormir.

Ella le acarició el pecho. Fue suficiente. Le aportó cierta calma y seguridad que habían faltado durante los últimos días.

—Estás haciendo todo lo que puedes, como siempre —dijo ella.

—Gracias —respondió Yorke, sin creerlo.

—Se siente personal, Mike, porque está tan cerca, pero recuerda que tienes que hacer tu trabajo con claridad.

—Y sin emoción. —Yorke le acarició el pelo, pensando: *más fácil decirlo que hacerlo*. Pero al menos ella intentaba ayudar.

Bajó la mano por su espalda y recorrió las largas cicatrices que tenía allí. —Algún día me contarás cómo ocurrió esto, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho. Esquiando.

—No, pero ¿me contarás la verdadera razón?

—Duérmete, Mike. Te necesitan temprano y necesitas descansar.

Yorke se quedó dormido y soñó con todas las personas que había amado en su vida y que ya no estaban: Danielle, Charlotte, su madre. Alineadas, se turnaban para hablar con él, pero no decían nada que pudiera entender. ¿Quizá le estaban diciendo cuánto le echaban de menos? ¿O tal vez le reprochaban que les había fallado?

Después de que se marcharan, soñó con el hombre de ojos saltones, abriendo el pecho de su víctima con un enorme cuchillo. Bajó la mirada hacia el rostro de la víctima, esperando ver a Jessica, pero en su lugar, vio a Patricia. Un río de sangre brotaba de su pecho abierto.

46

Con el dedo índice atrapado entre las cuchillas de las tijeras de podar, Jake Pettman suplicaba a Lacey. Una y otra vez, decía que lo sentía.

—Pero, Jake, ¿cuánto lo sientes, *de verdad*?

—De corazón... honestamente... *profundamente*.

—Necesito más sinceridad.

—Escucha, cuando dije esas cosas, estaba enfadado. Muy, muy enfadado. A la defensiva. No sentía nada de lo que dije. De verdad, tengo un hijo. ¡Un hijo! Frank.

Cuando por fin oyó el chasquido de las tijeras al cerrarse, suspiró aliviado por la ausencia de dolor. Dejó caer la cabeza hacia delante y respiró hondo varias veces.

—Qué bonito, ¿verdad? —Lacey volvió a colocarse frente a él—. Tienes un hijo.

Jake contuvo las lágrimas y el vómito que le subía por la garganta.

—Yo no puedo tener hijos —dijo ella.

Menos mal, pensó Jake.

—Ahora, escucha con atención, Jake. Esto no ha terminado. Te creo. Te has ganado algo de tiempo. No hay duda de eso. Pero tengo que irme y pensar cuánto tiempo será exactamente y, por supuesto, cómo vas a servirme en el futuro. Creo que todo este escenario habría salido mucho mejor si simplemente me hubieras

follado mientras estaba en tu regazo, pero entiendo tus... ¿dificultades? Quiero decir, ya no eres ningún jovencito.

Sacó un dedo de su bolsillo. —Este es el dedo de Billy Shine. Solo tuve que quitarle uno para sonsacárselo todo. Se podría decir que era más fuerte que tú, Jake, ya que tú te acobardaste antes de que te quitara siquiera uno de los tuyos.

Metió la mano en el bolsillo lateral y sacó una memoria USB. —Esta es su confesión. Todo lo que hacía con sus tres dulces niñas en Brighton. Una escucha obligada. Por último, detrás de ti, en una mochila, está su portátil, junto con algunos accesorios de moda bastante peculiares con los que el grotesco cerdo solía bailar. Y creo que eso es todo.

Puso el dedo y la memoria USB en su regazo.

—¿Y las llaves? —preguntó Jake—. ¿Las de las esposas?

—No seas tonto, Jake. No me las traje. El taller de al lado abre sobre las ocho. A lo mejor tienen herramientas para liberarte. Ahora, ¿puedo darte un último beso antes de irme?

Jake casi dijo: «*Que te jodan*». Pero se contuvo. Ella quería tener el control absoluto. Si lo rompía, volvería al punto de partida y dudaba mucho que esta vez llegara al segundo nivel. En lugar de eso, asintió.

Ella se inclinó y le besó en la frente. —Ya has tenido más que suficiente para una primera cita, Jake. ¿Sabes? Si juegas bien tus cartas, la próxima vez podría terminar mucho mejor...

47

LA NOCHE ANTERIOR en su jardín trasero, Tezcacoatl había oído el ulular de un búho. Envuelto en un forro polar y una chaqueta de esquí negra, había escudriñado el cielo durante casi una hora en busca de estrellas fugaces, ya que transmitían el mismo mensaje que los búhos. No había visto ninguna, pero el ulular del búho había sido suficiente. Más que suficiente.

Los búhos eran los mensajeros de los dioses de la muerte, que llamaban a aquellos destinados a habitar Mictlan, una región oscura conocida como el Inframundo. Tezcacoatl no estaba preparado para ir a este lugar de muerte. Le quedaba mucho por lograr. Afortunadamente, el búho solo había llamado una vez. Se necesitaba un segundo ulular para hacer de su muerte una certeza.

Así que por ahora, solo se enfrentaba a un gran peligro.

Había subestimado a la esclava, Gillian Arnold, y había confiado demasiado en la fuerza de su tristeza. El comienzo del plan había ido bien. El vagabundo se había ganado sus veinte libras admirablemente, pero después ella había luchado con fuerza y Huitzilopochtli, la deidad de la guerra y el sol, no había sido nutrida. ¿Era el búho, el presagio de muerte, una advertencia de peligro de su amado Señor Tezcatlipoca, o lo estaba, de hecho, amenazando con Mictlan si volvía a fracasar?

Durante muchos años, se había esforzado tanto por resistir las emociones, pero ahora no podía negar una sensación peculiar en su

interior, entumecida como un bulto canceroso que no dolía al tocarlo, pero que era desalentadora por su mera presencia.

Era por la mañana y estaba sentado frente a un espejo aplicándose base de maquillaje. Su piel estaba más blanca de lo habitual y, inesperadamente, sus pensamientos se dirigieron a un muñeco de nieve que había construido con su madre cuando era niño. Tomó un pequeño bote de pastillas de hierro de su tocador, abrió la tapa y se llenó la boca de pastillas. Las tragó en seco, haciendo una mueca ante el sabor acre. No pasaría mucho tiempo antes de que la explosión de hierro se derritiera a través de su tez pálida como el sol había derretido su muñeco de nieve.

Se había quedado atónito por la desaparición del muñeco de nieve y le había preguntado a su madre cómo podía derretirse hasta desaparecer. «Las cosas lo hacen», le había dicho, «pero tú escaparás del mismo destino, porque eres demasiado importante para derretirte hasta desaparecer».

Esta noche debe ser un éxito, pensó. *No podía haber lugar para el fracaso, no ahora que un búho había comenzado a llamar.*

Mientras volvía a guardar la base de maquillaje en el cajón, se clavó una pequeña astilla en el pulgar y su mente volvió de nuevo a su infancia, a un recuerdo que no ofrecía más que tortura...

... Podía oler madera vieja, tenía astillas profundamente enterradas bajo las uñas y sus ojos estaban irritados de tanto llorar. Miraba a través de una grieta en la madera que se había materializado después de que la puerta del sótano hubiera sido repetidamente golpeada.

Sus manos salieron disparadas para poder arañar la grieta, pero finalmente, como siempre hacía, se rindió. Gimió. Con el tiempo, había agrandado el hueco, pero las manos astilladas eran todo lo que tenía para mostrarlo. La brecha nunca sería lo suficientemente grande como para que pudiera salir y salvarla.

Con una mano enroscada alrededor de la garganta de su madre como la garra de un águila, su padre formó un puño y lo estrelló contra su rostro dos veces. La sangre brotó de las comisuras de su boca mientras suplicaba.

—Nuestro hijo... nuestro hijo está *mirando*.

Cuando su cabeza se inclinó hacia un lado, ella miró a su hijo a través de la grieta en la puerta mientras sus ojos se llenaban de sangre. Lágrimas calientes corrían por su rostro cuando se dio cuenta de que debería estar derribando esa puerta. Pero al igual que en todas esas otras noches horribles, la rabia en su interior lo convirtió completamente en piedra.

Su padre se volvió para mirarlo a los ojos y una sonrisa se dibujó en su rostro ebrio como una hoja que sale de la manga de un ladrón. El sudor le corría por la nariz y babeaba por la comisura de la boca. Sus ojos sobresalían.

—Te gusta mirar, ¿verdad?

No podía moverse ni responder. Solo podía pensar. Así que pensó en cortarle el cuello a ese cabrón frío.

Los ojos de su padre se hincharon e inflaron como los de un animal muerto, y finalmente lo devoraron todo...

... Los ojos de Tezcacoatl se abrieron de golpe y regresó a su dormitorio.

Pensó en esa peculiar sensación entumecida dentro de él que había provocado este recuerdo. Esperaba que desapareciera. No quería decepcionar a los dioses de nuevo esta noche. No quería que volvieran los búhos ululantes. Y ciertamente no quería que los búhos comenzaran a disparar.

Miró sus ojos pálidos y hundidos en el espejo. *Un día, Madre*, pensó, *volverás a mirar estos ojos y te llenarás de gran orgullo*.

Alguien tocó el timbre de su puerta de entrada. Intentó ignorarlo, pero el visitante insistió y tocó tres veces más.

Después de envolverse en una bata amarillenta, bajó las escaleras marchando. Solo al llegar al pie de la escalera Tezcacoatl reconoció una peculiar aceleración en su paso.

Después de comprobar que su pelo ocultaba sus orejas, Tezcacoatl abrió la puerta y miró hacia afuera. Era la joven de al lado, de pie bajo la lluvia. Estaba envuelta en una chaqueta de esquí y su pelo rubio estaba pegado a su cabeza. No sabía su nombre. Nunca había necesitado saberlo.

—¿Sí? —dijo Tezcacoatl.

—Lo siento... soy Rachel, de la casa de al lado.

—Sé quién es usted. ¿En qué puedo ayudarla?

—Bueno, está lloviendo —levantó las palmas extendidas—, bastante fuerte. —Intentó ofrecer una sonrisa simpática—. Me preguntaba si podría resguardarme solo cinco minutos hasta que llegue mi taxi a recogerme.

Tezcacoatl se llevó la mano hacia arriba para comprobar que su pelo largo seguía cubriendo sus orejas. Luego, miró por encima del hombro de ella hacia la calle vacía y lluviosa. ¿Podría alguien verla parada en su puerta?

—No entiendo —dijo Tezcacoatl—. ¿Por qué no entras en tu propia casa?

—Bueno, es vergonzoso. He dejado la llave dentro y mi novio no está.

¿Era esto una trampa? ¿Le estaba observando alguien? Miró por encima del hombro de ella otra vez. Nada. Una calle vacía y muchas personas aún tenían las cortinas cerradas.

—Me temo que no estoy vestido y estoy bastante ocupado.

—Solo un momento. —Se deslizó hacia el umbral de la puerta—. Vaya, ¿qué es eso?

Ahora estaba de pie junto a Tezcacoatl, señalando hacia el pasillo donde estaba su acuario, admirando su preciosa pluma azul verdosa, Matlalihuitl.

Ya es demasiado tarde, pensó. Volvió a mirar afuera. Nadie vigilando por lo que podía apreciar.

Cerró la puerta y se dio la vuelta para observar a Rachel, la chica de al lado, marchando por el pasillo hacia su posesión más preciada. —¿Hay algo quemándose aquí?

—Acabo de quemar mi tostada —dijo Tezcacoatl.

—Siempre me pasa lo mismo.

La siguió por el pasillo, apenas a un metro detrás de ella. Él era considerablemente más alto que ella y era consciente de que si se acercaba demasiado, se cernería sobre ella, y posiblemente la asustaría.

No tenía necesidad, ni deseo, de asustarla. Pero ahora tenía un problema que resolver. Un problema muy grande.

Ella tocó el lateral del acuario. Dentro, Matlalihuitl flotaba, con sus ocho patas colgando libremente, todavía de un azul brillante por su alimentación matutina.

—Un pequeño pulpo —dijo ella—. Vaya, creo que nunca he visto nada parecido.

Tezcacoatl podía ver su reflejo en el acuario. Sin duda, ella también podía verlo. Finalmente, después de unos momentos más de admiración, ella se volvió para mirarlo y levantó la vista hacia él. Él notó un oscurecimiento alrededor de su ojo derecho.

—¿Qué le ha pasado a tu ojo? —dijo Tezcacoatl.

Ella se estremeció. —Un accidente.

Tezcacoatl sintió ganas de extender la mano y acariciar su moratón, tal como lo había hecho tantas veces con su propia madre. Se contuvo. —Oigo vuestras discusiones... ¿te hizo él esto?

—¿Quién? —Abrió mucho los ojos para sugerir que su pregunta era ridícula—. ¿Brandon? No...

—¿Fue él?

Una lágrima corrió por su rostro. Rápidamente, levantó la mano para secársela.

—¿Por qué lo permites? —preguntó Tezcacoatl, pero ya conocía la respuesta a esa pregunta, porque se la había hecho muchas veces a su madre—. «No lo hace a propósito», siempre había dicho ella.

—No lo permito. Le he dejado.

Tezcacoatl se sorprendió por la respuesta, casi se estremeció él mismo. Cómo deseaba que su propia madre hubiera pronunciado esas palabras.

—Le escribí una nota. —Se secó las lágrimas—. Le dije que me iba para siempre.

—¿Y luego te quedaste fuera?

—Estúpida. Le dejé la llave y salí para coger mi taxi. Excepto que no era mi taxi, ¿verdad? Era el de Tom, el de enfrente. Afortunadamente, tú me has ofrecido cinco minutos de refugio.

—Nunca te ofrecí nada, Rachel, y realmente siento que hayas entrado.

Parecía confundida por su disculpa.

—¿Dónde le dijiste a Brandon que ibas?

—No se lo dije. Voy a casa de una amiga. Le costará encontrarme.

El teléfono de Rachel empezó a sonar en su bolsillo. —Ese debe ser mi taxi. Realmente debería salir a cogerlo...

—Lo siento, Rachel. No puedo dejarte marchar ahora.

Observó cómo el color desaparecía de su rostro. No sentía ningún placer con su miedo. Ella intentó rodearlo, pero él dio un paso rápido a la derecha y la bloqueó. El movimiento repentino debió dejar al descubierto sus orejas momentáneamente, porque ella jadeó.

—¿Tus orejas? —dijo ella.

—Realmente siento que hayas entrado, Rachel.

Ella empezó a gritar. Él puso su mano sobre su boca.

—Lo siento muchísimo.

48

No le había resultado difícil a Ewan convencer a su abuelo de que estaba enfermo. Cuando le había llevado el té esta mañana, Ewan tenía un aspecto cadavérico y las sábanas de su cama estaban húmedas. Después pasó diez minutos sobre el inodoro, vomitando el poco líquido que le quedaba en el cuerpo. Luego aceptó quedarse en cama durante el día, una promesa que no tenía intención de cumplir, pues fue en su cama donde había soñado con el jaguar.

Salvo que se había sentido más real que un sueño.

Cuando el jaguar había abierto sus fauces para tragarlo entero, Ewan no se había despertado. En su lugar, había entrado en una especie de limbo negro donde podía pensar y sentir, pero no moverse ni percibir nada. Esa consciencia en la muerte había sido la peor parte. Rezó para no volver a soñar de esa manera nunca más.

Como su abuelo ya se había marchado para abrir su tienda y no volvería hasta el atardecer, Ewan se acomodó en el borde de la cama de matrimonio de su abuelo con el estómago revuelto.

Ahora estaba convencido de que el sueño había intentado decirle algo.

En la mesilla de noche, vio un bote de valeriana, una hierba que su abuelo usaba para dormir, pero que apestaba a calcetines sucios. Apretó la tapa del bote, por miedo a vomitar otra vez, pero el repugnante olor persistió, así que salió de la habitación.

Abajo, se lanzó a la aventura y se comió un bol entero de copos de maíz. La apuesta dio resultado y las náuseas por fin le dejaron en

paz.

En el salón, metió la mano entre las virutas de álamo y dejó que Freddy enredara su cuerpo alrededor de su muñeca. El frío le hizo pensar de nuevo en su madre fallecida, y entonces el jaguar volvió a sus pensamientos, implacable mientras merodeaba y se alimentaba...

¡Por supuesto! ¡Era tan obvio! El jaguar era un símbolo del asesino de su madre, y iba a atacar de nuevo, posiblemente desde aquellos árboles frente a la autocaravana de su padre.

Y aquí estoy yo, exiliado, a horas de Salisbury, tan útil como siempre.

El corazón le retumbaba en el pecho y sentía ganas de llorar. Consideró llamar a su padre y contarle sobre el sueño, pero su padre era demasiado cínico y desdeñaría la advertencia. Cuanto más pensaba en ello, más evidente se hacía su único curso de acción: *Tengo que volver a casa para proteger a mi padre.*

Y para eso, necesitaba el dinero del billete de tren.

Mientras registraba la habitación con los dientes apretados, consideró la creencia de su abuelo y su padre de que era demasiado peligroso para él estar en Salisbury, como si de repente fueras inmune al peligro cuando te conviertes en adulto. Después de lo que esta persona le hizo a su madre, ¿por qué debería esconderse? Si va a volver, que vuelva y se lleve una sorpresa.

Logró encontrar más de cien libras en una caja de efectivo en uno de los cajones de su abuelo.

Eso sería suficiente para regresar a casa con su padre.

49

Yorke miró al suelo mientras Topham informaba a la multitud sobre WindScapes.

Era lo único que podía hacer para evitar explotar. Topham había esperado más de cuatro horas para contarle a Yorke lo que había descubierto. Vale, no habría podido hacer nada en medio de la noche y, sí, Topham velaba por los intereses de Yorke, pero aun así sentía que era tiempo perdido y se sentía en cierto modo traicionado.

—Señor, me lo agradecerá más tarde, cuando...

—Jamás le agradeceré que no haya seguido órdenes, Inspector Jefe Topham.

Topham había apartado la mirada en ese momento, claramente mordiéndose el labio.

—No es profesional.

—La amistad está por encima de la profesionalidad.

Afortunadamente, la discusión se vio interrumpida cuando Wendy acudió para informarles de que Gardner no asistiría a la reunión. —Fue al hospital anoche con Annabelle.

Yorke se había vuelto hacia Wendy con los ojos como platos. —¿Qué?

—Dijo que usted respondería así. Me pidió que le asegurara que está bien. Tiene un ataque de laringitis.

—¿Qué es eso?

—Laringitis: una infección en la garganta que provoca una tos perruna. Suena más grave de lo que es. Nada que una dosis de esteroides no pueda curar.

Antes de que comenzara la reunión, había mirado alrededor, a la multitud de rostros, algunos ansiosos, otros cansados. Jake no estaba. *Extraño en él*, había pensado. *Suele ser el primero en entrar.*

Yorke había comenzado la reunión describiendo, con detalle, el asesinato de Billy Shine. Habría que establecer un nuevo equipo y sala de incidentes para gestionar este caso. A pesar de estar enfadado con Topham, lo pondría a cargo de esa sala de incidentes. El equipo asignado a ese caso, del que Yorke proporcionaría detalles al final de esta reunión, tendría que trabajar estrechamente con la policía de Brighton, porque el asesinato de Loretta Marks estaba obviamente relacionado, y Lacey Ray también era buscada por ellos. El problema sería encontrar a Lacey. Siempre una pesadilla.

Luego, pasó al incidente con Gillian Arnold la noche anterior. Todos en la sala expresaron alivio por su escape, ya fuera tomando un respiro profundo al final de la historia o sonriendo. También hubo varios asentimientos satisfechos cuando Yorke anunció que el boceto del hombre que se hacía llamar Tezcacoatl, del que todos tenían una copia, ya estaba en la prensa. Aparecería en los periódicos y en las noticias. Mientras Yorke les explicaba el ángulo azteca —la afirmación de Tezcacoatl de que todos eran esclavos de la deidad Tezcatlipoca, y que Gillian habría alcanzado una muerte florida si él hubiera completado su plan—, se sintió reivindicado. El día anterior, cuando había estado discutiendo este vínculo, había recibido miradas escépticas. Hoy no las había.

Fue entonces cuando Topham había comenzado a informar a todos sobre WindScapes.

Yorke observó a Gary Utter por el rabillo del ojo, tomando notas febrilmente. Era muy irregular tenerlo en la sala de incidentes, pero quería las opiniones del experto tan pronto como terminara la reunión, no media hora después tras verse obligado a repasar todo de nuevo con él. También podría intervenir cuando fuera necesario.

A través del proyector, Topham estaba mostrando la página principal del sitio pagano de Wiltshire mientras transmitía el deseo

de Tezcacoatl de traer de vuelta la religión azteca bajo el llamativo título: La Segunda Era.

Cuando Topham dijo que Tezcacoatl quería convertirse en el Tlatoani —el gobernante de la Segunda Era— Yorke notó que Utter negaba con la cabeza y levantaba las cejas.

Yorke intervino. —Desafortunadamente, como se había previsto, la dirección IP no lleva a ningún lado. Tezcacoatl no fue lo bastante estúpido como para conectarse directamente al foro. Aparte de Billy Shine, había otras dos personas con las que estaba en contacto. Uno ha fallecido. Lucas Hazard, cáncer de pulmón, pero Agente Simmonds, aún así agradecería entrevistas con sus familiares. El otro individuo con el que estaba en contacto era Ethan Rowe, un hombre de ochenta años. Está postrado en cama, pero según su cuidador, sigue activo en línea. Agente Ross, ¿podría usted ocuparse de esa entrevista?

—Tenemos esta correspondencia entre Billy Shine y Tezcacoatl, pero es muy vaga en cuanto al contenido. Ciertamente no hay mención del pulpo de anillos azules, ni del propio papel de Billy en todo esto. Obviamente fueron lo bastante astutos para continuar su diálogo por correo electrónico, o fuera de línea de alguna forma. Aun así, el señor Utter y yo examinaremos a fondo la información que tenemos, juntos, después de esta reunión.

Fue en ese momento cuando Jake irrumpió en la sala de incidentes.

Yorke estaba a punto de comentar: "Más vale tarde que nunca", cuando notó lo pálido y visiblemente alterado que se veía su amigo y colega. En su lugar, optó por decir: —¿Estás bien, Sargento Detective Pettman?

—No realmente. ¿Puedo hablar contigo fuera, por favor?

Fuera, Jake le contó a Yorke lo que había sucedido. El mecánico Lawrence Higgins lo había liberado de las esposas hacía menos de treinta minutos con algunas herramientas pesadas.

—Eres un maldito idiota —Yorke alzó la voz. El comportamiento de Topham ahora parecía insignificante comparado con el de Jake.

—¿Qué otra opción tenía? —dijo Jake.

Yorke negó con la cabeza. —Eres peor que Mark. Con tus malditas justificaciones.

—¿Qué ha hecho Mark?

—Irrelevante ahora. Lo relevante es que podrías haber hecho que te mataran.

Jake asintió. —Lo sé. Pero funcionó, y lo conseguí.

—Y, si no hubiera funcionado, y no hubieras conseguido esta evidencia, ¿crees que a alguien aquí le importaría un carajo un pendrive USB si estuvieras muerto? ¿A Sheila le importaría? ¿A Frank le importaría?

—Lo sé, Mike... señor... tomé una decisión. Es tan persuasiva, me hizo sentir que no tenía elección.

Yorke se frotó la cabeza. —Sin mencionar el hecho de que la evidencia está ridículamente contaminada. ¿Tienes ganas de presentarte ante el tribunal y explicar cómo la conseguiste?

—Yo sé—

—Y no olvidemos que un asesino se puso en contacto contigo y no lo denunciaste inmediatamente. Y que si lo hubieras hecho, podríamos haber atrapado a esta mujer psicótica.

—De acuerdo, señor. Lo sé, ya terminé.

—No has terminado una mierda, Jake. Solo eres un grandísimo zopenco.

—¿Y ahora qué, entonces?

—Bueno, escucharemos lo que hay en ese pendrive, por supuesto.

Yorke habló con Topham y le pidió que preparara la sala de investigación del caso Billy Shine y distribuyera las tareas del día. Luego, entró en un despacho con Jake.

Conectaron el USB al ordenador y abrieron el archivo de audio.

Lacey habló primero. —Así que, primero, admites lo que has hecho. Supongo que te enfadaste porque eres impotente, ¿no?

Yorke podía oír a Billy retorciéndose en la silla. Por el rabillo del ojo, vio que Jake se estremecía. Hacía solo unas horas que él había estado en una situación similar.

Lacey volvió a hablar. —¿Entonces la impotencia?

—¡Sí, la zorra se rio de mí!

—Ajá, ahora estamos llegando a alguna parte. ¿Y qué pasó cuando se rio? ¿El cenicero de jade?

—¡Dios, duele muchísimo! ¡Me has cortado el puto dedo!

Jake estiró el brazo para pausar la conversación. —Se me olvidó decir que su dedo también está en esa bolsa.

Yorke abrió los ojos como platos. —¿Está ahí? Bueno saberlo.

Jake reanudó la grabación.

—Ve al grano o puede que no sea el único que te quite —dijo Lacey.

—Vi todo rojo cuando lo dijo. Probablemente por las drogas, ya sabes. Siempre estaba burlándose. Todos vosotros lo hacíais. Así que le di con un cenicero.

—¿Dar? Eso es lo que acabo de hacerte yo. Tú, Billy, no le diste. Le destrozaste la cara.

Hubo un momento de silencio. Lacey había dejado que Billy reflexionara en ese punto.

—Sabes, realmente no era yo.

—¿Quién fue entonces?

—Bueno... sí, fui yo, pero fue algo impropio de mí. Nunca he hecho daño a nadie así antes. Me conoces, siempre fui amable contigo, delicado...

—Da igual. Ya me has contado lo que hiciste. No pareces arrepentido en absoluto, pero eso es irrelevante, ya que el juicio puede venir ahora. Prometí que sería rápido. Y lo será, pero primero, necesito saber ¿para qué ha sido todo esto? ¿Por qué disfrazarte? ¿Por qué tres prostitutas? No me quejo, la verdad, pagaba bien, pero ¿por qué has arruinado tu miserable vida?

—Dios, mi dedo...

—Se ha ido. ¿Por qué has arruinado tu miserable vida?

—No la he arruinado. Tezcacoatl la ha arruinado.

Hubo una pausa mientras Lacey claramente asimilaba este nombre tan peculiar. —¿Quién?

—Tezcacoatl.

—Eso ya lo he oído... me refiero a quién es.

—¿Alguien que conocí por internet?

—¿Por internet? ¿Tinder? ¿Estabas saliendo con alguien con ese nombre?

—No. No soy gay. ¿No te lo demostré suficientes veces?

—No me demostraste gran cosa, Billy, para ser sincera, pero esa es otra conversación aparte. Entonces, ¿cómo le conociste por internet?

Hubo una larga pausa. Yorke estaba seguro de que podía oír algunos chasquidos. Miró a Jake. Jake articuló en silencio: «Las tijeras de podar».

—Vale —dijo Billy—. Mira, cuando era más joven me metía en todo tipo de mierdas.

—¿Todo tipo de mierdas?

—El diablo, Satán, ese tipo de cosas.

Lacey se rio. —¿Eras un puto adorador del diablo?

—¿Siempre eres tan zorra?

Ella volvió a reírse. —Esto es fantástico. Adoras a Satán y te tengo atado a una silla con tu puto dedo en mi bolsillo. ¿Va a venir a ayudarte?

—Que te jodan. Ya no adoro a Satán. Adoro a Tezcatlipoca.

—¡Esto mejora por momentos! Estoy tan, tan contenta de estar grabando esto.

—Un amigo me habló de un foro. WindScapes. Para paganos. Ahí es donde conocí a Tezcacoatl.

—¿Quién te metió en lo de adorar a alguien con un nombre tan gracioso como el suyo?

Billy no respondió.

—Entonces, ¿qué te hizo hacer?

—No me hizo hacer nada, lo hice yo mismo. Afirma estar en contacto directo con Tezcatlipoca, lo cual es bastante guay. Así que le hice algunos favores.

—¿Como cuáles?

Suspiró.

—¿Como cuáles?

—Le conseguí un pulpo de anillos azules. También, algo de equipo quirúrgico. Pagó mucho.

—¿Es rico?

—Supongo que sí.

—¿Dónde le conociste?

—Solo nos hemos visto tres veces. Cerca de donde vivo.

—¿Para qué quería un pulpo de anillos azules?

—Dijo que era necesario para recuperar algunas de las viejas costumbres. Son muy venenosos. Creo que iba a usarlo para sacrificios.

—Pero pensaba que eras amable y delicado, Billy.

—No lo entiendes. Me advirtió que nadie lo entendería. No es un asesinato. Los dioses se sacrificaron por nosotros.

—Vaya, ¡imagínate!

—Los aztecas construyeron un imperio glorioso. Sus creencias les dieron sentido, y dieron sentido a su mundo. Yo quería formar parte de la Segunda Era. La vida siempre me había parecido tan vacía...

—¿Has oído hablar alguna vez de la palabra adoctrinamiento, imbécil? ¿Y Loretta? La dulce Loretta. Le tenía cierto cariño a mi manera. ¿Fue ella un sacrificio?

—No. No se suponía que lo fuera. Mira, creo que me estoy desangrando, por mi dedo. Me siento mareado.

—¿Desangrándote, eh? Suena como una buena idea.

Yorke hizo una mueca, recordando la primera vez que vio a Billy, sentado en un charco de su propia sangre con la arteria femoral seccionada.

—¿Y eso de tu alter ego como travesti? —dijo Lacey.

Jake pausó de nuevo el audio y se inclinó sobre la mochila a sus pies. Sacó joyas y un tocado.

—Qué demonios... —dijo Yorke, preguntándose realmente hasta qué punto podía ser extraña toda esta situación.

Jake reanudó la reproducción.

—Soy un Ixiptlactli, un imitador. Estoy personificando a Tezcatlipoca, la deidad con la que Tezcacoatl está en contacto. Tengo que personificarlo durante todo el año. Un año entero de placer inimaginable.

—¿Prostitutas y drogas?

—Entre otras cosas.

—¿Por eso se nos contrató durante todo un año, y Tezcacoatl estaba pagando por esto?

—Sí.

—¿Y por eso nos hacías sentarnos a verte con toda esa mierda puesta e intentando tocar la flauta?

—No estabais mirando, estabais adorando.

Lacey volvió a reírse. —No era consciente de que eso estuviera ocurriendo.

—Tezcacoatl también prometió que todos nos casaríamos en marzo.

—Billy, ¿fuiste al colegio? ¿No recuerdas la lección sobre no hablar con hombres desconocidos?

—No lo entiendes, pero lo habrías entendido al final.

—¿Cuando Tezcacoatl viniera y nos sacrificara a todos?

—Sí. La muerte florida. Habría sido glorioso.

—Vale, ahora tengo conocimiento. Lo sé. Casi desearía no saberlo. Así que, es hora del juicio. Yo...

—No, no estoy preparado.

—Sí, lo entiendo, pero me estoy aburriendo ya. Si quieres evitar que me entretenga por mi cuenta, dame algo más interesante.

—¿Como qué?

—Ese no es mi problema.

—Espera... cuando le llevé su pulpo, trajo a su madre.

—¿Puedes repetir eso?

—Su madre.

—Menuda mierda.

—No, de verdad lo hizo. También me dijo que ella estaba orgullosa de él y de lo que estaba logrando.

—Esto se está volviendo demasiado retorcido incluso para mis estándares.

Yorke lo pausó. —La persona que Gillian vio pisoteando en la parte trasera de la furgoneta del cabrón, ¿era su madre?

Jake le miró como para decir algo. Incluso abrió la boca para hablar. Pero no salieron palabras.

Yorke lo reprodujo.

—¿Sabes qué, Billy? Si tuviera tiempo, me encantaría conocer a este Tez... ¿cómo se llama?

—Tezcacoatl.

—Sí, y me encantaría charlar con él sobre su muerte florida, incluso ofrecerle mi propia versión de eso.

—¿Qué es eso que tienes en las manos?

—Es un bisturí. ¡Deberías saberlo! ¿No has estado adquiriendo material quirúrgico?

—Sí, pero por qué...

Se oyó un silbido. Era Billy aspirando aire. —¿Qué has hecho?

—Juicio. Te he seccionado la arteria femoral. Lo he hecho rápido como prometí.

—Hay sangre... por todas partes.

—Relájate, Billy. En mi habitación azul, un lugar de juicio y conocimiento, también necesitamos alcanzar la armonía.

—¡Mierda, tengo frío!

—Armonía, Billy, acógela, siéntela. Yo la anhelo, tú también deberías.

—No puedo ver bien... por favor... nunca...

—Shhhh —dijo Lacey—. Déjame apagar esta grabación ahora, y relajémonos juntos, solo un momento más.

La grabación terminó y Yorke y Jake se quedaron sentados en silencio durante casi un minuto. Luego, Jake sacó el portátil de la mochila de Billy.

50

El ruido de una tubería del radiador despertó a Rachel Lister.

Al principio, intentó extender el brazo para dar unos golpecitos a Brandon y despertarle también para ir a trabajar, pero no pudo mover los brazos, y cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba tumbada en completa oscuridad.

No podía incorporarse porque tenía las muñecas por encima de la cabeza y atadas a la tubería del radiador que la había despertado.

Empezó a gritar, pero su grito no le trajo más que falta de aliento y lágrimas que le corrían por la cara. Esperó, deseando desesperadamente que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. No lo estaban haciendo.

¿Sin ventanas? ¿Sin un amable resquicio de luz bajo la puerta de esta habitación?

La oscuridad continuaba. El ruido del radiador continuaba. Sus lágrimas continuaban.

51

Tezcacoatl podía oír los gritos de Rachel desde el sótano. Su casa era adosada, así que sabía que se oirían en la casa contigua. Por suerte, Brandon estaba fuera en ese momento; Rachel se lo había dicho. Sin embargo, tendría que hacerla callar antes de que llegara a casa.

Contempló su imagen, o al menos un retrato suyo, en la pantalla del televisor. La fuga de Gillian Arnold ahora podría delatarle. Pero no tenía elección, debía continuar; estaba demasiado cerca para detenerse.

Cambió de canal hasta llegar a una telenovela y se detuvo a ver a los macehualtin —los plebeyos— participar en algunos comportamientos frívolos. Después, pasó a un canal en el que sacaban a un niño asiático de entre los escombros de un terremoto. Ver esta imagen le recordó la lluvia que cayó sobre la pequeña aldea africana durante la noche en que ofreció a Jessica Brookes. Sabía de esto porque seguía minuciosamente el mundo y sus cambiantes patrones meteorológicos por internet.

Alimentar a las deidades *sí* alimentaba la tierra.

Sus ojos volvieron a la pantalla del televisor. La cámara se había detenido en una mano asiática inerte; esto le recordó el ulular del búho aquella mañana.

Se detuvo un momento, preguntándose si la deidad insatisfecha, Huitzilopochtli, aceptaría su alimento hoy. Después de todo, la chica

de abajo, Rachel, también era esclava de la tristeza, igual que Gillian. Estaba sometida a un hombre que la trataba como basura.

Sí, era poco convencional, pero cuando miró su reloj, se dio cuenta de que aún tenía tiempo antes de ir al trabajo. También tenía todo su equipo listo desde la noche anterior. Allí abajo, en el frío suelo de piedra, podría hacer lo que tenía que hacer y dejar el desorden para más tarde cuando volviera del trabajo.

Apagó el televisor. Consultaría a Tezcatlipoca, el Señor del Espejo Humeante, y dejaría que él le ordenara.

52

Rachel forcejeaba contra la correa. Le dolía, pero una vez había visto una película en la que alguien hacía sangrar sus muñecas y después lograba liberarse.

Cómo anhelaba la luz y qué desesperadamente anhelaba a Brandon. Su pareja durante cinco largos años. Habitualmente protector y cálido. Lo de anoche, un simple desliz en su larga unión.

No lo dijo en serio. No pudo haberlo dicho en serio. No tiene la capacidad de hacerme daño.

Las pruebas —su rostro magullado— indicaban lo contrario. Aun así, fue solo un desliz. Le perdonaría y volverían a estar juntos, y el extraño hombre de al lado, con las orejas monstruosas, que la había encerrado en su sótano por mirar a su criatura marina, no sería más que un recuerdo.

Un mal recuerdo.

Se abrió una puerta y el sótano desierto se inundó de luz.

¿Brandon, que venía a rescatarla?

Observó al hombre alto con el pelo negro y largo que bajaba lentamente las escaleras hacia ella. Llevaba una gran bolsa de lona negra en una mano.

Ella tiró con fuerza de las correas que le sujetaban las muñecas y comenzó a gritar de nuevo.

Él se giró y cerró de golpe la puerta del sótano.

53

El portátil arrancó con un zumbido.

Yorke miró a Jake, cuyos ojos cansados estaban fijos en la brillante pantalla blanca.

Cuando Yorke miró la pantalla, se sorprendió al ver que no había ninguna solicitud de inicio de sesión; les habían enviado directamente a la pantalla de bienvenida.

—¿Sin contraseña? —dijo Yorke—. ¿En serio?

—Detengámonos para apreciar este momento —dijo Jake—. Hemos tenido suerte.

—Es una suerte sobre la que deberíamos guardar silencio, Jake. Deberíamos estar registrando esto como prueba ahora mismo.

—Deberíamos, señor.

—Pero eso podría meterte en problemas y ralentizar todo aún más. ¿Y si planea volver esta noche? ¿Para compensar el fracaso de anoche?

Una vez que el portátil había arrancado, hizo clic en el símbolo de correo electrónico en la página de inicio de Google.

Otra suerte. Billy había configurado el ordenador para guardar su nombre de usuario y su contraseña, que estaba representada por nueve puntos gruesos.

Billy, como la mayoría de la gente, tenía una bandeja de entrada llena de correo basura y suscripciones. Yorke miró las carpetas de correo electrónico en el lado izquierdo de la pantalla. Hizo clic en la más obvia:

Tezcacoatl.

—Mierda —dijo Yorke—. ¡Hay diez correos electrónicos aquí! Saca tu móvil, Jake, y toma fotos mientras los reviso. Estamos tan cerca del asesino que puedo sentir su respiración.

Comenzaron a leer los correos. Tezcacoatl era claramente un hombre culto; escribía con pasión, precisión y estilo. Sus argumentos eran reflexivos y convincentes, y sus justificaciones para la Segunda Era estaban bien construidas.

—Genial —dijo Yorke—. Realmente tenemos a un maníaco altamente inteligente aquí.

Billy, por otro lado, había sido cualquier cosa menos inteligente. Sus respuestas eran breves, mal redactadas y hablaban de un individuo con baja autoestima y confianza.

—Era un blanco fácil —dijo Jake—. Si tuvieras que convencer a alguien de que un año con tres prostitutas merecía la pena morir, definitivamente empezarías por aquí.

Yorke llegó a un correo que describía el proceso de adoración a una deidad mesoamericana. Todo lo que necesitabas era un altar improvisado, una imagen o modelo de tu deidad, algo de incienso y un objeto afilado para hacerte sangrar.

—Mierda, ¿y lo hacen a través de las orejas? —dijo Jake.

—Utter dijo que se podían utilizar varias partes del cuerpo, incluso el pene.

—¿Qué? ¡No me digas que has dicho eso!

—Desafortunadamente, sí.

—¿Y dices que Utter también hace todo esto?

—Adora a una deidad diferente a Tezcacoatl, pero sí, lo hace. Me habló de su orgullo y alegría: un espacio sagrado en su habitación de invitados.

—¿Y confías en este hombre?

—Confío más en él que en Wikipedia. Utter vive estas rarezas. Sigo creyendo que nos llevará donde necesitamos estar.

Continuaron leyendo los correos. Estaban presentes los intercambios sobre la compra de equipo médico especializado, así

como los intercambios relacionados con el Pulpo de Anillos Azules.

Un correo mencionaba el otro nombre usado por Tezcatlipoca, la deidad amada de Tezcacoatl.

El Señor del Espejo Humeante.

Yorke había oído mencionar esto antes por Utter, pero no le había enviado una bala de curiosidad a través del cerebro como lo hacía ahora. *¿Espejo?*

¿Dónde he oído mencionar un espejo antes?

Se mordió el labio, se frotó la frente, pero la curiosidad seguía siendo solo eso, curiosidad. No podía encontrar la respuesta.

Luego pasaron a otro correo que era particularmente interesante. En este correo, Tezcacoatl se refiere a uno de sus momentos definitorios:

> *Y en este sueño, contemplé una hermosa criatura con un cuerpo amarillo y moteado que podía moverse rápidamente y cazaba con gran sigilo. Un jaguar. Y cuando desperté, supe, inmediatamente, que el jaguar era el espíritu compañero de mi señor, Tezcatlipoca.*

Entonces, a Yorke le vino la respuesta.

El jaguar... el espejo... recordó dónde había oído hablar de estos antes.

54

Rachel miró la bombilla que se balanceaba desde el techo. Al menos ya no estaba a oscuras. Aquella extraña criatura le había concedido al menos eso.

Pero *él* no le había ahorrado su atención. Estaba sentado frente a ella en una silla de madera, observándola.

—¿Quién eres? ¿Por qué haces esto? —dijo ella.

—Me llamo Tezcacoatl.

Su voz sonaba suave, pero eso no suavizaba el impacto de su peculiar nombre.

—No entiendo ese nombre —dijo ella.

—En tu idioma: *la Serpiente Arrepentida*.

Tragó saliva y sintió una repentina oleada de lágrimas. —Por favor, déjame ir.

—Me temo que no puedo hacer eso, Rachel —De nuevo, una voz suave, pero las palabras tenían tanto impacto.

—Brandon vendrá. Él sabe...

—¿Sabe qué, Rachel? Ya me has dicho que él piensa que te has marchado. Que le has dejado. ¿Y por qué querrías volver con él? Mira lo que te hizo.

—Al menos él no me ató a un *jodido* radiador —Solo después de terminar se dio cuenta de que había gritado estas palabras. Lloró intensamente durante varios minutos mientras él permanecía sentado observándola.

—Mi trabajo es muy importante, Rachel. *Muy importante*.

Metió la mano en la gran bolsa negra de lona y sacó un enorme manuscrito. Lo hojeó hasta que encontró la página que buscaba y luego le mostró un montón de notas manuscritas e imágenes de edificios. —Dibujé estos hace poco. Son *escuelas*, Rachel. Escuelas necesarias para que todos nuestros niños macehualtin aprendan a funcionar en la era que está por venir. Estas de aquí, anexas a los templos, son para las clases bajas. A las niñas se les enseñará a servir a las deidades y cultos aquí, mientras que a los niños se les dará entrenamiento militar. Y... —Continuó hojeando el manuscrito y lo giró para mostrarle de nuevo—. Estas son las escuelas para las clases altas, o para aquellos plebeyos con mentes excepcionales, como yo. Estos serán líderes en lo militar, religioso y político. Terminarán el trabajo que yo he comenzado. Se asegurarán de que se respeten los calendarios, se celebren los festivales y se recompense a las deidades con Uemmana.

—No sé lo que significa eso...

—Sacrificio —dijo Tezcacoatl.

Ella tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Estás sorprendida? —dijo él.

Hizo una pausa para intentar controlar su miedo y, tras otra respiración profunda, dijo: —Suena... maravilloso. De verdad que sí, pero no sé cómo puedo ayudarte con eso.

—No puedes. Simplemente es bueno mostrárselo a alguien. Eres la primera persona que ve esto, Rachel. Un día, todo el mundo lo verá.

—Gracias por enseñármelo. Por favor, no le contaré a nadie lo que ha pasado. Nadie lo sabrá nunca...

—Pero lo sabrían —dijo él—. Se lo contarías. Y no se tomarían el tiempo de mirar como tú has mirado. Me juzgarían y me condenarían antes de que todo esto haya terminado. Solo ven muerte. No ven la nutrición y la curación del mundo. No ven las maravillas que ya han surgido de la ofrenda de Jessica.

—¿Jessica? ¿La mujer del periódico?

Tezcacoatl asintió.

Rachel vomitó.

55

Yorke le explicó a Jake todo lo que había oído por casualidad en Mary Chapman el día que acompañó a Brookes a ver a su suegra moribunda. Cómo ella se había comportado de manera extraordinaria la noche anterior y había salido de un estado casi catatónico para emitir advertencias.

—Así que la madre de Jessica, la noche de la muerte de su hija, ¿comienza a hablar de espejos y jaguares?

—Sí —dijo Yorke—. No lo anoté, obviamente. ¿Qué relevancia tenía? Ahora me pregunto si esto es solo una coincidencia.

—¿Puedes recordar algo más?

—No, pero no te preocupes, me pondré en contacto pronto con alguien que tomó notas detalladas. El Dr. Reiner. Trabaja a tiempo completo en el centro —Yorke hizo una pausa para pensar—. Dijo algo sobre el jaguar esperando en los árboles y teniendo sangre por todas partes. Y carne en sus dientes.

—Bueno, ¿no sugirió Utter que Tezcacoatl podría haberse comido la carne que sacó de sus muslos?

—Sí, pero vamos, Jake, ¿sueños? ¡Estamos aquí, en la realidad!

—¿Y el espejo?

—Era algo sobre un espejo que ve dentro de ti.

—Y Tezcatlipoca es el *Señor del Espejo Humeante*.

—Aparentemente —dijo Yorke—, sea lo que sea que eso signifique. Mira, haremos que Utter venga aquí para discutirlo en

breve. Vamos a revisar este último correo electrónico, que fue enviado esta mañana. Está sin abrir. Billy nunca lo leyó.

Yorke hizo clic en el correo.

Ambos lo leyeron con la boca abierta.

—Haz que Utter venga aquí ahora mismo, Jake.

56

Tezcacoatl, la Serpiente Arrepentida, se vistió para trabajar y luego se sentó un momento. Cerró los ojos y dirigió su atención a la Segunda Era y su coronación.

Se vio a sí mismo como el *Tlatoani*, sentado en un trono decorado con plumas de águila y pieles de jaguar. Llevaba una corona de piedras verdes, esmeraldas en el tabique de la nariz y tobilleras decoradas con grandes cascabeles dorados. Sus sandalias estaban hechas de pieles de jaguar y llevaba una capa brillante, adornada con intrincadas figuras.

Después se vio a sí mismo utilizando una garra de jaguar para ofrecer sangre de sus orejas y piernas a la enorme piedra redonda que registraba las cuatro eras y soles que existieron antes de este.

Repasó los otros rituales de su coronación, antes de sentarse nuevamente en su trono para la conclusión de la investidura. Repasó mentalmente la *Ceremonia de los Discursos*. Se sabía los discursos de memoria. Disfrutaba especialmente del que pronunciaba el sumo sacerdote en su honor:

> *Ahora estás deificado. Aunque eres humano, como nosotros, aunque eres nuestro hijo, nuestro hermano menor, ya no eres humano como lo somos nosotros. No te contemplamos como humano. Ya te arrepientes, reemplazas a uno. Llamas, hablas en una lengua extraña al dios, al señor de lo cercano, de lo*

elevado. Y dentro de ti él te llama. Está dentro de ti. Habla desde tu boca. Tú eres sus labios, tú eres su mandíbula, tú eres su lengua, tú eres sus ojos, tú eres sus oídos. Él te ha proporcionado tus colmillos, tus garras.

Una lágrima rodó por la mejilla de la serpiente.

57

Utter se sentó frente al portátil. Yorke y Jake se cernían sobre él.

—Y este correo electrónico llegó a Billy Shine esta mañana.

—Sí —dijo Yorke—. ¿Suena como una especie de bautizo para Billy Shine?

—Déjeme leerlo —dijo Utter.

Tepiltzin,

Espero que te guste tu nuevo nombre. No fue una elección difícil, especialmente después de tu último mensaje, cuando amablemente te referiste a mí como 'padre'. Actuar como debo no me deja tiempo para la reflexión y los sentimientos. Sin embargo, tus intentos por halagarme y conmoverme de tal manera me honran. Te recompenso con un nombre que hace tiempo debía concederte:

Tepiltzin.

Significa 'mi hijo privilegiado'.

Han pasado solo dos semanas desde que me entregaste a Matlalihuitl, mi preciosa pluma verde-azul, pero él ha servido bien a nuestro Señor, igual que tú. El festival de Panquetzaliztli no fue tan exitoso como debería haber sido. Huitzilopochtli fue nutrido una vez, en lugar de las dos veces

que el Señor Tezcatlipoca me exigió. Esto no fue por tu culpa, Tepiltzin, ni de Matlalihuitl. Fue únicamente mi culpa. Anoche, en mi jardín trasero, escuché el ulular de un búho y me di cuenta de que no puedo fallar de nuevo. No me preocupo, porque Tezcatlipoca ya ha mirado dentro de mí con su espejo humeante y sabe que existo solo para servirle. Este fracaso quedará en el pasado cuando vea la grandeza de nuestros éxitos.

Mis hazañas, y tus hazañas, Tepiltzin, resonarán a lo largo de la historia. Los cambios que provocaremos encenderán la Segunda Era y nuestros dioses saldrán de la oscuridad. Los macehualtin no saben lo que ignoran, pero Él ha mirado dentro de todos ellos, y sabe que la capacidad de cambio está ahí. Me lo ha dicho en mis sueños.

Hoy entramos en el festival de Atemoztli. ¡Debemos decapitar las montañas y dejar que el agua mane a borbotones! ¡Puedo sentir las festividades de nuestros ancestros sacudiendo la tierra que pisamos! Un día, la gente volverá a bailar. Esta noche, ofrezco alimento a Tlaloc, dios de la montaña del sustento, y la reconstrucción continuará. Utilizaré el nuevo templo de Tezcatlipoca esta vez, el templo desde el cual comenzará y crecerá la Segunda Era.

El dinero que necesitarás ha sido depositado en tu cuenta. ¡Disfruta del placer que te brinda! Contener el placer es retener lo que se le debe a Tezcatlipoca.

Temo que a Matlalihuitl no le quede mucho tiempo. Puede que tenga que llamarte de nuevo muy pronto.

Tepiltzin, mi hijo privilegiado, nos pondremos en contacto de nuevo pronto.

Tu padre,

Tezcacoatl

Jake miró a Utter. —Mi primera pregunta es: *¿qué coño?*

—En realidad es bastante claro —dijo Utter—. *Desgraciadamente.*

—Vale, ¿por qué no me gusta cómo suena eso? —dijo Yorke.

—Está siguiendo un calendario azteca. En el Xiuhpohualli, había dieciocho meses, así que dieciocho festivales. Cada festival celebraba a una deidad diferente. Eligió a Jessica y a Gillian para el último festival, Panquetzaliztli, que se traduce como *El Levantamiento de las Banderas*. Este festival honraba al dios Huitzilopochtli, la deidad que originalmente guió a los Mexica a través de los sueños hasta el águila sobre el cactus.

—¿Donde construyeron la ciudad de Tenochtitlán, actualmente conocida como Ciudad de México? —dijo Yorke.

Jake miró a Yorke con incredulidad.

—Wikipedia —dijo Yorke.

—Durante este mes habría sacrificios a gran escala, literalmente campos de fútbol llenos de prisioneros. Afortunadamente, Tezcacoatl está trabajando a una escala mucho menor por el momento.

No fue afortunado para Jessica Brookes, pensó Yorke.

Utter consultó el calendario en su móvil. —Sí, el nuevo festival comienza hoy. Atemoztli, que significa *el Descenso del Agua*.

—¿Así que un nuevo festival significa nuevos sacrificios? —dijo Jake.

Utter asintió. —Y en este caso, sin duda en el primer día.

—*¿Hoy?* —Yorke se enderezó—. *¿Esta noche?*

Utter hizo una mueca. —Pero eso no es lo peor.

—Continúe.

—Sacrificará para honrar a Tlaloc, dios de la montaña del sustento, que representa la lluvia, el agua y el cielo. Es el que aparece en esa imagen que me dijiste que no te gustaba, inspector jefe. El de los ojos saltones con el cuchillo enorme. Es una de las deidades más temibles. Castiga a los pueblos con enfermedades si se le descuida. Realmente debe ser aplacado.

—Vale, entonces ¿dónde buscamos? —El pánico se filtró en la voz de Yorke.

—¿Tiene usted hijos? —dijo Utter, palideciendo.

—No, ¿por qué?

—Yo sí —dijo Jake—. Tiene dos años.

—Puede que sea demasiado pequeño.

—¿De qué está hablando, señor Utter? —dijo Yorke.

Utter tembló y luego levantó la mirada. —Los aztecas elegían niños para el festival y hacían que humedecieran la tierra con sus lágrimas camino al sacrificio.

Un silencio estupefacto cayó sobre la habitación.

Utter se puso de pie. —Disculpen, realmente quiero llamar a casa. Comprobar que todo está bien. Verán, tengo hijos.

Yorke asintió.

58

Con horas de viaje en tren por delante, Ewan todavía se sentía frustrado. Cada hora era una hora más que no estaba allí para apoyar a su padre en caso de que el jaguar apareciera.

Volvió a meter en el bolsillo el viejo móvil con la pantalla rota después de decidir no llamar a su padre. Además, estaba en la zona de silencio, así que seguramente recibiría algunas miradas de reproche si lo hacía.

No era tonto, y sabía que su padre se enfadaría muchísimo cuando apareciese de vuelta en la puerta de la autocaravana, pero tendría que superarlo. Ya había perdido a su madre. No iba a perder a su padre también. Ni hablar.

Después de discutir con su padre, probablemente tendría que llamar a su abuelo y discutir también con él sobre el pagaré asquerosamente alto que había dejado encima de su hucha rota.

De la mochila que contenía a Freddy, sacó un sándwich de jamón y queso. Su comida nunca había corrido peligro, ya que Freddy solo comía ratones. Arrancó el celofán y el repentino olor le confirmó que se había pasado con la salsa de nata.

Esperaba que Freddy estuviera bien en su mochila, pero allí tendría que quedarse. Freddy tenía la tendencia de asustar de muerte a la gente. Esta no sería una zona de silencio si Freddy se escapara.

Ewan se preguntaba cómo vendría el asesino, si es que volvía a aparecer. No tenía ni idea de lo precisa que había sido la advertencia

del sueño. Sin embargo, lo importante era estar preparado, y lo bueno de la autocaravana era Riley.

El fiable y amable vecino de al lado, Riley, estaría allí para ayudar.

Pensó en la señora Taylor, su profesora favorita. No solo era muy guapa, sino que siempre decía cosas buenas sobre sus redacciones e incluso le animaba durante sus carreras en los días deportivos. Esperaba que ella se sintiera orgullosa de él por su decisión de volver y apoyar a su padre. Realmente disfrutaba de sus elogios. Su madre también siempre fue tan buena dándole eso.

Sabía que era joven, demasiado joven para ser una especie de héroe, pero seguro que no sería un estorbo. Se detuvo a pensar qué héroe preferiría ser. Comenzó con Spiderman, pero después de repasarlos todos, se decidió por Lobezno. No es que fuera muy exigente. Probablemente se conformaría con Luke Skywalker si realmente tuviera que hacerlo, aunque hoy en día ser flacucho no te llevaba muy lejos. Realmente necesitabas un buen conjunto de músculos.

Decidió no intentar llamar a su padre de nuevo. Ya no parecía importante. Se llevaría una gran sorpresa con su regreso, pero al final, merecería la pena, y se alegraría.

Después de esto, quizás su padre incluso le diera esa tan esperada bendición para unirse a la policía.

59

El silencio atónito se prolongó en el despacho de Yorke hasta que regresó Utter.

—¿Qué pasa con ese jodido nombre? —dijo Jake.

—El idioma es náhuatl —dijo Utter.

—¿Y tú lo entiendes? —dijo Yorke.

—Algo —dijo Utter—. Lo he estudiado. ¿Sabías que el náhuatl todavía lo hablan más de un millón de personas en México y Centroamérica?

—No, no lo sabía. Entonces, ¿cuál es la traducción de Tezcacoatl?

—Significa *Rey*, pero también significa *Serpiente Arrepentida*.

—Bueno, es una serpiente, sin duda —dijo Jake—, pero ¿qué pasa con eso de *Arrepentida*? ¿Eligió él este nombre?

—Absolutamente. Sin duda. Los aztecas eran metafóricos. Maravillosamente metafóricos. La traducción de *Rey* es obvia: quiere ser el Tlatoani de la Segunda Edad, pero lo de *Serpiente Arrepentida*, no estoy tan seguro...

—Espera —dijo Yorke—. Billy Shine dijo que Tezcacoatl llevó a su madre en la furgoneta cuando se reunieron, ¿no? Además, Gillian Arnold dijo que había alguien en la parte trasera de la furgoneta cuando intentó secuestrarla. Billy afirmó que Tezcacoatl dijo que su madre estaba orgullosa de lo que estaba logrando y que estaba cerca de perdonarle.

Utter parecía confundido.

—Escucha esto. —Yorke reprodujo para Utter toda la grabación entre Lacey y Billy.

Al final, Utter parecía repugnado. —Ella suena tan mal, si no peor, que él.

—Ni que lo digas —dijo Jake—. Ha sido un problema constante.

—Bueno, este Billy Shine era un imitador. Se lo explicó a esta mujer, Lacey, ¿verdad? —dijo Utter.

Yorke asintió.

—Bueno, eso significa que estaba siendo preparado para el festival Toxcatl del próximo mayo. En el clímax de esas festividades, le habrían extraído el corazón, cortado la cabeza y desollado el cuerpo. Su carne habría sido comida por Tezcacoatl y los otros nobles de la ciudad, si es que hubiera habido alguno en ese momento.

—Bueno, alguien le ha ahorrado el trabajo —dijo Jake.

—Lo cual es una verdadera lástima porque este hombre podría haberos llevado directamente hasta él.

—Lo sabemos —dijo Jake.

A menos que, pensó Yorke. *A menos que...* —Vale, se me ha ocurrido una idea. —Señaló la pantalla—. Respóndele al correo y lo atraparemos.

—¿Eso es siquiera legal? —dijo Utter.

—¿Cuándo morirá este niño? —dijo Yorke.

—Hoy, si tengo razón —dijo Utter—. Pero puede que no la tenga.

—Pero si la tienes, entonces ¿qué?

Utter suspiró.

—Esto va sobre mí. *Todo sobre mí* —dijo Yorke—. Yo enviaré el correo. Solo quiero que ambos comprobéis que está bien.

—Pero ¿funcionará? —dijo Jake—. Puede que ya sepa que Billy Shine está muerto.

—¿Cómo? —dijo Yorke—. El nombre de Billy aún no ha salido en la prensa y lo mantendremos fuera hasta que nuestro cabrón lea la respuesta.

Yorke, con el apoyo de Utter, redactó un correo electrónico.

Tezcacoatl,

Gracias por mi nuevo nombre, lo atesoraré.

No te preocupes, he seguido tus reglas perfectamente y lo he pasado de maravilla, seguro que estarás orgulloso. Otra razón para mi rápida respuesta es que este festival suena demasiado bueno para perdérselo. Quiero ver el gran templo de Tezcatlipoca.

Así que he hecho algo que puede que te moleste. ¡He venido a Wiltshire para ver brotar las aguas! No te enfades, solo quiero compartir esto contigo. Sería muy guay si pudiera unirme a ti esta noche. Me contaste cómo los aztecas a menudo sacrificaban con cuatro sacerdotes y también tenían público, así que pensé que estarías de acuerdo.

—¿Cómo lo terminamos? —dijo Utter.

—Él sabía cómo hacer sonreír a ese maníaco frío —dijo Yorke—. Juguemos con eso.

También quiero que sepas que hablaba en serio: has sido como un padre para mí. ¿Recuerdas nuestras anteriores disscusiones sobre cómo sentía que nunca encajaba? Ahora, gracias a ti, realmente lo hago.

Serás un gran líder,

Tu hijo privilegiado, para siempre,

Tepiltzin

Juntos revisaron los correos electrónicos anteriores. Comprobando los errores y coloquialismos de Billy. Notaron que había escrito discussions como *disscussions*, así que lo editaron en el correo. Luego encontraron otros cinco errores ortográficos para usar. También quitaron la letra mayúscula de aztecas y eliminaron los

saltos de párrafo. Después de veinte minutos de cuidadosa edición y comprobación para ver si Billy realmente usaba expresiones como "guay", que sí usaba, el correo parecía aceptable.

Después de que Yorke enviara el correo, pidió un momento a solas.

Miró por la ventana al mundo que se blanqueaba y se dio cuenta de que había cruzado una nueva línea.

Pero el asesino volvía a actuar, y había que detenerlo.

60

Riley golpeó con más fuerza la puerta de la autocaravana.

—¿Estás despierto ya, por el amor de Dios?

Se dio la vuelta y miró el vacío blanco que se extendía ante él. Era pura desolación. Y la nieve caía con fuerza sobre ella. Los árboles estaban cubiertos, y las ramas parecían una red de venas negras que brotaban a través de una piel blanca.

—Un viejo podría morir congelado aquí fuera...

La puerta se abrió tras él y se giró para ver a Brookes, encorvado en el umbral, vistiendo solo un batín.

—¿Es así como recibes a todas tus visitas? —dijo Riley.

—Entra —dijo Brookes.

Una vez dentro, Riley observó la botella de whisky medio vacía sobre la mesa y lanzó una mirada de complicidad a su amigo.

Brookes se encogió de hombros.

—¿Te ha ayudado?

—Me ayudó a dejar de pensar durante un rato.

—¿Y ahora?

—Vuelvo a pensar. ¿Café?

—Sí.

Riley cojeó hasta la habitación y ocupó su lugar en el sofá. Intentó no quejarse mientras se sentaba, pero era difícil. La pierna le daba verdaderos problemas con el frío.

Brookes se acercó con dos tazas de café y se sentó junto a su vecino.

—¿Ewan? —preguntó Riley.

—Estaba a punto de llamarle. Estará ayudando en la tienda de mi padre.

Ambos bebieron un poco de café.

—Esto ayuda —dijo Riley—. Entonces, ¿en qué has estado pensando? Si quieres hablar de ello, claro.

—En varias cosas. Para empezar, en lo que haré cuando finalmente atrapen al cabrón.

—¿Que es?

Se encogió de hombros.

—Bueno, tengo la pistola que me diste en la parte de atrás por si acaso.

—Oye, eso es para emergencias. No vayas de caza y me metas a mí en líos.

Brookes se rio.

—No te preocupes. Si Mike y compañía no pueden ni siquiera pillarlo, ¿qué posibilidades tengo yo?

—Compórtate —dijo Riley—. Un hombre que deja esa cantidad de devastación a su paso *siempre* vive con los días contados.

—Bueno, solo podemos soñar con que me haga una visita.

—Cuidado con lo que deseas.

—No te preocupes, Riley, no fallaría ni de coña.

Riley suspiró y luego acabó su café.

—Gracias por esto, empiezo a sentirme humano otra vez.

Brookes asintió y forzó una sonrisa.

—También he estado pensando en lo que vamos a hacer Ewan y yo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no puedo criarlo en una autocaravana.

—A algunas personas les va bien —dijo Riley.

Brookes lo miró.

Riley sonrió con ironía.

—Pero eso no sería adecuado para Ewan, ¿verdad?

—No. Mierda, Riley, sé que eres la persona más obvia del mundo a quien hacerle esta pregunta, pero ¿alguna vez desearías haber

hecho las cosas de manera diferente? Quiero decir, *muy, muy* diferente.

Riley se dio una palmadita en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Sabes lo que tengo aquí?

—Dime.

—Una carta de mi hija.

—¿Y qué dice?

—No lo sé, no la he abierto.

—¿Por qué no?

—Decepción, Iain. Me he vuelto demasiado viejo para soportarla.

Brookes terminó su café.

—¿Cómo sabes que va a ser decepcionante?

—Le fallé a mi hija. Fui a la cárcel durante mucho, mucho tiempo debido a mis acciones impulsivas. Nunca me perdonará por haberla abandonado. Y no quiero que me perdone porque no lo merezco.

—Ya has pagado tu deuda. ¿Qué se supone que debes hacer? ¿No volver a hablar con ella nunca más y morirte? ¿De qué le va a servir eso a alguien?

—Hablé con ella, hace años. Nos reunimos algunas veces, ¿no? Pero no pude evitarlo. Siempre el viejo juzgador. Siempre queriendo meterme. Le dije que el marido con el que estaba era una serpiente infiel, que lo era, y ella no quería oírlo de alguien que no había estado presente durante su infancia. Lo entiendo perfectamente.

—Entonces, ¿cómo sabes que esa carta no va a pedirte que vuelvas para que lo intentéis de nuevo?

—Bueno, probablemente sea eso, pero como he dicho, ¿realmente quiero más decepción? Volveré y cometeré el mismo error otra vez. No tengo derecho a preocuparme después de lo que hice, así que si empiezo a preocuparme, todo se vuelve en mi contra.

—Me parece que le estás dando demasiadas vueltas.

—El punto de mi historia es este, Iain. —Dejó la taza de café en la mesa y se giró en el sofá para mirar directamente a Brookes—. Lo que os pasó a ti y a Ewan es atroz e increíble. De verdad que sí. Pero ambos seguís vivos, y Jessica se ha ido. Debe ser lo más doloroso de oír, realmente debe serlo... —Hizo una pausa porque los

ojos de Brookes se estaban llenando de lágrimas—. Pero aún os tenéis el uno al otro. ¿Esa pistola es para protección? Combate el deseo de hacer cualquier cosa impulsiva. Estás mirando a un hombre que ha estado ahí y ha vivido la experiencia. Escúchame, Iain, te queda una sola prioridad, ese hijo tuyo. Ese chico atrevido, guapo y *descarado*. Prométeme ahora mismo que eso es todo. Que es lo único en lo que te vas a centrar. Es lo único en lo que Jessica querría que te centraras.

—Es difícil, Riley, realmente lo es. —Brookes usó el pulgar y el índice para secarse las lágrimas de los ojos.

—Bueno, haz esa promesa y yo prometeré abrir ese sobre ahora mismo.

—Lo prometo. —Brookes miró a Riley y forzó una sonrisa—. Ahora ábrelo de una *puta* vez.

Riley sacó el sobre de su bolsillo y lo abrió. Una fotografía tamaño carné revoloteó hacia fuera. Se inclinó para recogerla, quejándose por la rigidez de su pierna.

Ambos miraron la foto de un niño pequeño, de no más de dos años, con el pelo negro corto.

—¿Quién es ese? —dijo Brookes.

Pero Riley no respondió. Ahora era su turno de llorar porque el niño pequeño de la fotografía era claramente su nieto.

61

Yorke contactó con el Dr. Reiner en Mary Chapman y le pidió que leyera las palabras exactas que Karen Firth le había dicho la noche de su explosión.

Luego las leyó en voz alta a Jake y Utter.

—Tienes razón —dijo Utter—. Parece estar refiriéndose al espejo de Tezcatlipoca que ve dentro de nosotros, y probablemente también está haciendo referencia a su familiar, el jaguar.

Jake sacudió la cabeza.

—Eso es demasiada coincidencia.

—Puede parecer una coincidencia, pero algunas de estas deidades actúan de formas poderosas —dijo Utter.

—No, Utter, no voy a aceptar eso. No vamos a incluir eso en la ecuación. Aquí solo trabajamos con hechos —dijo Yorke.

El rostro de Utter enrojeció.

—No estoy reprendiendo tus creencias, Utter —continuó Yorke—. Estoy increíblemente agradecido por lo lejos que claramente nos has llevado, pero hablar de sueños y dioses influyentes no nos va a ayudar en este caso. Ahora, pensemos, razonemos esto. Jessica Brookes ha sido asesinada y su madre, Karen Firth, ha hablado de un sueño que *posiblemente* involucra a Tezcatlipoca. ¿Qué puso a Tezcatlipoca en su mente?

Utter bajó la mirada. ¡Claramente seguía creyendo que Tezcatlipoca se había puesto Él mismo en su mente! Yorke lo dejó enfurruñarse y dijo:

—¿Había Jessica discutido alguna vez estos temas con Karen Firth?

—No hemos encontrado nada que sugiera que Jessica tuviera alguna relación con estas creencias aztecas —dijo Jake.

—Además, ha estado en un estado en el que no podía mantener ninguna conversación, durante mucho tiempo. Sin embargo, ella lo sabe, de alguna manera. ¿Ha estado nuestro asesino, el propio Tezcacoatl, en contacto con Karen Firth?

—¿Pero por qué, con qué fin? —dijo Utter, saliendo de su enfurruñamiento.

—Lo cual es una buena pregunta —dijo Yorke—. Veamos esto desde otro ángulo. La madre de nuestra primera víctima ha demostrado conocimiento de Tezcatlipoca a pesar de estar prácticamente catatónica. Nuestra segunda víctima, Robert Preston, probablemente fue asesinado porque era un testigo y, además, su madre murió hace años. Lo que nos lleva a la tercera víctima. La víctima que nunca fue. Gillian Arnold.

Gillian Arnold estaba actualmente con ellos en la comisaría de Wiltshire siendo entrevistada en otra sala.

Yorke ya estaba de pie, dirigiéndose allí. Jake le siguió mientras le decía a Utter por encima del hombro que se quedara allí.

Yorke irrumpió en la sala de interrogatorios y el oficial entrevistador levantó la mirada sorprendido.

—¿Señor?

—Un minuto, por favor. —Yorke pasó junto al oficial que salía y tomó asiento frente a Gillian. Oyó a Jake sentarse a su lado—. Le voy a hacer una pregunta extraña, señora Arnold.

—No esperaría menos dadas las circunstancias, y llámeme Gillian.

—Su madre, Gillian, y siento si esto le ofende, pero ¿sigue viva?

Gillian suspiró.

—Apenas. Tiene Alzheimer... ¿por qué lo pregunta?

Pero Yorke estaba demasiado atónito para responder, así que la siguiente pregunta le tocó a Jake.

—¿Dónde está, Gillian?

—En la Residencia Asistida Mary Chapman —dijo Yorke, respondiendo por ella.

Era el turno de Gillian de parecer atónita.

—Sí...

—¿Cómo se llama? —dijo Yorke.

—Michelle Miller. ¿Por qué?

Pero Yorke no contestó porque ya se había levantado y salido de la habitación.

62

En una furgoneta que olía a vejez, Tezcacoatl revisó su equipo una vez más. Satisfecho de que todo estuviera en orden, extendió la mano para apagar la luz, pero cuando su mirada se posó en su madre y vio lo hermosa que lucía esa tarde, se detuvo. Aún quedaba tiempo hasta que tuviera que ponerse en marcha, y el tablero de contrachapado que separaba la parte delantera aseguraba que nadie pudiera ver desde el aparcamiento, así que, ¿por qué no permitirse un momento?

La había cambiado a su conjunto favorito. Un vestido de seda amarillo girasol con un escote bajo y, a pesar de su edad, se veía tan fresca como hace todos esos años en aquel banco del jardín, cuando él se acurrucaba en sus brazos y sentía la suave seda contra su piel.

De nuevo, comprobó el cinturón que la mantenía segura en la silla de ruedas y verificó que su cabeza estuviera bien apoyada en el soporte. Nunca se hacen suficientes comprobaciones, especialmente considerando la conducción a la que se vio obligado ayer cuando dio un giro brusco para salir de la carretera hacia el parque donde finalmente perdió a Gillian.

Le limpió la baba de la comisura de la boca y la besó en la frente. Su cabeza estaba cálida y, mientras contemplaba el color cereza que florecía en sus mejillas, levantó la mano para tocarse su propio rostro frío. Deseaba que ella pudiera besarle ahí de nuevo como lo había hecho tantas veces cuando el sol despertaba el día.

Vio la pulsera identificativa del hospital. Había sido bastante descuidado al no haberla notado anoche. Metió la mano en el bolsillo para sacar la navaja de su llavero y, mientras empezaba a cortar la pulsera, leyó su nombre...

Sus manos comenzaron a temblar y la navaja cayó. Retrocedió tambaleándose y sintió que todos los músculos de su cuerpo se crispaban. Esta era una situación inusual, ciertamente no una a la que estuviera acostumbrado. Sus piernas flaquearon y se desplomó en el suelo. Logró arrastrarse hasta el lateral de la furgoneta, de modo que su temblorosa espalda descansara contra la barra metálica. Después de cerrar los ojos, intentó con todas sus fuerzas que su cuerpo se quedara inmóvil, pero sentía como si se estuviera derritiendo igual que aquel muñeco de nieve que habían construido hacía tantos años...

...El aire apesta a sudor.

Abrió los ojos de golpe y vio que las puntas de sus dedos sangraban de tanto rascar. La abertura en la puerta de madera tenía ahora el tamaño de un buzón. Oyó a su padre gritando y miró por la abertura.

Las lágrimas llenaron inmediatamente sus ojos. Estaba empeorando.

El vestido de seda amarillo de su madre estaba rasgado y manchado de sangre. El cabrón rechinaba los dientes y aspiraba aire por las fosas nasales como un sabueso oliendo sangre. El rostro de su madre se volvió hacia la puerta debajo de las escaleras. Tenía la nariz torcida y una de sus mejillas parecía llegar más arriba en su cara que la otra. No pudo evitar pensar en aquel muñeco de nieve y en lo extraña que lucía su cara mientras se derretía.

Mañana, mientras su padre, o Douglas —porque ya no deseaba pensar en él como su padre— dormía con una botella vacía de whisky, trazaría una línea en su garganta con un cuchillo de cocina, que se abriría y florecería como una gloriosa rosa nueva.

Miró fijamente a los ojos de su madre. Parecían animales muertos, enterrados y fosilizados en el barro. Las emociones lo inundaron: ira, amor, culpa, compasión. Demasiadas para contarlas. Su padre lo mantenía encerrado, lo obligaba a someterse, *a mirar*.

Maldijo estas emociones. Todas y cada una de ellas. Algún día se libraría de ellas.

Después de tomar una respiración profunda, su madre sonrió. Era la sonrisa más hermosa que jamás había visto. Si no hubiera estado paralizado, le habría devuelto la sonrisa.

Cuando exhaló, sonrió y su expresión se solidificó. Podía notar que ya no miraba a través de esos ojos. Todo lo que le quedaba era esa sonrisa. La había dejado para él. Todo lo demás podía irse al infierno, incluido Douglas. Él *se aferró* a ese sentimiento, dejó que lo liberara y *lo desatara*. Clavó las uñas en la madera y arañó. Golpeó la puerta con los puños. Y se puso de pie de un salto para hundir su hombro contra la puerta hasta que su cuerpo no pudo más. Luego se tumbó en el suelo con las uñas colgando...

...Tezcacoatl se frotó los ojos y miró alrededor de la furgoneta. Levantó la mano frente a su cara. Volvía a estar quieta. —¿Qué me está pasando?

Se puso de pie, agradecido de que sus piernas volvieran a estar fuertes.

¡Tanta preparación y entrenamiento! ¿Por qué, ahora, estaba experimentando estos debilitantes flashbacks?

Se acercó a su madre y recogió la navaja del suelo. Cortó la pulsera identificativa y leyó su nombre de nuevo:

Michelle Miller.

63

Durante casi tres días sin dormir, el DCI Michael Yorke había estado observando una batidora cargada de muerte, violencia y motivos atroces. Y, por primera vez, sentía sinceramente que tenía un dedo en el botón de parada. Sin embargo, incluso mientras se apresuraba, solo, a través de la pista de hielo que era el aparcamiento de Mary Chapman hacia la entrada, sabía que la mezcla final sería repugnante.

Gardner le recibió en la entrada. Parecía agotada.

—Mañana, cuando esto termine —dijo Yorke—, porque *va* a terminar, mi primera parada será tu casa. En realidad, la primera parada será el centro para comprarle a esa princesita una montaña de juguetes.

—Mañana, cuando esto acabe, todos estaremos durmiendo, pero pasado mañana estaría bien.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto, Emma.

Ella le miró durante unos momentos, viendo claramente a alguien tan agotado como ella misma. —Yo también.

Durante el trayecto hasta allí, él le había informado por teléfono sobre todo lo que había ocurrido durante su ausencia, y ella le había informado de algo igualmente importante: Annabelle, su ahijada, se estaba recuperando.

—Entramos aquí, y pillamos desprevenido al Dr. Reiner —dijo Yorke.

En recepción, preguntaron por el Dr. Reiner, y en cuestión de segundos apareció. Su rostro bronceado parecía completamente fuera de lugar en pleno invierno.

—¿Está usted bien, DCI? No esperaba a nadie...

—Yo tampoco esperaba estar aquí hasta hace varios minutos.

Pareció desconcertado. —Entonces, ¿en qué puedo ayudarle?

—Vayamos a su despacho.

Se sentaron en un despacho decorado con fotografías de Reiner estrechando la mano a una variedad de personas famosas e influyentes.

—Muchos rostros reconocibles aquí —dijo Yorke.

—Llevamos mucho tiempo sirviendo a la comunidad local.

Y cobrándoles una cantidad increíble de dinero por ello, pensó Yorke. —Empecemos con Karen Firth, ¿cuánto tiempo estuvo bajo su cuidado, Dr. Reiner?

—Así de memoria, solo puedo darle una estimación aproximada. ¿Tres años quizá? Puedo ir a los archivos ahora si eso le sería útil.

—No, está bien —dijo Yorke.

—¿Y cómo describiría usted la relación que tenía con ella? —dijo Gardner.

Reiner se reclinó en su silla con las cejas levantadas. —Perdón... ¿qué?

—La pregunta fue clara, Dr. Reiner, ¿cómo describiría usted la relación? —dijo Gardner.

—La misma que cualquier otra relación con un paciente. Les cuido y les trato con respeto e intento hacer que el poco tiempo que les queda sea lo más gratificante posible.

—Y cuando uno ha muerto —dijo Yorke—, ¿se come un sándwich y deja el envase de plástico sobre el cuerpo?

Los ojos de Reiner se abrieron como platos. —Ese fue un incidente desafortunado, del que ya he hablado con el DS Brookes. Fue completamente accidental, y me sentí mortificado por mis acciones.

Yorke no respondió, solo le miró fija y duramente, tratando de descifrarle. —¿Alguna vez sacó a Karen Firth de esta residencia?

—Eso es ridículo. ¿Por qué haría yo eso? ¿Adónde la llevaría? La sugerencia es absurda.

Yorke tomó notas. Le dio a Reiner la fecha y hora en que Jessica Brookes fue asesinada. —¿Y dónde estaba usted, Dr. Reiner?

—¿En ese momento? ¡En casa, por supuesto!

—¿Con quién?

—Con mi mujer y mi hija de dieciocho años.

—¿Dormidos?

—Sí, claro, pero sabrían si hubiera salido de casa. Mi mujer, en particular, tiene el sueño muy ligero. Ambas estarían dispuestas a darle una declaración al respecto.

—¿Y dónde estaba la señora Firth?

—No lo sé sin consultar con administración. ¿Es posible que hubiera ido al hospital? Esto ocurre con regularidad, por supuesto. Pruebas y emergencias. Conoció usted al Dr. Page el día que estuvo aquí con el DS Brookes. Sabe que él también lleva a ciertos pacientes para realizar pruebas.

Yorke miró a Gardner, que ya le estaba mirando. *¿Estamos pensando lo mismo?*, pensó. —¿Michelle Miller?

Reiner alzó las cejas. —Sí, conozco a la residente, ¿por qué?

La experiencia de Gillian Arnold no era de dominio público en este momento.

—¿Estuvo aquí ayer? —dijo Yorke.

Reiner reflexionó. —Bueno, sé que estuvo fuera ayer por la tarde, porque estaba ausente en mi ronda final.

—¿Adónde fue? —dijo Yorke.

—Déjeme contactar con administración —dijo Reiner.

Yorke y Gardner observaron a Reiner llamar a su departamento de administración y hacer las preguntas pertinentes. También preguntó sobre el paradero de Karen Firth varios días antes.

Colgó. —Ambas estaban en el hospital con el Dr. Raymond Page sometiéndose a pruebas. Michelle también formaba parte de su proyecto de investigación.

Yorke podía ver la batidora que había estado mirando durante casi tres días girando y girando... *¿Es esto? ¿Es aquí donde se detiene?*

¿Es el Dr. Raymond Page, Tezcacoatl, la Serpiente Arrepentida?

—Disculpe, Dr. Reiner —. Miró a Gardner—. DI Gardner, ¿podría quedarse aquí un momento, por favor?

—Sí, señor.

Fuera de la habitación, llamó a Jake.

—Escucha, consígueme la ubicación del Dr. Raymond Page ahora mismo y luego llámame directamente.

Menos de tres minutos después, Jake volvió a llamar. —Salió del hospital hace treinta minutos y tenemos su dirección. Vive a quince minutos del hospital y ya debería estar en casa. ¿Estás seguro de que es él?

—No, pero estaba con Karen Firth la noche del asesinato de Jessica. También estaba con Michelle Miller anoche cuando casi secuestran a Gillian.

—¿Así que las lleva para que miren? ¿Mientras él mata? Eso es una locura —dijo Jake.

—Quizás Utter tenía razón. Quizás así es como se arrepiente. Y cómo logra que su madre le perdone. Pero si su madre está muerta, entonces ¿qué? Tal vez está lo suficientemente enfermo como para que una sustituta le ofrezca algún tipo de satisfacción.

—Me cuesta entender esto...

—Bueno, considera los hechos otra vez. Karen Firth emitió una advertencia sobre cosas que no podría haber sabido. O está ocurriendo algo sobrenatural, o ella estaba allí, mirando y escuchando cuando Jessica murió. El asesino de alguna manera comunicó toda esta patraña sobre espejos humeantes y tener un jaguar como familiar. ¿Quizás entró más fácilmente en la casa de Jessica porque tenía a su madre con él? Después de todo, no hubo señales de entrada forzada. ¿Y recuerdas la orina en el sofá? ¿Podría haber sido Karen mientras veía a su hija...? —Ni siquiera pudo terminar la frase—. ¿Y luego Gillian? Si esa era su madre, no es de extrañar que estuviera dando pisotones. La pobre mujer estaba intentando *advertirle*.

Yorke esperó un momento hasta que pasó el silencio atónito.

—Reuniré a quien pueda, señor, e iremos a por él —dijo Jake.

—Sí. Estoy a pocos minutos, así que llegaré antes que vosotros. Dejaré a Gardner continuar con el interrogatorio a Reiner.

64

Al salir de la comisaría, Gillian Arnold se interpuso en el camino de Jake.

—¡No puede hacerme esto! La manera en que el DCI Yorke se marchó así. ¿Qué está pasando? ¿Por qué el interés en mi madre?

Jake la miró desde arriba. —Lo siento, señora Arnold, tendrá que confiar en nosotros. De todas formas, aún no sabemos nada con certeza...

—Dios mío. —Retrocedió tambaleándose, alejándose de Jake. Se apoyó contra la pared—. Era ella, ¿verdad? Era mi madre en la parte trasera de la furgoneta. Estaba golpeando con los pies. Intentaba advertirme.

Jake no respondió.

—¿Mi madre estaba en la parte trasera de la furgoneta? ¿Estaba dando golpes con los pies? ¿Intentaba advertirme?

—Lo siento, señora Arnold, pero de verdad tengo que irme ahora.

—¿Está muerta? ¿Ha matado a mi madre?

—No hay evidencia de eso. Realmente no sabemos nada...

—¡Es mi madre! —Las lágrimas rodaban por su rostro.

Jake la cogió por los hombros. —Probablemente está bien.

—Pero no lo está, ¿verdad? Pase lo que pase, sigue enferma. Y lo peor de todo es que la he traicionado. Ni siquiera pensaba que me reconociera, y estaba advirtiéndome... comunicándose conmigo...

—Lo siento, señora Arnold, de verdad tenemos que irnos. Haré todo lo posible. Se lo prometo.

65

Ni siquiera un puñado de cangrejos podía tentar a Matlalihuitl, su preciada pluma azul-verde, para que se moviera de la roca donde estaba recostado. Había vagado lejos, cumplido admirablemente sus tareas, pero sus tres corazones se estaban ralentizando. Tezcacoatl sabía que no debía haber tristeza en su muerte. Había vivido bien y brillado con intensidad. Ahora, necesitaba enviar a Billy, o Tepiltzin como se le llamaría a partir de ahora, un correo electrónico solicitando otro pulpo. Nombraría a su sucesor también Matlalihuitl, en honor a este.

Desnudo, se levantó de la silla situada junto al tanque de Matlalihuitl y se deslizó hacia su salón junto a la puerta principal. El frío le arañó al alejarse del hogar, pero aun así, se sentía mucho mejor después de su baño de vapor. Purificado tanto espiritual como físicamente, sus fracasos de anoche y los acontecimientos con Rachel, la vecina de al lado, ya eran recuerdos que se desvanecían.

Su salón era tan aséptico como el resto del mundo moderno. Sofás blancos, cortinas y un televisor negro de 50 pulgadas. Esta habitación le disfrazaba como una persona corriente con una vida ordinaria. Si Rachel no hubiera sido tan impetuosa y no se hubiera lanzado a ver a Matlalihuitl, podría haberla llevado aquí y su encuentro podría haber terminado de manera muy diferente.

Se sentó en el sofá, abrió su portátil y se conectó directamente a su cuenta de correo electrónico. Le sorprendió ver una respuesta de

Tepiltzin porque normalmente tardaba días en contestarle. Lo abrió y lo leyó.

Y luego lo leyó otra vez.

Después, eliminó los cinco correos basura de su bandeja de entrada, porque el desorden tenía la desagradable costumbre de interferir con sus pensamientos.

Este correo electrónico no es del hombre que he tomado bajo mi protección, pensó.

Tepiltzin era un hombre atraído por el hedonismo y había estado utilizando las creencias mesoamericanas para su propio beneficio. Tezcacoatl había estado seguro de que plantearía un problema cuando finalmente llegara el festival y fuera ofrecido como sacrificio. No, este correo definitivamente no era del muchacho al que había estado vigilando de cerca.

Así que Tezcacoatl estaba contento. El correo electrónico demostraba claramente que Tepiltzin finalmente estaba cambiando para mejor y adaptándose a sus nuevas responsabilidades. No debería haber venido a Wiltshire sin el permiso de Tezcacoatl, pero el hecho de que deseara unirse a la adoración esta noche demostraba un atractivo estallido de entusiasmo.

Compuso una respuesta, proporcionando la ubicación del nuevo templo de Tezcatlipoca. Quizás a Tepiltzin le costaría encontrarlo, pero sería bueno que utilizara su cerebro. Decidió no solicitar todavía el reemplazo de Matlalihuitl. Podía dejarlo para más tarde cuando le viera.

El cursor del ratón se cernía sobre ENVIAR, pero entonces algo molestó a Tezcacoatl y apartó la mano del ratón. ¿Pensaría Tepiltzin que al mostrar más interés sería recompensado económicamente?

Sin duda.

Pero, ¿era realmente un problema? Después de todo, Tezcacoatl gozaba de seguridad financiera, y quizás fuera mejor seguir recompensando a Tepiltzin para fortalecer su control sobre él.

Entonces, si esta era su única preocupación, ¿por qué seguía sin poder pulsar ENVIAR?

Tenía faltas de ortografía, errores de puntuación y ningún párrafo. Pero de alguna manera parecía estructurado. Sus cartas

nunca habían tenido estructura antes. Esta parecía ofrecer un argumento.

¿Alguien le habría ayudado?

Descartó la idea. Tepiltzin no era inteligente, pero ciertamente no era idiota. No le habría contado a nadie sobre esto y arriesgado perder lo que había conseguido.

Sonó un golpe en la puerta. Abandonando el correo antes de enviarlo, se puso de pie de un salto y subió corriendo las escaleras. Sus tobillos latían de dolor tras una noche de implacable autosacrificio. Se puso el batín y se lo ató con fuerza. Luego, cogió su cuchillo de la mesita de noche y lo deslizó bajo el cinturón del batín por la parte trasera. Mientras bajaba las escaleras, la impaciente persona en la puerta comenzó a golpear con más fuerza.

66

Yorke llamó a la puerta.

Sentía como si su cerebro se estuviera literalmente ahogando en el repugnante veneno que la batidora había escupido.

Karen Firth y Jessica Brookes habían sido incapacitadas, pero estaban *conscientes*. Juntas habían visto cómo la muerte se abalanzaba sobre ellas como un tsunami, y ninguna de las dos había podido hacer nada al respecto.

Llamó con más fuerza ahora.

Jake y su equipo estaban a pocos minutos. Acababa de hablar por teléfono con Topham, quien le había proporcionado otra ráfaga de información: *Page no tiene antecedentes... 43 años... soltero, sin hijos... con buena formación académica... innumerables publicaciones sobre el Alzheimer y varios premios*.

No había nada sobre que fuera un cabrón violento y asesino.

La puerta se abrió. El doctor, alto y pálido, estaba allí de pie con su bata. Su cabello largo y húmedo le caía suelto hasta los hombros.

—¿Inspector Jefe Yorke? —dijo Page—. Le recuerdo del hospital.

Yorke echó un vistazo al amplio vestíbulo. Las paredes estaban cubiertas de arte. Las cortinas estaban corridas y la luz era tenue. El aroma a incienso era intenso en el aire y un acuario iluminado se encontraba al final del pasillo.

—¿Qué está haciendo esta noche, doctor Page?

—Esa es una pregunta bastante peculiar —respondió, entrelazando los brazos tras la espalda.

—Aun así... ¿podría responderla, por favor?

—Bueno, terminé de trabajar hace menos de una hora y acabo de ducharme... mire... ¿por qué no pasa?

—Un momento, doctor Page. Esperaré a que lleguen mis colegas.

—¿Van a venir más de ustedes? ¿Y eso por qué, Inspector?

—Por Michelle Miller —dijo Yorke y se detuvo esperando una reacción.

Pareció sorprendido. —¿Por qué? ¿Qué le ocurre a Michelle? La vi ayer, en el hospital, no he oído nada...

—¿La sacó usted de Mary Chapman?

—Sí, es correcto, y la llevamos al hospital para hacerle algunas pruebas, y luego la devolvimos.

—¿Y a qué hora fue eso, doctor Page?

La hora que proporcionó no coincidía con el momento en que Gillian Arnold fue secuestrada y casi asesinada.

—El problema es que no fue devuelta a esa hora.

—Bueno, eso es ridículo, porque la sacaron del hospital a esa hora y la devolvieron a Mary Chapman.

Su teléfono sonó. Vio que era Gardner. —Disculpe —Retrocedió unos pasos y se dio la vuelta para atender la llamada—. ¿Sí, Emma?

—Señor, el Dr. Reiner acaba de decirme que Michelle Miller fue sacada de aquí nuevamente *hoy*.

—¿Por qué no dijo nada cuando estuve allí?

—No lo sabía mientras usted estaba allí. Administración acaba de informarle...

—¡Dios! ¿Cuándo la sacaron?

—A las cuatro y cuarto.

—¿Page?

—¿Sí?

Se volvió, Page ya no estaba en la puerta. Caminó hacia la casa. *¿Estaría Michelle Miller aquí?*

No podía esperar. Colgó, entró por la puerta principal y avanzó varios metros por el pasillo hacia el acuario iluminado. Había una puerta cerrada a su derecha.

—Disculpe, pero ¿qué está haciendo? —dijo Page desde detrás.

Yorke se dio la vuelta y vio a Page de nuevo junto a la puerta principal. —¿Adónde fue?

—A ninguna parte. Me estaba resguardando del viento detrás de la puerta abierta. Hace un frío terrible.

—¿Dónde está Michelle Miller?

—Realmente no sé de qué me está hablando.

—Se lo voy a preguntar una vez más y luego voy a detenerle.

—Honestamente, Inspector, de verdad no lo sé.

Oyó una tos procedente de la habitación que tenía detrás. Sonaba femenina. Miró el rostro de Page.

De repente, el doctor parecía muy nervioso. —No, esa habitación no...

Yorke se volvió y abrió la puerta.

67

Tezcacoatl sabía que no tenía otra opción más que atacar ahora que el idiota había abierto la puerta del sótano y estaba de pie en lo alto de las escaleras. Así que eso hizo. Con toda la fuerza que pudo, clavó el mismo cuchillo que había usado con Jessica entre sus omóplatos.

Su víctima intentó tomar varias bocanadas de aire pero evidentemente estaba sufriendo. Era probable que el cuchillo hubiera encontrado el camino hasta uno de sus pulmones.

Tezcacoatl liberó su cuchillo y observó cómo la sangre se extendía y florecía por la espalda de la camisa desgarrada. Su víctima intentó decir algo, pero resultó incoherente. Meros balbuceos y gorgoteos en esta fase.

Entonces Tezcacoatl empujó, suavemente, y su víctima cayó de cabeza por las escaleras hacia la oscuridad. Podía oír el cuerpo romperse y estrellarse contra cada peldaño.

Como estaba tan oscuro allí abajo, no pudo ver la caída. La única indicación de que el idiota había llegado al fondo fueron los gritos de Rachel, amortiguados hasta convertirse en un gemido por la mordaza que él había utilizado.

68

Lacey no se sentía como de costumbre.

El tren la sorprendió al llegar puntual. Algo inusual, especialmente en estas condiciones meteorológicas. Sin embargo, allí estaba, abriéndose paso desde la blanca inmensidad hasta la estación relativamente seca.

Se preguntó qué le estaba provocando esta sensación.

Al subir al tren, pasó la mano por su costoso e impecable abrigo de piel y echó un vistazo a sus zapatos Louis Vuitton. Podía descartar su vestimenta como motivo de su malestar. Tenía buen aspecto.

Se dirigió a su asiento en primera clase y consideró sus logros recientes. Aunque Billy Shine había sido un imbécil, había conseguido localizarlo y ejecutarlo con éxito. Había restaurado cierto equilibrio en el mundo tras su vil comportamiento con Loretta Marks. Así que podía descartar la falta de logros como causa de esta persistente inquietud.

Había reservado dos asientos contiguos en primera clase. No era por egoísmo, concluyó. Si acaso, era un acto de amabilidad. Es decir, ¿realmente era seguro sentarse junto a ella?

Mientras el tren avanzaba retumbando hacia una tarde escasa de luz pero abrumada de nieve, pensó en Jake. ¿Sería él la fuente de su desasosiego?

Mientras el tren se abría paso a través de unas condiciones meteorológicas prácticamente imposibles, repasó mentalmente todo

el encuentro con Jake. *Cada palabra.* Todo había salido perfectamente. Él había estado aterrorizado, lo que había sido una maravillosa venganza tras su comportamiento detestable durante su última visita a la ciudad. Le había proporcionado la clave para resolver el enigma de Tezcacoatl y, potencialmente, llevar ante la justicia a alguien que había asesinado brutalmente a una joven (no su método preferido de justicia, pero una forma de justicia al fin y al cabo). Incluso se había permitido un momento de pasión con Jake, que juraba que él había disfrutado. Sonrió al recordar la *agitación* que sintió debajo mientras estaba encima de él.

Sin embargo, había un único momento en toda esa interacción al que no dejaba de volver y le costaba no obsesionarse con él.

El tren se detuvo en una estación y subieron una madre joven y su hijo. Él apenas tendría unos seis años, y ella poco más de veinte.

Iban de la mano. De hecho, se *aferraban* el uno al otro.

Los siguió con la mirada mientras pasaban por el pasillo. El niño ahora se balanceaba colgado de la mano de su madre. Ella lo miró y le dijo:

—Jordan, deja de hacer eso.

No estaba gritando, ni enfadada en absoluto, simplemente quería que tuviera cuidado.

Que no se cayera. Que no se hiciera daño.

Lacey los observaba a través del espacio entre los dos reposacabezas. Jordan, el pequeño, ahora trepaba por encima de su madre. Hundía la cabeza en su cuello, haciéndola reír.

Ahora ella sostenía sus mejillas entre las palmas de sus manos y hablaba sobre el "monstruo de los abrazos" y cómo iba a comerse a su hijo. ¿El resultado? Un abrazo enorme. Después del cual, ambos estallaron en carcajadas.

Y entonces recordó de nuevo ese único momento.

El momento en que le dijo a Jake que no podía tener hijos.

El tren se detuvo chirriando en la siguiente parada. Lacey cogió sus bolsas. Había tenido una idea. Volvería a Brighton inmediatamente. Arreglaría esto. Acabaría con esta sensación interior. Bajó del tren.

69

A través de la nieve que se espesaba, Jake se acercó a la puerta principal con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Junto a él, marchaba Topham, que mostraba un aspecto decidido y seguro. Era pura fachada. Topham estaría sintiendo el mismo temor que él.

¿Es esto realmente?, pensó. *¿Estamos en la casa de uno de los individuos más despiadados que ha conocido el suroeste? Y, si es así, ¿qué está haciendo Mike ahí dentro solo?*

Había tres coches de policía en la carretera tras ellos. Y los agentes de la unidad de respuesta armada que los habían acompañado se estaban preparando. Otros dos coches patrulla ya habían ido a la parte trasera de la casa.

Jake se acercó a la puerta, observando que estaba entreabierta. Tocó el timbre y después llamó con los nudillos.

La puerta fue abierta por alguien a quien no esperaba ver.

70

Tezcacoatl encendió la luz mientras descendía al sótano. Bajó los escalones con cuidado para evitar los salpicones de sangre que, con mucha facilidad, podrían hacerle resbalar. Todavía sostenía el cuchillo en la mano derecha.

Al llegar al pie de la escalera, pasó por encima del cuerpo. La mitad inferior del cuerpo de su víctima se había retorcido formando un ángulo imposible con respecto a la mitad superior y difícilmente volvería a su posición anterior sin aplicar cierta fuerza.

Sus gemidos iban disminuyendo, pero las lágrimas fluían más abundantemente ahora. Le quitó la mordaza y ella comenzó a murmurar repetidamente su nombre: —Brandon... Brandon...

—No tuve elección —Tezcacoatl se deslizó hasta su silla—. Se estaba poniendo agresivo en la puerta. Dijo que un vecino te había visto entrar en la casa. Creo que realmente pensaba que tú y yo estábamos... bueno... ridículo, lo sé. Pero simplemente irrumpió, fue al salón, luego a la cocina y entonces, desgraciadamente para él, decidió probar la puerta del sótano. Supongo que siempre ha sido del tipo impulsivo. Probablemente por eso te golpeó, Rachel. No estoy orgulloso de lo que he tenido que hacer, no sirve a ningún propósito, pero espero que pueda ofrecerte algún tipo de alivio de la carga que has tenido que soportar...

—¿Cómo... has... podido? —Había estado llorando y gritando tan fuerte que ahora hiperventilaba.

—Relájate, Rachel.

Aún tumbada en el suelo con los brazos atados al radiador, balanceaba la cabeza de un lado a otro con los ojos cerrados.

Tezcacoatl esperó a que se cansara y luego dijo: —Tengo que irme, pero antes quiero contarte una historia. Ayudarte a entender.

Ella siguió balanceando la cabeza.

—Tenía catorce años cuando el Señor Tezcatlipoca empezó a venir a mí, Rachel. Y no pasó mucho tiempo después de esto cuando comenzaron los sueños —dijo Tezcacoatl—. Pero eran más que sueños, mucho más. Ocupé el lugar en el cuerpo de un muchacho que comparte mi alma. Fue tan extraño entrar en el cuerpo de esa vida pasada, porque inmediatamente supe todo sobre él. Cómo su padre trabajaba hasta el agotamiento como agricultor. Cómo lo entrenaban a él y a sus hermanos mayores para luchar en las casas de juventud. Cómo uno de sus hermanos mayores había sido sacrificado durante las Guerras Floridas, y lo orgullosa que estaba toda su familia de ello.

—En un sueño, vi al ejército español de 500 hombres llegar a Tenochtitlan. Dirigidos por Hernán Cortés, un líder vestido de negro sobre un caballo blanco, que llevaba un sombrero blando con una pluma sobresaliente. Nuestra ciudad contenía 300.000 personas, ¡y aun así vinieron! Miles de los nuestros se desplazaron en canoas por los lagos para recibirlos. Miles más por los caminos.

—Nuestro Tlatoani, Motecuhzoma II, fue llevado fuera de la ciudad y a lo largo de la calzada para encontrarse con Cortés. Llevaba una corona de turquesa y joyas de oro, lo que despertó el apetito de los españoles, que venían en nombre de un falso dios y solo les importaba el oro. Tuve que forzar el paso entre la multitud para ver a Motecuhzoma II realizar su paseo ceremonial y casi tuve que subirme a los hombros de la persona que tenía delante para ver los regalos que intercambiaron.

—Vi cómo Motecuhzoma II conducía a Cortés al interior de la ciudad. Los españoles habían demostrado ser luchadores eficientes y despiadados en campo abierto, así que Motecuhzoma creía que mantener a los españoles y sus aliados dentro de las murallas de la ciudad era la mejor manera de mantener el control. Pero estaba equivocado. Muy, muy equivocado. Fue el principio del fin.

—Los sueños continuaron, Rachel, durante años y años. En un sueño, tuve que lidiar con la pérdida de mi padre a causa de la viruela, un buen hombre. Vi a mi madre sucumbir a la desesperación mientras los búhos y las estrellas fugaces llegaban para señalar que el fin estaba cerca. No habría tenido ningún problema en morir allí con ellos, Rachel, debes entender eso, pero nuestro vínculo solo existía en el mundo de los sueños. Físicamente, siempre volvería aquí, al ahora. A este yermo estéril.

—Después de que las tropas españolas tomaran el control y erigieran un lugar para el culto cristiano en la Gran Pirámide, y uno de nuestros señores fuera asesinado, Motecuhzoma II fue condenado por nosotros, su propio pueblo. Había dado la bienvenida a los españoles y roto su código guerrero. Fue lapidado mientras suplicaba que razonáramos.

—Quiero contarte sobre el último sueño que tuve porque fue, con diferencia, el más visceral y cruel, Rachel. Te mostrará que no soy ajeno a la tristeza, como puedes pensar, y que entiendo tus emociones actuales.

—Comenzó con uno de mis hermanos mayores marchando hacia la Gran Pirámide. Recuerdo su rostro emergiendo de la boca abierta de una cabeza de jaguar mientras mostraba orgullosamente su escudo y su maquahuitl. Lo seguí y admiré la Gran Pirámide, el centro de nuestro gran universo, elevándose 35 metros en el aire a través de cuatro plataformas superpuestas, cada una retrocediendo para formar su forma piramidal.

—Me quedé atrás y observé con orgullo cómo mi hermano y su escuadrón subían las escaleras y luego, en la cima, lanzaban proyectiles al patio del palacio donde se alojaban los españoles.

—Cortés lideró el ataque a la pirámide y yo me retiré muy atrás, detrás de las murallas, para observar. Los españoles y sus aliados tlaxcaltecas con tocados de plumas y faldas comenzaron a ascender. Las flechas se elevaron en el aire como una cortina de lluvia, distorsionando las formas. El disparo de los mosquetes enemigos sacudió el aire a mi alrededor.

—Observé al escuadrón de mi hermano con un orgullo que no se puede describir, Rachel. Enviaron troncos ardientes escaleras abajo,

levantando al enemigo de sus pies, haciéndoles rebotar, humeantes, de escalón en escalón. Los españoles contraatacaron con fuerza. Los mosquetes y ballestas enviaban a muchos de nuestros guerreros a caer desde 30 metros por el lateral de la pirámide. Era triste, pero glorioso a la vez.

—La gente se agolpaba a mi alrededor, desesperada por ver, y antes de darme cuenta, me estaba ahogando entre la multitud. No podía respirar. El muchacho, cuya alma comparto, murió bajo mil pies pisoteándole.

—Y entonces mi señor, Tezcatlipoca, vino por mí, como lo hace con tanta frecuencia. Elevó mi alma a la cima del templo, para que pudiera contemplar la gran batalla y al hermano de mi ahora fallecido gemelo espiritual. Los españoles y sus aliados habían alcanzado la cima, y mi hermano se lanzó al combate, haciendo caer el maquahuitl sobre la cabeza con yelmo de un español. El metal de bronce se partió como una cáscara de huevo, y el contenido de su cráneo se derramó como yema. Varios de los compañeros de mi hermano, hombres que yo conocía, fueron empalados en picas y empujados hacia los bordes agarrando el asta del arma que los había atravesado. Una vez que las picas fueron arrancadas, los guerreros se precipitaron a su muerte.

—A pesar de estar en clara inferioridad numérica, los españoles rápidamente tomaron el control de la batalla marchando en columnas compactas. O bien atravesaban a los guerreros en masa con sus lanzas, o a veces formaban pequeños cuadros defensivos que a mi gente le resultaba difícil penetrar. Los españoles también operaban bajo el principio de protegerse mutuamente y trabajar en conjunto. Cuando mi hermano cayó al suelo y un español le aplastó la tráquea, le supliqué al Señor Tezcatlipoca que me despertara, para no tener que verlo retorcerse, gorgoteando sangre y jadeando por aire.

—Cuando los españoles notaron que su santuario cristiano había desaparecido, comenzaron a saquear los templos. Vasijas con máscaras de Tlaloc y otras piezas de cerámica fueron algunos de los muchos objetos destrozados y arrojados por el costado de la pirámide. Ídolos y santuarios fueron incendiados y muchos fueron

lanzados por las escaleras de la pirámide. Vi cómo los esqueletos de un jaguar y un cocodrilo eran despedazados por un español que gruñía, mientras máscaras, conchas marinas y joyas eran aplastadas bajo los pies de sus compañeros.

—Columnas de humo se elevaban en espiral desde la Gran Pirámide. Los españoles victoriosos y sus aliados comenzaron a descender por las escaleras, alejándose de la carnicería. Pocos guerreros aztecas quedaban con vida. Los ojos de todo Tenochtitlan observaban sin vacilar el comienzo del fin.

—En ese momento, todo comenzó a desvanecerse: los colores de Tenochtitlan, el humo de su corazón ardiente, la gente desesperada, los extranjeros victoriosos, los cuerpos de mi familia, hasta que solo quedé yo flotando en el vacío.

—Y me llevó años darme cuenta, Rachel, de que no importa cuánto le suplique a Él, no importa cuánto trabaje para Él, nunca podré regresar. Nunca volveré a ver a mi gente y a mi familia.

—Así que, cada vez que pienso en el cuerpo destrozado de mi ancestro espiritual arrojado a la humeante pila de muerte y destrucción en Tenochtitlan, en 1519, siempre siento que una parte de mí se convierte en cenizas con ellos.

Rachel le miró y abrió los ojos de par en par. —Por favor, déjame ir.

Tezcacoatl respiró profundamente. Nunca le había contado esa historia a nadie y se detuvo para considerar el significado de su repentina aparición ahora.

—Por favor —continuó ella—. No se lo diré a nadie, puedes seguir haciendo lo que estás haciendo y nadie lo sabrá jamás.

—Pero yo quiero que la gente lo sepa, Rachel, ¿es que no lo ves? Todo el mundo necesita saberlo. *Todo* tiene que cambiar.

Echó un vistazo a su reloj. No tenía tiempo ahora para limpiar este desastre y reflexionar.

—Hablaremos más tarde —dijo mientras pasaba por encima del cuerpo de Brandon y subía los escalones.

—¡No puedes dejarme aquí! —gritó ella—. Aquí con Brandon. Está muerto...

Cerró la puerta del sótano, regresó a la sala de estar, subió al piso de arriba, se cambió poniéndose su uniforme, recogió su equipo y salió para continuar con la obra de su vida. Solo se dio cuenta, cuando había cerrado la puerta principal tras él, de que había olvidado enviar el correo electrónico a Tepiltzin. Miró su reloj de nuevo. No tenía tiempo suficiente para volver a entrar y enviarlo ahora.

71

Sarah Gavin, vestida con un batín de seda, había conducido a Jake y Topham al salón, donde Yorke estaba interrogando al Dr. Page.

La habitación estaba en penumbra. Un futón negro se encontraba en medio de la estancia, con pétalos rojos esparcidos alrededor y un fuerte olor a incienso.

Sarah dijo —Estaré en la cocina. ¿Un té?

Todos asintieron.

Sarah tenía al menos la mitad de la edad de Page y ya les había explicado su presencia en la puerta principal.

—Raymond es mi pareja desde hace dos meses —les había dicho, antes de explicar que trabajaban juntos en el hospital—. Su jefe acaba de entrar... pillándome. —Su cara se había ruborizado en ese momento.

Jake notó que a Yorke claramente no le importaba haber invadido su privacidad. Simplemente estaba preocupado por encontrar la verdad. ¿Y por qué no iba a estarlo? Especialmente con la fea amenaza sobre la vida de un niño en el horizonte.

—Así que —continuó Yorke—, Sarah ha confirmado que usted estuvo con ella toda la noche en las dos fechas en cuestión. Entonces, la pregunta es: si no estaba usted con Karen Firth y Michelle Miller en esos momentos, ¿quién estaba? Porque ellas no estaban en Mary Chapman.

—Pero la respuesta es obviamente evidente, ¿no? —dijo Page.

—¿Cómo así?

—Bueno, debe ser el enfermero que las transportaba hacia y desde el hospital.

Jake observó cómo Yorke se estremecía, y luego vio cómo sus ojos se dirigían hacia él. Su mirada lo decía todo. Era obvio. Tan perfectamente obvio. ¿Por qué no habían pensado en comprobar quién era la persona que llevaba a estas pacientes ancianas al hospital y de vuelta?

Yorke se puso de pie y se volvió hacia Jake y Topham. —Contactad con Mary Chapman, averiguad quién está transportando a estas pacientes.

—Puedo decírselo ya —Page también se puso en pie—. Se llama Terrence Lock. Trabaja como enfermero en Mary Chapman y también es su conductor registrado. Lleva a los pacientes al hospital y de vuelta cuando no se requiere una ambulancia.

—Descríbamelo —Yorke se volvió hacia Page.

—Lo reconocería si lo viera. Tiene un caso grave de síndrome de Plummer-Vinson y sufre gravemente de anemia por deficiencia de hierro. Está blanco como un fantasma y tiene el pelo muy largo.

—¿Como el suyo? —dijo Topham.

—Sí, excepto que él no se lo recoge —Page se llevó la mano a su coleta para acariciarla.

Yorke miró a Jake. Claramente estaban pensando lo mismo. *El cabrón no puede recogerse el pelo porque mostraría sus orejas dañadas.*

Yorke sacó el boceto de Tezcacoatl de su bolsillo.

—Sí —dijo Page—, se parece a él.

—¿No ha estado viendo las noticias? ¡Su imagen está por todas partes! —dijo Yorke.

—He estado muy ocupado, me temo.

—¿Existe la posibilidad de que Jessica conociera a Terrence Lock? —dijo Yorke, volviendo a guardar el boceto en su bolsillo.

—Toda la posibilidad, me imagino. Jessica visitaba mucho a su madre, y Lock y algunos de sus colegas habrían entrado y salido de esa habitación atendiéndola.

Jake sabía a qué se refería Yorke. No había señales de entrada forzada en la casa de Jessica. Si Jessica lo había conocido lo

suficiente, le habría resultado más fácil colarse en su casa. Qué excusas habría dado para aparecer en su casa a esa hora con su madre enferma, era difícil de imaginar. Lo trágico era que había funcionado.

—¿Algo más que pueda decirnos sobre Terrence Lock?

—No mucho. Dudo que alguien pudiera, realmente. Es muy callado. Se mantiene apartado. La mayoría de la gente lo consideraría bastante peculiar, sin duda.

—¿Por qué ninguno de ustedes se dio cuenta? —El volumen se coló en su voz—. ¿Reiner no se preguntó dónde estaban sus pacientes cuando no regresaban? Quiero decir, no estaban con usted y no estaban en Mary Chapman. ¿De quién se suponía que debían sonar las alarmas?

—Solo puedo suponer que Lock está alterando el papeleo —dijo Page—. Tengo algunos pacientes participando en estos ensayos clínicos, pero *rara vez* los solicito durante toda la noche. Unas pocas horas suelen ser suficientes. Debe estar alterando mis solicitudes firmadas cuando las recoge, posiblemente cambiando la fecha y hora de regreso. Reiner debería haberlo cuestionado, supongo, debido a su naturaleza irregular. Pero usted ya ha conocido al Dr. Reiner, ¿verdad? Para ser perfectamente franco, su incompetencia no me sorprende.

—Cuando le vi en el hospital aquella mañana, el día que murió Karen, ¿nadie pensó en preguntarle por qué la había mantenido toda la noche, que acababa de regresar?

—Lo siento, DCI Yorke —Page negó con la cabeza. Parecía genuinamente bastante triste por esto.

—Y Michelle Miller, ¿la solicitó usted ayer?

—Sí, de nuevo por un par de horas.

—¿Y fue devuelta esta mañana?

—Como he dicho, no según mis instrucciones.

—¿Y por cuánto tiempo solicitó a Michelle para hoy?

—No lo hice.

—Así que ha ido un paso más allá, debe haber falsificado todo el formulario, ¿no? Porque se la ha llevado otra vez.

Page parecía preocupado por esto. —Espero que esté bien. Sabe, Michelle ha sido una adición maravillosa al estudio. Espero aprender más...

—Deténgase ahí mismo —dijo Yorke—. Si realmente está a punto de dar un discurso sobre la importancia de sus estudios por encima de las vidas de estas personas, verá otro lado de mí.

Jake miró al suelo. Topham también. Era raro ver una muestra de tal emoción por parte de su jefe hacia las personas a las que estaba interrogando.

—Lo siento... sinceramente espero que esté bien.

—DI Topham —dijo Yorke—. Vaya y recopile todo sobre Lock ahora mismo.

—Lo haré, jefe.

—DS Pettman, póngase en contacto con la DI Gardner en Mary Chapman. Consiga los detalles del vehículo que Lock está utilizando para transportar a los pacientes.

—Sí, señor.

Jake se unió a Topham en el pasillo para hacer la llamada telefónica.

Yorke se despidió de Page y siguió a los dos hombres al exterior.

Jake terminó primero su llamada. —¿Sabes qué? Una Ford Transit blanca. Tengo la matrícula; esperemos que la haya limpiado para que podamos verla. Voy a emitir una orden de búsqueda ahora mismo.

—Gracias, Jake.

Mientras Yorke esperaba a que Topham terminara su llamada, su mente daba vueltas a lo siguiente: ¿cómo se comunicaba Lock de manera tan eficiente con mujeres que sufrían demencia en fase avanzada? A menos que llevara años trabajando en esto y hubiera comenzado a comunicarse con Michelle y Karen cuando aún conservaban sus facultades mentales. ¿Habían revelado estas madres, y Dios sabe cuántas otras, información sobre sus hijos? Probablemente habría sido información confusa y fragmentada, pero información al fin y al cabo. Podría haber descubierto lo del matrimonio roto de Jessica y la depresión de Gillian por el suicidio de su marido.

Descubierto que eran *esclavas de la tristeza.* Descubierto que eran adecuadas para la *muerte florida.*

Pero quedaban grandes interrogantes: *¿por qué Lock quiere tanto a estas madres con él? ¿Por qué se refiere a ellas como si fueran suyas cuando no lo son? Si se está arrepintiendo de algo, ¿de qué? ¿Qué ha hecho tan malo a su madre para justificar todo esto?*

Topham se acercó, pero Yorke ya tenía su primera pregunta. —¿Qué le ocurrió a su madre?

Topham alzó las cejas. —Sí, es interesante. Horrible, en realidad. Su padre golpeó a su madre hasta matarla.

—¿Y dónde estaba Lock?

—Intentando salir a rastras de un armario bajo las escaleras. Y cuando finalmente lo encontraron, parece que había presenciado todo.

—Necesito la dirección de Lock *ahora mismo*.

72

Benjamin Riley contuvo el temblor en su voz. No quería que su hija supiera que estaba emocionado, bajo ninguna circunstancia.

—Gracias —repitió Riley por teléfono.

—No hace falta que sigas dando las gracias. Es lo justo y apropiado —dijo Cynthia—. Es tu nieto y todos merecen conocer a sus abuelos.

—Gra... perdón. Genial, ¿cuándo puede suceder esto?

—Cuando tú quieras, papá.

—En ese caso, me gustaría que fuera lo antes posible. —Su teléfono emitió un pitido y lo miró—. Perdona, me queda solo un uno por ciento de batería, disculpa si se corta. ¿Qué te parece la semana que viene?

—Fantástico. Prepararé la habitación de invitados.

La luz del sensor exterior de la caravana estática de Riley se encendió. Sabía que no sería Brookes, porque había salido hacía más de una hora, probablemente para volver a beber. Esto le preocupaba, pero ¿qué más podía hacer? Ya le había advertido a Brookes que no complicara más su vida de lo que ya estaba.

Se acercó a la ventana, esperando que Ewan no hubiera aparecido por sorpresa. Lo más probable es que fuera el DCI Yorke que venía a comprobar cómo estaba Brookes, o podría ser un animal intentando resguardarse del frío. Apartó ligeramente la cortina y miró hacia fuera.

—Papá —dijo Cynthia—, ¿dónde te has metido?

A dos metros frente a la autocaravana de Brookes había un hombre alto con una larga capa negra.

—Voy a tener que colgar, Cynthia. Lo siento y gracias.

El hombre estaba allí, con nieve hasta los tobillos, mirando la autocaravana. Parecía indiferente a los remolinos de nieve que giraban a su alrededor. Contento simplemente de estar allí, y mirar.

—¿Está todo bien, papá?

—Sí, te quiero, cariño.

Colgó y cojeó hasta la cocina. Intentando ignorar el repentino temblor que cobraba fuerza en sus manos, dejó el teléfono móvil y abrió el armario debajo del fregadero. Alcanzó hasta el fondo y sacó su escopeta. Otra compra ilegal, y una por la que ahora estaba muy agradecido de haberse tomado la molestia de hacer. Girándose, mantuvo la escopeta apuntando hacia abajo, pegada a su pierna buena, y se acercó de nuevo a la ventana. Volvió a mirar hacia afuera.

El rostro blanco le devolvió la mirada desde el otro lado.

Riley jadeó, retrocedió tambaleándose y dejó que la cortina volviera a cerrarse.

Había estado en la cárcel durante gran parte de su vida y había visto miles de almas torturadas, pero nunca una como esa. A estas alturas, Riley no se hacía ilusiones. El hombre que había asesinado a Jessica estaba aquí.

Temblando por completo, volvió a mirar, justo a tiempo para ver cómo se cerraba la puerta de la autocaravana de Brookes.

Instintivamente, cogió su móvil de nuevo y llamó a Brookes, pero le envió directamente al buzón de voz. Lo intentó de nuevo pero obtuvo el mismo resultado.

Entonces su batería se agotó y la pantalla del teléfono se quedó en blanco.

Riley no era un luchador, nunca lo había sido. Incluso en la cárcel, donde tales comportamientos eran necesarios para mantenerte vivo, sólo los había utilizado como último recurso. Sería fácil cerrar la puerta de su caravana con llave y atrincherarse. Riley miró la escopeta. La abrió para comprobar que ambos cañones estaban cargados. Sabía que lo estaban, pero una simple

comprobación nunca viene mal. Su mejor opción era conectar su teléfono y llamar a la policía.

Y entonces Riley se dio cuenta de algo. Podría llevar cinco minutos que su viejo teléfono volviera a la vida. Si Brookes regresaba ahora, entraría en su autocaravana y o bien sería asesinado o mataría a este asesino y se condenaría a la vida que Riley había llevado. Una vida oscura enjaulado tras gruesos muros. Volvió a mirar su escopeta. Si él mismo iba, podría librar al mundo de esta entidad atormentada y luego, si lo encerraban de nuevo, ¿qué más daba? Su vida seguramente estaba llegando a su fin, y la oportunidad para que Brookes y Ewan vivieran juntos en paz valía mucho más.

Decisión tomada.

Cogió la fotografía de su nieto de dos años. Un niño pequeño con la misma sonrisa que él y la deslizó en el bolsillo de sus vaqueros. También metió un puñado de cartuchos de escopeta en el otro bolsillo. Cojeó hasta la puerta, la abrió, tomó su bastón con la mano izquierda mientras sujetaba la escopeta con la otra y salió al frío.

Remolinos de nieve circulaban a su alrededor, y el viento helado lo azotaba. Su viejo cuerpo se resistía. Conocía bien la naturaleza por sus años de juventud trabajando en la granja de su padre. Ésta emitía advertencias y exigía respeto. Si la ignorabas, no le dejabas otra opción, y te llevaría dentro de sí misma. Allí te quedarías.

Su pierna crujió y el jersey rojo de lana de cordero le falló. Solo había recorrido cuatro metros cuando comenzó a tambalearse sobre su bastón y su fuerza se derritió como la nieve en su frente. Miró hacia atrás, a su propia caravana. Resplandecía como una estrella ardiente. Sentía como si hubiera estado lejos del calor, la luz y la voz reconfortante de su hija por una eternidad en lugar de unos segundos. Se volvió hacia la autocaravana de Brookes.

Después de ver ese rostro, Riley se había dado cuenta de que no había nada en ese hombre que pudiera salvarse. No había ninguna similitud con aquel pobre chico que había intentado arrancarle la pierna en la cárcel. Ese chico estaba hinchado de odio y rabia. Este hombre era diferente. No tenía la capacidad de odiar; simplemente llevaba la muerte consigo, dondequiera que fuese, como una plaga.

Aquí tenemos la verdadera definición del mal, pensó Riley.

Las luces se encendieron en la autocaravana.

Riley se dio cuenta de que estaba cerca, a solo cinco metros. Pensó en la fotografía en su bolsillo. Pensó en Ewan. Se sintió preparado para proteger al mundo de este hombre.

Una sombra pasó por la ventana con cortinas en la parte trasera de la autocaravana. El bastardo estaba en el dormitorio principal. Riley se detuvo. Si el psicópata abría la cortina, vería a Riley acercándose a la autocaravana. Sabía que no le quedaban fuerzas para disparar su escopeta de pie. El retroceso lo dejaría tumbado boca arriba, así que soltó su bastón y se puso de rodillas. El dolor en su pierna mala era insoportable y solo se alivió momentáneamente por la fría nieve que empapaba sus vaqueros. Con un agarre a dos manos, levantó su escopeta y la apoyó contra su hombro. Mientras la cortina se agitaba, inclinó la cabeza hacia la derecha, cerró el ojo izquierdo y puso la ventana en el punto de mira.

No ocurrió nada. Riley temía que el asesino le hubiera visto y ahora estuviera escondido, esperando. Si perdía su ventaja, estaría condenado—

El rostro gélido apareció. Riley solo se detuvo lo suficiente para confirmar que no era Brookes o Ewan antes de apretar el gatillo de su escopeta de dos cañones. La ventana estalló y el disparo resonó como un trueno. Riley se deslizó hacia atrás pero logró mantenerse de rodillas, aunque se balanceaba de adelante a atrás como un péndulo. Le tomó un momento recuperar la compostura y luego se quedó mirando la ventana destrozada y la cortina ondeando con el viento.

Con unas extremidades que en los últimos años le habían fallado casi siempre, se sintió orgulloso de ver que aún podía disparar con precisión. Después de recuperar el aliento, sacó algunos cartuchos de su bolsillo y recargó. Dudaba que alguien pudiera haber sobrevivido a eso desde cinco metros de distancia, pero si el asesino había logrado apartarse, necesitaría estar preparado.

Agarró su bastón y, luchando contra el dolor ardiente en su pierna, se obligó a ponerse de pie nuevamente. La nieve caía en espiral con más fuerza ahora, así que se movió rápidamente.

Aunque estaba seguro de haberle disparado, la visión de la puerta de la autocaravana abriéndose y cerrándose con el viento le hizo dudar. Dejó caer su bastón, tomó su escopeta con ambas manos nuevamente y utilizó los dos cañones para mantener la puerta abierta. Se deslizó dentro y examinó el interior de la autocaravana. No podía ver a nadie. Dio otro paso adentro y la puerta se cerró de golpe tras él.

A pesar de estar fuera del clima inclemente, Riley nunca se había sentido tan frío. El monstruo en esta autocaravana, vivo o muerto, tenía presencia. Con el dedo curvado alrededor del gatillo, cojeó tan silenciosamente como pudo con la boca firmemente cerrada, para que sus respiraciones rápidas no silbaran al pasar entre sus labios.

Guiándose con su escopeta, entró en el dormitorio de Brookes. Las cortinas ondulaban junto a la ventana destrozada. Sus ojos recorrieron la habitación y miró fijamente el suelo. Nada más que cristales rotos.

Las luces se apagaron.

Tomó una respiración profunda mientras se le helaba la sangre, luego se dio la vuelta y salió cojeando de la habitación. Su corazón golpeaba en su pecho con tanta fuerza que dolía. Apenas podía ver, pero balanceaba la escopeta de un lado a otro, decidido a disparar ante el primer signo de movimiento. Sus manos sudaban tanto que temía que la escopeta pudiera resbalarse. Miró hacia la puerta principal, evaluando si tendría mejor oportunidad allí fuera—

La puerta del baño a su derecha se abrió de golpe. Riley giró la cabeza y vio una boca cavernosa abalanzándose sobre él. Intentó mover la escopeta, pero ahora se sentía tan pesada como un cañón y Riley no era el más rápido.

Las fauces de la criatura se cerraron.

73

Dos rápidas cañas de Summer Lightning consiguieron acabar con la resaca que Brookes se había ganado la noche anterior con una botella de whisky.

Apartó la mirada del hogar, donde el fuego chisporroteaba, crepitaba y lanzaba hipnóticas espirales de brasas, y miró hacia la barra.

Hora de decidir.

Las palabras de Riley de antes daban vueltas en su mente: *tienes una sola prioridad ahora, ese hijo tuyo. Ese muchachito valiente, guapo y descarado. Prométeme ahora mismo que eso es todo. Que es lo único en lo que te vas a centrar. Es lo único en lo que Jessica querría que te centrases.*

Observó a Kenny girarse desde la barra, sujetando una caña recién servida de Lightning. Tenía casi setenta y cinco años. Su mano temblaba ligeramente mientras se llevaba la cerveza a la boca y, a pesar de parecer frágil, demostró que no había nada malo en sus habilidades para beber dando un gran trago.

Se sentó junto a Brookes.

—Lo que más me gusta del Haunch, más que de cualquier otro pub —dijo Kenny con su fuerte acento de Wiltshire—, es que este pub es más viejo que yo.

—Todos los pubs de por aquí son más viejos que tú, Kenny —dijo Brookes, sintiéndose de repente con las manos vacías sin una caña.

—Cierto, pero este lo es aún más. La de cosas que han pasado bajo estas vigas de roble. Las peleas, las apuestas, *la prostitución*. ¡Ah, haber nacido en el siglo catorce!

—Kenny, no habrías llegado a los setenta y cinco si hubieras nacido en el siglo catorce.

Levantó su caña. —Puedes sobrevivir a cualquier cosa cuando *te impulsa el rayo*.

—¡No existía el Summer Lightning en aquella época!

—Lo habría inventado yo. —Kenny echó la cabeza hacia atrás y llegó hasta la mitad de su caña. Se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¿No vas a tomar otra?

—No sé, aún no me he decidido.

—Bueno, ¿cuál es el dilema?

—El de siempre. Si tomo otra, tendré que ir a por todas.

—Suena a un dilema familiar.

—Vale, si a ti no te ha hecho daño...

—Soy un hombre de setenta y cinco años sentado solo en un pub.

—Hay peores formas de pasar la vejez.

—Sí, pero no casi todos los días de la semana.

—Entonces, ¿tu consejo es que me vaya a casa?

—No doy consejos. —Kenny sonrió—. Mírame. Sin embargo, si me preguntas, nunca encontré lo que buscaba en un vaso, y llevo buscándolo mucho tiempo. Por cierto, ¿cómo está ese hijo tuyo? ¿Ewan?

Brookes se puso en pie. —A salvo.

—Bien.

—Y así es como pienso mantenerlo. Adiós, Kenny.

Kenny sonrió. —Hasta otra, Iain.

Al salir del Haunch of Venison, sacó el teléfono del bolsillo para ver si tenía alguna llamada perdida y se dio cuenta de que se había quedado sin batería.

Solo durante el viaje de vuelta al camping, con el teléfono conectado al cargador, pudo recibir el mensaje de Riley sobre el hombre en su autocaravana que podría ser el asesino de Jessica.

Cuando su teléfono volvió a sonar, su voz temblaba. —¿Sí?

—Iain, soy tu padre.

—Papá, tengo que irme, ha surgido algo...

—¡Escucha! Acabo de llegar de la tienda. Lo siento mucho, hijo...

—¿Qué?

—Lo siento...

—Ahora sí que me estás asustando.

—Ewan se ha ido.

—¿Adónde?

—De vuelta contigo. Ha dejado una nota. Encontró algo de dinero en casa y lo usó para coger un tren. La nota dice que le necesitabas.

—¿Cuándo? —La palabra se quebró. Tenía la garganta seca ahora.

—No lo sé. No lo dice. Lo siento, no tenía ni idea...

Colgó. La carretera frente a él parecía pulsar y no podía tragar. Tomó una profunda bocanada de aire y pisó a fondo el acelerador.

74

Yorke y sus colegas se mantuvieron a distancia y dejaron que los de respuesta armada hicieran su trabajo. Tan pronto como la ubicación fue asegurada —y la ausencia de Terrence Lock confirmada— el lugar fue acordonado como escena del crimen. Había un cadáver allí y una joven que, sorprendentemente, seguía con vida.

Yorke encendió un cigarrillo y Gardner entrecerró los ojos.

—Ahora no, Emma —dijo Yorke.

—Cuando elegí a un padrino para Annabelle, elegí a un no fumador.

—Eso es bastante dramático, Emma —dijo Topham.

—Pero cierto —contestó ella.

Yorke tiró el cigarrillo al suelo. Gardner extendió la mano y Yorke, con un suspiro, sacó el paquete de cigarrillos de su bolsillo y lo colocó en su mano.

En un bolsillo, ella guardó los cigarrillos. Del otro, sacó unos tic tacs. —Prueba estos. A mí me funcionan.

—No, gracias —dijo Yorke. Oyó a Jake reírse a su izquierda.

Uno de los agentes estaba acompañando a la mujer secuestrada por la puerta principal. Ella temblaba y se apoyaba en el hombro del agente. —Jake y Mark —dijo Yorke—, entrevistrad a la joven. Emma, nosotros entraremos.

Yorke y Gardner cruzaron la nieve hasta la puerta principal, deteniéndose brevemente para ponerse los trajes blancos

embolsados y asegurarse de que quedaban registrados.

Lance Reynolds, que estaba dirigiendo a los técnicos forenses, bajó por el pasillo con su cámara colgando del cuello. —Hay poco espacio en el sótano donde encontramos el cadáver y a la chica atada a un radiador.

Reynolds explicó que la mujer se llamaba Rachel Lister y proporcionó los detalles de cómo había acabado en el sótano y cómo su pareja había sido asesinada.

Yorke señaló pasillo abajo hacia el acuario. —¿El pulpo?

—Desaparecido —dijo Reynolds—. Lo que hemos encontrado arriba es particularmente impactante, señor. ¿Sugiero que os lleve a ambos allí primero?

Yorke asintió y siguieron a Reynolds escaleras arriba. Parecía que hacía más frío con cada paso, y se preguntó si habría una ventana abierta arriba.

Reynolds los condujo por el pasillo y, a pesar de saber que no iba a ver ningún cadáver aquí arriba, Yorke aún levantó la mano para comprobar que el botón superior de su camisa estaba abrochado bajo el traje blanco. Ya podía sentir el frío comenzando a picarle ahí. En la puerta de la última habitación, todos se quedaron inmóviles mirando los dos garrotes guarnecidos con cuchillas. Parecían primitivos, pero no por ello menos mortíferos.

Reynolds abrió la puerta y les hizo pasar. Dos técnicos forenses asintieron a modo de saludo y luego continuaron con sus propias exploraciones.

El filamento de una bombilla roja parpadeó y la habitación debajo se estremeció. Yorke y Gardner entraron y, aunque las paredes no eran de piedra, el lugar tenía una sensación fría y húmeda que uno esperaría de un templo, y sus pasos parecían resonar. El incienso era denso en el aire. Las paredes estaban cubiertas de tapices que Yorke reconoció de sus horas de agotadora investigación en internet. Sus colores estaban apagados por la luz carmesí. Sus ojos se posaron en la imagen de un hombre sacrificado con el pecho abierto. Estaba rodeado por un grupo de sacerdotes que observaban cómo su corazón comenzaba su ascenso hacia el sol.

Este era el corazón enfermo y palpitante del mundo de Lock.

Yorke miró a Gardner, el color había desaparecido de su rostro. —Este lugar se siente como una puta tumba —dijo ella.

Yorke no respondió, estaba mirando fijamente una cuenca de piedra llena de cenizas. Se dirigió hacia el altar, sobre el cual una estatua se preparaba para atacar desde una pirámide de losas. Tocó la deidad venerada de Lock, Tezcatlipoca. Estaba helada. La estatua estaba tallada en obsidiana, con toda la atención al detalle que Lock probablemente dedicaba a la disección de sus víctimas. Tezcatlipoca bailaba como burlándose de ellos en su creencia de que podían detener a su fiel sirviente y llevaba su espejo humeante en el pie. *El espejo que podía ver dentro de todos ellos.*

Yorke luego se inclinó sobre una pequeña sartén con un mango en forma de serpiente. Estaba medio llena de arena para proporcionar aislamiento del calor, mientras el copal, la resina aromática de árbol de la que Utter le había hablado, se quemaba sobre una pastilla de carbón calentada. De cerca, el olor le picaba en la nariz. Junto al quemador de incienso había un pequeño cuchillo de pedernal y al lado un cuenco de jade, del que Yorke retrocedió cuando captó el olor a sangre. Seguramente era el cuenco con el que ofrecía sus sacrificios. También notó dos tubos de plástico. Un tubo contenía un mechón de pelo negro y el otro tenía pelo rubio más largo en su interior. *¿Quizás el pelo de Preston y Jessica? ¿Estás guardando recuerdos?*

—Preparaos para esto —dijo Reynolds, y los guio hacia el altar. Señaló a las sombras junto a la estatua. Sobre ellos, el filamento de la bombilla volvió a parpadear y zumbar. No aguantaría mucho más.

El técnico forense se apartó de un frasco de vidrio que estaban examinando en busca de huellas. Lo que Yorke vio le heló la sangre. A su lado, escuchó a Gardner jadear. Rezó para que todo fuera una alucinación y cerró los ojos, pero cuando los abrió de nuevo, el frasco seguía allí.

El corazón exangüe adquiría el resplandor amarillento del líquido cetrino en el que flotaba. Venas y arterias seccionadas se elevaban desde el órgano y se balanceaban en el líquido, como algas marinas.

—¿Crees...? —dijo Yorke, pero no pudo terminar su pregunta.

—¿Que es el corazón de Jessica Brookes? —dijo Reynolds—. No lo sé.

—¿Importa? —dijo Gardner, sin poder ocultar que estaba a punto de llorar—. Era de alguien... y él lo tomó.

El filamento chispeó una vez más y entonces quedaron en la oscuridad.

75

BENJAMIN RILEY QUERÍA mirar a este hombre a los ojos al menos una vez antes de morir y, mientras lo hacía, quería preguntarle por qué había asesinado a Jessica Brookes.

Había experimentado la oscuridad muchas veces en su vida. Cuando violaron a su mujer, cuando asesinó al cabrón que lo hizo, sus años entre rejas, y el chaval que intentó cortarle la pierna, por mencionar solo algunos ejemplos. Riley ciertamente no era ajeno a ella. De hecho, había pensado, o creído, durante bastante tiempo que la *comprendía*. Pero ahora se daba cuenta de lo equivocado que había estado.

Esto era nuevo.

La herida en su mejilla izquierda le escocía, y la sangre no mostraba señales de detenerse. Podía saborarla en la boca. Escupió al suelo, y luego miró hacia la fuente de la oscuridad que se paseaba frente a él.

El psicópata de aspecto peculiar, que parecía como si lo hubieran sumergido en lejía, se había abalanzado sobre él como un animal salvaje. Si hubiera mordido tan profundamente en su cuello como lo había hecho en su mejilla, ya estaría muerto. Después de ser sometido, Riley había sido atado firmemente a una silla de comedor de madera.

La situación había empeorado cuando el asesino descubrió la pistola que Riley le había dado a Brookes sobre la mesita de noche. Cómo deseaba Riley tener las manos libres, y que su propia

escopeta, que el cabrón había pateado bajo el sofá, siguiera en su posesión.

El asesino caminaba de un lado a otro, mirando al suelo, sosteniendo la pistola, pensando en qué, solo Dios lo sabe. *¿En qué piensas, psicópata?*

La tormenta de nieve en el exterior ahora arreciaba y los persistentes vientos mecían la autocaravana de un lado a otro. En otras circunstancias, Riley encontraría el movimiento relajante, pero ahora, estaba seguro de que solo el niño demonio era quien se sentía reconfortado. Casi esperaba que la rama de un árbol atravesara una ventana como la mano de un gran demonio maternal y acariciara la cabeza de su hijo, para alentar su mente malévola. Animarlo a madurar y convertirse en príncipe.

En ese momento, Riley, con toda seguridad, moriría.

Pero Ewan no estaba aquí y por lo tanto estaba a salvo. Además, Brookes recibiría la advertencia por el buzón de voz y evitaría esta emboscada. La familia de Riley ahora era feliz. Es cierto que no había tenido la oportunidad de conocer a su maravilloso nietecito, pero no se podía tener todo. En general, era tan buen momento como cualquier otro para morir. Era viejo y había visto más que suficiente sinsentido. Calculaba que podría afrontarlo. Además, le daría un respiro de esta maldita pierna...

Así que, a la mierda el clima y a la mierda tú, asesino, esta noche, estoy listo para morir. Siempre y cuando pueda mirarte a los ojos, solo una vez, antes de hacerlo, y preguntarte por qué.

76

De niño, a Terrence Lock le encantaban los nudos. Como explorador, le fascinaba esa sensación de finalidad que proporcionaba un nudo bien atado. Había dominado todos: el nudo en forma de ocho, el nudo llano, el as de guía, la vuelta de braza y su adorado nudo de acortamiento. Había una lógica en un nudo que no existía en la vida. Siempre parecía acabado y completo. Y lo más importante, incorruptible. Alpinistas, marineros y paracaidistas confiaban sus vidas a un nudo. Desde que se convirtió en Tezcacoatl, estaba convencido de que su plan había sido un nudo perfectamente atado.

Sin embargo, desde lo de Gillian, nada parecía ir bien. *¿Podrían los nudos desafiar su certeza y deshacerse?*

Tezcacoatl se acercó al anciano, le metió un trapo en la boca, le apuntó con la pistola a la pierna y le abrió un agujero en ella.

77

Riley habría soltado un grito como un alma en pena desamparada, habría desafiado los vientos y la nieve para buscar ayuda, y habría desgarrado la piel del rostro del asesino en el proceso.

Pero el trapo que le habían metido en la boca mantuvo el grito y el dolor en su interior. Así que, en su lugar, dejó escapar un largo gemido gutural y se balanceó adelante y atrás en la silla.

Cuando el asesino le quitó el trapo de la boca, pareció ayudar, y la agonía disminuyó momentáneamente. Lo más probable es que fuera la repentina hiperventilación y la pérdida de sangre trabajando juntas para amortiguar el dolor.

—¿Dónde está el chico, Ewan Brookes? —preguntó el asesino.

—Lo mínimo que podías haber hecho... —Riley hizo una pausa para tomar otro aliento—. Era dispararme en la otra pierna. La que ya está jodida. —Cerró los ojos.

—Bueno, si te disparo de nuevo, morirás. Te desangrarás y no habrás conseguido nada, porque me quedaré aquí esperando a Ewan toda la noche si es necesario.

Riley abrió los ojos y, por un momento, se sorprendió bastante de seguir vivo. Gimió cuando su pierna empezó a sentirse como si estuviera pasando por un incinerador otra vez. Si sobrevivía a esto, pasaría el resto de sus días en una silla de ruedas. Recordó el viejo refrán —*no tendrás una pierna sobre la que sostenerte*— y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Por qué sonríes? ¿No me crees?

—No es eso —dijo Riley—. Pero puedes esperar, si quieres. Toda la noche. No va a volver.

—Aquí es donde vive.

—Para ser un asesino en serie de alto nivel, no pareces muy inteligente ni organizado.

Apretando los dientes por la agonía, Riley observó al monstruo. Cómo este espectro había logrado derribarlo al suelo, no tenía ni idea. Su rostro estaba demacrado, y parecía que no había comido en meses. Su pelo negro le caía por debajo de los hombros y, combinado con su larga capa negra, acentuaba su piel albina. El cabrón parecía y sonaba como si acabara de salir de un ataúd.

El asesino se dio la vuelta.

—¡Eh! Vuelve a darte la vuelta. ¡Muestra algo de respeto a tus mayores! Eso es lo que hacemos en este país. Nos respetamos unos a otros, y no separamos a las madres de sus hijos, *animal asesino*.

El monstruo se dio la vuelta. Su rostro parecía haber sido congelado en hielo. Dijo:—En primer lugar, este no es mi país. Y en segundo lugar, hablas de asesinato. —Ladeó la cabeza hacia la izquierda—. Yo no asesino, porque eso implica que actúo por odio o ira. No actúo movido por ninguno de los dos, por mucho que tú y otros elijan creer.

Riley tomó aire profundamente. —No, no te creo. —Sin inmutarse, miró fijamente a los ojos del asesino—. Tu cara no se mueve, pero aun así puedo ver esa maldita mirada en tus ojos. La he visto en los ojos de otras personas antes. Nunca tan grave como ahora, lo admito, pero la he visto.

El asesino desvió la mirada.

El anciano podía oír el goteo constante de su propia sangre en el suelo de la autocaravana. También empezaba a sentirse mareado. No miró hacia abajo, hacia la herida. No quería saber cuánto daño se había hecho en su pierna buena. Tomó unas respiraciones profundas para intentar alejar el dolor, para poder seguir hablando. —Déjame contarte sobre alguien que conocí una vez. ¿De acuerdo?

—¿Por qué es eso relevante?

—Créeme, lo es.

El asesino asintió.

—Cuando estaba en la cárcel, conocí a un hombre llamado Darren Crawford. Un imbécil que fue condenado a diez años cuando atropelló a una niña mientras estaba borracho y drogado con cocaína. Crawford solo tenía treinta años y era, a pesar de su comportamiento, un hombre felizmente casado con un trabajo de altos vuelos. Todo desapareció esa noche en un momento de imprudencia. Con el tiempo, Crawford se convirtió en un Reptante.

El hombre alto entrecerró los ojos, claramente confundido.

—Un Reptante es alguien que no puede lidiar con lo que ha hecho, o con lo que ha perdido. Cambian. Se vuelven casi huecos. Puedes verlo en sus ojos. Los llamábamos Reptantes, mientras estábamos dentro, por razones obvias. Se quedaban en las sombras, a menudo en silencio. Se quedaban despiertos por la noche, murmurando para sí mismos. A veces se masturbaban. Ya te haces una idea. —Riley hizo una pausa para toser. Se giró hacia un lado y escupió sangre en el suelo—. Así que ahí estaban, estos Reptantes, acechando, pensando, a menudo tramando y generalmente asustando a muchas personas a su alrededor. Pero permaneciendo pasivos. O al menos eso es lo que pensábamos.

—No veo el sentido de todo esto.

—Lo verás, o quizás no. No me importa mucho de cualquier manera. —Tomó un respiro profundo y continuó, tratando desesperadamente de ocultar el temblor en su voz—. Un día, golpeó la cabeza de otro recluso con tanta fuerza contra el grifo de la ducha, que el pobre desgraciado se quedó literalmente colgando de allí. Luego, el propio Crawford se lanzó contra la pared, una y otra vez, golpeando su propia cabeza contra los azulejos, hasta que no quedó nada de él. Los otros reclusos se mantuvieron apartados y le permitieron hacerlo mientras los guardias intentaban detenerlo. Estaban contentos de ver a Crawford destrozándose el cráneo. Era lo mínimo que merecía por su comportamiento salvaje. —Riley hizo una pausa de nuevo, sintiéndose increíblemente mareado ahora. Se preguntó si el miedo y la pérdida de sangre habían vuelto su propio rostro tan pálido como el de este monstruo despiadado frente a él.

Riley le miró. El asesino lo estaba observando atentamente. Riley continuó: —¿El recluso que colgaba del grifo? Era su primer día.

Crawford ni siquiera lo conocía. ¿Quizás le miró mal? ¿Quizás Crawford simplemente le apeteció hacerlo? Los Reptantes, ¿sabes? Huecos, vacíos. Pierden su humanidad y sus almas.

—¿Cuál es tu punto?

Riley escupió más sangre. Esta vez, sobre los zapatos del maníaco. Luego, miró profundamente en sus ojos. —Estoy diciendo que puedes quedarte ahí y decirme que matas por una razón, y yo te miraré directamente a los ojos y te llamaré Reptante. Un Reptante hueco.

Un movimiento recorrió el rostro del monstruo como la más pequeña ondulación en un lago.

—Un reptante vacío y sin alma.

El asesino se dio la vuelta. Riley miró al suelo. Cerró los ojos y tomó un respiro profundo. —Un maldito Reptante malvado —dijo y luego pensó en la foto de su nieto en su bolsillo y en la sonrisa que algún día rompería corazones—. ¿Por qué no nos dejas a todos en pa-

78

Después de haberle disparado al anciano dos veces en el pecho y observar cómo exhalaba su último aliento, Tezcacoatl se colocó el arma en la cabeza y sintió que era lo correcto.

Brandon, y ahora, este anciano.

Estas muertes de hoy no habían sido sacrificios voluntarios; habían sido absurdas. Siempre había sabido que la gente moriría en batalla durante la construcción de la Segunda Era, pero siempre había creído que la muerte en batalla debería ser honorable. No había nada honorable en estas muertes de hoy. Eran meramente víctimas, no guerreros.

Debería haberse puesto el arma en la cabeza esta mañana después de que el búho hubiera cantado. Debería haber comprendido por qué el Señor Tezcatlipoca no le había hablado durante tanto tiempo: había fracasado y había sido abandonado.

Su dedo se acomodó sobre el gatillo.

Cerró los ojos y pensó nuevamente en el suave roce del vestido de seda de su madre contra su piel mientras yacía en su regazo; sus manos rozándose mientras alisaban el cuerpo del muñeco de nieve; y los amaneceres que parecían prometer un futuro glorioso a pesar del dolor que ella estaba soportando.

Lo siento, pensó, *lo intenté, de verdad que lo intenté.*

Y ahora, ¿cómo le llamaban? ¿Un asesino en serie? ¿Un psicópata? ¿Un monstruo? *¿Un Acechador?*

Solo, sin posibilidad de ser aceptado jamás, había fracasado en su intento de alcanzar la Segunda Era. Tendría que dejarlos a todos ahora para que se revolcaran en su egocentrismo y sus naturalezas destructivas.

Sintió lágrimas en las comisuras de sus ojos. Casi no reconocía la sensación; había pasado tanto tiempo. Tensó el dedo sobre el gatillo. Esta vez lo haría...

La autocaravana resplandeció. Abrió los ojos de golpe. —¡Mi Señor!

Y la luz estaba por todas partes. Se movía a su alrededor, y luego parecía moverse dentro de él. Era como un amanecer con su madre. Sintió que su alma se calentaba y supo que no era un asesino frío: ¡tenía un propósito!

Y por primera vez, desde que era niño, sintió lo que los plebeyos describirían como alegría; y se dio cuenta de que las emociones no eran todas malas, y con gusto daría la bienvenida a esta de nuevo.

Corrió hacia la ventana rota en el dormitorio trasero. El viento furioso se estrelló contra su rostro y su largo cabello se elevó en el aire a su alrededor. Observó al joven esclavo salir del taxi junto a la caravana de la que había venido el anciano.

—¡Señor Tezcatlipoca, escucho y comprendo!

79

A pesar de que la caravana de Riley había parecido un meteorito ardiente enterrado entre los árboles cuando se acercó en el taxi, Ewan nunca había sentido el lugar tan frío y desolado. La nieve le golpeaba con furia en la cara mientras recorría corriendo los cinco metros desde el taxi hasta la puerta. Llamó con fuerza a la puerta de la caravana y, cuando nadie respondió, miró hacia atrás con pesar para ver cómo las luces traseras del taxi desaparecían en la nada.

De repente, se alegró más que nunca de tener a Freddy, que iba escondido en la mochila que llevaba al hombro. Esperó otros diez segundos más o menos a que Riley abriera la puerta, pero hacía demasiado frío y nevaba demasiado para quedarse fuera, así que la abrió él mismo y entró.

Una vez dentro, esquivó las hojas y enredaderas que colgaban de las numerosas macetas del techo, serpenteando como tentáculos que se extendían desde un mundo hostil. —¿Riley?

Preguntarse por qué el anciano aún no había anunciado su presencia le provocó un leve temblor en las piernas y se movió rápidamente por la caravana, llamando a su amigo, aferrándose a la esperanza de que finalmente aparecería detrás de uno de sus dos enormes bonsáis en maceta.

Vio una carta de la hija de Riley junto al fregadero y la leyó. Era una súplica para que Riley permitiera que su relación sanara. Que su marido era un hombre cambiado que deseaba desesperadamente conocer al abuelo de su hijo. Sus ojos se detuvieron en las palabras

que eran más oscuras que las otras. Aquí, ella debió haber presionado el bolígrafo con fuerza.

Y Sam, tu nieto te adorará, y cuando lo conozcas verás que nada de lo que ha pasado antes importa realmente. Es el futuro lo que importa. Es él quien importa.

Por un momento, Ewan se preguntó si Riley había ido a ver a su familia, pero descartó esa idea cuando recordó que la puerta principal estaba sin llave. ¿Pero dónde podría estar? Las luces de la autocaravana de su padre estaban apagadas, lo que le llevó a concluir que su padre estaba fuera...

A menos que, tal vez Riley y su padre estuvieran allí viendo la televisión con todas las luces apagadas.

De vuelta afuera, le costaba mantenerse en pie en la nieve cada vez más profunda. Se alegraba de haberse puesto una chaqueta de esquí sobre el forro polar, pero se maldijo por haber dejado atrás su gorro. El frío ahora calaba hondo de verdad.

Vio la ventana rota y se quedó paralizado. Sus ojos se dirigieron a los árboles, ahogados en nieve, y pudo oír cómo tragaba saliva incluso por encima del aullido del viento.

El jaguar.

Echó a correr y se precipitó por la puerta de la autocaravana. Dentro, vio a Riley desplomado hacia delante, tensando las cuerdas que lo sujetaban a la silla, con los ojos abiertos fijos en el creciente charco de sangre a sus pies.

—*¿Riley?*

La autocaravana se sacudió a su alrededor bajo una repentina ráfaga de viento.

—*Por favor, Riley*... —Dio un paso más hacia delante.

Una larga línea de saliva se extendía desde la boca de Riley. Ewan supo que estaba muerto. También sabía que necesitaba huir. Pero primero, ¿dónde estaba su padre?

—¿Papá?

Rodeó el charco de sangre, estremeciéndose cuando vio los ojos completamente abiertos de Riley. Encendió la luz del primer dormitorio y vio que su padre no estaba allí. Luego probó con su dormitorio. Tampoco estaba allí.

Entonces sintió algo presionando contra la parte posterior de su cabeza y supo que el jaguar había llegado.

—Ewan, te estoy apuntando a la cabeza con una pistola. Quiero que te arrodilles en el suelo y pongas las manos detrás de la espalda —le dijo la bestia al oído. La voz era claramente comprensible pero sonaba muy extraña—. Tengo a tu padre, si quieres volver a verlo, haz lo que te digo.

Ewan se arrodilló. Sintió cómo la sangre de Riley empapaba sus vaqueros y experimentó una oleada de náuseas. Ver a Riley muerto y ahora escuchar que la vida de su padre estaba en peligro le hacía sentir como si estuviera en un avión cayendo en espiral sin control. Sintió cómo sus muñecas eran atadas y hizo una mueca de dolor cuando el asesino apretó la áspera cuerda.

—Levántate.

—¿Dónde está mi padre?

—Levántate ahora, o te haré lo mismo que le hice a tu amigo aquí, y a tu madre.

Ewan sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

Tu madre. Solían ser palabras de ternura, pero tras su ejecución, se cerraban alrededor de su garganta como un nudo corredizo.

—Quiero hablar con mi padre antes de hacer cualquier cosa.

El asesino recogió la mochila de Ewan del charco de sangre. La sacudió y Freddy cayó al suelo. Al principio, Freddy pareció aturdido, pero luego siseó y agitó su cola en la sangre, salpicando la cara de Ewan.

—Freddy...

—Tu serpiente no tiene por qué morir, ¿sabes?, las serpientes son criaturas maravillosas. Preferiría que tu serpiente viviera.

Por el rabillo del ojo, Ewan vio al monstruo levantar su bota sobre la cabeza de Freddy.

—No... no lo hagas, haré lo que digas.

Ewan se puso de pie.

—Ahora, tenemos que salir y Freddy estará bien. —Recogió a Freddy y lo arrojó de nuevo a la mochila.

De vuelta afuera en el frío, el monstruo condujo a Ewan a través de los árboles. Se preguntó hasta dónde llegarían antes de que el

asesino de su madre eligiera un lugar adecuado para la ejecución. Si moría aquí, pasarían días antes de que lo encontraran. Días en los que la naturaleza se daría un festín. Pensó en huir, pero eso condenaría a Freddy y a su padre —si el asesino no estaba mintiendo— a una muerte segura. Además, había visto suficientes películas para saber que definitivamente recibiría un disparo en la espalda.

Movió las manos. Estaban firmemente atadas con cuerda. El viento silbaba entre los árboles y Ewan sentía como si estuviera adentrándose cada vez más en un santuario para almas torturadas.

Finalmente salieron del grupo de árboles a la carretera rural que llevaba al camping. Miró desesperadamente a su alrededor, pero no venía nadie. Su secuestrador le condujo hasta una amenazante furgoneta blanca.

Cuando se adelantó para abrir la puerta de la furgoneta, Ewan pudo ver por primera vez al asesino de su madre y se dio cuenta de lo grave que era el peligro. La sangre de Riley salpicaba su pálido rostro y sus ojos parecían muertos.

El asesino indicó a Ewan con la pistola que entrara en la furgoneta. Cuando subió, vio a una anciana balbuceando en la esquina. El hombre le desató las muñecas pero luego las esposó al riel que recorría el interior de la furgoneta. Intentó patear al escuálido y pálido bicho, pero sus pies fueron apartados sin esfuerzo.

Quizás esto sea solo parte del sueño que comenzó ayer, pensó Ewan.

—¿Dónde está mi padre?

—Necesito que llores, Ewan.

—¿De qué estás hablando? ¡Quiero ver a mi padre!

—He dicho que necesito que llores. El festival de Atemoztli depende de ello —Ewan detectó un poco de excitación en la voz del bastardo esta vez, como si realmente hubiera rastros de emociones en él, que brillaban ocasionalmente como brasas moribundas—. Piensa en tu amigo, el anciano. O piensa en tu madre si eso te resulta más fácil. Pero quiero que llores.

Ewan decidió que ya estaba harto de hacer lo que esta bestia vil le decía. —No... quiero ver a mi padre antes de hacer cualquier otra cosa que me pidas...

—Tú eliges —dijo el asesino y vació la mochila en el suelo. A Freddy no le gustó que le molestasen por segunda vez. Intentó alejarse deslizándose del loco y salir por la puerta de la furgoneta. Pero el monstruo fue demasiado rápido. Aplastó la cabeza de Freddy contra el suelo con su bota y Ewan empezó a llorar.

80

Era tarde, y la mente de Yorke no paraba. Regresaba a casa desde otra escena del crimen y estaba al borde del agotamiento.

No veía la hora de estrechar a Patricia contra él y sentir su piel contra la suya. Ella le ayudaría a olvidarlo todo durante al menos unas horas.

Sonó su teléfono. Era Brookes, que hablaba tan rápido que apenas se le entendía. Sin embargo, captó la esencia de lo que le estaba contando.

Mientras cambiaba de dirección, Yorke le dijo a Brookes que el hombre se llamaba Terrence Lock, y que creía que era un sacerdote azteca obligado a iniciar una Segunda Era. También le contó todo lo que pensó que podría ayudarle si se topaba con el asesino antes de que él llegara.

Ni se molestó en intentar convencer a Brookes de que no fuera. ¿Qué sentido tenía? No le escucharía. Con los papeles invertidos, ¿habría escuchado Yorke?

Tras finalizar la llamada, telefoneó a la comisaría y después contactó con Gardner.

81

Iain Brookes quería recuperar su mundo.

Un mundo donde había conocido el amor y compartido, tanto en lo bueno como en lo malo, un abrazo cálido en las frías horas de la mañana. La esperanza en la primera sonrisa de un niño. Y una discusión apasionada que ardía durante días. Quería el mundo donde había conocido la vida y su sabor, en la riqueza y en la pobreza, de esa jarra de té helado preparada en un día de verano. Del impacto de esa primera ola en una boca abierta. Y de una lágrima bebida del ojo de otra persona.

Iain Brookes no quería este mundo. Veía la pérdida como un cadáver con el corazón arrancado, colgado de un gancho de carne, girando en el viento frío. Veía el mal como un cuerpo viviente con un cerebro sin vida, arrastrando sus pies en descomposición por el suelo, raspando líneas sangrientas en la nieve amarga.

La furgoneta Ford Transit blanca, parcialmente camuflada por la nieve arremolinada, surgió de la noche.

Brookes no tuvo mucho tiempo para pensar, así que supuso que su hijo estaba en la furgoneta con el asesino de Jessica.

Pisó el freno con fuerza, dejó que la nieve le arrastrara hasta cruzarse en el camino de la furgoneta en un ángulo de noventa

grados y se preparó para el impacto. La puerta del copiloto de su coche se hundió hacia dentro, el golpe le dejó sin aliento y la ventanilla implosionó. Su vehículo fue arrastrado lateralmente por la carretera con la furgoneta incrustada en su costado como una lanza.

El asesino forzó su furgoneta hacia delante, claramente desesperado por apartar el coche de Brookes del camino. El viento aullaba a través de la ventanilla destrozada.

Finalmente, el asesino se vio obligado a admitir la derrota y dejó que su furgoneta se detuviera.

Todo quedó en silencio. Brookes miró alrededor del interior de su coche, iluminado por los faros de la furgoneta que estaban profundamente incrustados en la carrocería de su vehículo. Su parabrisas estaba completamente agrietado, y ningún trozo había sido lo suficientemente amable como para desprenderse y permitirle ver el exterior. Se desabrochó el cinturón y entonces oyó el chasquido de la puerta de la furgoneta al abrirse.

Sonó un fuerte disparo y sintió trozos de cristal acribillando su cara. Extendió la mano, agarró la manija de la puerta y se lanzó fuera del coche. Esperaba que la nieve amortiguara el golpe. No lo hizo. Intentó ponerse en pie, pero el suelo estaba demasiado resbaladizo y volvió a caer. Sin aliento, fue aún más difícil levantarse la segunda vez, pero lo consiguió, e incluso logró ponerse en cuclillas...

Otro disparo. Un destello blanco. Volvió a golpear la nieve. Esta vez, de cara.

Cuando el frío suelo empezó a quemarle la cara, la levantó del suelo y entonces gimió por el dolor agonizante en su hombro. Rodó sobre su espalda, miró hacia abajo y vio sangre filtrándose a través de su chaqueta.

El asesino de su ex esposa flotaba sobre él, mirándole como un depredador, guiado por el instinto y sin emociones. El asesino se acercó más, exhaló bruscamente por la nariz, mostró los dientes y apuntó la pistola a su cabeza. Con un estremecimiento, Brookes reconoció que era la pistola de su autocaravana.

—¿Dónde está mi hijo?

No respondió.

—¿Está en la furgoneta? Déjale ir.

—No puedo.

Brookes entrecerró los ojos.

—¿Te sientes como en casa aquí en la naturaleza salvaje, verdad?

—¿Qué quieres decir, Iain? —Ladeó la cabeza de un lado a otro como si examinara a su presa.

—Exactamente lo que he dicho. ¿El animal salvaje se siente como en casa en la naturaleza?

El cabrón podía apretar el gatillo en cualquier momento. O le provocaba o le suplicaba. Y si suplicaba y luego moría de todos modos, nunca se lo perdonaría si existiera otra vida después de esta.

Pero el asesino no parecía provocado, solo curioso. Una ráfaga de viento levantó su largo cabello a su alrededor y cuando dio un paso adelante, parecía que estaba saliendo de una nube negra. Sus orejas parecían grandes tumores carnosos.

—Se acabó, Lock.

Terrence Lock se detuvo y pareció confundido.

—Lo siento, ¿lo pronuncié mal? *L-o-c-k*. —Hizo una pausa. Enfatizar las letras le había causado un dolor insoportable. Miró hacia abajo a la herida de bala y vio que estaba sangrando mucho—. Despierta, Lock, sabemos quién eres, ¡se acabó!

Lock negó con la cabeza.

—No. Esto apenas comienza.

—¿No estás escuchando? Conocemos tu identidad.

—No nacemos con identidades, nos las dan, así que me he dado una nueva.

A pesar de su frágil túnica negra, Lock no temblaba. Brookes sospechaba que se alimentaba del frío.

—Asesinaste a la madre de mi hijo. Es una pena que tú seas el que tiene la pistola —dijo Brookes.

—Ella se entregó por una razón. Un día, la gente se dará cuenta del significado de su sacrificio.

—Jessica nunca se entregó. —Intentó sentarse. El dolor era insoportable, así que volvió a recostarse.

—Lloras por Jessica, pero lo que yo le he dado era preferible a la vida de esclavitud que estaba viviendo. Una vida de esclavitud que tú le diste, Iain. Eres otro ejemplo perfecto de esclavo de tu propia necesidad. Una necesidad que ha destruido vidas. Primero la de Jessica, luego la de Ewan y, finalmente, la tuya.

—Estás loco.

—¿Dónde estabas cuando ella te necesitaba? ¿Cuando su madre estaba enferma? ¿Cuando tu hijo sufría acoso en el colegio? Lo sé todo de ti, Iain. Sé lo que les negaste.

—Tenía un trabajo, *pedazo de imbécil*, ayudando a gente. Hacer algo contigo también ayudará a gente. A mucha gente.

—No estás en posición de hacer nada. Lo único que haces ahora es retrasarme, porque lo que tengo que hacer excede con creces la importancia de este diálogo.

—*¡Muéstrame a mi hijo!*

—Se acabó —apuntó con la pistola a la cabeza de Brookes—. Esto no es lo que quería, ni lo que había previsto, pero...

—¿Es lo que quiere tu señor? —dijo Brookes, recordando su breve conversación con Yorke y lo que podía recordar de ella.

—Sabes mucho. Demasiado, de hecho.

—Lo sé todo. Y te estoy diciendo, Lock, que necesitas terminar con esto ahora mismo, antes de que se acabe para ti, y no de la manera que desearías.

—¿Y si te dijera que ya me ofrecí a detenerme, y que el Señor Tezcatlipoca se negó? ¿Que Él desea que continúe?

—Vamos, Lock, incluso si esta deidad azteca fuera real, ¿por qué se comunicaría contigo?

—Se ha estado comunicando conmigo desde que tenía catorce años.

—Son delirios, Lock. Dios mío...

—¿Tu dios, Iain? —Fue como si hubiera lanzado una piedra a una serpiente que se acercaba, provocando que ahora silbara con los colmillos al descubierto—. ¿Acaso sabes quién es *Él*? —La mano que sostenía el arma había comenzado a temblar. Accidental o intencionadamente, esa pistola iba a dispararse.

—No —dijo Iain.

—Así que no me hables de tu falso dios. Él es la ilusión. Una ilusión creada para el beneficio. Los conquistadores saquearon nuestras tumbas por el oro, ¿y qué hacen los esclavos que se vuelven hacia un dios cristiano? Acumulan, se obsesionan consigo mismos y destruyen en nombre del engrandecimiento personal.

Brookes podía ver que Lock estaba perdiendo el control y percibió una oportunidad para usar esta situación a su favor. El propio odio de Brookes por este hombre lo estaba consumiendo por dentro y por fuera, y el dolor en su hombro era insoportable, pero aún podía actuar racionalmente. Si no lo hacía, estaría muerto en cuestión de segundos y su hijo le seguiría rápidamente. Miró hacia la furgoneta.

—De acuerdo... entonces muéstrame, Lock, llévame contigo ahora.

—¿Qué?

—Haz que lo entienda.

—¿Por qué?

—Yo también puedo estar dispuesto, igual que Jessica lo estaba, igual que lo está mi hijo.

Lock se burló.

—¿Y esperas que de repente te crea?

—Probablemente no, pero ¿me negarías la oportunidad de entender? ¿Cómo se sentiría tu señor con eso?

—Tus intentos de engañarme son patéticos.

—Dime por qué haces esto, Lock.

—No es Lock, ¡es Tezcacoatl!

—Está bien, entonces dime, Tezcacoatl... me dijiste que quieres que la gente entienda.

—¿No es obvio? Nuestro mundo se calienta y todos nos derretimos. A nuestro alrededor, todo es frágil y se desmorona. La naturaleza es cambiante y está enfadada. Veo salir el sol cada día, pero a veces espero que no aparezca.

—¿Y cómo descubriste que *esta* manera funciona?

—El Señor Tezcatlipoca me mostró Tenochtitlan en mis sueños. Es un lugar glorioso. En aquel tiempo, la gente conocía la naturaleza

cíclica del hombre y del mundo natural, y entendían el respeto que había que mostrar a los dioses.

Brookes recordó algo más que Yorke le había dicho.

—¿Y esto volverá a ocurrir, con la Segunda Era? ¿La que tú liderarás?

—Realmente sabes mucho.

—Todo. Como ya te dije. Y estoy interesado, genuinamente. Edúcame.

—Sería más rápido simplemente...

—¿Ejecutarme? ¿Y cómo se sentiría tu señor si ejecutaras a alguien que desea saber? ¿Un no creyente que busca la verdad? Será difícil para tu señor construir nuevos seguidores si la gente no puede confiar en Él.

—Creo que Él sabría, en este momento, que era completamente necesario.

—¿De verdad? ¿No lo consideraría vengativo?

Los ojos de Lock se movieron de un lado a otro. Incluso el color subió a su pálido rostro.

—Edúcame y entonces me ofreceré como sacrificio voluntario —dijo Brookes.

—Esto es absurdo —dijo Lock, pero dio un paso atrás, y la pistola tembló en su mano.

—Llévame contigo y con Ewan. Yo también estoy dispuesto, pero no aquí fuera, no en la carretera como un perro. Eso es a sangre fría, Tezcacoatl. Incluso como *esclavo de la necesidad* como me llamaste antes, merezco una buena muerte.

—¿Una muerte florida?

—Sí, eso es, una muerte florida.

Lock hizo una pausa para pensar. Mientras tanto, Brookes temblaba y se mordía el labio inferior. El dolor en su hombro era intenso, y su cabeza se sentía cada vez más ligera.

—Compórtate como un líder —dijo Brookes—, no como alguien vengativo y desconfiado. Demuéstrale a tu señor que eres digno y dame esta muerte florida.

Lock parecía molesto. Respiró hondo.

—Ponte de pie.

Brookes usó su mano izquierda para impulsarse hasta quedar sentado. Se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba empapado por la nieve que caía. Lock retrocedió para darle espacio para ponerse de pie. Los ojos del asesino permanecían muy abiertos a pesar de los copos de nieve que se derretían sobre sus iris.

—Si haces algún movimiento brusco, perderás cualquier derecho que tengas, y te dispararé. Da la cara a la furgoneta y camina hacia ella.

Brookes hizo lo que se le ordenó, y realizaron el trayecto hasta la parte trasera de la furgoneta en silencio. Protegiéndose los ojos de la nieve, echó un vistazo a su hombro. Era difícil ver el daño a través de su chaqueta empapada de sangre.

Una vez que llegaron a la parte trasera de la furgoneta, Brookes no necesitó que le dijeran que la abriera. Su hijo estaba dentro, así que tuvo que contenerse para no arrancar la puerta.

Dentro, el aire apestaba a desesperación. Una mujer anciana lo miraba fijamente desde el fondo de la furgoneta iluminada. Sus ojos estaban muy abiertos y parecían vacíos. Una larga línea de baba se balanceaba como un péndulo desde su barbilla. Ewan estaba acurrucado de lado, de cara a la puerta. Estaba esposado a una barra metálica que recorría la longitud de la furgoneta, a unos medio metro del suelo. Debía ser incómodo. Tenía los ojos tan hinchados que parecía que lo hubieran golpeado.

—¡Papá!

—¡Hijo! —Brookes contuvo las lágrimas.

—Este hombre mató a Riley y a Freddy.

Riley. Brookes apretó los puños. Sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos.

Brookes notó el cuerpo de Freddy en el suelo frente a Ewan, brillando bajo la luz. El monstruo había convertido su cabeza en una masa sanguinolenta. Brookes ansiaba darse la vuelta y enfrentarse a Lock, pero sabía que los riesgos de hacerlo eran demasiado grandes.

—Entra en la furgoneta, pon las manos detrás de la espalda —dijo Lock—, y túmbate boca abajo.

Brookes obligó a su cuerpo a obedecer. Lo que estaba en juego se había intensificado porque ahora existía la posibilidad de morir

frente a su hijo. Se subió a la furgoneta y se tumbó boca abajo en el suelo, con cuidado de no rozar los restos de Freddy.

El tiempo turbulento del exterior habría convertido, en cualquier otra ocasión, la parte trasera de la furgoneta en un bendito alivio, pero la desesperación en su interior la hacía tan acogedora como una cámara de tortura.

Mientras Lock se arrodillaba sobre su espalda, Brookes miró de reojo una nevera portátil y una gran bolsa de deporte negra a su izquierda y se preguntó qué contendrían. Por el rabillo del ojo, Brookes observó cómo la mano izquierda de Lock desaparecía en la bolsa. Intuyó la oportunidad de sacudirse y quitarse al cabrón de encima, pero Lock todavía empuñaba un arma, y si fallaba, el resultado sería impensable. Brookes oyó a Lock despegar cinta de un rollo, y después sintió cómo se la enrollaba con fuerza alrededor de las muñecas. Apretó los dientes ante el dolor en su hombro.

Su hijo, *aquí*. Con este asesino. ¿Cómo demonios había permitido que esto ocurriera?

—Papá, estás sangrando —dijo Ewan.

—No es nada de qué preocuparse.

Vio a Lock meter la mano en la bolsa de nuevo y sacar una cuerda. Sintió cómo le ataban las piernas. El asesino era rápido y claramente hábil con los nudos.

—¿Es así como tratas a todos tus sacrificios voluntarios?

Lock no respondió. En lugar de eso, se levantó de la espalda de Brookes, cerró la puerta de golpe y los dejó en la oscuridad.

La anciana gimió, y Brookes dijo:

—¿Quién es usted?

Ella gimió de nuevo.

—No habla —dijo Ewan—. Creo que está enferma.

¿Qué está pasando?

Brookes rodó sobre su espalda y se incorporó. Luchó contra el dolor en su hombro mientras intentaba, sin éxito, liberar sus muñecas de la cinta. Consiguió girar noventa grados y luego maniobrar hacia el lateral de la furgoneta, hasta quedar sentado junto a su hijo. Suspiró cuando Ewan puso sus piernas sobre las suyas y se inclinó para besarle la cabeza. Su alma se reconfortó.

Miró las esposas que sujetaban a su hijo al raíl. —¿Están muy apretadas?

—Sí —dijo Ewan.

—Mierda. —Brookes mantuvo su voz baja por si Lock le oía—. ¿Por qué has vuelto?

—Porque tú habrías vuelto.

La furgoneta cobró vida. Al principio, retrocedió, y Brookes pudo oírla desprendiéndose de su coche. Luego Lock condujo, despacio, lo cual era bueno, porque su última esperanza era que Yorke estuviera cerca. Yorke habría estado a quince minutos cuando Brookes se estrelló. Después de retrasar a Lock en la nieve, ahora solo debía estar a cinco minutos. Si Yorke veía la furgoneta blanca, llegaría a la conclusión correcta e interceptaría.

Mientras continuaba moviendo las muñecas, miró a Ewan, deseando desesperadamente abrazarlo, pero sin poder hacerlo.

—Tuve un sueño sobre el jaguar por el que me preguntaste —dijo Ewan.

—¿Y por eso volviste?

—Nos comió a ti y a mí —dijo Ewan.

Brookes le besó la cabeza de nuevo. —Solo era un sueño.

—Parecía real.

—A veces los sueños lo parecen.

—El jaguar que nos comió parecía *muy* real.

—No era...

Como si alguien hubiera agarrado sus piernas y tirado de ellas, Brookes se deslizó hacia delante y se golpeó la parte posterior de la cabeza contra la barra metálica. Ewan también chilló de dolor. Lock estaba conduciendo de forma más errática y había dado un giro brusco.

Después de que la furgoneta se estabilizara, Brookes volvió a colocarse en la misma posición junto a su hijo. La parte posterior de su cabeza palpitaba, pero eso no era nada comparado con el dolor en su hombro.

Ewan parecía a punto de romper a llorar. —Cometí un error, papá. Debería haberme quedado lejos.

—Sí. Pero aún así me alegro de verte.

—¿Qué va a hacernos?

—*Nada*. El tío Mike está en camino. Riley definitivamente está... ¿ya sabes?

—Sí. —Ewan apartó la mirada.

Brookes miró la cabeza destrozada de Freddy durante un minuto, conteniendo las lágrimas y las ganas de gritar. Una vez que enterró la angustia para otro día —si es que habría otro día—, Brookes se volvió hacia su hijo nuevamente. Podía verlo con más claridad ahora porque entraba algo de luz por los bordes del panel de madera contrachapada. Debían haber entrado en una zona más urbanizada. Captó a su hijo mirando la herida en su hombro.

—No es nada...

—Estás sangrando mucho.

Brookes se dio cuenta de que su constante esfuerzo por liberarse de la cinta —un esfuerzo que no llevaba a ninguna parte— estaba haciendo que sangrara más. —Ya te lo he dicho, Ewan, no es nada.

—Este hombre, el que mató a mamá, ¿por qué está haciendo esto y por qué tiene un aspecto tan destrozado?

—Su nombre es Terrence Lock y sufre de delirios. Eso es todo lo que sé.

—¿Delirios?

—Se imagina cosas. Cree que alguien le dice lo que tiene que hacer.

—Dijo que quería que llorara, que era necesario para algún tipo de festival... ¿qué significa eso, papá?

—No lo sé, Ewan. —Lo cual era casi la verdad—. Es un hombre enfermo. Algo dentro de él está mal conectado.

—¿Es un monstruo, papá?

—Es malvado, sí, pero no está siendo impulsado por una fuerza sobrenatural, sin importar su aspecto y lo que diga. Es solo un hombre, igual que tú y yo, pero con los circuitos defectuosos.

Lock giró bruscamente de nuevo. Preparado esta vez, Brookes mantuvo sus piernas y trasero tensos para evitar deslizarse. Las piernas de Ewan estaban sobre las suyas, así que tampoco se deslizó.

—He fallado a mamá, y ahora te he fallado a ti, papá. Lo siento mucho.

—Déjalo ya, Ewan. No has hecho nada malo. Has vuelto para ayudar, ¿cómo te convierte eso en alguien que defrauda? Y Ewan, no hay absolutamente nada que pudieras haber hecho por tu madre. En serio.

—¿Qué vamos a hacer, papá? ¿El tío Mike? ¿Sabrá realmente adónde vamos?

—Sí. Y aunque no lo supiera, vamos a detenerlo.

—¿Cómo?

Hizo una pausa, incapaz de dar una respuesta, simplemente porque aún no la tenía.

—Porque tendremos una oportunidad, y cuando esa oportunidad llegue, lo sabré.

La furgoneta redujo la velocidad y luego se detuvo.

Ewan estaba llorando ahora. Brookes se inclinó y besó a su hijo en la cabeza una vez más. El dolor en su hombro era irrelevante. —Te quiero tanto.

—Yo también te quiero, papá, y mamá todavía te quería.

—Lo sé. —Y en el fondo sabía que era verdad.

—Ojalá hubieras vuelto a casa.

—Ojalá lo hubiera hecho.

Brookes se dio cuenta de que él también estaba llorando ahora.

La puerta de la furgoneta se abrió, y Brookes entrecerró los ojos ante la ráfaga de aire frío y la cegadora luz de la luna reflejada en el suelo nevado. Enmarcado por este paraíso blanco, Lock parecía fuera de lugar, como si acabara de abrirse paso a la superficie desde las oscuras profundidades de la tierra. Su cabello ondeaba a su alrededor, y sus ojos grandes e imperturbables pasaban rápidamente de un rostro de víctima a otro. Bajó la rampa y subió por ella apresuradamente.

—¡Lock! —la voz de Brookes se elevó—. ¡Escúchame!

No estaba seguro de si sus palabras podían oírse por encima del viento. Lock liberó la silla de la anciana de la barra y la bajó por la rampa. La dejó fuera a merced del furioso clima y volvió a entrar.

Esta vez, desbloqueó las esposas de Ewan y mientras le apuntaba con la pistola a la cabeza, dijo:

—Coge la nevera y llévala afuera.

—¡Lock! —Brookes se esforzaba contra la cuerda alrededor de sus piernas y la cinta alrededor de sus muñecas—. ¡Desátame!

Ewan bajó la caja por la rampa a punta de pistola. Lock recogió la bolsa de camino a la salida, apartando los restos de Freddy con la punta de su bota. Rodaron por la rampa y desaparecieron en la nieve.

Sin parpadear, Brookes miraba hacia afuera a su hijo. Sus ojos llorosos ardían bajo el embate del viento.

Lock puso la gran bolsa de lona sobre las piernas de la anciana y señaló hacia adelante con su pistola. Ewan miró a Lock una vez más, antes de adentrarse en la tormenta de nieve.

Lock, cuya capa negra estaba moteada de nieve, volvió marchando a la puerta de la furgoneta. Miró directamente a Brookes, quien sintió un escalofrío en lo más profundo de su ser. Era como si las manos del demonio estuvieran arañando en busca de su alma. Tomó una respiración profunda, preparándose para que esa alma le fuera arrebatada.

—Uno por uno —Lock cerró de golpe la puerta de la furgoneta, dejando a Brookes solo, como un animal enjaulado, agitándose en la oscuridad.

82

YORKE SALIÓ disparado de su coche y se lanzó hacia el vehículo abandonado de Brookes. A sus espaldas, oyó a Gardner frenando bruscamente.

—¡Joder! —Yorke rodeó el maltrecho vehículo—. Joder... joder. —Examinó el parabrisas destrozado, la enorme abolladura en el lateral donde un vehículo más grande —presumiblemente la Ford Transit— lo había embestido, y el asiento del conductor vacío. El inspector Iain Brookes había desaparecido.

Su amigo había desaparecido.

—¿Qué ha pasado? —dijo Gardner a unos metros detrás de él.

Yorke se giró y observó a Gardner acercándose con la cabeza agachada contra el viento, como un toro embistiendo.

—No lo sé —respondió Yorke—. No exactamente.

Gardner se limpió la nieve de los ojos y examinó los restos del coche. —*Dios mío*.

—Los tiene. A los dos. —Yorke dio una patada al lateral del coche —. ¡Joder! —Se cubrió la cara con ambas manos.

—Sigamos. Probemos con la autocaravana de Iain.

—¿De qué sirve, Emma? —Apartó las manos y le mostró sus ojos llorosos—. Llegamos demasiado tarde.

—Oh, no. —Gardner señaló el suelo frente a ellos. Yorke se dio la vuelta para mirar.

Había una enorme mancha de sangre en la nieve. Deseó que el viento y la nieve lo engullesen por completo. Se volvió hacia Gardner

—. Demasiado tarde, joder. —Con lágrimas corriendo por su rostro, volvió a patear el lateral del coche de Brookes.

83

Durante cinco minutos, Brookes forcejeó con la cinta que le ataba las muñecas y, mientras luchaba, el agotamiento se apoderó de él. Luego, sollozó por su alma gemela perdida, Jessica, y por el hijo que estaba a punto de perder.

Cuando sintió que sus muñecas se movían una contra la otra, sus ojos se abrieron de par en par. O la cinta se estaba aflojando, o sus manos estaban resbaladizas por la sangre que manaba de su hombro y bajaba por su brazo. El motivo era irrelevante. Lo relevante era que sentía la libertad cerca. Frotó sus muñecas una contra otra. La sangre lubricante ayudaba con la quemadura por fricción, pero aún tenía que apretar los dientes para soportar el dolor en el hombro. Casi gritó de alegría cuando la cinta se aflojó un poco más...

La puerta de la furgoneta se abrió de golpe y allí estaba Lock sosteniendo la nevera.

Dejó de frotar sus muñecas. —¿Dónde está Ewan?

Lock deslizó la nevera de vuelta a la furgoneta. —Muerto.

Brookes lanzó toda su fuerza contra la cinta, desesperado por poner sus manos alrededor del cuello de este cabrón sin alma. Aulló con todas sus fuerzas.

—Quédate quieto, esclavo, no es tu hijo quien está muerto. Es Matlalihuitl quien ha muerto.

—¿Quién? —logró preguntar Brookes, a pesar de estar hiperventilando.

—Mi pluma azul-verde.

—¿Tu *qué*?

—Pensaba que lo sabías todo sobre lo que estaba haciendo. ¿Era eso mentira, Iain?

—No, tú eres el mentiroso. Dijiste que podía acompañarte.

Lock miró hacia abajo a la nevera que contenía a su criatura muerta. —Es una pena. Matlalihuitl era un buen sirviente. Sin embargo, estaba previsto. Vine preparado.

Desapareció hacia la parte delantera de la furgoneta, y Brookes continuó luchando con la cinta. Pero no le dieron suficiente tiempo antes de que Lock regresara con una jeringuilla en la mano.

—¿Para qué es eso?

—Es necesario, en esta era moderna de temor, que el esclavo voluntario se vuelva aún más voluntario. Pero no te preocupes, Iain. Intenta relajarte unos minutos...

—Hicimos un acuerdo. Dijiste que me mostrarías, que me educarías. Entonces, yo también podría ser un sacrificio voluntario.

El pelo de Lock se estaba volviendo blanco bajo la nieve y se mezclaba con su piel, haciéndole parecer una criatura peculiar evolucionada para funcionar en estas condiciones inhabitables.

—¡Estoy dispuesto! —dijo Brookes.

—Quédate quieto, esclavo. Te concederé tu deseo. Tú serás el siguiente. —Cerró la puerta de la furgoneta de un golpe.

Brookes se dio la vuelta sobre su estómago y luchó contra la cinta con todas sus fuerzas. Se mordió el labio inferior para no gritar de victoria cuando una mano se deslizó parcialmente hacia fuera. Respiró hondo y liberó sus manos. Trabajando duro con el apretado nudo alrededor de sus tobillos, rezó para no llegar demasiado tarde. La cuerda se soltó. La arrojó a un lado y se lanzó hacia la puerta, casi resbalando en su propia sangre. Esperando desesperadamente que la puerta no estuviera cerrada, agarró el tirador. No lo estaba. Se lanzó al exterior, donde inmediatamente sintió como si hubiera sido arrastrado por la lengua de un monstruo.

Se protegió los ojos de la creciente tormenta y observó sus alrededores. Campos vacíos y desolados, interrumpidos por algún que otro grupo de árboles cubiertos de nieve. Delante de él había un

viejo granero. Una luz amarilla temblaba entre las tablas y salía humo por la parte trasera. Algo estaba ardiendo dentro.

Brookes se dirigió hacia el granero, que estaba a unos diez metros de distancia. Inclinó la cabeza contra el viento y se movió tan rápido como pudo. Le costaba respirar, pero eso no le preocupaba. Tampoco le importaba el hecho de que no estuviera armado. Su única preocupación estaba en el granero de enfrente...

Se oyó un crujido. Sospechando que eran pies en la nieve detrás de él, Brookes giró, saltó y derribó a su posible agresor, Lock, al suelo. Después de forzar sus manos alrededor del cuello del asesino, comenzó a sacarle la vida. Imágenes de Jessica y Riley, y luego de su hijo, llenaron su cabeza, proporcionándole la única motivación que necesitaba para acabar con la vida de este demonio. Apretó su agarre y luego se inclinó hacia adelante para hundir sus dientes en su cara...

El estómago de Brookes explotó.

Jadeó, aflojó su agarre y se sentó erguido. Miró hacia abajo al agujero en su estómago, se tambaleó y cayó hacia adelante. Sintió que Lock lo apartaba como si fuera un simple insecto.

Tumbado boca arriba, tomando respiraciones profundas, Brookes solo pudo observar cómo Lock se ponía de pie, sosteniendo la pistola de Riley con una mano, mientras se sacudía la nieve de su túnica negra con la otra.

—Soy Tezcacoatl, ¡*La Serpiente Arrepentida*! ¿Crees que no estaba preparado para esto? ¿Para ti?

Lock ciertamente era una serpiente. El reptil escurridizo había predicho la fuga de Brookes y esperado detrás de la furgoneta. Probablemente incluso lo preparó todo usando cinta en lugar de esposas. Ahora, había eliminado la amenaza sin ser vengativo y sin molestar a su señor. Astuto. Brookes se preguntó si acababa de ver sonreír a Lock, pero era difícil saberlo. Su cara estaba difuminada por la nevada.

—Morir en batalla es honorable, *esclavo*. —Se inclinó y siseó—: Te suplicó, ¿sabes? Justo antes de ofrecerse.

Brookes le escupió, pero Lock ya había empezado a levantarse, y solo le dio en el pecho. La serpiente se dio la vuelta y se deslizó

hacia el granero.

Las respiraciones de Brookes eran entrecortadas, y cuando miró hacia abajo, vio que la bala había perforado el lado izquierdo de su estómago. No había alcanzado su columna vertebral, porque podía mover las piernas, pero dudaba que sus órganos internos hubieran tenido tanta suerte. Las heridas de estómago podían matar rápidamente o lentamente. Había tenido suerte con la herida del hombro, pero no esta vez. Ya estaba sintiendo una sensación peculiar apoderándose de él.

Intentó sentarse, pero el dolor se intensificó, así que se desplomó de nuevo. —No... —dijo entre respiraciones superficiales.

Miró a ambos lados donde su sangre caliente derretía la nieve, luego miró hacia las estrellas que brillaban y se negaban a ser camufladas por los remolinos.

—No...

Mi hijo, pensó. *Debo...*

Una de las estrellas se movió. Cruzó el cielo nocturno dibujando un arco perfecto. Se desplazaba con fuerza y determinación. Él se negó a parpadear a pesar de los enormes copos de nieve. Se negó a perderse el cometa.

No me rendiré con Ewan... Jessica... lo prometo.

Se incorporó, gimiendo desde lo más profundo de su ser. Podía ver que, delante de él, Lock también miraba hacia arriba, cautivado por la estrella fugaz. A Brookes le sorprendió que algo pudiera haber detenido a aquella criatura en su errónea tarea.

Después de que Lock desapareciera tras la puerta del granero, Brookes se obligó a ponerse en pie sujetándose el estómago. La sangre le bañaba la mano y cerró los ojos ante el dolor abrasador, pero logró comenzar a tambalearse hacia el granero, que parecía estar a diez kilómetros en lugar de a diez metros.

Casi lo consiguió, antes de caer de rodillas, absorbiendo tanto aire que hacía más ruido que el viento. Con los ojos ardiendo, miró hacia el granero. Sus paredes parecían delgadas y le sorprendió que la tormenta no lo aplastara como una caja de cartón.

Miró al cielo y todavía podía ver la línea dibujada por la estrella. De nuevo, luchó por ponerse en pie. El agujero en el estómago hacía

que la herida del hombro de antes pareciera un corte de afeitado. Recorrió tambaleándose los últimos metros hasta donde la pared del granero le impidió caer. Se giró y se aplastó contra las tablas junto a la ventana y miró hacia abajo. La parte delantera de su chaqueta de esquí brillaba como una captura retorciéndose en las redes de un pescador. No le quedaba mucho tiempo.

Se dio la vuelta, miró por la ventana y tragó con dificultad.

El interior se extendía lo suficientemente alto como para albergar seis escalones dispuestos en el centro. Ascendían hasta un altar presidido por una estatua dorada de un metro de alto que representaba a un hombre bailando. Delante había otra estatua de un hombre con grandes ojos saltones.

Brookes tragó saliva y se llevó la mano de la herida del estómago a la boca.

Observado por estas estatuas, Lock se encontraba de pie sobre Ewan, que yacía inmóvil sobre una losa.

El lugar estaba iluminado por un hogar en la parte trasera del interior. Una humareda negra salía a borbotones. Habían hecho un agujero en el techo justo encima para permitir que la mayor parte del humo escapara. Dispersas por la habitación había una mezcla de estatuas de arenisca, jade y oro. Lock tenía una audiencia de deidades. Algunas observaban, gruñendo, mientras otras se reclinaban con expresiones autoindulgentes, como parásitos glotones alimentándose de la desesperación. La anciana estaba entre ellas, junto a una urna alta que tenía tallada una larga serpiente. La serpiente enroscaba todo su cuerpo alrededor del ornamento de dos metros de altura.

Si el hogar no lo hacía primero, Brookes quemaría esta abominación hasta los cimientos. Pero primero, necesitaba recuperar a su hijo...

Lock cogió un trozo de equipo eléctrico, parecido a una sierra. Brookes observó cómo cobraba vida y la llama amorfa del hogar palpitaba.

—Jesús... —dijo Brookes, y retrocedió tambaleándose como si le hubiera alcanzado un rayo.

Volvió a la ventana y gritó tan fuerte como su cuerpo desfalleciente le permitió—: ¡No!

Pero su grito quedó ahogado por el chirrido de la sierra al desgarrar el pecho de Ewan.

Brookes se movió tan rápido como pudo hacia la puerta. Sus piernas no apreciaron la súbita presión, así que cayó a través de la puerta abierta y aterrizó boca abajo en el suelo de madera.

Incapaz de ponerse de pie de nuevo, se retorció en su propia sangre. El sonido estridente de la sierra se sentía como un peso aplastándolo contra el suelo. Comenzó a llorar. Le quedaba tan poco. —Jessica —murmuró—. Dame fuerzas.

Comenzó a arrastrarse hacia adelante mientras las lágrimas y el sudor le corrían por la cara, y la sangre brotaba de su cuerpo. Ahora sentía como si algo dentro de él estuviera devorando sus entrañas, pero no le importaba, solo arañaba el suelo. Si acaso, la sangre le estaba ayudando a deslizarse. El sonido de la sierra se detuvo. Brookes forzó algunas palabras—: No... maldito seas, Lock... ¡no!

El bastardo no respondió. Así que lo intentó de nuevo, deseando desesperadamente que las palabras salieran más alto—: Lock, déjalo en paz, ¡no te lleves a mi hijo!

Se había arrastrado hasta los pies de la anciana y la cola de la serpiente entrelazada alrededor de la urna. Entonces, vio una esperanza. En forma de pistola de Riley tirada en el escalón inferior.

Brookes levantó su pesada cabeza y miró hacia arriba. Lock estaba insertando un artilugio de acero en el pecho de su hijo.

—*Por favor...* —Su visión comenzaba a nublarse, pero aun así logró girar y avanzar a trompicones unas cuantas veces sobre su estómago roto. Su mano estaba cerca del primero de los escalones, y de la pistola, pero sus ojos ahora se estaban cerrando. Resolló y apoyó la cabeza en el suelo por un momento. *Aguanta*, pensó, *debes aguantar.*

La voz de Lock retumbó mientras hablaba en una lengua desconocida y los ojos de Brookes se abrieron de golpe. Extendió su mano y la dejó caer sobre la pistola. Intentó agarrarla pero no pudo. Sintió que todo giraba a su alrededor y las cosas dejaron de parecer reales. Sus ojos se cerraron de nuevo...

...una fisura se había abierto en el núcleo de este mundo y algo se había deslizado a través de ella. Algo que se movía rápidamente, siseando, irguiéndose, mostrando sus dientes. Tenía muchas formas. Un segundo una serpiente, al siguiente un jaguar.

Luego, un mosaico de formas y figuras retorcidas creció en el aire sobre la monstruosidad metamorfoseada. La cara de Jessica, la cara de Riley, la cara de Ewan. Las imágenes se devoraban entre sí, retorciéndose en un revoltijo repugnante, hasta que la Serpiente Arrepentida saltó al aire, enroscando su largo cuerpo alrededor de las imágenes y exprimiendo la vida de todo...

...Brookes se obligó a abrir los ojos, pero ya era demasiado tarde.

El pecho de Ewan se quebró y su cabeza cayó hacia un lado.

Los ojos congelados de su hijo se encontraron con los suyos y entonces todo desapareció.

84

Yorke y Gardner se detuvieron junto a la furgoneta blanca abandonada y saltaron del coche. Mientras se acercaban, Yorke respondió a una llamada de Jake.

—¿Es correcta la dirección? —dijo Jake. Él había sido quien, unos diez minutos antes, había llamado a Yorke con la noticia de que habían encontrado un correo electrónico sin enviar en el ordenador de Lock en su casa. El email estaba preparado para Billy Shine y contenía la dirección del nuevo «templo» de Tezcacoatl.

—Sí, Jake, su furgoneta está aquí.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —dijo Jake—. ¿Entonces dónde están?

Yorke y Gardner miraron en la parte delantera de la furgoneta y en la trasera. Estaba vacía. Yorke miró el viejo granero que tenían delante—. Supongo que están en ese granero grande.

—Vale... la unidad armada tardará unos siete minutos —dijo Jake.

—No vamos a esperar tanto —dijo Yorke.

—Tenga cuidado, señor.

—Lo tendremos.

Colgó a Jake. Se dio cuenta de que Gardner estaba mirando en la nevera con su linterna.

—¿Algo? —preguntó Yorke.

—Su criatura marina muerta. También hay sangre por todas partes. Alguien ha resultado herido. ¿Iain? ¿O Dios no lo quiera,

Ewan? Solo tiene doce años, por el amor de Dios.

—No tengo ni idea, pero esperemos que solo sea una herida. Vamos, tenemos que entrar ahí.

Con sus linternas trazando un túnel de luz en la oscuridad frente a ellos, se lanzaron hacia el granero iluminado.

La sangre serpenteaba hacia el granero. Corrieron por ambos lados del rastro, dejándolo intacto. El camino los llevó directamente hasta la ventana desde donde podían ver el interior del granero.

Y a Yorke le costó no soltar un grito ahogado.

Lock, rodeado de estatuas de sus deidades, estaba inclinado sobre Ewan. Ya le había abierto el pecho y estaba sacando algo de una bolsa de lona negra.

¿Para cortar?, pensó Yorke. *Por favor, Dios, que no sea algo para cortar.*

Los ojos de Yorke se desviaron hacia Brookes, que yacía al pie de los escalones. Había un rastro de sangre detrás de él, donde claramente se había arrastrado todo lo que pudo antes de perder el conocimiento. Sentada en una silla de ruedas junto a Brookes estaba una anciana que Yorke dedujo que era la madre de Gillian, Michelle Miller. Ella *estaba* consciente, pero tenía una expresión vidriosa.

Gardner agarró la mano de Yorke, arrancándolo de sus observaciones, y arrastrándolo hacia la puerta abierta.

Gardner fue la primera en cruzar la puerta, pero fue Yorke quien anunció su llegada—. ¡Policía! Terrence. Se acabó. Aléjate de Ewan.

Lock sacó algo de la bolsa. El objeto afilado brilló al reflejar el fuego que ardía en la chimenea de la esquina.

Un bisturí.

—La unidad armada está de camino, Terrence. Si no sueltas el arma y te apartas, te dispararán.

Lock se inclinó más cerca de Ewan.

Yorke miró los ojos cada vez más abiertos de Gardner. Ella estaba mirando hacia la figura inmóvil de Brookes al pie de los escalones. Yorke la agarró del brazo para ayudarla a resistir el impulso de lanzarse hacia su compañero—. No, Emma. Todavía no. Lo asustará.

Yorke miró a Lock de nuevo—. Esta es tu última advertencia, Terrence. Te estoy diciendo que sueltes eso y te apartes...

Lock ya había acercado el bisturí al pecho de Ewan. Yorke no podía cargar contra él y detenerlo. Estaba demasiado lejos, y un movimiento repentino podría acabar fácilmente con la vida de Ewan.

Soltó el brazo de Gardner y señaló hacia Brookes con un gesto de cabeza—. Despacio, Emma.

Ella asintió.

Yorke dio un pequeño paso hacia las escaleras—. Terrence, escucha, sé lo que viste cuando eras más joven. Sé por qué estás haciendo esto.

Yorke vio que Lock dudaba por un momento, considerando algo, antes de continuar.

Yorke dio otro pequeño paso—. Sé por qué has traído a tu madre aquí, para que mire.

Lock se detuvo de nuevo, pero después negó con la cabeza y tensó los brazos para empezar a cortar.

Más fuerte entonces, pensó Yorke. *Tendré que ir más fuerte.*

—¿Por qué no fuiste a ayudarla?

Lock retiró las manos—. *¡No pude!* —Su voz resonó por todo el granero.

Yorke respiró hondo y continuó avanzando lentamente—. Tenías catorce años, podrías haber...

—¡Cállate! —Lock levantó la cabeza de su trabajo y miró fijamente a Yorke.

Yorke se detuvo. Sus miradas se cruzaron—. Viste morir a tu madre, Terrence. Alguien que te trajo a este mundo, te amó, te sostuvo en brazos, y tú te quedaste ahí sentado, y la viste morir.

Lock se puso de pie. Tenía los ojos tan abiertos que parecía que podría desgarrarse todos los músculos de la cara—. ¡Cállate!

Yorke le mostró las palmas de las manos—. Escucha, Terrence, no es demasiado tarde. Tu madre no querría esto. Esta no es la forma de pedir su perdón.

—¿Y cómo lo sabrías tú? —la cara de Lock estaba temblando—. Eres uno de ellos. Ninguno de vosotros entiende...

Un horrible gemido desgarró el aire del granero. La espalda de Ewan se arqueó como si estuviera tratando de expulsar el separador metálico de su pecho. Golpeaba su cabeza de lado a lado mientras la

espuma brotaba de las comisuras de su boca y sus ojos se ponían en blanco.

Lock miró a su víctima. Parecía estar recuperando la concentración y su temblor disminuyó. Comenzó a arrodillarse de nuevo.

Ewan dejó de convulsionar y Lock comenzó a meter la mano dentro de su pecho otra vez con el bisturí.

Yorke había llegado al primer escalón, pero estaba demasiado lejos. *Llego tarde. He fallado...*

Hubo una serie de fuertes golpes desde donde estaba Brookes. Lock se quedó petrificado y miró en dirección a Michelle y Brookes. Yorke miró y vio que Gardner estaba casi a su lado ahora. También vio que Michelle estaba dando golpes con el pie, de la misma manera que debió hacerlo la noche en que Lock casi se llevó a su hija.

Ella abrió la boca—. *¡Deeeeetente!*

Yorke miró hacia atrás y vio que los ojos de Lock estaban abiertos de par en par e imperturbables mientras miraban a la mujer a quien consideraba su madre.

—¡Detente! —Esta vez el uso de la palabra por parte de Michelle fue breve y cortante.

Lock bajó la mirada hacia Ewan y luego la elevó de nuevo hacia Michelle. Retiró las manos del pecho de Ewan y dijo:

—Pero madre, lo estoy haciendo por ti...

Se escuchó un fuerte estampido y Lock se agarró la garganta con ambas manos. El bisturí se deslizó de su agarre y repiqueteó contra el escalón superior. Se puso de pie mientras la sangre brotaba a chorros entre los huecos de sus dedos. Todavía con expresión confusa, e incapaz de apartar los ojos de Michelle Miller, extendió hacia ella una de sus manos ensangrentadas. Allí se quedó vacilante en el sexto escalón, hasta que no pudo mantenerse en pie por más tiempo, y entonces se desplomó. Sus huesos crujieron mientras rebotaba de un escalón implacable al siguiente antes de que finalmente su cabeza estallara en el último, a medio metro de Brookes.

Yorke se volvió para observar cómo el cuerpo crispado de Lock quedaba inmóvil bajo la urna abrazada por serpientes, y luego miró a Gardner, quien sostenía la pistola.

Epílogo

—ERES LA CUARTA niñera que hemos entrevistado, Zofia —dijo Jane Young—, desde que Julia se marchó sin más. Sin dar ningún aviso.

—Bueno, eso no está bien —dijo Zofia con su marcado acento polaco—. Puede ver en mis referencias que yo no haré eso.

—Sí. —Jane hizo una pausa para dar un sorbo a su té—. Como puede imaginar, Simon está deseoso de evitar más dramas. Es un hombre ocupado. Necesito estar disponible a su entera disposición. Una función social aquí, unas vacaciones rápidas con clientes allá. Necesitamos que esto sea cien por cien fiable.

—Cuidaré muy bien de Tobias —dijo Zofia, preguntándose si los gánsteres como Simon Young realmente usaban expresiones como *funciones sociales*.

—Bien. ¿Y el alojamiento se ajusta a sus necesidades?

—Sí.

—¿Y está satisfecha con el paquete?

Bueno, la última chica no lo estaba, pensó Zofia, *¡me costó prácticamente nada pagarle para que se marchara!*

—Es muy bueno —dijo Zofia.

—Bueno —dijo Jane—. Obviamente, tenemos que esperar a que lleguen las comprobaciones finales y esta otra referencia, pero he visto suficiente, para ser sincera. Y creo que Tobias la adorará. También creo que Simon estará encantado.

Le haces sonar como un caballero, pensó Zofia, *¿sabes que ha estado prostituyendo chicas por todo Brighton?*

—¿Puedo llevarla fuera para que lo conozca ahora? Está en el jardín con mi padre. ¿Tiene tiempo?

—Sí —dijo Zofia.

Fuera, en el jardín, le entregaron al niño de dos años con pelo castaño. —Adorable.

—La mayor parte del tiempo —dijo Jane—. Ahora, si me disculpa, me gustaría contactar con mi marido para decirle que hemos encontrado a alguien perfecto.

Zofia sonrió. *¿Sería ese el marido que no mostró ningún remordimiento después de que Loretta Marks, una de sus empleadas, fuera golpeada hasta la muerte con un cenicero de jade?*

—La dejaré con Derek, mi padre —dijo Jane.

Jane desapareció en la casa y el abuelo se acercó. Era un hombre elegantemente vestido con una raya bien engominada. Zofia podía notar que sus ojos se detenían en ella demasiado tiempo. *Bueno, que lo haga*, pensó Zofia. *Después de hoy, no tendrá otra oportunidad.* Tobias, que se aferraba a su lado, alzó la mano y le acarició la cara. *Ya le gusto.*

—Polonia es un país hermoso —dijo el abuelo—. Solía visitarlo regularmente con mi difunta esposa.

Zofia notó que enfatizaba la palabra *difunta*. *¿De verdad crees que tienes alguna posibilidad?* pensó Zofia. Bueno, al menos podría usar esto a su favor. Empezó a toser.

El abuelo se acercó y le puso la mano en el hombro. —¿Está bien, querida?

—Lo siento. He tenido esta tos durante un tiempo.

—¿Un vaso de agua?

—Muchas gracias.

El abuelo desapareció en la casa. Zofia miró alrededor del enorme jardín. No sería un mal lugar para pasar una tarde soleada si fuera a quedarse. Lo cual no iba a hacer.

Caminó hacia el arbusto en el extremo más alejado del jardín y luego se volvió para mirar la enorme casa. Tobias seguía acariciándole la cara y había añadido una adorable risita al proceso.

Zofia sonrió. —Me sorprende que no te hayan perdido ya en ese palacio.

Se detuvo un momento más. Todo parecía demasiado fácil. Una parte de ella se preguntaba si sería más interesante si esperara unos momentos más a que alguien saliera antes de correr.

Miró su hermoso rostro infantil. *No, ahora eres madre. Es hora de madurar. Sé responsable.*

Zofia se escabulló a través del arbusto y encontró la parte de la valla que había estado aflojando desde el exterior durante las noches anteriores.

Segundos después, estaba corriendo hacia su coche, aparcado a la vuelta de la esquina, aferrando a Tobias.

Mientras lo sujetaba en su sillita, oyó a Jane gritando desde el jardín.

Al alejarse conduciendo, Zofia miró por el retrovisor a Tobias, que empezaba a parecer un poco preocupado ahora.

—No te preocupes, cariño —dijo, abandonando el falso acento polaco—. Mamá cuidará de ti. Vamos a estar muy unidos, tú y yo.

Lacey sonrió en el espejo y se alegró cuando Tobias le devolvió la sonrisa.

—Muy unidos.

Había sido un invierno duro, y no solo por el tiempo. Mientras los vendavales y las nevadas habían azotado Wiltshire, la muerte y la pérdida habían visitado a Yorke y sus colegas, y ahora, mientras caminaban por el cementerio, todos agradecían la cálida brisa y un tiempo para la reflexión tranquila.

—Siempre me han gustado los cementerios —dijo Gardner.

Jake la miró de reojo mientras caminaban. —¿Por qué?

—Los colores, principalmente.

Y tenía razón, pensó Yorke, mientras miraba las hermosas flores, cada una con diferentes formas, tamaños y patrones.

—Bueno, a mí no me gustan los cementerios —dijo Jake—. Siempre me pongo capas extra cuando vengo. Hay un frío aquí que te hiela los huesos, más que la carne.

—Siempre has sido una de las personas más alegres que conozco —dijo Yorke, sonriendo.

Yorke mantuvo sus reflexiones para sí mismo. Como siempre, incluían a su primera novia real, Charlotte, alguien que había capturado su corazón y nunca lo había dejado ir realmente. Y su hermana, arrebatada tan joven, y de una manera tan imperdonable. Estas reflexiones aseguraban que el mundo siguiera siendo desconocido para Yorke. Pero se mantenía positivo. Arrojado a un océano de dolor, uno quedaría inseguro sobre hacia dónde nadar. Si no te ahogas, voluntaria o involuntariamente, finalmente avistarías tierra, pisarías sobre ella y, con suerte, la conquistarías.

Parece que los pájaros habían aprovechado la oportunidad para explotar la tranquilidad del cementerio, y entonaron una melodía reconfortante por un momento, antes de que Gardner colocara las flores en la lápida del DS Iain Brookes.

—Te echo de menos, amigo —Jake posó su mano sobre la parte superior de la lápida.

—Igualmente —Gardner soltó las flores y se incorporó.

Ambos se giraron y miraron a Yorke.

—Lo que hiciste por tu hijo, Iain, requirió valor. Y espero que donde estés descansando ahora —miró la lápida adyacente con la inscripción *Jessica Brookes*—, encuentres algo de paz.

Cada vez que Emma Gardner había mirado a su marido desde la noche del tiroteo, había dado gracias a su buena estrella por tenerlo. Y ahora, mientras estaban sentados juntos, con Annabelle entre ellos, viendo el cuento para dormir en *CBeebies*, volvió a dar gracias a su buena estrella.

Más tarde, mientras Annabelle dormía, le dijo a su marido lo mismo que le había dicho cada noche desde entonces: —Ojalá

hubiéramos llegado antes.

Entonces, como todas las noches desde aquel día, él la abrazaba y le aseguraba que ella había salvado una vida esa noche. La vida de un niño pequeño.

Y eso la convertía en la persona más heroica que él había conocido jamás.

—Vuelve a la cama —dijo Sheila.

Jake se volvió desde la ventana. —Lo siento, es que, ya sabes, no podía dormir.

—Te entiendo —Sheila levantó la manta.

Él se metió en la cama y la abrazó.

—¿Crees que Frank dormirá toda la noche? —preguntó Jake.

—Bueno, si no lo hace, déjame ocuparme a mí —Sheila le besó en la frente—. Tú necesitas descansar.

—Gracias —le devolvió el beso.

—E intenta no preocuparte, hace meses que no sabes nada de ella.

Más fácil decirlo que hacerlo, pensó Jake y cerró los ojos.

Cuando Yorke entró en la habitación de Ewan para darle las buenas noches, apartó la mano del niño de su pecho.

—Pero me pica —dijo Ewan.

—Si te rascas, tardará más en curarse.

Diez pulgadas de tejido cicatricial habían registrado los acontecimientos de aquella noche en el cuerpo de Ewan. Yorke a menudo se preguntaba si era inútil esperar que la cicatriz fuera el único daño a largo plazo que sufriría.

Por otro lado, pensó, *¿no es mejor seguir esperando incluso cuando todo parece perdido?*

Besó al niño que estaba en proceso de adoptar. —Buenas noches, Ewan.

—Buenas noches, tío Mike.

Pensó de nuevo en el océano en el que se sentía perdido y en su incertidumbre sobre hacia dónde nadar. Era su responsabilidad encontrar una salida porque otras personas dependían de él.

Después de meterse en la cama, se disculpó con Patricia por haber vuelto tarde del trabajo y luego la abrazó.

—Tengo una noticia —dijo ella.

—¿Qué?

Ella se echó hacia atrás, tomó su mano y la colocó suavemente sobre su vientre.

Esa noche, Yorke soñó con un día despejado, una brisa cálida y los pájaros cantando una melodía reconfortante. Y, en este sueño, Yorke y su familia se aventuraban juntos a conquistar nuevas tierras.

Continúa el viaje de Yorke hoy mismo...

El Silencio de Severance

Su boda debería ser el día más inolvidable de su vida. Y esta es una boda que nunca será olvidada.

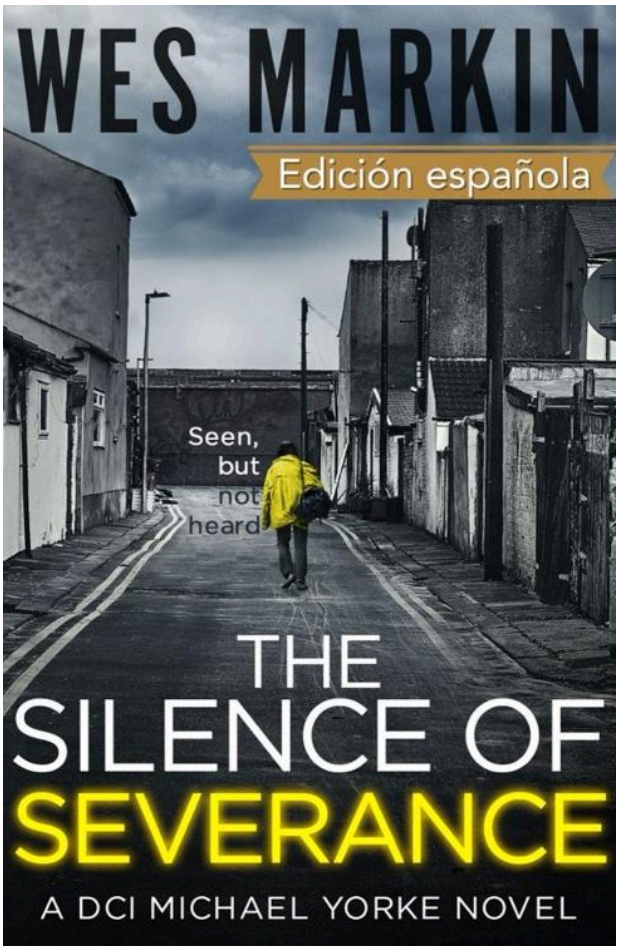
Cuando el día de la boda de un policía termina en brutalidad y caos, el DCI Michael Yorke es apartado de su propia boda para verse inmerso en la cadena de sucesos más sangrienta que Wiltshire haya visto jamás.

Mientras una ola de calor asfixia a Salisbury, Yorke y su equipo se enfrentan a una carrera contrarreloj para encontrar al adversario más siniestro e inteligente al que se han enfrentado jamás: Christian Severance.

Pero a medida que el equipo persigue a Severance hacia las sombras de un oscuro pasado, la propia historia de Yorke comienza a resurgir en el presente...

¿Podrán detener a Christian Severance antes de que logre lo impensable? ¿Y sobrevivirá Yorke a las revelaciones que lo acechan desde la oscuridad?

El Silencio de Severance es un auténtico thriller que te mantendrá al borde del asiento. Una historia que no podrás soltar hasta la última página.



¡HAZ CLIC AQUÍ PARA LEERLO AHORA!

Agradecimientos

Un enorme reconocimiento debe ir primero a Jake Lynn por su incansable apoyo y fantástica comprensión de la industria. Es gracias a él que esta secuela llegó rápidamente y no se perdió durante años en el terreno de la procrastinación. ¡Gracias de nuevo a Cherie Foxley, que sabe cómo crear una imagen inolvidable!

Gracias a todos mis lectores Beta que se tomaron el tiempo de leer los primeros borradores y ofrecer valiosos comentarios. Mi enorme agradecimiento a Jenny Cook por esa necesaria y despiadada edición final. Gracias también a mi maravillosa esposa Jo, y a mi madre, Janet, que continúan ofreciéndome apoyo durante las partes más agotadoras del proceso. ¡Y gracias también a mis encantadores pequeños, B y H, que nunca dejan de hacerme sonreír y se han ganado la dedicatoria de este libro!

Por último, gracias a cada lector y a cada maravilloso bloguero que ha dedicado su valioso tiempo a mi ficción. Espero haberos ofrecido algo de entretenimiento y me encantaría volver a hacerlo en un futuro próximo...

Si has disfrutado leyendo **El Serpiente Arrepentido**, por favor tómate unos momentos para dejar una reseña en Amazon, Goodreads o BookBub.